



X

RE
LA
TOS
CORTOS

T i e r r a d e M o n e g r o s

Los Monegros 2008

Premio de relatos cortos y Recopilación de relatos ganadores de todas las ediciones

Comarca de Los Monegros



Edita: Comarca de Los Monegros
Ramón y Cajal, 7. 22260 Grañén
E-mail: comarca@monegros.net
Depósito legal: HU-279/2009
Imprime: Gráficas Alós. Huesca

Índice

| | |
|--|-----|
| Presentación | 7 |
| X CERTAMEN DE RELATO CORTO (2008) | |
| Primer Premio: El último carnaval <i>J. Adolfo Muñoz Palancas</i> | 11 |
| Segundo Premio: La Fula <i>Elena Dreser</i> | 29 |
| Primer Accésit: El grabador de silencios <i>Leonardo Resano Tejedor</i> | 45 |
| Segundo Accésit: Malévolas libélulas <i>Miguel Ángel Carcelén Gandía</i> | 61 |
| Tercer Accésit: Isla Caracol <i>Carlos Gustavo García Favre</i> | 79 |
| Premio al mejor relato monegrino: Un pequeño viaje <i>Sergio Generelo Tresaco</i> | 99 |
| Accésit al mejor relato monegrino: El sacristán difunto <i>Herminia Dionis Piquero</i> | 113 |

RECOPIACIÓN X EDICIÓN PREMIOS DE RELATOS CORTOS (1999-2007)

| | |
|--|-----|
| I CERTAMEN DE RELATO CORTO (1999) | |
| Primer Premio: Las ecuaciones del milano <i>Damián Torrijos</i> | 133 |
| Segundo Premio: La niña que quería salir en el No-Do <i>Begoña Plaza</i> | 145 |

II CERTAMEN DE RELATO CORTO (2000)

| | |
|---|-----|
| Primer Premio: Luz <i>Óscar Sipán Sanz</i> | 157 |
| Segundo Premio: Piel de mandarina. Levadura de cerveza <i>Javier Gallego Remiro</i> | 167 |

I CERTAMEN DE RELATO JOVEN (2000)

| | |
|--|-----|
| Primer Premio: La más injusta de las condenas <i>José A. Perié</i> | 183 |
|--|-----|

III CERTAMEN DE RELATO CORTO (2001)

| | |
|--|-----|
| Primer Premio: Del lugar sin lugar del infinito <i>Miguel Sánchez Robles</i> | 193 |
| Segundo Premio: El último viaje <i>Manuel Tránsito Marco</i> | 203 |
| Premio Especial Monegros: María Dorondonera <i>Héctor García Barandiarán</i> | 215 |

IV CERTAMEN DE RELATO CORTO (2002)

| | |
|--|-----|
| Primer Premio: Despedida <i>Amparo López Pascual</i> | 233 |
| Segundo Premio: Muchacha bella entre sombras <i>Manuel Terrín Benavides</i> | 239 |
| Premio Especial Monegros: Mi camino hacia la libertad <i>Héctor García Barandiarán</i> | 249 |

V CERTAMEN DE RELATO CORTO (2003)

| | |
|---|-----|
| Primer Premio: Calderilla <i>Aida Rodríguez Agraso</i> | 267 |
| Segundo Premio: 23 de febrero <i>Miguel Ángel Royo Pallarés</i> | 277 |

VI CERTAMEN DE RELATO CORTO (2004)

| | |
|--|-----|
| Primer Premio: Todos nosotros | |
| <i>Miguel Sánchez Robles</i> | 291 |
| Segundo Premio: La lluvia de Antístenes | |
| <i>Antonio Luis Vera Velasco</i> | 301 |
| Premio Especial Monegros: Niña Luisa | |
| <i>Héctor García Barandiarán</i> | 311 |

VII CERTAMEN DE RELATO CORTO (2005)

| | |
|---|-----|
| Primer Premio: Las almas de los tontos | |
| <i>Francisco Javier Pérez Fernández</i> | 323 |
| Segundo Premio: Longo | |
| <i>Atilio Alberto Verón</i> | 331 |
| Premio Especial Monegros: El gallo de Marcén | |
| <i>Amadeo López Cobas</i> | 345 |

VIII CERTAMEN DE RELATO CORTO (2006)

| | |
|--|-----|
| Primer Premio: Zopilotes del desierto | |
| <i>Gregorio León Armero</i> | 357 |
| Segundo Premio: Un sabor que no se va | |
| <i>Elena del Hoyo Lavado</i> | 367 |
| Premio Especial Monegros: Los atenuantes del alma | |
| <i>Mario E. de los Santos</i> | 377 |

IX CERTAMEN DE RELATO CORTO (2007)

| | |
|--|-----|
| Primer Premio: Cohetes de fin de fiesta | |
| <i>Jesús Tíscar Jandra</i> | 391 |
| Segundo Premio: Ada Neuman | |
| <i>Patricia Esteban Erlés</i> | 397 |
| Premio Especial Monegros: Durante la lluvia | |
| <i>Miguel Carcasona Brau</i> | 407 |

Presentación

El presente libro recopila los premios del Certamen de Relatos Cortos “Tierra de Monegros” durante los diez primeros años de existencia del mismo. Y decir diez años supone ya consolidación; supone una garantía para mirar al futuro con optimismo; optimismo por otra parte no forzado, pues en las siguientes páginas aquel viene avalado y garantizado por la calidad de los relatos y por el prestigio y reconocimiento, en foros nacionales e internacionales, de quienes los gestaron, de sus creadores.

La Comarca de Los Monegros ha diseñado sus objetivos desde cuatro premisas fundamentales, que son: el servicio a la población, el desarrollo de infraestructuras, la potenciación de su riqueza humana y natural y el aumento del nivel cultural de sus gentes, a fin de que vivir en Los Monegros sea gratificante y despierte el interés de gentes de otras comarcas o países por conocerlos y vivir aquí. Y sabe que el futuro no se escribe con voluntarismos inconscientes ni con añoranzas ya rancias del pasado. El pasado será solamente un elemento a tener en cuenta en el diseño del futuro, para el que se han sentado bases firmes y precisas en un proyecto que parte de la realidad, de sus fuerzas, de su potencialidad, de su riqueza y de sus limitaciones.

Y parte de su riqueza es la cultura milenaria, que ha superado estadios seculares en el largo devenir de su existencia. Monegros se define como esfuerzo, trabajo, valor, constancia, algo de fe y mucho de esperanza.

Monegros es sugerente, a veces espectacular, y casi siempre provocador. Quienes los contemplan con mirada limpia, son arrastrados a un mundo en el que los colores seducen, la luz persuade, los tonos someten, si antes no han sido atraídos por

la humanidad y afabilidad, no exenta de sana austeridad, que se respira por doquier. Y no es pasión de monegrino, pues los autores de los relatos del premio monegrino así también lo han plasmado en ellos.

Que la lectura de los mismos sirva para compensar las largas jornadas de trabajo o las prolongadas ausencias de quienes amamos. Que sirvan asimismo de almohada en donde reclinar nuestras preocupaciones e inquietudes, y en donde también, de forma premonitoria siquiera, se geste nuestro gozo final.

Han pasado diez años ricos en contenido literario, pero exuberantes en relaciones personales con sus autores, quienes han compartido con nosotros sus impresiones, sus vivencias y su visión de una tierra pobre y rica a la vez. Pobre por lo que le falta y rica por lo que tiene.

A todos, a los que han participado en el certamen, a los que han sido premiados, a los que han colaborado en la organización de los actos, nuestro agradecimiento, pues gracias a esa colaboración es posible seguir en el surco de este sugestivo certamen.

Jesús Brau Grasa

Consejero Comarcal de Educación y Cultura

X Certamen
de Relato
Corto (2008)

1.^{er} Premio

El último carnaval

J. Adolfo Muñoz Palancas



**J. Adolfo
Muñoz
Palancas**

J. Adolfo Muñoz Palancas nació en Villarta de San Juan (C. Real) en 1970, localidad manchega en la que residió hasta que marchó a estudiar primero a Ciudad Real y después a Murcia, donde se doctoró en Ciencias Químicas. Vive en Lorca y es profesor de Física y Química en el I.E.S. “Rambla de Nogalte” de Puerto Lumbreras. Ha escrito artículos en revistas científicas y educativas. En 2003 publicó su primera obra de narrativa, una colección de relatos titulada “Los caminos del cielo”. Ha ganado el “Certamen Internacional de Tanatocuentos” (2006) y el Concurso Literario “Villa de Alguazas” (2007). Ha sido finalista del Premio de Relatos Breves “Ciudad de Peñíscola” (2005), del Premio de Narrativa “Miguel Cabrera” de Morón de la Frontera (2007), del Concurso de Cuentos “Hucha de Oro” que organiza la Fundación de las Cajas de Ahorros (2007), del Certamen Literario de la Sierra de Madrid “José Saramago” (2008), del Premio “María Guirado” de Murcia (2008) y del Certamen de Narrativa Corta “Villa de Torrecampo” (2008). Ha recibido premios y menciones en otros concursos como el Certamen de Narrativa “Dulce Chacón” de Madrid (2004), el “Concurso de Cuentos para Adultos” organizado por el Ayuntamiento de Murcia (2005), el Concurso Internacional de Cuentos “Valentín Andrés” de Grado (2006), el Concurso de Relato Corto de la Asociación “El Rural” de Oria (2006), el Certamen de Relatos Breves “Revista Digital I.E.S. Ventura Morón” de Algeciras (2007) y el Certamen Literario Internacional “La Cárcel” convocado por el Ayuntamiento de Totana (2007).

¿Y entonces no sabe usted qué ha sido de ella? ¿No? Es una lástima. Perdóneme, yo no soy muy aficionado a hablar con gente que no conozco, pero le he oído mentar ese pueblo y me ha saltado algo dentro, así que no me ha quedado más remedio que preguntarle si era de allí.

¡Manolo, ponle a este señor lo que quiera y a mí un chato de vino! Y claro, cuando usted ha contestado que sí, me ha dado una alegría, un no sé qué, y se me han venido encima tantos recuerdos, que mire, hasta los ojos se me llenan de lágrimas.

Pero, dígame, ¿seguro que no conoce siquiera a alguien de su familia? En su pueblo les decían los Percales antes, ahora, no sé, porque a veces hasta los motes cambian. ¿No? Claro, es usted muy joven. Es una pena, me hubiera conformado con saber si al menos vivía. Si vive, ya será mayor como yo, pero ¡qué guapa era! Tenía los ojos oscuros, almendrados, y la boca para algunos demasiado grande, pero a mí me volvía loco. Y era muy hembra, ya me entiende, con muchas curvas, como debe ser, y estaba siempre riendo. La recuerdo así, una chiquilla, con su traje de domingo, agarrada a sus amigas y paseando por la carretera, contándose cosas al oído y riendo, venga reír.

Yo llegué allí de guardia en el cuarenta y tres. La guerra me pilló en el bando nacional y fíjese, ganamos. Me enganchó haciendo la mili, la dichosa quinta del saco, y ya no me quité la guerrera hasta que me jubilé. Después de todo ese tiempo se le olvida a uno el oficio, no sabe más que comer rancho, pegar tiros, tener miedo y obedecer. Total, que cuando por fin me licenciaron, me metí a guardia, porque prefería el máuser al azadón. Al menos el uniforme no tenía agujeros, el rancho era mejor y algo me pagaban, no mucho, pero tampoco había muchas ocasiones

para gastarlo. Me tiré dos años en la sierra persiguiendo maquis, haciendo y sufriendo emboscadas, era todavía peor que la guerra. Pensé mandarlo todo a la mierda y volverme a mí casa, pero había firmado y tenía años que cumplir, si no, ya sabía lo que me esperaba. Encima, en mi pueblo mi padre no me hablaba y ya ni tenía campo al que regresar.

Por fin me hirieron, mi segundo sablazo, y consintieron en darme el traslado lejos de la sierra, y así caí en su pueblo, parecido al mío, solo que al otro lado de Despeñaperros. Pero, imagínese, después de la sierra y de andar a tiros con los maquis, y el odio que nos tenía la gente, para mí fue como volver a nacer. Ya ve usted, si yo sólo quería vivir, con respeto, eso sí, que sin dignidad mejor morirse. Yo no quería líos de política. Nunca me gustó la política.

En el cuartel de su pueblo estábamos dos números y un cabo. Los números éramos un muchacho extremeño que se llamaba Martín y un servidor. Y el cabo era el Serrano. Seguro que ha oído hablar de él allí, a pesar de haber pasado tanto tiempo. El Serrano era el demonio. ¡Menudo hijoputa! Era tuerto, feo a no poder más. ¡Fíjese que era bizco del ojo que le quedaba! Ahora, nadie se reía de él. Había perdido el ojo en la batalla del Ebro, pero encima el que no torcía, así que imagino que aquello lo tuvo que envenenar. Enviudó justo antes de terminar la guerra. Seguro que su mujer prefirió morirse antes de volver a verlo. Y sí, era más que feo, pero ya le digo que nadie se reía de él.

¿Quiere otra? ¡Venga, le invito! Y vamos a pedir una racioncilla de oreja, que aquí la hacen muy buena. Como le digo, el Serrano era una mala persona, un déspota. Usaba el uniforme para restregarle su mala sangre a todo el que se le cruzara. Perseguida a los chicos, a los grandes, a payos, a gitanos, mujeres y hombres, rojos y azules; le daba igual. Como los chicos se pusieran a jugar en la plaza en Viernes Santo, allí estaba él con la vara. Y como los pillara en algún huerto cogiendo fruta... Al carretero que pasaba delante de la iglesia y no se persignaba, lo hacía estar dos horas

allí con el brazo en alto y más tieso que un palo, y él detrás, y que se le ocurriera chistar. Los gitanos y los quinquis que iban al sur preferían dejar la carretera y dar una vuelta de más de un día por los caminos de tierra, con tal de no toparse con él. A uno que se le puso chulo y se rió de él, lo tuvo un santo día desnudo, con las manos y los pies atados, colgado del techo, dándole candela. Imagínese, toda la familia en la puerta del cuartel, con los carros y todo, venga llorar, y él a lo suyo. Hasta el cura fue a verlo para interceder y, a pesar de ser tan beato, le dijo: “Estas no son cosas tuyas, padre”.

Martín y yo obedecíamos sin rechistar. Más de una vez también nosotros nos llevábamos una torta. Como te pillara en el cuerpo de guardia, aunque fuera en mitad de la noche, con la guerrera desabrochada o las botas quitadas, dos hostias, no te las quitaba nadie. Y como no lustraras bien el calzado o llevaras una mancha en el pantalón, igual. En todos mis años de milicia no tuve nunca peor mando. ¡Mira que era malo!

Figúrese, Martín y yo firmes en mitad del patio del cuartel, que era más corral que patio, y él mirando con el ojo fijo de cristal, que parecía que te atravesaba, y con el bueno, o sea, el bizco, vigilándote el flanco. ¡Te cagabas de miedo! Yo, que había estado en trincheras, bajo los obuses, oyendo el tableteo de las ametralladoras, los aviones soplándote el pelo, yo, que en la sierra esperaba que detrás de cada matojo me mataran en una emboscada, pues yo, mire usted, nunca sentí más terror que en las revistas del Serrano.

Encima, como éramos solteros y con la paga que nos daban, no teníamos quien nos hiciera las labores, así que el Martín y yo nos tirábamos todo el tiempo que no estábamos de servicio lavando, planchando y zurciendo. Solo nos podíamos permitir que nos trajera la comida una mujer que se llamaba Carmela. Tampoco le sonará a usted, ¿verdad? Era muy gorda y fea. También estará muerta y enterrada. Era viuda. La guerra la había dejado con cuatro hijos para ella sola. Así que le dábamos nuestras raciones y

un dinerillo, y ella nos guisaba. Al Serrano también, pero muchos días le servía aparte y además, le daba postre. Ya me entiende usted. Es que la guerra deja mucho roto y descosido.

No lo voy a engañar. Aunque, como ya le he dicho, llegué a su pueblo contento, a los pocos días estaba deseando largarme. Primero por el Serrano y después porque todo el mundo allí nos tenía un asco que no nos podían ver ni en pintura, por supuesto por culpa del Serrano. El uniforme nos hace iguales a todos a los ojos de la gente. Para ellos todos mirábamos torcido, vamos, que éramos los tres bizcos. Hasta la Carmela nos era huraña. Pero todo cambió cuando conocí a Nieves, la mujer por la que le he preguntado al principio. Era sobrina de Macario el Solitaria y de ahí la conocí. ¿Tampoco le suena a usted? También lleva años muerto y enterrado.

Macario no era mala persona, pero hacía muy mal vino. Cuando bebía, faltaba a todo el mundo, incluida la autoridad. Al principio bebía en silencio, pues sereno era más bien retraído, pero, cuando se pasaba de la raya, se disparaba. Se le notaba porque de pronto se ponía a cantar: "...con dinero y sin dinero hago siempre lo que quiero...", y después no se sabía dónde podía terminar. Una vez la armó en la taberna y dio la casualidad que por allí pasaban de ronda el Serrano y Martín, o no por casualidad, porque el mal bicho del Serrano parecía que se olía esas cosas. El caso es que cuando entró la pareja, el Solitaria estaba encima de una mesa voceando, mientras los parroquianos y el dueño intentaban convencerlo para que se bajara y se callase por las buenas. Él, desde arriba, les gritaba: "¡Sois todos unos mierdas! ¡Tened cojones!". El Serrano se fue hacia él y le dijo con su voz de trueno: "¡Bájese ahora mismo y a callar!". Según parece, el Solitaria le contestó: "Váyase usted a la mierda". El cabo, con la rapidez de un escorpión, cogió una silla y le pegó tan fuerte en las piernas a Macario, que la hizo añicos. El pobre Solitaria rodó hasta el suelo como un guiñapo y el Serrano, rojo de ira, le dijo a Martín: "¡Llévatelo para el cuartel".

Yo estaba en el cuerpo de guardia cuando los vi entrar por la puerta a los tres. Martín llevaba a rastras al Macario, con una melopea de aquí te espero, y lo dejó tirado, todo lo largo que era, en el calabozo. Cuando a mediodía le llevé un poco de rancho, seguía durmiendo la mona. La ropa le sobraba por todos lados, era puro esqueleto. ¿Ha visto usted las películas en las que salen los campos de concentración de los alemanes? Pues de ese estilo. Encima tenía la cara blanquecina, sin barba, solo se le veían unas manchas oscuras en las cuencas de los ojos y donde los carrillos se le chupaban para adentro. Tanto me pareció que estaba difunto, que no tuve más remedio que tirarle de la bocamanga de la chaqueta, moverlo un poco y decirle: “Eh, tú”. No contestó, pero se movió un poco y me quedé más tranquilo. El Serrano había dicho: “Ahora no se entera de nada. Cuando se despierte me avisas, que ya hablaré yo con él”. Quizá el pobre hombre no se despertaba porque sabía lo que le esperaba.

Por la mañana llegaron un hombre y una chica joven, casi una niña. El hombre se veía fuerte, de buena altura, dijo que era hermano de Macario. Y se le daba mucho aire, era como si al Solitaria lo hubieran inflado. La muchacha era su hija mayor. Tenía todo el rato la mirada baja, pero de vez en cuando la subía, un instante, aunque suficiente para hechizarme. Aquella fue la primera vez que la vi.

El hermano de Macario, casi llorando, me pidió que no le tuviéramos en cuenta su comportamiento como a otro normal, que no estaba bien, pero que no era mala persona, que, aunque hablaba solo, únicamente se portaba mal cuando bebía. “Nosotros hacemos todo lo posible para que no salga, pero como está tan seco se escapa por cualquier sitio. Aunque no lo parezca, es muy ágil”. Yo seguía sus palabras pero no dejaba de mirar a la chica, con disimulo, eso sí. Me siguió contando que estaba convencido de que Macario estaba loco, que lo suyo sería meterlo en un sanatorio, pero no tenían dinero y además era su hermano y le daba lástima. Lo mismo decía: “¡Pobrecillo!” que “¡Bastante nos

ha caído!”. Siguió contándome que cuando no bebía tampoco atendía a razones, pero que al menos no se ponía violento, que, encima, no pensaba más que en comer, que si se descuidaban se comía lo de toda la familia, y no lo de un día, sino lo de toda la semana.

“Dice que no puede evitarlo, que tiene algo dentro que no se llena, por eso le dicen en el pueblo el Solitaria, pero según el médico es mentira. Yo creo que lo hace por pura ansia. Mi familia no pasó hambre después de la guerra porque, gracias a Dios, teníamos una huerta, pero él siempre quería más. Se iba al campo y se comía todo lo que pillaba: flores, nidos, bichos... Imagínese que el muy imbécil hasta comió almendras amargas. Y claro, lo encontraron en el campo como muerto. Se tiró una semana entera sin despertar, que hasta le dieron la extremaunción, y no lo enterramos porque el médico nos aseguraba que seguía vivo. Y entonces un día se despertó y lo primero que dijo fue ‘tengo hambre’. ¡Fíjese qué castigo! Y lo mismo que no tiene hartura para comer, tampoco la tiene para el vino, pero eso le sienta peor. Ya ve usted. Y mira que le tenemos dicho a los de los bares que no le sirvan, pero ya sabe como son, siempre llega algún mal nacido que lo convida, por hacer la gracia, para armarla. Pero él sólo grita lo que le dicen, lo que algún mala sombra le cuchichea por abajo. Él es un pobre títere”.

El hombre se deshacía en explicaciones, aunque yo le decía que solo era un mandado, que con quien tenía que hablar era con el Serrano, pero él seguía, y yo con el rabillo del ojo no dejaba de mirar a la chica.

Ya sabe las cosas que somos capaces de hacer los hombres por deslumbrar a una mujer. ¡Menudas hazañas! Yo hasta fui capaz de interceder por aquel desgraciado ante el Serrano. Fíjese, a mí que me daba pánico hasta respirar delante de él. Le hablé de lo buena que era la familia, le mostré el certificado de buena conducta que les había escrito el párroco, en el que además ponía “... el pobre infeliz está enfermo y, además, no muy en sus

cabales...”. Por supuesto, no me hizo ni puñetero caso. Solo se avino a soltar al Solitaria, cuando acudió el alcalde a hablar con él. Y, fíjese usted, en el momento en que entraron los dos a verlo, Macario hizo como si se despertara de repente y estaba más suave que un guante, con la cabeza gacha, venga pedir perdón. Total: que el Serrano lo soltó.

A partir de ese día, Macario no volvió a faltar a la autoridad delante del cabo. Cuando lo pillaba armando escándalo, le soltaba sus dos hostias de rigor y el otro se iba tranquilito a su casa. Además el Serrano tenía un sexto sentido y al poco de desmadrarse, casi siempre lo enganchaba.

¿Le importaría darme un cigarrito? Yo ya no fumo. Ya sabe, entre la familia y los médicos... ¿Es rubio? Bueno, no importa. Yo fumaba negro, cuestión de costumbre. El rubio me marea un poco, pero la conversación pide fumar, ¿verdad? El tabaco también tiene sus cosas buenas. ¡Poca compañía que me habrá hecho a mí!

Un día que entré en la taberna a comprar tabaco, oí unas voces grandísimas. Era Macario, que ya estaba de lío. Intenté que se callara por las buenas, pero él seguía y venga faltar. Total que al final de un empujón lo derribé. Se cubrió la cara con las manos porque creía que le iba a dar más, pero no lo hice. Sabía que el Serrano estaba lejos, así que le pedí ayuda a un par de parroquianos y lo llevamos a su casa.

En fin, así pasó casi un año. Ya sabe lo que son las mujeres, se te meten en la cabeza y cada vez te obsesionas más. Vives el día entero esperando verla tan siquiera un instante. Bueno, ahora las cosas serán más fáciles, pero antes no. Yo no salía mucho, pero siempre que lo hacía, de servicio o sin servicio, estaba buscándola: los domingos en misa, los días de mercado, cuando iba al pilón a lavar, en las fiestas... Si nos cruzábamos solos o iba con sus amigas, me sonreía. Cuando iba con alguien de su familia o yo iba con el Serrano, me decía: buenos días o buenas tardes, muy seria. Un día que nos cruzamos, iba del brazo de una amiga

y me dijo: “Los domingos por la tarde paseamos por la carretera”. Por supuesto yo lo sabía, pocas veces iba yo por allí a espiarla, pero con eso me daba permiso, ¿sabe usted?, y el corazón casi se me salió del pecho.

¡Qué chiquilla! A veces me despistaba del servicio, con un miedo tremendo de que el Serrano me pillara, porque a ella le gustaba verme con el uniforme, y nos encontrábamos en algún rincón apartado, que figúrese si nos hubieran pillado. Yo le acariciaba el pelo. Lo tenía de color castaño, con rizos, y era como de seda. Ella me cogía la carabina y hacía *pum, pum*, de broma y refa, cerraba los ojos y todo era risa.

Cuando ya fuimos novios, íbamos mucho al cine, siempre que la película fuera recomendada, que ella era joven y yo autoridad. Nos acompañaban sus hermanas. En fiestas casi nunca podía llevarla al baile porque siempre estábamos de servicio. Sobre todo paseábamos por la carretera, sin tocarnos y con escolta. ¡Ya ve usted! Apenas si le di unos cuantos besos. Su piel era suave y olía a agua de colonia, aunque de sus manos no podía arrancarse el olor a lejía. Eran muchos de familia y la pobre se pasaba el día lavando. ¡Tan delgadita! Si le rozaba la cintura, temblaba. Y yo me pregunto cómo sería lo demás. Ya me entiende. La he soñado tantas veces. No son cosas de viejo verde. Es como ver el envoltorio de un regalo y no abrirlo. Hasta de casado soñaba con ella. Que mi pobre mujer, que en gloria esté, me perdone. Le estoy incomodando, usted disculpe. A los viejos se nos rompen los filtros, sobre todo para los recuerdos. Se nos echan encima como los años. Imagino que si vive ya estará vieja y arrugada como yo. ¡Qué pena! Me pongo celoso de pensar que alguno pudo tener más suerte que yo y llevársela. ¡Qué coraje me da!

¡Anda, Manolo, pon otra ronda! ¿Cómo que no quiere más? Venga, hágame ese favor. Yo convido. No sienta pena de verme triste, para mí, recordar, aunque se me salte una lágrima, es vivir otra vez. ¡No sabe cómo se agradece! A veces dudo siquiera de que ella me quisiese. Me daba la impresión de que estaba

conmigo porque era guardia, porque llevaba uniforme, intercedía por su tío y todo eso, pero que ni fu ni fa. Porque lo mismo parecía que me quería muchísimo como se tiraba días arisca, sin hacerme caso. Y fíjese que yo no paraba de hacer cosas para darme importancia. Rompía las multas que ella me decía e, incluso, alguna vez llegué a romper multas de la libreta del Serrano, que no me pilló de milagro. Y con su tío, ya ni hablamos, que estuviera o no de servicio, siempre iban a buscarme para llevarlo a casa cuando las liaba. Y no se crea que eso era fácil, que el Macario no se achantaba porque me viera, ni mucho menos. Se envalentonaba. Se me ponía gallito y hacía molino con sus brazos para pegarme, cuando intentaba acercarme a él. Me miraba con ojos de odio y me gritaba hasta romperse el pecho a toses, que parecía que iba a reventar allí mismo. Me insultaba: “¡Cabrón! ¡Hijoputa! ¡Mecagüen la autoridad!” que imagínese qué vergüenza cuando estaba de uniforme. Y yo temblando por si venía el Serrano y veía el numerito y a mí tan blando. A veces le daba por la grosería: “Te voy a cortar las manos, cabrón, con las que manoseas a mí sobrina, que a esa no la toco más que yo. Te voy a cortar la polla”. A veces me quemaba tanto la sangre, que le daba algún cachete, pero poca cosa para lo que se merecía. Menos mal que los otros parroquianos ya sabían de qué iba la cosa, y me ayudaban a apaciguarlo y a llevarlo a su casa. Eso era lo más fácil, pues después de esas explosiones de ira se quedaba sin fuerzas, hecho un pelele, con las palmas apoyadas sobre las rodillas para no caerse, tan solo seguía insultando, pero cada vez más bajito, y podíamos llevárnoslo. Además nunca le contaron nada al Serrano.

En fin, cada uno lleva su cruz, y yo llevaba la mía. No todo puede ser perfecto. Pero la chiquilla merecía la pena. ¡Qué chiquilla! ¿Le he dicho que le encantaba ponerse mi capote y el tricornio? A veces hasta se pintaba bigote con un poco de tizne y se ponía seria como un guardia de verdad. O bizqueaba, imitando al Serrano, con el labio para fuera y todo. ¡Cómo nos reíamos!

Le gustaba mucho disfrazarse. Cuando llegaba Carnaval se volvía loca. En su pueblo se celebraba mucho Carnaval, ahora supongo que todavía más, ¿verdad? Pero ya entonces hasta paraban de trabajar y todo. El Serrano, que siempre estaba torcido, estaba de más mala leche aún en esas fechas. No quería que nadie se pasara aprovechando la máscara, por lo que nos tenía todo el rato de servicio, así que nunca pude ir con ella a los bailes de Carnaval. El último año que hubo Carnaval, pues al año siguiente lo prohibieron, quería que saliera con ella en su comparsa. Iban a salir de gitanos, figúrese usted. Se enfadó mucho cuando le dije que no podía. Ni me dio un beso, ni tan siquiera nos cogimos de la mano. ¡Qué chiquilla! Fíjese que cogernos de la mano era de lo poco que hacíamos cuando estábamos solos. A ella le gustaba el olor a tabaco de mi mano, incluso se la llevaba a la cara y hacía como si se la fumara. Pero aquella vez ni me la cogió. Se marchó muy enfadada. Y esa fue la última vez que hablamos.

¡Manolo, ponte otras! ¿Cómo? ¿Usted no quiere? Venga, por favor. ¿Que tiene que conducir? En ese caso no insisto. En fin, con su permiso, yo sí me tomaré otra. Tengo la garganta seca de tanto hablar. ¿Le he dicho que yo normalmente no hablo tanto?

Pues sí, fue la última vez que hablamos. Ni tan siquiera sé si me echó de menos, si lloró por mí. Eran otros tiempos, si la familia decía que no, punto en boca. Y después de lo que pasó, era normal.

¡Vamos, Manolo, ponme otra! ¡No me mires así! Para una vez que me encuentro con un casi paisano. Venga, te juro que me tomo otra y me voy a casa. Además, este señor tiene que seguir su camino. ¿Por dónde iba? ¡Ah, sí! Le hablaba del último año que hubo Carnaval. Sí, fue el último, pues al siguiente lo prohibieron, no solo en su pueblo, sino en todos sitios. Los que más baza metieron fueron los curas, que entonces nos llevaban bien cogidos, y ni tan siquiera querían que la gente se desmadrara unos cuantos días al año. Bueno, y por el tema de la política, que también contribuyó. Pues ese mismo año, aprovechando que

iba de máscara, al Macario no se le ocurrió otra que, en mitad del baile, bajarse la falda que llevaba y empezar a dar vueltas desnudo de cintura para abajo. ¡Imagínese! La orquesta paró, pero a él no le importó pues se puso a cantar, a todo lo que daba: "... con dinero o sin dinero...". Todo el baile le hizo corro. Algunos se habían quedado de piedra y callaban, pero los más se descojonaban de risa. Los guardias estábamos en la puerta, pero el Serrano, cuando oyó callar la música y, en su lugar, el jolgorio, se lo olió y para allá que nos fuimos.

¡Qué cara puso cuando lo vio! Moviendo sus vergüenzas como la borla de una boina. Se puso morado de rabia. Se fue hacia él y, sin quitarle la careta siquiera, le soltó un puñetazo que lo hizo rodar por el suelo. Martín y yo le subimos la falda y nos lo llevamos para el cuartel.

Allí el Serrano echó mano de la picha de toro, ya sabe, las porras que se gastaban entonces, y le dio de lo lindo. Vamos, hasta que se cansó. Lo dejó hecho un cristo, aunque como se desmayó tampoco se enteró de mucho.

A la mañana siguiente llegaron el alcalde y el padre de mi novia. De nuevo rebuscaron en el corazón del Serrano, pero este decía que no, que ya había llamado al capitán y que allí se quedaba hasta que pasara a disposición del gobernador. El alcalde no hacía más que decir que tuviera piedad, que aunque medio tonto, era inofensivo; pero el Serrano seguía en sus trece. Al final, tras mucho insistir, el Serrano le dijo al alcalde: "Que conste que si cedo es por la autoridad que usted representa y no por compasión, que este es tonto y con mala leche". Total, que lo soltó: "Llévenselo, pero no quiero verlo por la calle en todo lo que queda de Carnaval".

Bueno, pues durante toda esa semana la familia de mi novia consiguió tener al Macario encerrado, cumpliendo lo prometido al cabo. Pero, ese domingo, que es domingo de piñata y, como usted sabe, en su pueblo bien que se celebra, aunque ya sea

Cuaresma; el Macario se escapó. Supongo que echaría mano de cuatro trapos y, llena como estaba la calle de máscaras, fue imposible encontrarlo.

Los guardias nos fuimos pronto de servicio y en el cuartel no había un alma. El Macario debió llegar a media tarde y, cuando vio que no había nadie dentro, se coló. La puerta principal estaba cerrada a cal y canto, así que tuvo que entrar por detrás, por un callejón con el que lindaba el cuartel, y por el que la tapia no era muy alta y estaba picoteada de desconchones. Ya le he dicho que el Macario, aunque escuchimizado, estaba ágil. Se metió en la camareta donde comíamos. Allí la Carmela nos dejaba siempre la mesa puesta con la comida. Ya ve, unas sillas de esparto alrededor de una mesa camilla con un hule gastado. Y sobre ella un puchero con la comida, una botella de vino y el pan. Aquel día, por ser domingo, nos había hecho judías estofadas con perdiz, que sabía que nos gustaban mucho. Cuando estábamos todo el día de servicio, comíamos por la noche, calentábamos el puchero un poco en la lumbre y para dentro. Pues bien, llegó el Macario y se machacó él solito el puchero entero, ¡la ración de los tres!, se comió el pan y se bebió la botella de vino. Pero no quedó ahí la cosa. ¿Sabe lo que se le ocurrió hacer después? ¿No? Pues el tío cogió y se cagó en el puchero, y allí nos lo dejó encima de la mesa, tapadito y todo. Como se lo cuento. Imagínese la cara que pusimos cuando volvimos por la noche y fuimos a comernos nuestras judías con perdiz. Imagínese la cara del Serrano. Nunca lo había visto tan rabioso y mire que yo lo había visto rabioso muchas veces. Empezó a dar puñetazos a la mesa, tiró una silla contra la pared y la hizo añicos. “¡Vámonos!”, nos gritó, “no volvemos hasta que enganchemos al que haya sido”.

No fue necesario preguntar pues, conforme entramos en la taberna del Relampa, que era la única que seguía abierta, y en la que recalaban todas las máscaras borrachas que quedaban, nos encontramos al Macario, recostado en la barra con la careta hacia atrás, con todo el personal haciéndole corro, descojonados

de risa, y él contando su hazaña. Y encima al vernos nos suelta: “Mecagüen la autoridad”, y empieza a reírse como un loco y los otros también venga a reír. Sin darle tiempo a reaccionar, el Serrano le soltó con la primera botella que pilló. Los demás borrachos salieron corriendo. El Macario se desplomó y el Serrano dijo: “¡Al cuartel! Que esta vez no le ampara ni Dios”.

Y así fue. Nos ordenó que lo atáramos de manos y pies y lo colgáramos del techo como a un cerdo. “Que como a un cerdo le voy a sacar las asaduras, por cabrón”. Y le dio con la picha de toro hasta que lo reventó. Cuando se cansó, entre el Martín y yo lo llevamos al calabozo a rastras. Allí lo dejamos, desmayado. De madrugada se puso a dar voces: “¡Guardia! ¡Guardia!”. El Serrano dormía como un tronco y a mí me daba miedo ir, por lo que fue Martín. “¿Qué te pasa? ¿No tendrás hambre?”.

–Tengo gana de cagar –respondió el Macario.

–¡Serás hijoputa! –le replicó Martín–. Hasta que no te maten no vas a parar.

–Es de verdad.

–Pues cágate encima, cabrón.

Yo, que había oído la conversación, miraba desde la puerta, en la penumbra, intentando que el Macario no me viera. Pues, fíjese usted. El Macario tuvo valor para bajarse los pantalones y ponerse a cagar en el suelo del calabozo. “Pero serás...”, empezó a decir Martín, mientras intentaba, a toda prisa, echar mano de la llave y abrir la puerta. Pero Macario fue más rápido. Lo soltó todo y Martín y yo nos quedamos con la boca abierta, espantados. El Macario seguía en cuclillas sobre un charco de sangre y, sobre él, chapoteaba algo, un bicho largo como una cuerda y aplastado como un calamar. El Macario en la misma postura, y con la cara congestionada y cubierta de sudor, pero sonriendo, nos gritó: “¡Hijos de puta! Me habéis curado”.

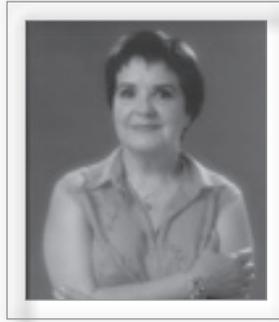
Martín y yo salimos pitando. En la camareta nos fumamos un par de cigarros. Pensamos en despertar al Serrano, pero

decidimos que mejor que no. Al rato fuimos los dos, sigilosos, para ver si se había calmado. Estaba tieso, sentado al lado del jergón con los ojos abiertos. Seguía sonriendo. Sobre el charco flotaba el bicho, muerto también.

2.^o Premio

La Fula

Elena Dreser



Elena
Dreser

- Elena Dreser nació en Río Negro, Argentina. Reside en México desde 1969. Es autora de varios libros, así como de numerosas publicaciones en libros de texto, periódicos y revistas culturales.
- Ha obtenido diversas menciones y premios literarios nacionales. Destacan entre ellos: Premio Internacional “A la orilla del viento”, Fondo de Cultura Económica por su libro *Manuela color canela*; Premio Nacional de Literatura, Instituto Mexicano del Seguro Social; Premio Nacional de Literatura “Salvador Gallardo Dávalos”, Instituto Nacional de Bellas Artes / Instituto Cultural de Aguascalientes.
- Participa activamente en congresos nacionales e internacionales.
- Imparte cursos, talleres y conferencias en diversas instituciones culturales y educativas.
- Sus libros para niños integran las bibliotecas públicas y bibliotecas de aula de diversos países.
- Fue nombrada miembro correspondiente de la **Academia Latinoamericana de Literatura Infantil**. El nombramiento oficial le fue entregado en el congreso de LIJ, en Quito, abril de 2007.

Le pasó por buena. Porque siempre nos decía las respuestas. Le gustaba que los niños entendiéramos bien, por eso le pasó. Porque ni en la casa ni en la escuela quisieron contestarnos la pregunta; solo ella quiso. Y es injusto que nada más por eso, ahora la Fula esté acusada; y nuestras mamás anden recogiendo firmas para echarla del pueblo y que no pueda volver nunca jamás.

Fue el único argumento que se me ocurrió entonces. Creía que al declararlo con vehemencia lograría liberar a la Fula, y regresar al tiempo sin medida de aquel divertido verano.

Los adultos me escuchaban con un interés raras veces derrochado en una niña pequeña. Así que aproveché la oportunidad de ir agregando en cada versión algunos detalles que le daban color a la tragedia. Esos elementos de la atmósfera que siempre me impresionaban tanto como los acontecimientos, y que prefería callar; porque ya entonces vislumbraba que muchas de las imágenes esenciales para mí carecían de importancia para los demás.

Aunque en esa ocasión, el orden se había trastocado. Los mayores insistían en aclarar hasta la más insignificante particularidad de mi relato. En cambio, yo estaba segura de que los pormenores de aquel episodio se me enredarían con el crecer de los años. Pero lo ocurrido allí, en casa de la Fula, permanecería en mí tan indeleble como la mancha roja de mi frente que mamá explicaba como su antojo insatisfecho por una hermosa dalia de un jardín ajeno.

Tantas veces me hicieron contar aquello: primero en casa, luego ante la junta de vecinos y por último ante el comisario, que todavía conservo en mi memoria gran parte de lo que dije en mi inútil defensa por la Fula.

Lástima que nunca se me ocurriera preguntarle si ese era su verdadero nombre. Todos le decíamos *Fula*, hasta su hijo; y este trato del chico le inyectaba más controversia a su maternidad. Muchos dudaban que ella hubiera sido capaz de parirlo, aunque mi madre no opinaba igual. *“¿A quién se le ocurre –decía– que una persona soltera se eche la carga de lidiar con un crío ajeno? ¡Ja! ¡Y menos la Fula, que de abnegada y maternal no porta ni la sombra!”*.

Bartolo tenía mi edad. Aún no ingresábamos a la escuela primaria, y el día era nuestro para jugar a escondernos uno del otro y, a veces, escondernos juntos. Correteábamos enlodados entre los sauces y la menta que crecía a orillas del canal. La Fula llegaba por las tardes a buscarlo. Se sentaba en el portal de mi casa con las piernas abiertas escondidas en sus pantalones demasiado amplios. Acostumbraba a encender un cigarrillo, y no se iba hasta consumirlo por completo. Fumaba despacio, como engolosinada, lanzando anillos de humo que yo intentaba atrapar en una danza repetitiva que parecía deleitarla.

Me llamaban la atención sus manos grandes y fuertes, y más aún sus tetas sin sostén que amenazaban escapar con cualquier movimiento; tenían apariencia de prisioneras dentro de esas camisas de hombre que ella usaba. Yo había establecido un paralelismo entre el tejido de las camisas de la Fula y el dique del pueblo: por ambos sentía la misma desconfianza. Se me figuraban débiles para sostener la fuerza de su contenido, y que de un momento a otro iban a desbordarse.

Mi madre y mi hermana atendían bien a la Fula; pero su trato parecía distante, opuesto a la cortesía acaramelada que prodigaban a otros invitados. Desde el principio, comprendí

que la Fula era diferente. Nunca sufrió aquella obsequiosidad cargante con que se abrumaba a los extraños, formalidades que me fastidiaban tanto, en especial, cuando pretendían que yo actuara igual con los hijos de esos extraños.

Aunque no todo me molestaba en aquellas interminables tardes de agasajos. Unas horas antes, cuando el olor a naftalina me avisaba que mi madre había abierto el baúl, yo corría a sumergirme en ese mundo de carpetas almidonadas con bordados en punto de cruz. Mamá separaba tres o cuatro juegos, y me permitía elegir a mí. Casi siempre me decidía por el de flores azules y amarillas. También mi hermana me dejaba opinar sobre flores: las verdaderas, las recién cortadas, las que ella dividía en dos frascos para luego colocarlos encima del camino de mesa con olor a naftalina.

Pero aquel verano trajo escasas visitas. Mi hermana aseguraba que era por culpa de la Fula, que nuestras amistades no venían por temor de encontrársela. Mi madre se enojaba. Insistía en que ella no le cerraba las puertas a nadie, como tampoco se las cerraría a la Fula; al menos no mientras respetara esa casa. *“Además, la pobre no tiene adónde ir, es rechazada en todos lados”* –decía mi madre, con cara de quien se está ganando el cielo–. *“Y es una tontera nomás, porque lo de ella no se contagia”*.

Y entonces, otra vez aquella palabra prohibida flotaba en el ambiente. Se pronunciaba en voz baja, con recelo y misterio. Yo hasta la identificaba con cierto sonido religioso, vibraba en tonos de hermandad como el órgano de la iglesia. La había escuchado a medias varias veces; era una palabra larga, difícil, y su índole esquiva me desafiaba a memorizarla. Lo solucioné a mi modo, dividiéndola en dos.

A pesar de que con Bartolo desentrañábamos cada día un nuevo secreto, nunca me atreví a indagar acerca de aquel término relacionado con su madre. Quizá yo consideraba desleal sacar ventaja de nuestro afecto o, sencillamente, prefería no arriesgarme

a quebrar la armonía. Por primera vez lograba tener un verdadero amigo, alguien con quien pasar horas sin aburrirme, porque ese compañerismo no había surgido de la imposición adulta que me obligaba a jugar con los tontos hijos de las visitas.

Cuando nos cansábamos de correr, Bartolo y yo nos convertíamos en alquimistas de nuestras propias sustancias o de las ajenas. Comenzábamos por ser unos inquietos fisiólogos y, al momento siguiente, religiosos que bendecían cadáveres de hormigas y ranas recién sacrificadas. También improvisábamos “la casita” con una cortina vieja colocada sobre los pequeños cipreses de verano. Esos pinos claros que nosotros conocíamos como “bosquecitos de la India”, y que parecían tan suaves en su redondez que se antojaba acariciarlos. Allí, con los muñecos, formábamos una gran familia. El papá era él; y la mamá, yo.

La tarde volaba rápido. Sabíamos que había llegado a su fin cuando rechinaba el portón de la calle; y la Fula entraba por el sendero con sus pasos largos y el tintinear de llaves en el pantalón. Aparecía con la puesta de sol, a esa hora en que los rayos oblicuos la iluminaban a trasluz, mostrándola más rubia, más alta y más fuerte todavía, como rodeada por un resplandor. Solo nos quedaban entonces unos cuantos minutos para recoger los juguetes y tomar una limonada, al mismo tiempo que ella fumaba su cigarrillo con toda la lentitud de que era capaz.

En ocasiones, comenzaba a llover tan de pronto que yo sospechaba de cierta complicidad del clima. Mi madre le servía a la Fula una taza de café, mientras Bartolo y yo devorábamos galletas de vainilla remojadas en leche caliente. Era una fiesta para mí tomar la merienda bajo el alero, allí, cerca de la lluvia. Las gotas rebotaban en la canaleta del patio y salpicaban mis piernas, a la vez que todo el aire se invadía con olor a alfalfa. La oscuridad avanzaba con prisa, y al rodear la casa nos aislaba por completo, como si no existiera nada más en el mundo que aquel pedazo de tierra donde alcanzaba a llegar la luz del alero.

Mi madre y mi hermana entraban a preparar la cena. Era cuando la Fula parecía disponer de todo su tiempo para nosotros. *“Fula, ¿qué son los relámpagos?”*. *“¿Y los truenos, Fula?”*. *“Fula, ¿adónde quiere llegar el agua que corre tan rápido?”*.

Ella no se limitaba a respondernos con ligereza. Tenía ingenio para ilustrarnos sus argumentos con ejemplos y dibujos, y hasta ideaba juegos con el fin de que entendiéramos mejor. Por eso, luego me pareció injusto que también mi madre firmara esa carta con la cual podían echarla del pueblo. Yo no había conocido a ningún adulto tan sabio como la Fula, ni tan paciente con los niños.

“¡Si pones los codos duros, la Fula te levanta en el aire!”.

Y me levantó.

Solo que al bajarme con lentitud me apretó demasiado a su cuerpo, se alzó mi vestido, y la hebilla del cinturón de la Fula me hizo un rasguño junto al ombligo. Medio año más tarde, en mis intentos porque la dejaran en paz, me referí a este episodio delante de los vecinos:

De puro buena ya no volvió a usar ese cinturón. Nunca más me arañó con la hebilla, y eso que todos los días me levantaba hasta arriba de su cabeza y me hacía bajar despacito, despacito, bien pegada a ella para no dejarme caer.

Por primera vez me expresaba ante tantas personas, y lo insólito era que me escuchaban con atención. Agregué que *“La Fula nunca nos regañó”* y que tuvo motivos. En aquel momento, recordé con intensidad la anécdota de *la casita*, cuando Bartolo y yo retozábamos amparados por los cipreses de verano. El juego en avance había tomado el rumbo de la curiosidad, y en nuestro entusiasmo no escuchamos el portón de la calle. De pronto la vi, mirándonos fijamente. El cabello rubio le caía despeinado, como siempre, y tenía las manos en los bolsillos del pantalón.

Me asusté. Entonces Bartolo también la vio, aunque él parecía tranquilo. Mientras yo buscaba algo con qué cubrirme; la Fula se quedó en silencio sin apartar sus ojos de mí.

La evocación de esta escena me hizo arder la cara, como si la gente que me estaba interrogando pudiera adivinar mis pensamientos. Únicamente agregué: *“En vez de enojarse, la Fula sonreía cuando hacíamos algo malo. Así de buena era con nosotros”*.

No se me olvida aquella tarde. Ella se alejó como siempre, silbando bajito hasta llegar al alero donde fumaba su cigarrillo. Jamás tomé una limonada con tanto miedo. La Fula no hizo ningún comentario, pero advertí en su mirada algo de pacto secreto que no dudé en aceptar. Después de este incidente, mi confianza en ella aumentó y mis conocimientos también; porque ya no era solo un cigarrillo el que se fumaba antes de irse.

Nunca se le hicieron los honores correspondientes a los invitados, por lo cual yo sentía que la Fula era alguien muy especial. A veces, se quedaba con los ojos quietos como suspendidos más allá del tiempo, luego arrastraba con los dedos su cabello hacia atrás, en ese gesto tan suyo que parecía renovar al instante sus pensamientos. Entonces, comenzaba a contarnos historias. Los temas eran tan antiguos que resultaban adelantados para mi familia: herbolaria, astrología, reencarnación, incesto...

La única que permaneció indiferente, ante el hechizo de tal sabiduría, fue mi hermana. En aquel verano, por fin, consiguió novio. Andaba muy linda con sus vestidos vaporosos, olía como las flores de acacia. Pero cuando ella se iba de paseo, yo me sentía desamparada. Mi madre debe haberlo notado, porque una de esas tardes permitió que la Fula se quedara a cenar. Y pronto la ocurrencia se volvió costumbre.

Jugábamos a los naipes, a formar sombras chinescas y a construir malabares con palillos de mesa. La Fula sabía mil entretenimientos, y hasta inventaba juegos. Algunos eran

vertiginosos, como el del caballito. Ese que después me exigieron contarle tantas veces que llegó a inquietarme el desgaste de las palabras; perdían sentido, igual a un poema aprendido de memoria:

Nos sentaba en sus rodillas al ritmo del iko iko. El que no aguantaba arriba, bien firme, perdía. ¡Y siempre perdía Bartolo! Yo me quedaba más tiempo en el caballito. Primero iba despacio, y después tan rápido que subía con furia las rodillas. Yo me resbalaba hasta chocar con el pecho de la Fula, y ahí seguía agarrada a las mangas de su camisa. Entonces, el caballito ya no iba tan rápido. Pero yo lo sentía más tieso, como que se enojaba.

No dije que cuando escuchaba los pasos de mi madre me bajaba con rapidez, presentía que a ella no le causaría gracia el juego. Por ese motivo, no lo supo hasta el final. Se enteró en plena catástrofe, cuando comenzaron a divulgarse tanto las simplezas, como los más absurdos disparates relacionados con la Fula. Algunos eran verdad; y otros, surgidos de la nada, brotaban audaces como hongos de jardín.

En el otoño anterior, habían llegado los primeros días escolares que acabaron con la magia de los entretenimientos. La Fula no quería dejarse ver en el colegio; así que mi madre nos acompañaba a Bartolo y a mí como si ambos hubiéramos sido hijos suyos. En pocos días aprendimos tan bien el camino, que echábamos a correr dejándola detrás. Pronto hicimos otras amistades, compañeros que vivían por el rumbo. Entonces, mi mamá nos guiaba solo un par de cuadras hasta comprobar que nos encamináramos juntos.

Las cercas de mi barrio estaban formadas por setos de tamariscos, salvo la tapia alta de la cancha de fútbol que la cubría un grandioso rosal silvestre. Nada como el perfume de estas flores para transportarme a la atmósfera de aquellos días de Villa Iris,

y de nuestras caminatas bordeando el rosedal; cuando era de ley ganar la rosa más grande, y de orgullo no llorar por las espinas.

Quizá aquella armonía hubiera continuado intacta, pero Bartolo se enfermó. Mi madre no me daba permiso de ir a verlo, y nadie tenía noticias de él. Por eso, cuando más tarde se armó ese tremendo zafarrancho, le atribuí toda la culpa a la enfermedad de Bartolo. Aunque lo cierto era que la Fula ya llevaba bastante tiempo alejada de mi casa. Fue por algo que no logré entender, porque la regla de “no intervenir en los asuntos de los mayores” se interponía como una barrera que me aislaba y me sumergía aún más en esa irrealidad de mi infancia.

Era la época de las advertencias. Mamá me hastiaba con tantas recomendaciones, insistía en mi obligación de obedecer en todo: a ella, a mi hermana y a mi maestra. Le había simpatizado la señorita Adela. *“Solo que es demasiado joven –aseguraba– para batallar con tantos mocosos malcriados”*. En cambio, yo la veía como la maestra ideal, perfecta; admiraba su piel cobriza y su acento norteño.

Y fue precisamente la maestra quien nos encaminó hacia aquella vivienda totalmente prohibida por nuestros padres. Nos dijo a los alumnos vecinos de Bartolo que pasáramos a preguntarle a la *“señora”* (fue la única vez que escuchamos nombrarla de ese modo), que nos informara acerca del niño, que nos dijera el motivo de sus faltas. O que mejor se presentara ella misma en la escuela, ya que aún no tenía el gusto de conocerla.

Ninguno dijo nada. No hubiéramos sabido qué decir. No contábamos con más información que los gestos desagradables de las señoras cuando escuchaban nombrar a la Fula, las sonrisas burlonas de los señores, y algunos cuentos que circulaban por ahí: si con la luna nueva se convertía en hombre, y si con la luna llena regresaba a su forma de mujer. Y la palabra aquella, todavía indescifrable para nosotros, a pesar de que ya estábamos aprendiendo a leer y a escribir.

No podía concentrarme en la clase. Nuevamente la palabra prohibida flotaba en el aire y me rebotaba en la cabeza. Esta vez, asociándola a una de las tantas recomendaciones de mi mamá: *“cualquier duda, cualquier palabra que no conozcas, se la preguntas a tu maestra”*.

Y se la pregunté.

En voz alta, así todos los niños conoceríamos la respuesta de una buena vez. La maestra abrió muy grandes sus ojos oscuros. Dio unos pasos hacia atrás, hasta apoyarse en el pizarrón. Pensé que no me había entendido, por eso repetí la pregunta con más fuerza. Jamás nuestra aula disfrutó de tal silencio. Los niños tenían el lápiz en la mano y la mirada en la señorita Adela, que perdía su tono cobrizo y resultaba una prolongación de su vestido blanco.

Cuando por fin hablé, fue solo para interrogarme: *“¿Dónde escuchaste semejante barbaridad?”* y *“¿por qué no lo preguntas en tu casa?”*. Entonces tocó la campana de salida. Y en lugar de embestir nosotros, corriendo como siempre, quien se precipitó en aquella ocasión fue la maestra. Nuevamente nos quedamos sin respuesta. Igual que en cada intento por quitar el caparazón, por desentrañar los sonidos de donde surgiera la imagen reveladora que le diera significado a esa palabra tan extraña y ya tan integrada a nuestra vida.

Los cinco o seis niños vecinos de Bartolo regresábamos entusiasmados por la oportunidad de conocer su casa. Aunque la incertidumbre nos hizo titubear a lo largo de todo el camino. Oscilábamos entre la determinante resolución de no ir, y el tentador impulso de aprovechar el pretexto. Porque si de algo estábamos seguros, era de que nuestros mayores nos habían ordenado obedecer en todo a la maestra.

Y le obedecimos.

La Fula nos hizo pasar a su única habitación. Era oscura, olía a eucalipto, a humedad y a sudor agrio. Parecía que allí

nadie fastidiaba con el brillo de los pisos ni con la blancura de las sábanas. Mi amigo estaba acostado en una cama demasiado estrecha para él, tenía un trapo mojado en la frente y un suéter enrollado en los pies.

Nos sentíamos importantes por el recado. Lo dimos atropellándonos con las palabras y con los codos. Después, nos quedamos serios y callados. Yo paseaba mi vista por los sartenes oscuros y las paredes manchadas. Me repetía mentalmente que estaba allí por órdenes de la maestra... porque mi mamá decía que la obedeciera... y que le preguntara todo lo que no entendía... pero la maestra no me había contestado la pregunta... en cambio la Fula nunca nos dejaba con dudas... ella siempre sabía responder... “¡Fula!”.

Y se lo pregunté.

La Fula detuvo su mirada sobre el piso sucio. Se llevó una mano a la frente, arrastrando sus cabellos hacia atrás. No repetí la pregunta. A pesar de nuestra expectación y de su silencio, yo estaba segura de que esa vez obtendríamos respuesta. La Fula suspiró hondo, dos o tres veces, con el semblante de un cansancio muy viejo. Levantó la vista. Sus ojos estaban más saltones que nunca.

Trató de explicarnos. Me consta que quiso hacerlo con palabras. Nos habló de la selección natural y de la supervivencia del más apto. Nos contó cómo ha funcionado, por siglos, en plantas y animales. También nos dijo que esta regulación de la naturaleza se ha venido anulando entre los humanos por causa de los nuevos recursos médicos.

Pero no le entendimos.

Nos habló de la gran cruz cósmica que formaron los astros en el momento de su nacimiento. Esa enorme cruz que le tocaba cargar, irremediablemente, hasta el fin de sus días; quizá, para saldar alguna cuenta kármica adquirida en existencias anteriores.

Pero tampoco le entendimos.

Nos quedamos con los ojos anhelantes, fijos en la Fula, esperando una de esas explicaciones claras que solo ella era capaz de ofrecer. Entonces, se alisó el cabello una vez más, y nos miró como si recién nos hubiera visto. Abandonó su tono melancólico, y nos hizo sentar alrededor de la mesa. De pronto, había recuperado toda su vitalidad de siempre. Actuaba igual que cuando nos enseñaba un nuevo juego. Y nosotros nos adaptamos de inmediato.

Comenzó por definirnos la ley de los opuestos. Nos demostró con ejemplos evidentes, la manera en que casi todo se complementa en el Universo. Recogió un papel del suelo, y lo limpió con la manga de su camisa. Antes de alcanzarle alguno de nuestros lápices, ya había tomado un trozo de carbón del hornillo. Esbozó una hermosa esfera, mitad blanca, mitad negra, con la división curva. Mientras la concluía, nos revelaba el símbolo oriental del Yin-Yang. Nos explicó que en algunas ocasiones se rompe este equilibrio de la naturaleza entre los aspectos negativos y positivos. Aunque también nos aseguró que no es tan nefasto como la gente piensa.

La Fula hablaba; y nosotros nos deleitábamos con sus enseñanzas. Pero no comprendíamos dónde estaba el contacto con nuestra pregunta, qué relación había entre esos maravillosos conocimientos y la palabra prohibida. No lo entendíamos. Como tampoco parecían entenderme a mí los mayores, cuando me hacían repetir este suceso una y otra vez:

Y ella, de puro buena que era con nosotros, lo hizo. Porque no solamente nos contestaba así nada más: la Fula siempre nos mostraba las cosas. Por eso fue que se desabrochó el pantalón. Y allí, en medio de aquel lugar con olor a eucalipto, se lo bajó hasta las rodillas. Entonces, los niños pudimos ver eso que nunca jamás vimos antes.

El primo mayor de Tito dice que hay una figura igualita en el museo de cera de París. Pero nosotros no vamos a París. Además, yo creo que es mejor aprender así, en natural, todo lo que quiere decir una sola palabra que suena a hermandad y a florcitas; aunque no se parece a ninguna de las dos cosas.

Ahora ya lo sabemos bien perfecto. Por eso es injusto que se lleven a la Fula, y anden recogiendo firmas para echarla del pueblo y que no pueda volver nunca jamás. ¡Si ella solo quiso contestar una pregunta!

Y aunque es seguro que la pobre se moría de vergüenza por mostrarnos eso, se aguantaba. Ni se enojó por la cara de asco que pusieron los niños, ni por los gritos que dio la tonta de Lucita. Al revés, parecía que ni le molestaba el escándalo.

Era verdad: no se inmutó. Recuerdo su sonrisa amplia y el brillo de sus ojos mientras permanecía en el centro de la habitación, de pie y con los pantalones enrollados en las botas.

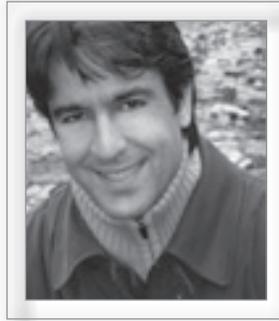
Los niños sabíamos que la oportunidad era única, y que además sería breve. A pesar de que no lográbamos reponernos de la impresión, nos incitaba el capricho por interpretar aquel enigma de tanto tiempo. La inquietante palabra al fin tomaba cuerpo, visualizándose en toda su brutal crudeza. Entre recelo y repulsión, nos sentíamos privilegiados de que se nos revelara, precisamente a nosotros, el secreto más codiciado del pueblo.

Y así fue. Ya nunca más volveríamos a relacionar “Herma...” con la hermandad de la iglesia, ni “Frodita” con las flores del jardín. Nuestra vieja creencia se profanó en un instante cuando enfocamos la mirada en aquel miembro, apenas más grande que el de un niño, y vimos debajo cómo se abrían generosos los labios que ocultaban, a medias, la prueba irrefutable de que la Fula sí pudo haber parido a su hijo.

1.^{er} Accésit

El grabador de silencios

Leonardo Resano Tejedor



**Leonardo
Resano
Tejedor**

Leonardo Resano Tejedor nació el 8 de marzo de 1972 en Pamplona.

Formación

- 1991-1994 Diplomado en Trabajo Social por la Universidad Pública de Navarra
- 1996-1997 Diplomado en Gerontología Social
Formación complementaria
- 1997-1998 Técnico Superior en Gestión Informatizada en el Instituto Navarro de Informática
- 2000 Curso de Internet Microsoft Explorer 5.0 en Meca-Rapid
- 2002 Curso de Celador de Instituciones Sanitarias en la Politécnica (250 horas)
- 2005 Curso-taller de creación literaria en la Universidad Pública de Navarra
Cursando la licenciatura de Psicología por la UNED

Experiencia profesional

- 2008 Conferencias impartidas en el Civiox de Iturrama organizadas por el Ayuntamiento de Pamplona dentro del ciclo “Ejercita la mente”:
 - Cómo funciona el cerebro. (octubre)
 - Gimnasia cerebral. (octubre)
 - Liberando la mente. (octubre)

- La atención. (noviembre)
La inteligencia. (noviembre)
El pensamiento. (noviembre)
La creatividad. (diciembre)
Trabajando las emociones. (diciembre)
Optimizando el cerebro. (diciembre)
- 2008 Curso “Taller de memoria” impartido en el Club de Jubilados Iturrara
- 2007-2008 Curso “Taller de memoria” impartido en el Civivox de San Jorge (Ayuntamiento de Pamplona)
- 2006 Curso “Taller de memoria” impartido en Elía (Ayuntamiento de Egües)
- 2005 Conferencia impartida en el Ayuntamiento de Burlada “La memoria al taller” con motivo del Día de las Personas Mayores
- 1998-2004 Profesor en la Universidad para Mayores de Navarra fomentando la educación intergeneracional (más de 200 horas de experiencia docente)
- 1998-2000 Coordinador cultural de la Universidad para Mayores en Navarra
- 2001-2008 Recepcionista contratado por la empresa de servicios ISS
- 1999-2000 Coordinador en el Servicio de Orientación de la Casa de la Juventud coordinando alumnos de Psicopedagogía y Psicología
- 1997 Prácticas como trabajador social en el Centro Psiquiátrico “Valle del Roncal” de Pamplona: 150 horas
- 1996 Prácticas como orientador juvenil en la Casa de la Juventud de Pamplona: 460 horas

Idiomas

- 1993 Conocimientos básicos de Inglés (Holborn English. Londres).

Otros datos de interés

- 2008 Finalista y accésit en el X Certamen de Relatos Cortos “Tierra de Monegros”
- 2008 Finalista en el VIII Certamen Literario “Carmen Martín Gaité”
- 2008 Finalista y publicación en el Tercer Certamen de Relatos Breves “El País Literario”, organizado por el diario *El País*
- 2005 Diploma y finalista del Premio Internacional de Cuentos Max Aub
- 2003 Publicaciones en el libro *Nuevos escritores de la poesía española* (Ed. Jamais) y en la revista *Una vez en Pamplona- Iruñean behin*
- 2000 Coautor en la redacción de la Guía para el Mayor en la Comunidad Foral de Navarra (2.ª edición)

Primer silencio

Llega el postre y los invitados ya están en ese momento en el que el vino habla por los codos. Araceli mete mano a su pareja por debajo de la mesa. Marta se sonroja y le dice al oído que se esté quieta. Óscar, el anfitrión, preside la mesa y sigue hablando de sus habilidades para poseer tres hoteles y dos restaurantes mientras su esposa escucha orgullosa. Haciendo esquina, Juan Pedro explica a Martín y Teo cómo ha salido de la depresión que le causó el robo de su Audi. Olga se suelta un botón más del escote intentando llamar la atención de Martín que está enfrente, mientras Soraya, a su lado, le explica que sus tetas son naturales y solo se ha retocado la nariz.

–Por cierto, Martín –le llama Óscar–, ¿aún sigues con esa estúpida tesis de grabar silencios?

–Si fuera estúpida, el silencio también lo sería; por eso tú no callas.

–¿De verdad que grabas silencios? –comenta Olga entusiasmada mientras echa la cabeza hacia atrás mostrándole el cuello–. ¡Qué original!

–Grabo situaciones en las que el silencio se escucha.

–¿Y eso te va a dar dinero? –pregunta Juan Pedro con tono de burla.

–Me va a dar la satisfacción de hacerlo.

–A mí me parece muy interesante –insiste Olga mientras se estira y sus pechos parecen querer salir disparados.

Mientras, Teo empieza a arrepentirse de haber invitado a Martín en vista de lo mal que se lleva con Óscar y lo poco que

encaja con el resto de antiguos compañeros de universidad. Martín ha aceptado porque venía Olga y por su tesis. A Olga hacía tiempo que no la veía ni se acostaba con ella y, respecto a su tesis, la iba a poner en práctica esa noche.

–¡Pero si grabas silencios no vas a escuchar nada! –comenta Marta mientras quita la mano de Araceli de entre sus piernas.

–Esa es una buena pregunta –responde tranquilo Martín.

–Entonces es absurdo –añade Soraya–. El silencio es el mismo.

–No lo es y puedo demostrarlo.

–A tus años y aún en Babia. Deberías echarte novia, centrarte y sentar la cabeza –comenta Óscar.

Óscar parece envidiarle y no puede evitar, cuando ya lleva dos rayas de coca en sendas ausencias al baño, mostrarle su desprecio. Lleva toda la noche intentando quedar por encima aludiendo a su patrimonio (único camino a la felicidad) y su preciosa mujer de “buena familia”. No soporta que Martín tenga cierto carisma.

–Muy bien –responde indiferente Martín–. ¿Queréis que grabe ahora mismo una situación donde el silencio se note?

–¡Me encantaría! –se entusiasma Olga.

–Sí, sí. ¡Venga! –le animan todos.

–¡Vamos, hombre! ¡Grabar silencios! No sé dónde tienes la cabeza –insiste Óscar.

–Lo importante no es dónde la tienes sino lo que hay dentro de ella –sentencia Martín–. Como en la tuya, cuando todos los jueves pasas por el puticlub *La Magdalena* para follar con Lola.

Silencio.

–¡Óscar! ¡Si es verdad te dejo! – se altera Sonia, su mujer.

–Antes de dejarle, Óscar debería saber que algunos conocemos tu pequeña cicatriz en la nalga izquierda y que te encanta hacer el amor con las medias puestas.

Óscar se pone rojo y aparece un tic en su ojo derecho, Sonia tose.

–Por no decir –continúa Martín– lo que pasa en la cabeza de Juan Pedro, que se deprime porque le roban el Audi con el que no va a visitar a su madre desde que está con alzhéimer en casa de su hermana. Mientras, adopta un niño peruano por seis euros al mes.

¿Y Soraya? Trabaja en una agencia de belleza y está acabando con su belleza natural. No vas a ser más bella por tener las tetas en punta, Soraya. Nos gustabas más antes, cuando eras tú.

También tenemos a Marta y Araceli, comunistas hasta la médula y propietarias de cinco pisos donde, supongo, preparan sus discursos contra la especulación –concluye Martín.

Silencio.

Martín enciende la grabadora.

Teo y Olga resoplan aliviados. Araceli está pensativa mirando el techo y la pierna izquierda de Marta parece un taladro. Juan Pedro se sujeta la cabeza con las manos y mira a su plato. Soraya juega con sus pulseras mientras se le escapa una lágrima. Óscar está rojo y mirando fijamente a Martín. Sonia parece una olla exprés a punto de explotar y mira fijamente a su marido. El aire se materializa, toma forma y pesa. Es incómodo e irrespirable. Teo se rasca la barba. Olga tose. El comedor está cargado, lleno. Los invitados, ahora, casi inmóviles, como si fueran una fotografía. El silencio se hace notar.

–¡Te has pasado, Martín! –rompe la situación Teo.

–Quince de abril, silencio incómodo en casa de ricos –Martín apaga la grabadora–. ¿Habéis notado el silencio? Ahora os explicaré cómo se identifica en la grabadora. Primero...

–¡Fuera! –le interrumpe Óscar señalándole encolerizado.

Segundo silencio

Martín desliza con cuidado la braga a la vez que besa las piernas de Olga. Después las acaricia con la yema de los dedos mientras ella se estremece.

–No... –susurra Olga.

Ahora los besos se dirigen hacia arriba, hasta las cercanías de su sexo, mientras Olga, abre más las piernas y se le eriza la piel. Al rato Martín se incorpora y, mientras la besa, introduce su miembro en ella.

–Sí... Sigue... –gime Olga.

Rítmicamente se funden entre sudor, placer e instinto. Olga clava las uñas en la espalda de Martín y, este, une los gemidos de placer a los de su compañera.

–¡Ya! ¡Ya! –exclama Martín.

–¿Ya? –se decepciona Olga.

–¡Es que hace mucho que no estoy con una mujer y estás muy buena!

Olga se siente halagada y le anima a masturbarla. Martín se vuelve a excitar. Al rato su miembro se recupera.

–¡Vaya! ¡Estamos de suerte! –se anima Olga.

Esta vez el clímax alcanza primero a Olga y a los pocos segundos le llega a Martín, que deja su miembro dentro. Ella esboza una sonrisa placentera y le abraza.

Silencio.

Martín estira el brazo y enciende la grabadora que está en la mesilla.

El aire que inunda la habitación es agradable. Una sensación de desconexión se hace notar por todos los rincones. Se escucha un vacío que aísla y protege a los amantes. Olga tiene los ojos cerrados

y parece escuchar una sinfonía celestial. Es un silencio suave y cómodo, un silencio reposado, sublime. Olga abre los ojos.

–¡Martín! ¡Estás grabando! ¡No me digas que me estabas utilizando para la tesis!

–Dieciséis de abril, silencio placentero en casa de amante.

–¡Martín!

Tercer silencio

–El Señor esté con vosotros.

–Y con tu espíritu.

–Demos gracias al Señor, nuestro Dios.

–Es justo y necesario.

–En verdad es...

Martín espera impaciente a que su amigo Isaac, párroco de la *Paloma*, diga la palabra oremos. Ha hecho un trato con él para que alargue el silencio que viene después de esa palabra. Mientras los fieles se levantan, se sientan, se arrodillan y vuelven a levantarse, Martín piensa en lo fascinante que es grabar las oraciones o peticiones de los fieles. Es como si ese silencio lleno de peticiones, perdones o vete a saber qué, lo inmortalizase.

Después de unas cuántas respuestas automáticas y algún concurso de canto entre las mujeres de las primeras filas, llega el momento.

–Oremos... –exhorta solemne Isaac mientras dirige a Martín una ligera sonrisa.

Silencio.

Martín enciende la grabadora.

Hay un vacío tremendo. Se nota la suma de muchos silencios. Martín comprueba que a más gente más ruido hace el silencio. Este es reflexivo e íntimo. Isaac lo alarga más de lo habitual, por lo que empiezan a oírse toses mientras él sigue inmóvil con los brazos extendidos. Las toses se empiezan a convertir en pequeños murmullos cuando se cumple el segundo minuto. Isaac impasible. Ahora parece como si la tos fuese contagiosa pues se ha propagado por más y más fieles. Ni caso. Aparecen los “ejem” unidos a movimientos nerviosos de pulseras. El tiempo sigue pasando. Un monaguillo tira de la sotana de Isaac. Este le hace un gesto para que vuelva a su sitio. Ahora los murmullos parecen conversaciones y las cabezas van de un lado a otro buscando explicación. Finalmente el sacristán sale de la sacristía e interviene.

–Don Isaac, continuemos.

–Veinte de abril, silencio litúrgico –Martín apaga la grabadora.

–¿Este es el tiempo que necesitáis para arrepentiros? ¿Cuatro minutos? Si se propagara vuestra fe como los tosidos otro gallo cantaría –protesta Isaac a la vez que le hace un guiño a Martín–. Podéis ir en paz –concluye.

Mientras la gente abandona sorprendida la Iglesia, Martín se acerca a su amigo cuando este termina de hablar con una mujer.

–Que no, Paquita, que invitar a cenar a don Jaime no es pecado y no me venga a confesar por llevar escote. Vaya con Dios.

Martín agradece a su amigo haberle dejado grabar. Isaac le lleva a la sacristía donde les espera un plato con jamón, pastas, chorizo y buen vino.

–No voy a decir el tópico de lo bien que vivís pero ya lo he dicho –comenta Martín.

–¡No querrás que nos muramos de hambre! Dios recompensa los esfuerzos que hacemos con gente como tú. Eres amigo mío y no vienes nunca a misa.

–Dios me ha dicho que no venga y que te diga que no es perfecto.

–¡No digas tonterías! –protesta Isaac.

–Uno no puede ser consciente de su perfección si antes no ha sido imperfecto porque necesitamos la comparación para darnos cuenta. Por eso Dios ha sido el Diablo, para darse más cuenta cuando ha viajado a la perfección. Dios y el Diablo son lo mismo.

–¡Ya estamos!

A Isaac le encantan estas discusiones con Martín. Después de oír alguna que otra simpleza en el confesionario y atender las catequesis, agradece que alguien le plantee estas dudas, que no dejan de resultarle interesantes.

–Bueno, dejemos semejantes barbaridades para otro día, coge ese altavoz y subamos al campanario –corta la conversación Isaac.

Mientras Argos les acompaña con un hueso en la boca, los dos suben la empinada escalera de caracol que lleva al campanario.

Una vez allí, Isaac pide a Martín que le ayude a tirar de la cuerda.

–A la de tres y fuerte, que pesa lo suyo –avisa el párroco.

Tiran fuerte de la cuerda y la primera campanada suena débilmente. Tiran más y la cuerda empieza a coger ese movimiento que facilita la labor mientras suenan más y más campanadas. De repente, Argos se lanza a morder la sotana al párroco.

–¡Qué manía tiene este perro cuando escucha las campanas!

–Será un perro satánico –sonríe Martín a la vez que sigue tirando.

Ahora las campanadas suenan potentes por todo el barrio. La gente se pregunta sorprendida si no pasará algo. Las campanas repiquetean a una hora que no es la habitual, suenan a emergencia y muchos se encaminan hacia la Iglesia por si el párroco les necesitara.

–¿Sabes que se va a llenar esto de gente, Isaac?

–Sí, pero he decidido soltarles un discurso a deshora y desde aquí. Me afectó lo que me dijiste que para despertar el interés Dios huye de la rutina. Noto a la gente aburrida en misa. Seguro que si me ven aquí subido no me quitan ojo.

Cuando el número de fieles llena los alrededores de la Iglesia, Isaac se pone de pie en el campanario y pide el altavoz a Martín que mira atónito a su estrafalario amigo.

Penúltimo silencio

El teléfono grita a Martín por tercera vez. Son las seis de la mañana y, ya harto, lo desconecta sin alarmarse pese a la hora. Cuando está de nuevo atrapando el sueño, este huye ante un fuerte timbrado. Se levanta y abre la puerta, es Teo.

–Olga se ha suicidado.

Silencio.

Teo y Martín llegan los últimos. Han pasado dos días desde la tragedia. Una densa niebla cubre el cementerio cuando el padre Isaac se dispone a decir las últimas palabras.

–Acoge en tu seno Señor a...

Un sonoro grito interrumpe a Isaac. Es Soraya que no controla la emoción. Marta y Juan Pedro acuden a consolarla.

–Tranquila, calma.

–¡Mi pecho, me duele, algo pasa con la silicona –grita alarmada Soraya.

Isaac se santigua y mira al cielo agitando los brazos, Teo y Martín se miran sin saber qué decir, Óscar llama por el móvil a una ambulancia ante la crisis nerviosa de Soraya y por si esa inesperada situación fuera grave para su salud. Los familiares tienen los ojos clavados en Soraya. Finalmente, Araceli, ayudada por Marta y Óscar, la saca del cementerio.

Después de este revuelo, Isaac termina con la ceremonia rápidamente por lo que pudiera acontecer.

Juan Pedro y Teo se retiran pensativos. El padre de Olga coge un puñado de tierra, la besa, y la arroja a la tumba de su hija. Finalmente los familiares se van con el rostro afligido y lento caminar.

Martín se queda solo con Isaac. Saca de la cazadora una cruz echa con abalorios unidos por un alambre y la deja al lado de la tumba. Ha hecho esa cruz con los abalorios que Olga se dejó en su casa la última noche que estuvieron juntos. Se retira cabizbajo acompañado por Isaac.

Argos se sube a la tumba. Olisquea la cruz que ha dejado Martín y, de un mordisco, la agarra.

El cementerio se queda solo mientras Argos persigue a la desolada procesión de familiares y amigos moviendo alegre el rabo y con la cruz en la boca.

Silencio.

Último silencio

La luna llena enfoca el tambaleante caminar de Martín que carga con una escalera al hombro por las calles solitarias. Después de grabar durante dos años cientos de silencios ha decidido terminar la tesis con un estruendoso silencio final. La muerte de Olga afectó a su forma de entender la vida y tras muchas reflexiones nocturnas, Martín ha entendido mejor el principio de la dualidad. No sabríamos lo que es el ruido si no existiera el silencio. A más silencio, mejor ruido. Una conversación suena mejor con silencio de fondo que en un abarrotado bar. Si no existiera la tristeza no sabríamos lo que es la felicidad o, sin duda, no seríamos conscientes de ella. Así pues, a más muerte, más vida. Martín se va a colgar de una farola de la avenida *Porvenir*. Comprobará así el principio de la dualidad y, cuando le vean, el silencio macabro será apoteósico.

Deposita la escalera al lado de la farola y la despliega. Coge la soga, se la ata a la cintura y sube hasta el foco. Una vez arriba la engancha bien a la farola y prueba el nudo corredizo. Todo perfecto. Mira el reloj. Las dos de la mañana.

Por fin aparece Mateo, el mendigo de *La Paloma*.

Mateo se acerca sonriente con una botella de vino en la mano. La media boina que conserva en su cabeza deja paso a cuatro pelos blancos que asoman entre los jirones. En las orejas lleva dos plumas de paloma y toda su indumentaria parece sacada de una película en blanco y negro. Saluda a Martín.

—¿Ya tiene usted todo preparado? —pregunta Mateo—. Nunca he asistido a un suicidio.

—Mire, en cuanto me vea colgado encienda la grabadora y después la manda por correo a Teo a la dirección que le he entregado. ¿Ha entendido todo?

—Creo que sí, excepto el por qué va a matarse. Bien, puede empezar.

Mateo se sienta cómodamente en la acera y, con la cabeza para arriba, observa cómo Martín empieza a rodear su cuello con la soga. La escalera tiembla mientras tiene ya todo preparado. Un empujón con los pies y el vacío le espera.

–¡Ánimo! Solo es un empujón –le grita Mateo entusiasmado.

En el momento definitivo Martín observa desde arriba a un perro. Sin explicación lógica alguna, desiste de su tarea, se quita la soga y baja.

–Algo me ha pasado, Mateo, ese perro...

Mateo le rompe la botella de vino en la cabeza. Mientras Martín cae al suelo, saca una navaja del calzetín y se acerca.

–Si no se suicida deme la cartera, vamos.

–Déjeme, he visto la solución. La muerte es el parto a la vida. Ahora hay ruido, luego silencio. Pero antes de disfrutar del silencio quiero vivir más ruidos para que este sea mayor.

–La de chorradas que me está diciendo este loco. ¡La cartera, vamos!

Martín no la lleva encima. Mateo piensa que la idea de verle colgado era interesante. Le atraviesa el estómago dos veces y, finalmente, le remata en el corazón.

Mateo sube por la escalera y, una vez arriba, desliza la soga hasta la calle. Ya abajo se la pone a Martín en el cuello y comienza a estirar. El cuerpo queda colgado en el vacío tambaleándose mientras algunas gotas de sangre salpican la calzada. Mateo le ha puesto su media boina en la cabeza antes de ahorcarle.

–¡Qué loco este hombre! Creo que he hecho bien en matarle.

Mateo apaga la grabadora. La tira al suelo y la pisa.

–¡Grabar silencios! –grita mirando a la luna– ¡Pero si el silencio no existe! ¡Qué loco! ¡Ay, el ruido de mi cabeza! Ya viene, ya viene el silencio.

Mateo se va sujetándose la cabeza con las manos y llorando. Martín descansa colgado en la farola con la media boina en la cabeza y expresión apacible. Argos olisquea la farola, levanta la pata y orina. Deja la cruz que lleva en la boca al lado de Martín y se marcha.

Silencio.

2.º Accésit

Malévolas libélulas

Miguel Ángel Carcelén Gandía



Miguel
Ángel
Carcelén
Gandía

Miguel Ángel Carcelén Gandía (Villalgordo del Júcar, Albacete, 1968) compagina su trabajo como funcionario con su afición a la literatura. Es escritor, articulista de prensa y durante un tiempo ejerció de director de Publicaciones Acumán, editorial solidaria que destina todos sus beneficios a financiar proyectos de ayuda al desarrollo en países empobrecidos en colaboración con distintas ONG. Cuenta en su haber con más de doscientos reconocimientos literarios, colaboraciones en revistas de creación literaria como *Barcarola*, *Calicanto*, *Pandemonium*..., y ha publicado una veintena de libros, la mayoría de ellos novelas, aunque también ha experimentado con el cuento infantil en *Tornillo*, *Adriana y el Caracol*. *Cuentos para la solidaridad*, y el ensayo en los dos tomos de *Mi mochila*, recopilatorios de artículos periodístico.

Forma parte de la antología *A cielo abierto. Narradores de Castilla-La Mancha*, y ha ejercido como jurado en varios certámenes. Los títulos de sus novelas son: *Aunque sea lunes* (Premio Ciudad de Toledo); *Ojalá que nos veamos en Macondo* (Premio La Manchuela); *¿Oíste al mirlo silbar mi nombre?* (Premio de Novela Negra Diputación de Albacete); *Turno de Noche* (Premio de Novela Corta Ciudad de Móstoles); *No me esperes, corazón* (Finalista Premio de Novela Rodrigo Rubio); *Cólera y azogue para Ailene* (Premio Joven Universidad Complutense); *Crepúsculo de párpados* (Premio Carolina Coronado); *Las lágrimas de un clown* (Premio Ciudad de Dueñas); *Traje de sombras, vida de luces* (Premio de novela corta Ayuntamiento de Ciudad Real); *Igual que un colibrí* (Premio de

Novela Fundación Dosmilnueve de Zaragoza) y *Grillos de setiembre* (Premio de Novela Ayuntamiento de Ciudad Real); *Rinconillo* y *Cortadete* (Premio de Novela Creativa de Palomares del Río).

Como cuentista ha recopilado algunos de sus relatos premiados en el libro *El silbo de la ocarina*, su último libro publicado.

Publicaciones:

Novelas:

Aunque sea lunes (Premio Ciudad de Toledo); *Ojalá que nos veamos en Macondo* (Premio La Manchuela); *Grillos de setiembre* (Premio de Novela Corta Ayuntamiento de Ciudad Real); *¿Oíste al mirlo silbar mi nombre?* (Premio de Novela Negra Diputación de Albacete); *Turno de Noche* (Premio de Novela Corta Ciudad de Móstoles); *No me esperes, corazón* (Finalista Premio de Novela Rodrigo Rubio); *Cólera y azogue para Ailene* (Premio Joven Universidad Complutense); *Crepúsculo de párpados* (Premio Carolina Coronado); *Las lágrimas de un clown* (Premio Ciudad de Dueñas); *Traje de sombras, vida de luces* (Premio de Novela Corta Ayuntamiento de Ciudad Real); *Igual que un colibrí* (Premio de Novela Corta Fundación Dosmilnueve).

Libro de cuentos: *Tornillo, Adriana y el Caracol. Cuentos para la Solidaridad*.

Recopilaciones de artículos periodísticos: *De mi mochila* (dos volúmenes).

“Inestimables aliadas de la polinización, las libélulas son repudiadas por las gentes ignorantes creyéndolas malditas. En no pocas zonas de la Península reciben el nombre de caballitos del diablo”.

KARL LINNEO (*Iter Hispanicum*, 1758)

–Dicen que Bárbara Rey está liada con un personaje importante.

–¿Es del pueblo?

–¿Quién?

–La Bárbara esa.

–¡Qué va! Es una artista que estuvo casada con Ángel Cristo
–explicaba la muchacha.

–¡Ay! A mí de políticos no me hables, que no entiendo.

Así solían ser los diálogos entre Almudena y su hijo Juan Evencio, absurdos como guiones de Buñuel.

–Tengo noticias frescas, madre.

–¿Para cuento o para novela?

–Casi mejor para cuento, aunque también podrían dar para novela corta.

–A ver.

–Las trajeron los aires de la anochecida, pero no presté atención al lugar en el que sucederá.

–¿No será por aquí cerca? –se interesó la joven.

–No, descuida, el nombre del lugar era impronunciable, de casi más allá del extranjero.

–¿Y?

–Mira, una mujer, para cobrar el seguro y deshacerse del estorbo de su marido tetrapléjico lo abandonó en un cuarto donde pululaban las ratas. Dejaron el cuerpo irreconocible.

–Es desagradable, pero podría valer; el editor es cada día más exigente. Dice que una vez que te has creado un nombre en el mundillo literario la gente solo admite que lo que escribas sea mucho mejor que lo anterior.

–Idioteces.

–A saber...

Almudena dominaba a la perfección la técnica narrativa, si bien la imaginación nunca estuvo de su parte. “El mérito no es mío –decía cuando alababan sus creaciones–, me limito a construir esqueletos de edificios que ha de armar Juan Evencio”.

–¿Quién es Juan Evencio?

–¿Otra vez? ¿En cada entrevista lo tengo que repetir? –se impacientaba la escritora.

–No, en serio, esta vez díganos la verdad.

–La verdad es la de siempre: Juan Evencio es el espíritu de mi hijo.

Los periodistas componían un gesto de fastidio conocido. “La gente famosa ya no sabe qué inventarse para parecer interesante”, murmuró el encargado de la página literaria de un prestigioso semanario. Ella alcanzó a oírlo y le dedicó la más gris de sus miradas y el más ácido de sus comentarios, a partes iguales: “Mire, buen hombre, si no se lo cree es problema suyo, no tiene por qué hacer juicios de valor sobre mí, lo mismo que yo no comento que las sandeces de los artículos que usted firma las escribe una prima de su mujer a la que satisface sexualmente”.

Tales salidas de tono se mostraban tan delirantes como temidas, lo que le valían una apetecible inmunidad. Su editor

era, quizá, quien más había sufrido el genio de Almudena, por eso acabó transigiendo con que en todas sus obras, junto a su nombre, apareciese en letra gótica cursiva: “Con la colaboración de Juan Evencio”.

–¿Y tiene que ser letra gótica, precisamente? -refunfuñaba, sin mucha convicción, el editor.

–Es un capricho de Juan Evencio, y no te imaginas lo insoportable que se pone cuando no se le da el gusto.

Almudena no se esforzaba en luchar contra las apariencias, a los dieciséis años supo definitivamente que había perdido esa batalla. Mujer sensible y sincera tomada por lunática estrafalaria.

–¿Cómo fue la presentación, madre?

–Bien, bastante bien; si el libro se vende como los anteriores ya tenemos para ir tirando un par de años más.

–¿No sucedió nada especial? –insistió el niño.

Ella entornó los ojos y meneó la cabeza chasqueando la lengua:

–Si lo sabes, ¿para qué preguntas?

–Madre, lo que te cuento es solo para que te ganes la vida novelándolo, no para que se lo echas en cara al interesado cada vez que pierdas los nervios.

–Ese Bermúdez se puso muy impertinente y lleva meses buscándome las cosquillas; mentar a la guarra de la prima de su mujer y callarse él fue todo uno.

–¡Madre...!

–Vale, vale, prometo no volver a hacerlo, pero que conste que fue por defenderte.

Almudena arrastraba una vida cómoda, encastillada en su casona de pueblecito serrano madrileño solo interrumpía su afición a los programas de cotilleos televisivos cuando tenía que conceder

entrevistas, dictar conferencias o presentar algún libro. El resto del tiempo vegetaba ante el televisor, hundida en un sillón espumoso enfermo de escoliosis y atragantándose de palomitas de maíz y refrescos con burbujas que luego vomitaba voluntariamente para conservar la línea.

–Madre, si las palomitas no engordan... –advertía el hijo.

–Ya sé que las palomitas no engordan, la que engordo soy yo... –sonreía tras vaciar el estómago con un regusto ácido todavía en el paladar– Juanito, ¿en serio que no sabes nada sobre el lío de Bárbara Rey con el...

–¡Pero madre...! –atajaba el chiquillo con entonación propia de adulto desarmado.

Cada cierto tiempo abandonaba el refugio del sillón y se enfrentaba a la pantalla del ordenador para dar forma a algún argumento que su hijo le había suministrado. Juan Evencio, como buen espíritu puro, tenía acceso a todo cuanto estaba por suceder:

–Madre, comentan por aquí que dentro de unos meses un celoso compulsivo suicidará a la mujer de su vida cortándole las venas. Manejando su mano inerte escribirá con la sangre de la amante: “No aguanto más”.

–¡Qué literario te pones para contarlo!... No es una historia muy original.

–Adornándola un poco aquí y allá puede quedar muy bien; verás cómo le gusta a tu editor.

–Bueno, por probar... Dime, ¿va a suceder lejos?... Hijo, ¿qué te pasa? Es la primera vez que te veo llorar..., no sabía que los espíritus llorabais.

–Sí, fíjate, ¡qué cosas!... No es nada –decía, intentando esconder el arrebol instantáneo de sus pálidas mejillas tras las manitas transparentes, y luego, de pronto, alertó: Arréglate, que dentro de siete minutos y medio llega tu amiguito.

–¿Dani?! ¡No puede ser! Es mañana cuando le toca... ¡Dios mío! Si estamos ya a jueves..., y yo con esta facha. ¡Ah!, y no le llames amiguito con retintín, Dani es un buen hombre.

–Sí, de visita.

Dani representaba el papel de amante devoto; Almudena no consentía que su relación fuese más allá de la mera práctica de gimnasia sexual en sesiones semanales.

–Almu, por favor, déjame que vuelva mañana.

–Eso ya está hablado, quedamos en que nos veríamos cada quince días. De más hago recibéndote todas las semanas.

–Pero, Almu, yo te amo.

–Y yo no, ¿cuántas veces te lo tengo que decir? Las cosas me agradan tal y como están, no hay por qué cambiarlas.

–Hay alguien más, ¿verdad? –sospechaba al más puro estilo de las telenovelas venezolanas.

–¡Nadie, Dani, nadie! Sólo tú y Juan Evencio.

–¡Encima! ¡Encima me quieres tomar por imbécil! No empieces otra vez con lo de tu hijo.

Almudena había intentado varias veces que su amante conociese a Juan Evencio, pero por más que este se paseaba ante él, Dani era incapaz de ver nada.

–¿De verdad que no lo ves?

–Almu, por favor, esto es ridículo. Voy a tener que darle la razón a los que dicen que estás como una regadera.

–Juanito, haz algo para que te vea Dani.

–Madre, no te empeñes, si no me ve, no me ve. Ni soy una atracción de circo ni debo cambiar lo que ha de ser.

–¿Ni siquiera lo oyes? –insistía ella haciendo caso omiso de las palabras de Juan Evencio.

–¡La leche jodía! –daba por toda respuesta el hombre.

En lugar de gato o acuario con peces neón y carpas chinas Almudena tenía a Dani. Le daba algo de calor sin ningún compromiso y no debía ocuparse de su alimentación ni de sacarlo a pasear al atardecer. No quería nada más. No podría querer nada más; para el amor se había inutilizado a los dieciséis años.

–¡Juanito, estáte quieto un momento! –chillaba desde su sillón.

Al momento cesaban los golpes del piso de arriba y aparecía un niño transparente por la puerta de la sala:

–¿Qué querías?

–No, nada, que dejases de armar jaleo, estaba viendo un reportaje sobre Chábeli Iglesias y apenas me enteraba de algo.

–¿Sobre quién?

–Chábeli Iglesias, la hija del cantante. Hace unos meses se retocó los pechos y esta semana se ha operado las neuronas; ya sabe hacer la o con un canuto y en breve podrá memorizar la mitad de la tabla del uno.

–¡Coño!

–¡¡Ju-an E-ven-cio!! –siempre que deletreaba su nombre completo sabía que amenazaba rapapolvo–, mil veces te he dicho que no te quiero oír decir palabrotas, ¿entiendes?

–...

–No levantas dos palmos del suelo y hablas peor que un carretero.

–Ya tengo once años, madre –sacaba genio Juanito.

–¿Y aún me contestas? ¡Vete a tu cuarto! ¡Y sin cenar!

La figura se desvanecía en el aire. No iba a su cuarto, que no lo tenía, y ayunar no representaba privación alguna para un espíritu. Ella quedaba colérica un momento, intranquila después, para acabar sintiéndose arrepentida.

–Juanitoooo, Juan, Juanito... –llamaba con voz melosa mientras el locutor de turno hablaba de la enésima boda del año.

El niño –que, como buen espíritu, era pronto dado al olvido– se materializaba junto al televisor.

–Ven, Juanito, que te voy a contar un cuento.

Y él se dejaba querer arrebujándose en su regazo. Almudena contaba historias de sus abuelos, y de los abuelos de sus abuelos, remontándose en su genealogía hasta llegar a la cueva de Altamira.

El timbre había sonado. Era Dani, pero no le abriría. Hoy la tarde y la noche las consagraba a su hijo. Dani insistía, sabía que ella estaba dentro. Y no estaba sola..., podía oír su voz. Aporreaba la puerta, desfondaba el timbre, gritaba en el quicio: “¡Almudena, abre!”. Inútil. Madre e hijo se acababan de embarcar en la nao capitana de la flotilla de su ilustre antepasado, don Diego de Lebriles Vega, rumbo a las recién descubiertas Indias. Mañana sería otro día.

El teléfono había comenzado a sonar a las seis y media de la madrugada:

–Almu, anoche no me abriste, ¿con quién estabas?

–Dani, todavía no ha amanecido, haz el favor de...

–¡Eres una puta aventajada!, dime, ¿con quién estabas?

–¡Con tu puñetero padre! –y colgó el auricular en el clavo saliente de los pies del crucificado que velaba sus sueños; los gritos insultantes de Dani le llegaban desde allí como un bisbiseo que hizo las veces de nana.

A mediodía el teléfono seguía dando señal de comunicando. Almudena, mientras se peinaba, discutía la situación con su gemela invertida. Pasaba tanto tiempo ante el espejo que, a veces, su imagen tardaba unos minutos en desdibujarse del azogue. Dani se había excedido, cierto, no obstante tenía motivos para hacerlo.

“Tal vez sea demasiado pedirle que acepte unas circunstancias tan anómalas”, y al pensar esto en voz alta miraba de reojo a Juan Evencio.

–Juanito, ¿qué te pasa? Es la segunda vez que te veo llorar en poco tiempo.

Juan ensayaba una rápida sonrisa de circunstancias:

–Será la adolescencia, no sé... Ser espíritu es más complicado que coger el último trozo de flan en un plato plano –resolvía, parodiando las frases de su madre.

–Mira que eres tonto, ¿no le puedes decir a tu madre qué te pasa?

–Déjalo, son cosas de espíritus que no entenderías. ¡Vamos a jugar al tornado, anda!

Y su madre enchufaba el secador de pelo orientando el chorro de aire hacia el niño, que se despizcaba de risa viendo su cuerpo temblar y descomponerse. La alegría duró hasta que ella determinó llamar a Dani para suavizar la relación. El cambio repentino de humor que experimentó Juanito lo atribuyó su madre a los celos.

La conversación entre amantes representó la calma tras el temporal:

–Almu, ¿por qué no nos casamos? –se sorprendió el muchacho escuchándose a sí mismo.

–¿Qué dices?, con nuestros apellidos solo lograríamos engendrar niños condenados a ser mediocres toda su vida; ¿te imaginas? Fulanito García Pérez.

Sonrisas, disculpas, propósitos de enmienda y ternuras vía cable que cristalizaron en una cita para la noche.

Acto seguido sonó el teléfono:

–Almudena, llevas toda la mañana comunicando. Supongo que, como siempre, aun siendo tu editor, soy el último en felicitarte.

–¿Por qué?

–¿No te has enterado? La crítica te ha concedido el premio “Kénosis”.

–¿Cuándo?, quiero decir, ¿en serio?

La muchacha fue colocando mentalmente el montante del premio, billete sobre billete, encima del televisor. Pensó que podía permitirse unas pequeñas vacaciones, idea que no entraba en los planes de su editor.

–Escucha, hay que aprovechar el tirón del premio, mándame en cuanto puedas los últimos relatos que tengas preparados, ya veré qué salida les doy...

“Por fin –gritó en cuanto terminó la comunicación–, esto parece que se endereza del todo. ¡Juaaaaa! Necesito argumentos desesperadamente, tengo que enviarle algo al editor”.

–Ya te dije lo de las ratas que se comieron al tetrapléjico y lo del asesinato del amante celoso.

–Esos ya están metidos en el ordenador, solo hay que pulirlos un poco. Pero me hace falta por lo menos otra historia.

–Últimamente no se oye nada nuevo por aquí –mintió el niño–. A finales de año va a morir en una cabina de esas en las que se desnudan las mujeres el cura de Robledo de Vargas. De un infarto. Y, viendo, para más *inri*, la actuación de su hija bastarda.

–¡No fastidies!... ¡Bah! –se desilusionó tras un rato de cálculos–, eso no me vale, Robledo está ahí al lado y se puede liar una buena. Hay cosas que es mejor no remover. De algún otro asunto interesante te habrás enterado. No me falles ahora, hijo, no me falles.

–¿Por qué no utilizas la historia de tu vida?

Almudena quedó pensativa.

–Me da vergüenza ir aireando todo lo que pasó.

–¿Y quién se va a creer que es verdad? Será otra historia fantástica de las que tú escribes; la más increíble y la más cierta.

–Tienes razón. Se trata de una emergencia.

Después de mordisquear un bocadillo de morcillas dietéticas y terminar de ver una entrevista a Esmeralda y Felicity, primeros transexuales sorianos que contraían matrimonio, se cuadró ante su viejo 386 –perteneía a la era jurásica de la informática, mas había hecho firme promesa de no sustituirlo salvo caso de fuerza mayor.

–Almu –le había dicho una vez su amante–, hay modelos bastante económicos con muchísimas más prestaciones que esa antigualla.

–A mí me vale, no quiero ser esclava de los últimos avances. El progreso solo sirve para hacernos la vida más cómoda y menos agradable –y le gustó tanto su propia frase que cuando la volvió a utilizar la atribuyó a Aranguren para revestirla de autoridad.

La pantalla le pedía nombre de documento. Tecléo: “Malévolas libélulas”, y vertió en el exiguo disco duro su desahogo. Recordó la primera y única vez que hizo el amor con César. (Él era delicado y viril, de esa clase de hombres que luego de solventar una pelea a puñetazos por cuestiones de faldas no duda en ejecutar arriesgadas acrobacias para no atropellar a algún gorrión volandero despistado en la carretera) Lo amó. Creyó morir de amor cuando supo que estaba embarazada de él. A sus dieciséis años iba a ser madre. Él la correspondió hasta que un cheque de ceros infinitos firmado por sus futuros suegros lo hizo marchar para siempre a Lisboa. “Los números han estado siempre reñidos con la pasión”, se permitió, como licencia intermedia, la escritora. Su madre, en un doble juego y para consolarla, la colmó de atenciones. También la colmó de una tisana relajante, comprada a precio de oro a una medio sanadora, que en cuestión de días le hizo abortar. Almudena vivió durante cinco años en el límite de la locura, confundiendo los sueños con la realidad, las vidas de los famosos con la suya propia, viendo a un ser transparente y diminuto que crecía con el paso del tiempo y que la llamaba madre. El psiquiatra contratado

por sus padres, harto de escuchar tantas variaciones sobre un único tema, le aconsejó que hiciese caso a ese fantasma:

–No es un fantasma –explicó ella–, dice que es un aborto espiritualizado.

–Lo que sea; tú síguele la corriente y verás qué pronto dejas de tener alucinaciones.

En un aparte les comentaba a los padres: “Es un caso insólito. Lo normal es que se aparezca la Virgen, el mismísimo Jesucristo o algún ángel de reconocida importancia, ¡pero un aborto espiritualizado...!”.

Siguiendo los consejos del psiquiatra la muchacha conoció toda la verdad; en un principio sintió ciertos reparos al hablar con una transparencia, sin embargo, la necesidad de ternura que mostró aquella criatura, a la que llamó Juan Evencio en honor al segundo marido de Bette Davis, pronto hizo desaparecer el recelo. Entre ambos idearon la venganza.

El sonido del timbre hizo que volviese al tiempo presente. Ahí estaba Dani; tendría que proseguir el trabajo mañana.

No se había sentido cómoda. Durante todo el rato que duraron las ejercitaciones sexuales entre ambos, había visto aparecer y desaparecer a Juan Evencio varias veces. No era propio de él; siempre se había mostrado muy respetuoso con la intimidad de su madre. Se lo dijo a Dani:

–No estoy a gusto. Preferiría que te marchases.

–¿Por qué?

–Juan Evencio está ahí sentado espíándonos.

“No espío a nadie”, protestó el niño. “¡Ya estamos!”, se enfadó el hombre. Y para no quebrantar la promesa que se había hecho de no perder la calma pasase lo que pasase, se vistió aprisa y se despidió sin decir palabra.

Almudena buscó a Juan por toda la casa. Al final lo encontró en el sillón.

–¿Qué voy a hacer contigo? ¿Te parece bonito lo que has hecho?

–...

–Di, ¿te parece bonito?

–Madre, te quiero mucho.

–¡Ah!, eso sí que no, no me vengas ahora con zalamerías.

Dani había olvidado su cartera. Al ir a llamar oyó hablar a Almudena. Sus sospechas se confirmaban: la patraña del espíritu de su hijo servía para camuflar a otro hombre. “Por eso se ha mostrado tan fría la muy zorra –masculló–, se va a enterar”.

La luz de la luna caracoleaba por la ventana entreabierta del salón, jugaba con la confusión de puntos blancos y negros de la pantalla del televisor y se posaba en el pijama de ositos equilibristas de la muchacha. Su hijo, con lágrimas de nada, la besó en las mejillas. Ella, entre sueños, creyó oír: “Es verdad, madre, Bárbara Rey está liada con quien dicen”.

El caso se habría archivado como el suicidio de una mujer que nunca había estado emocionalmente muy equilibrada, si no llega a ser porque el inspector encargado, admirador de la joven escritora, curioseó en los archivos de su arcaico ordenador. Repasaba el texto mirando furtivamente las letras sanguinolentas aún cuajadas en el suelo: “No aguanto más”. Demasiada coincidencia.

Dani no tardó en derrumbarse y confesar. En su desquiciamiento habló de una sombra blanca que se había escapado por el enchufe de la televisión.

Al inspector le habría gustado saber cómo terminaba el último cuento. Posiblemente le habría parecido desproporcionado

que Almudena colocase bajo un asiento del coche de sus padres un bote de frágil cierre lleno de libélulas, minutos antes de que iniciasen viaje a Gredos. Unos cuantos kilómetros, unas curvas y un pie prendado del pedal del acelerador lograron liberar a las libélulas que, con rapidísimos aleteos, hicieron perder el control al conductor.

Rescatar los dos cadáveres irreconocibles del fondo del barranco precisó varias horas.

3.^{er} Accésit

Isla Caracol

Carlos Gustavo García Favre



**Carlos
Gustavo
García
Favre**

Carlos Gustavo García Favre nació en Buenos Aires, Capital Federal, Argentina, el 11 de junio de 1951.

Allí vivió hasta los 10 años cuando su familia se trasladó a Córdoba, Argentina.

Se casó a los 24 años y tuvo 4 hijos.

Sus estudios lo especializaron en Análisis de Sistemas de Información.

Actualmente se desempeña como gerente de Tecnologías de Información en una importante empresa de servicios públicos de la ciudad de Córdoba.

Aunque un ávido lector desde su infancia, no tiene experiencia ni estudios orientados a la literatura, solo la pasión por comunicarse con el lector.

Comenzó a escribir en mayo de 2007 y publicó su primer libro de relatos breves *Flujo de Conciencia*, en noviembre del mismo año.

El dolor es insoportable, tengo miedo de perder el conocimiento, la chalupa se balancea rítmicamente con las olas cada vez más pequeñas, resabios del temporal que acabó con la nave y su tripulación. Pienso con tristeza que soy otro de los tantos que se suman a la larga lista de desaparecidos en el mar.

Tengo treinta años, soltero, he trabajado en oficinas toda mi vida logrando un buen pasar, adicionalmente soy un desconocido escritor amateur, pero mi gran pasión es la lectura. Mi fascinación por las historias del mar y en particular la del “Bounty” me llevaron poco a poco, casi como una obsesión, a seguir la ruta del mismo y tratar de vivenciar las experiencias de aquellos intrépidos marinos.

Esta es, como todas las historias de mar, un compendio de noblezas, valor, coraje, temor, traiciones y tantas otras actitudes humanas, desnudadas y potenciadas al máximo por el efecto del mar y la fragilidad de los hombres en este medio.

El Bounty era un barco a vela de la Armada británica, que zarpó desde Londres el 23 de diciembre de 1787 al mando del capitán William Blight, de treinta y tres años de edad, su destino era Tahití y su propósito, obtener las legendarias plantas que proporcionaban el fruto del pan. El viaje estaba previsto hacerse cruzando el temido cabo de Hornos, pero luego de más de treinta días de luchar en esa zona contra los vientos huracanados del oeste, Blight decidió cambiar de rumbo y viajar hacia el este cruzando el sur de África. Esta demora impidió llegar a la Polinesia en época de recoger los brotes de las plantas y debió esperar casi cinco meses para partir nuevamente con los mentados retoños.

En el transcurso la disciplina de sus marineros se había relajado, algunos de ellos habían establecido relaciones afectivas con las nativas; en particular su segundo, el primer oficial Fletcher Christian. En definitiva, el Bounty partió de Tahití rumbo al Caribe el 4 de abril de 1789 pero, pocos días después, los marineros liderados por el primer oficial, se rebelaron contra el Capitán y lo abandonaron a su suerte en un bote con otros dieciocho marinos leales, algunas provisiones, una vela, un sextante y un reloj.

La historia cuenta que el gran marino Blight recorrió cinco mil ochocientas millas y llegó a Timor en la Indonesia, cuarenta y un días después con su tripulación casi intacta, mientras que Christian volvió a Tahití en el Bounty, buscó a las mujeres y a algunos nativos más y se refugió del “largo brazo del Almirantazgo” en la poco conocida isla Pitcairn.

Blight volvió a Inglaterra, fue juzgado y hallado inocente por la pérdida de su barco, y unos meses después fue restablecido en el cargo.

Christian y su gente nunca fueron encontrados por el mando inglés. Varios años después un barco norteamericano encontró la isla, y a algunos de los sobrevivientes del Bounty, con su descendencia: Fletcher Christian ya había muerto.

Hace dos semanas tomé un vuelo comercial desde Córdoba con escalas en Santiago de Chile y llegué a la hermosa Papeete. Todo estaba planificado de antemano, renté una pequeña goleta para recorrer el archipiélago. Los paisajes de las islas, las barreras de coral y el mar azul son sobrecogedores. La tripulación del Albatros, un francés con su esposa y su hermano, son muy atentos y el viaje se torna muy placentero.

Luego de visitar la isla de Pitcairn en el extremo sudeste de la Polinesia Francesa, en donde conocí a algunos de los descendientes de los marinos del Bounty, resolvemos volver a

Tahití, dando un satisfecho fin a mis vacaciones. Pero el regreso a Tahití nunca ocurrió.

A mitad de camino entre Pitcairn y Tahití, cercano al atolón de Mururoa, lugar donde los franceses hicieron sus pruebas nucleares, nos sorprende una furiosa tempestad; los vientos huracanados del oeste rompen inmediatamente nuestro mástil que cae al mar, llevándose consigo todo nuestro sistema de comunicación. El riesgo es enorme, el palo con la vela, sus obenques y drizas se han trabado bajo el casco, haciendo escorar al mismo en un ángulo muy peligroso. Con mucho trabajo conseguimos desprendernos del mástil que amenaza llevarnos al fondo del mar. En la operación, Pierre, el hermano del capitán del Albatros, cae al agua, nada podemos hacer, en unos segundos lo perdemos de vista, por precaución me coloco el chaleco salvavidas. Decidimos virar y manejarnos con el motor cabalgando las olas a favor del viento, durante doce interminables horas corremos con el viento que cada vez arrecia más. Busco mi GPS portátil y trato de identificar nuestra posición, pero la oscuridad y la lluvia me lo impiden, resignado lo guardo en el bolsillo de mi campera. La sentina del barco está inundada, el agua entra por todos lados.

Sujetado en cubierta trato de ayudar en lo que puedo, pero de pronto el motor se detiene, estamos a merced de las olas, el capitán con su mujer valerosamente a su lado, me gritan que vea bajo cubierta qué sucede con el motor; provisto de una linterna bajo a la sentina y veo que el agua ha inundado todo el compartimiento del mismo. Súbitamente, un fuerte bamboleo sacude al barco, el golpe me empuja contra las cuernas de babor, me golpeo con fuerza las costillas y pierdo el conocimiento.

El agua mezclada con el combustible entra en mi boca, toso con fuerza mientras trato de entender dónde estoy. Me incorporo con dificultad, palpo mi costado derecho y el dolor me paraliza. El barco está totalmente inundado, trato de llegar a cubierta en

la oscuridad y con el agua a la cintura. A mi alrededor, utensilios de cocina, ropa, herramientas flotan por doquier. Finalmente alcanzo la cubierta y el espectáculo es dantesco, las olas golpean con fuerza en alguna rompiente baja donde seguramente hemos encallado. Del capitán y su mujer ya no quedan rastros. Estoy solo.

El casco escora cada vez más, observo un enorme rumbo a estribor por donde alcanzo a ver, asomándome desde cubierta, el interior del barco. La nave está perdida. Busco a popa la pequeña chalupa que milagrosamente todavía se halla colgando de sus cabrestantes. La observo con detenimiento sin ver daños aparentes, estimo que tengo pocos minutos, busco con dificultad los mapas que se encuentran en el escritorio del capitán, guardo en una bolsa marinera algunas botellas de agua y un poco de galleta húmeda. Luego de luchar contra el viento, el agua y los bandazos consigo poner a flote a la chalupa, salto arriba de ella y la desato del Albatros poco antes de que desaparezca de la superficie. Caigo rendido en el piso y enseguida quedo dormido.

Son las diez de la mañana, apenas puedo respirar, trato de sentarme y el dolor me ciega, respiro lentamente tratando de calmarme, el cielo todavía está nublado, me parece que ha pasado un siglo desde que viajábamos alegremente recorriendo las islas. Un pensamiento me asalta.

—¿Dónde estoy?

De pronto, recuerdo el GPS que guardé en mi campera, lo enciendo y en unos minutos me da mi posición. 24° 38' latitud sur y 124° 07' longitud oeste, la tormenta nos ha arrastrado más de ochocientas millas náuticas hacia el este. Navego con rumbo este-sudeste, trato de ver en la pequeña pantalla de cuarzo la costa más cercana en la dirección que llevo, es la isla de Pascua y se encuentra a casi otras ochocientas millas. Apago el GPS tratando de conservar al máximo posible las baterías.

Esforzadamente improviso un mástil y una vela con uno de los remos y la lona impermeable que cubría la chalupa, he tirado por popa un cabo de arrastre que permite mantener la nave orientada con la proa en dirección este. Por unos instantes pienso si William Blight aprobaría mis aparejos, desarrollo apenas unos cuatro nudos, a esta velocidad y si logro “acertarle” a la isla de Pascua, tardaré un poco más de ocho días; tengo agua para dos días y nada de alimento, voy a morir.

Trato de dormir lo más que puedo, me tiro a la sombra de la vela sobre cubierta, pero no encuentro posición, el dolor me marea y trato de no vomitar para evitar deshidratarme. Han pasado cincuenta horas desde que realicé los primeros cálculos, si bien a diario chequeo brevemente mi posición en el GPS (es el instrumento más valioso que poseo ya que no solo da mi posición sino también mi trayectoria pasada y mi rumbo actual), debo confesar que estuve optimista. Por un lado he desviado recientemente mi rumbo ligeramente al sur y que ahora debo corregirlo, además la velocidad ha mermado producto del viento, prolongando aún mas el tiempo de viaje, solo queda media botella de agua que raciono lo más posible. En breve todo habrá terminado.

He tomado mi último trago de agua, lo he hecho con muchísima culpa y para peor no lo he disfrutado, apenas he logrado humedecer mis labios y mojar mi garganta, tengo la sensación de que el fin se aproxima inexorablemente...

—¿Seguirá flotando mi barca hasta tropezar con el continente?

—¿Qué pescador chileno la divisará?

—¿Podrán identificar mi cadáver?

—¿Se estrellará contra algún acantilado de la costa chilena o por el contrario encallará placidamente sobre alguna playa?

Las horas pasan con lentitud, la noche trae algo de paz y frescura sobre mi cuerpo llagado por el sol.

El chillido de las gaviotas me despierta. En el horizonte al frente, se alza una isla de claro origen volcánico, las cercanas rompientes señalan la entrada a una laguna interior; sacando fuerzas de donde no tengo, desarmo el aparejo de la vela y remo con dificultad alineando mi barca a la peligrosa entrada.

Las horas transcurren lentamente, estoy exhausto, finalmente con un último esfuerzo, traspaso la entrada a la bahía remando contra la marejada, cuando por el rabillo del ojo veo una figura humana nadando a mi encuentro, caigo rendido al piso del barco, recuerdo haber escuchado antes de desmayarme a una voz femenina que preguntaba.

–¿Señor, señor, está bien?

Despierto extrañando el movimiento de la barca, abro los ojos parpadeando y observo en la penumbra que estoy en una choza fresca, el cuerpo extrañamente no me duele, me palpo y noto curiosamente que no me quedan secuelas del golpe. Las llagas de mi cuerpo ya no arden, busco alrededor y encuentro una de mis botellas de agua llena a mi lado, bebo por reflejo y pruebo incorporarme, una voz a mi lado dice:

–Bienvenido, amigo, me alegra que se encuentre bien.

Giro sobre mis talones y me encuentro con una figura reclinada en un lecho de hojas.

–Hola, ¿dónde estoy?

–Estás en la isla Caracol, y anticipándome a tus siguientes preguntas, llevas dos días durmiendo, mi nombre es Fernando Ruiz, soy médico de nacionalidad cubana.

Extiendo mi mano saludándolo y le digo:

–Roberto González, ¿tú curaste mis costillas?

El hombre sonrío enigmáticamente y contesta:

–No... se curaron solas.

–¿Cómo? ¿En dos días?

–Sí.

Lo miro perplejo y continúo con mi interrogatorio.

–No recuerdo el nombre de isla Caracol, ¿está cerca de la isla de Pascua?

Fernando suspira profundamente y dice:

–A los efectos prácticos podría estar en las antípodas.

–¿Cómo?

–Acompáñame, te presentaré al resto de la gente.

Salimos de la agradable cabaña de paja y vemos a un grupo de personas vestidas con andrajos sentados cómodamente a la sombra de un bosque de palmeras cercano a la playa de la laguna. Fernando me explica sonriendo:

–Toda esta gente llegó a esta isla como náufragos. El problema es que no encontramos explicación a tu pregunta, ya verás.

Y dirigiéndose a la comunidad, me presenta:

–Gente, les presento a Roberto González, él es...

–Argentino de Córdoba –contesto sonriendo.

Fernando continúa:

–Y naufragó en...

–El Pacífico sur, al sudeste de Tahití –agrego completando la oración.

Todos me miran, una mujer joven dice:

–¡Gané! ¡Gané! Por un año no trabajaré.

Algunos refunfuñan, otros sonrían divertidos, yo, en cambio, me encuentro cada vez mas confundido.

Fernando me aclara en voz baja:

–Hace años que apostamos de dónde provendrá el próximo náufrago, es un juego de la isla.

–Pero, ¿no vienen todos del Pacífico sur?

–En absoluto, solo tú y Jaques desaparecieron en el Pacífico sur, yo lo hice en el Caribe, Diana en el Pacífico norte, Brigitte, la ganadora de la apuesta, naufragó en el Mediterráneo, cerca de Ibiza, James en el Índico cerca de las Seychelles, y así cada uno de los veintitrés y ahora contigo, veinticuatro habitantes de la isla Caracol.

Creo que voy a desmayarme, sólo atino a preguntar:

–¿Esta isla se mueve? ¿Cómo?

Fernando sonrío comprensivo y me contesta:

–Aparentemente no solo se mueve sobre la superficie del mar sino también viaja en el tiempo.

–¿Quéeee?, ¿están todos locos?

–Permíteme que te lo demuestre ¿Cuándo naufragaste?

–El 14 de mayo de 2008.

Fernando, dirigiéndose a una de las muchachas de unos veinticinco años de edad, le pregunta.

–María, ¿cuándo te perdiste en tu kitesurf?

La muchacha, sonriendo, contesta:

–En las costas de Brasil cerca de Florianópolis el 24 de enero de 2021.

Me siento en el piso totalmente mareado.

–¿Cómo puede ser, si eso aún no ocurrió!

–Oye, te entiendo, yo me perdí a los veintisiete años, huyendo del régimen de Castro, al cruzar en balsa a los cayos de la Florida, un 3 de agosto de 1968.

Lo miro incrédulo:

–Entonces tienes... ¿sesenta y siete años?

Fernando, que no parece superar los treinta, me sonrío y me dice:

–¿Tú que crees?

–Que me he vuelto loco.

–Cálmate, Roberto, es demasiado para un solo día.

Pienso que Albert Einstein estaría feliz en esta isla, miro a esta gente preguntándome cuándo se acabará la broma, cambiando de tema les pregunto:

–¿Cómo se alimentan?

Veo a Fernando por el rabillo del ojo que hace una seña al resto. Jaques, un francés de unos cuarenta y cinco años, se para y desafiando a Fernando dice:

–Fernando, más vale que lo sepa todo de una vez.

Y dirigiéndose a mí me contesta:

–Roberto, si bien tenemos una pequeña manada de cabras salvajes, cocos, bananos, peces, mariscos y una hermosa fuente de agua dulce, alimentada por una vertiente que viene de la montaña, no necesitamos comer ni beber; en realidad a veces lo hacemos solo por el placer de sentirnos humanos, o para simular una reunión de amigos, pero no nos hace falta para vivir. Tampoco nos enfermamos, en realidad algunos de nosotros llegamos con graves enfermedades y heridas que sanaron en la primera semana.

–¿Cómo?, ¿no pueden morir?

–Sí, aunque solo tuvimos un caso –disimuladamente mira hacia un promontorio coronado por una pequeña cruz. Sigo su mirada y vuelvo los ojos a Fernando que me informa:

–Era Jack, un canadiense que se suicidó hace menos de un año.

Todo esto es demasiado, mi mente se resiste a creer lo que escucha pero mis costillas sanadas, mi piel bronceada sin

quemaduras, y una vieja dolencia de muelas que siempre me aquejó y que mágicamente está sanada me dicen que lo que ocurre aquí es verdad.

Han pasado más de dos meses desde que llegué a la isla y la he recorrido de punta a punta, el nombre de isla Caracol se lo puso el más antiguo de los habitantes, James, que lleva más de diez años en la isla, aunque curiosamente, se perdió en 2007, solo un año antes que yo. Explica que el nombre obedece a la forma de la laguna interna casi en espiral y que se comunica con el mar abierto por el pasaje por el que entré yo.

La parte externa de la isla tiene forma de una “u”, o mejor una “o” con una pequeña abertura. La parte más alta coronada por una pequeña montaña se encuentra en el extremo opuesto a la abertura de la laguna. A los costados de la montaña descienden suavemente unos valles con bosques tupidos donde abundan los bananeros, la parte más ancha de la isla, a la altura de la montaña tendrá unos siete kilómetros de ancho y el perímetro exterior de la isla supera los treinta kilómetros. Las dimensiones de esta isla hacen imposible que no figure en las cartografías modernas, sobre todo las satelitales.

No hemos visto barco ni avión alguno en todo el tiempo que llevo, aunque mis nuevos amigos ya me lo habían anticipado. Todas las noches, un nuevo conjunto de estrellas surca el firmamento.

Acostumbro a caminar todas las mañanas por la playa de la laguna, casi siempre en compañía de María, la brasilera practicante de kitesurf, ella aún conserva el pequeño paracaídas-barrilete, el mismo llama mi atención porque tiene los colores de mi cuadro de fútbol argentino, azul, amarillo y azul. De igual manera mi pequeña barca también está intacta, todos los días la reviso y mantengo en perfectas condiciones, aún no he decidido si la volveré a necesitar. De más esta decir que probé varias veces el GPS, aunque nunca logré que el instrumento detectara los

satélites de posicionamiento, era de imaginar; antes de agotar las baterías, las he retirado y las conservo en un lugar fresco y a la sombra, para posibles usos futuros.

Con María tenemos una hermosa relación, estamos enamorados, aquí en la isla todo es perfecto y feliz, sólo yo no termino de acostumbrarme. La curiosidad por saber qué ocurre, la necesidad de saber dónde estoy y en qué época, me sigue volviendo loco, adicionalmente extraño mis libros.

–María, perdóname, no puedo seguir viviendo así.

–¿Por qué Roberto?, ¿no me amas?

–Más que nada mi amor, solo que creo que voy a perder la cordura.

–Acéptalo como es, mi vida, Dios nos ha creado un paraíso terrenal.

–¿Por qué? ¿Cómo? ¿Dónde?... ¿Me entiendes?, estas preguntas no me dejan dormir.

–¿Y qué pretendes hacer?

–No lo sé, creo que partiré nuevamente en mi barca.

–¿Hacia dónde?, si no sabes dónde estamos ni en qué fecha...

No tengo respuestas, la amo con locura, pero necesito saber qué nos ha ocurrido. Sé que probablemente la perderé si abandono la isla, quizá tampoco sobreviva en el mar, pero la curiosidad terminará enloqueciéndome. Decido hablar con Fernando.

–Fernando, necesito partir.

Fernando me mira con comprensión.

–Te hemos observado, te ocurre lo mismo que a Jack.

–¿El canadiense?

–Sí.

–¿Qué le ocurrió?

–Lo mismo que a ti, solo que nunca tuvo ni los medios ni el coraje para partir, un día simplemente enloqueció y se quitó la vida saltando del risco.

–¿Y a ti no te ocurre?, ¿no te preguntas qué hay mas allá?

Fernando me sonrío y me dice:

–Roberto, no soy un místico ni un gran creyente, pero creo que por algún motivo este es mi destino, trato de no preguntarme tanto, de mantener mi vida simple, mi consejo es que intentes calmar tu curiosidad.

–No puedo, Fernando, ayúdame a partir, si no terminaré como Jack.

Fernando suspira resignado y me pregunta:

–¿Se lo dirás a María?

–No puedo, no lo resistiría.

–¿Cuándo quieres partir?

–Esta noche.

–¿Qué necesitas?

–Agua y alimentos, todo lo demás ya lo tengo oculto en la barca.

–Ok, cuenta conmigo.

La luna llena ilumina con una extraña fosforescencia la salida de la laguna. Los seis meses pasados en la isla me permitieron mejorar la vela y el timón, una importante cantidad de bananas, cocos y las mismas botellas plásticas llenas de agua, yacen en el piso del barco. El viento sopla del este, oriento mi chalupa en esa dirección, mi destino es incierto.

Han pasado casi seis horas, comienza a amanecer, la isla aún es visible en el horizonte, aunque una extraña bruma comienza a cubrirla. Trato de descansar.

El sol del mediodía me despierta, una vieja sensación se apodera nuevamente de mi cuerpo, es la sed, bebo un sorbo de agua y prendo mi GPS, los segundos transcurren como horas, el mensaje de “buscando satélites” titila silenciosamente, de pronto, el sistema capta los satélites y finalmente aparece el mapa, me pongo a llorar... 34° 57' sur, 51,31 oeste. Estoy en el Atlántico sur a nada más que 128 millas de la costa del Uruguay.

A la noche del día siguiente, llego a la costa en la playa sur de cabo Polonio, necesito urgente saber la fecha. Me deslizo como un “hippie” en el pueblo, en un diario sobre el mostrador de un bar leo, “Diario el Este, Rocha, Jueves 15 de Febrero de 2018”. Sonríe pensando: Podría haber sido peor, solo han pasado 10 años.

Hice “dedo”, crucé la frontera oculto en un camión, seguí haciendo dedo, pidiendo ayuda, ropa, comida y más “dedo”, hasta que, cinco días después llego a Córdoba y busco la casa de mis padres.

—¡Roberto!, hijo, ¡estás vivo!, ¿pero cómo?

Mamá llora y llama a los gritos a papá, felizmente ambos están vivos solo que un poco más viejos.

Luego de una larga sesión de besos y abrazos, cuento la historia ya ensayada, mi barco zozobró, llegué a una isla, sobreviví nueve años en ella hasta que un carguero japonés fuera de ruta detectó el humo de mi fogata, me recogieron, abandoné el barco como un polizón en Valparaíso, crucé la frontera oculto en un camión ya que no tenía documentos, y luego llegué a dedo hasta aquí. Papá me observa detenidamente, de pronto interrumpe mi relato y me dice intrigado:

–No has cambiado nada en diez años.

Sonriendo le contesto.

–Debe ser la vida sana...

Extraño con locura a María, luego de muchos trámites y merced a algunos documentos que mamá todavía conservaba, vuelvo a ser un ciudadano “normal” de cuarenta años. También consigo trabajo a pesar de mi ausencia en el mercado laboral por diez años, pero después de la primera semana empiezo a tener sueños recurrentes, en ellos María siempre me acompaña paseando por la playa de la isla.

Con la ayuda de Internet he logrado identificar a casi todos los integrantes de la isla. Fernando, Jaques, Diana, James, Brigitte, hasta Jack el canadiense, todas sus desapariciones en el mar fueron noticia en su momento, todo lo que me dijeron era verdad.

Fernando tenía razón, no he encontrado las explicaciones que buscaba y he perdido el amor de mi vida. Me ha faltado simpleza para recibir lo que se me daba, ¡maldita curiosidad! Mi amigo Carlos Martini escribió una vez que la distancia y el amor se semejaban a la brisa y el fuego, si el fuego era débil, como el de una vela, se apagaba, si era firme como brasas ardientes podía incendiar un bosque, cuánta razón tenía, solo podría agregar que el tiempo, en esta metáfora, significa la lluvia persistente que finalmente apaga cualquier fuego.

En estas vacaciones de 2021, he planificado todo con mucho cuidado. Me he despedido de mis padres con un cariño especial, tratando de que no se dieran cuenta de que es para siempre. He viajado en avión a Florianópolis y allí he hecho las averiguaciones necesarias. He llegado con tiempo, aún faltan quince días. Aprovecho a practicar mejor este deporte en el que

cada vez soy más diestro. La mañana del 23 de enero, veo con mis binoculares desde la orilla, un kitesurf particular, sus colores, azul, amarillo y azul lo distinguen del resto. Espero paciente en la playa, al caer la tarde una hermosa mujer llega a la costa.

–¿Usted es María?

–Sí.

–Me han dicho que le gusta aventurarse mar adentro, ¿podré acompañarla mañana?

–Claro, ¿cuál es su nombre?

–Roberto.

–Lo espero a las 10 en la playa, Roberto, hasta mañana.

–Hasta mañana, María...

Premio
al mejor relato
monegrino

Un pequeño viaje
Sergio Generelo Tresaco



Sergio Generelo Tresaco

Sergio Ignacio Generelo Tresaco nació el 12 de mayo de 1969 en Huesca, donde transcurrió su infancia y juventud. Licenciado en Derecho, en la actualidad es funcionario de la Comunidad Autónoma de La Rioja.

Miro por la ventanilla. Solo veo una sucesión de inmensos campos color ocre, a izquierda y derecha, resecos, trigales creos. De vez en cuando una pequeña caseta, un viejo camión en la cuneta, algún tractor, una bandada de pájaros, poco más. Desde el coche todo parece un extenso manto amarilleado por el implacable sol.

Es una asfixiante tarde de agosto, temprano, alrededor de las cuatro, buen momento para echarse una siesta, o un baño, o una cañita fría, cualquier cosa menos pasar calor en este secarral. No hay ni una sola nube en el cielo, ni una sola brisa, ni un solo atisbo de sombra en el entorno. Pero estoy contento. Por mi madre. Por mí.

Me asomo entre los asientos delanteros, alargo el brazo y bajo la temperatura del aire acondicionado.

–Es que hace calor –me justifico.

Mi padre no dice nada, tiene la vista fija en la carretera. No nos hemos cruzado con ningún vehículo en los últimos kilómetros. No está del todo seguro de no haberse perdido. Todo el paisaje le parece igual. Ha frenado un poco en el último desvío y ha hecho un ligero amago de girar. Pero ha seguido adelante.

Mi madre sonrío, hace un leve gesto como acariciándose los brazos y me dice:

–No seas exagerado, yo casi tengo frío. –“Aragonés fino, después de comer, siempre tiene frío”, pienso.

–Es verdad, esto está helado, si quieres te paso una manta –digo burlón. Mi madre sonrío de nuevo y hace ademán de darme un codazo. Reímos los tres.

–Está bien, ya lo subo –giro de nuevo el termostato del coche. Un par de grados, tal vez–. ¿Y como decías que se llama el sitio ese? –pregunto sabiendo ya la respuesta.

–El Sisallar –dice ella girando su cabeza–. Lo llamábamos el Sisallar...

Mantengo unos segundos su mirada y veo en los ojos de mi madre un breve resplandor, apenas perceptible, de emoción, de recuerdos, de melancolía...

Transcurren los minutos viendo pasar los interminables campos. Finalmente el paisaje cambia. Levemente primero, bruscamente después. Dejamos la carretera y tomamos una polvorienta pista. El terreno se eleva un poco. Los trigales dan paso, paulatinamente, a suaves laderas de matorral, quejigos, aulagas, algún cardo..., no reconozco lo demás.

–Estamos llegando –dice resuelto mi padre. Su voz apunta un cierto grado de satisfacción, de complacencia. Ha cogido el desvío correcto. “De casualidad”, intuyo yo.

Se suceden algunas curvas, alguna bajada y, al fin, aparece. Mi padre reduce la marcha, despacio, con suavidad, hasta que nos detenemos totalmente. Mi madre da un suspiro, como de trascendencia, de solemnidad.

Delante de nosotros se ve una explanada bastante amplia, de arena y tierra. Detrás, y a los lados, de nuevo un inmenso mar de espigas inclinadas ahora por un ligero e imprevisto viento. En el centro, una vieja casona, de una sola planta, vieja, sin solera. El encalado, probablemente de un blanco intenso en su día, está ahora oscuro. Hay desconchones en la fachada y varias tejas caídas en un lado. Más allá una pequeña escombrera con restos de piedra, ladrillo y metal. En el otro lado, adivino una especie de garaje, o de granero, o de corral, o de establo, o de cuadra... Detrás, restos tal vez de un diminuto huerto. Frente a la puerta, a unos metros, un pequeño montón de paja despierta mi curiosidad.

Bajamos del coche. Mi padre revisa con cierta desgana el polvoriento manto que cubre la carrocería. Mi madre sale despacio, con pausa. No es por la edad, todavía está ágil. Es por el peso del tiempo, de la vida, de la experiencia, de las vivencias, algunas de ellas, de cría, hace mucho tiempo, en este apartado rincón del desierto monegrino.

Cierro un momento los ojos e imagino ese lugar en otra época, en otro tiempo, como en una postal grisácea, arrugada y descolorida por el paso de los años. En ella, puedo ver una zagala de apenas siete años que corretea por delante de la casa. Lleva un vestido blanco, liso, sin mangas, con un buen manchón de tierra en su parte trasera. En su mano derecha una muñeca de trapo, en su izquierda, un trozo de pan blanco. Dos coletas rubias rodean su cara rosada, y sus intensos ojos azules. Corre rápido hacia la cuadra. Es una cuadra. Tropezaba con un muchacho moreno de ojos profundos, no más de doce años, sentado a la entrada en una vieja silla de enea y mimbre, dibujando, con un palo, sonrisas en el suelo de arena.

–Eh, cuidado, no seas loca –le dice intentando sin éxito agarrarle una de las coletas.

–Lo siento, tato –dice ella sin volver la cara, y sigue corriendo.

Entra en la caballeriza y se para en seco. Allí, entre sacos de paja, azadas, cedazos y mil y un aperos colgados en las paredes de adobe y madera, ve a un hombre de pie, de espaldas. Es alto, muy alto, moreno, viste una camisa de pana oscura y un pantalón desgastado. Con una mano sujeta la brida de un enorme percherón color canela que tiene delante. Con la otra, un cepillo de madera y cerdas con el que acaricia lentamente al animal. No es su dueño. Tampoco la casa es suya. Tan solo es, desde hace unos meses, el guardés de la finca, que cuida de ella mientras el propietario está en la ciudad. Ni siquiera es de la zona pero el jornal manda. Tratante de caballerías ayer, matarife mañana, guardés hoy..., lo que toca.

El hombre intuye de pronto la silenciosa presencia de unos ojos clavados en su nuca. Vuelve la vista. Aunque aún joven, su cara es seria, serena, con surcos profundos producidos por el sol, por la tierra, por la lucha, por la pérdida temprana.

Contempla a la niña y esboza una pequeña sonrisa. Recuerda, en esa pequeña figura enmarcada en un par de coletas rubias, la viva imagen de la madre, campesina recia, sobria, muerta ya hace seis años, con apenas veintinueve, de sobrepardo, dejando viudo y dos vástagos por criar.

La pequeña lo mira insistente, le impresiona su altura, su estampa, su tez tostada. Pero le impresiona más el inmenso animal, su tersa espalda, sus rotundas patas, sus inmensos ojos castaños, el polvoriento y enmarañado pelaje de sus crines. Finalmente sonrío también y pregunta con un suave hilillo de voz:

–¿Puedo acariciarlo, papá? –Al tiempo baja la cabeza, levanta los ojos y hace un pequeño mohín de complicidad.

El padre se acerca y le tiende los brazos. Coge a la pequeña con sus grandes manos y la abraza a su cuello. La pequeña se encarama a la cintura, rodeándola con sus pequeñas piernas, amarrándose a ella. El padre la acerca suavemente a la grupa y la sienta en el lomo. La pequeña no tiene miedo. Agacha su cuerpo y apoya la cabeza en la nuca del caballo. Siente su respiración pausada, su breve relincho. El padre la sujeta con fuerza. Mientras, con voz ronca, empieza a canturrear una vieja nana de arres, de borriquitos y de días de fiesta.

La pequeña ríe, ahora con ganas. El muchacho moreno los mira apoyado en la puerta. También esboza una breve y sincera sonrisa...

Abro los ojos y aguardo unos segundos, inmóvil. Contemplo como mi madre recorre la vieja casa con sus ojos brillantes, todavía intensos, de un lado a otro, escudriñando los más mínimos detalles, reconstruyendo en su mente a duras penas un pasado nunca olvidado.

Lentamente avanza hacia el portón principal de la casa. Está abierto, y se oye un sordo rumor en su interior.

Me acerco a mi madre y le tomo la mano. Creo percibir en ella un ligero temblor. Tal vez me equivoque. Está emocionada pero no es de lágrima fácil, ni de emociones intensas. ¿O tal vez si...?

De pronto un hombre de unos cincuenta años sale de la casa. Lleva ropa vaquera y un chaleco verde con múltiples bolsillos, de los que se usan para pescar o cazar. Con cierta sorpresa pero de forma amable saluda y pregunta si puede ayudarnos en algo. No parece aragonés. Tampoco castellano. Muy lejos para ser de Madrid. Vasco. Navarro tal vez. No identifico su escaso acento.

Mi madre responde al instante. Nunca deja de asombrarme su capacidad innata para hablar con la gente, para entablar conversación, para hacer del diálogo su bandera. Mi padre es más seco. También yo. Ambos nos limitamos a dar las buenas tardes.

—Hola, disculpe, es que, verá, hemos venido con mi marido y mi hijo simplemente para ver cómo estaba esto. Es que yo viví una temporada aquí hace muchos años, ¿sabe? Con mi padre y mi hermano, éramos huérfanos de madre y mi padre vigilaba la finca. Yo no he vuelto a venir desde entonces, aunque vivimos cerca, en Huesca, pero ya sabe, se van dejando las cosas... Pero hoy, como mi hijo el pequeño está de vacaciones, pues hemos querido venir a ver esto. A ver qué había sido de este lugar, de los antiguos dueños...

En apenas un par de minutos mi madre ya ha contado todo. A borbotones. Lo suficiente. Excesivo en mi opinión. Muy excesivo.

El hombre escucha con sorprendente respeto. Supongo que le hace gracia el interés de cualquiera por ese remoto lugar. Me pregunto qué estará pensando. Sin duda esta buena señora que tiene delante, que debe andar cerca de los setenta, le inspira ternura.

–La verdad es que no puedo decirle mucho, señora –se excusa, no sin cierto pesar–. Solamente estamos aquí unos días. Somos cazadores y hemos alquilado la casa varios amigos. Ellos ahora están comprando en el pueblo, vendrán luego. Estamos haciendo batidas de jabalís por los alrededores. Hay muchos en esta zona. Por las noches hasta se acercan aquí y hociquean en ese montón de paja que les hemos puesto.

Tampoco el hombre es parco en palabras. Como mi madre. Mi curiosidad está satisfecha. Para eso es el montón de paja. Para los jabalís.

Nos invita a pasar. Mi madre le dice que no es necesario. Más acusado incluso que su gusto por la charla es su miramiento continuo por no molestar.

–No faltaba más, señora. Entren, háganme el favor. Seguro que le hace ilusión ver la casa y recordar viejos tiempos.

Atravesamos el viejo portón de madera y forja de una sola hoja. Pasamos dentro. Siento cierta quemazón en el estómago, como si accediera a una especie de santuario..., de lugar sagrado..., con cierto misterio... “No es para tanto”, concluyo. “No es más que una vieja casa”.

A diferencia del sofocante calor de fuera, dentro se está fresco. Hay ventanas pero están cerradas. No entra casi la luz y permanece todo en cierta penumbra.

Me quito las gafas de sol y adapto paulatinamente mis ojos a la tenue oscuridad. La casa es grande. Desde fuera engaña y parece menor. El portón da directamente a una especie de salón desde el que se distribuyen el resto de estancias. En un rápido vistazo cuento media docena de puertas. Casi todas abiertas.

Sobre un cajón de madera a modo de asiento hay un chaval joven sin camisa. Apenas tendrá veinte o veintidós años. Más o menos los mismos que yo. Delante suyo, en una mesa de camping, un par de platos de aluminio con algo de ensalada, dos

vasos de plástico, una hogaza de pan desmigada y una botella de vino a medio beber. El chaval al vernos deja de comer y se levanta educado. “Es mi hijo”, indica el hombre. Nos saludamos estrechándonos fuertemente la mano.

Además de la mesa y el cajón de madera, alguna silla, un viejo sofá de tres plazas, una pesada alacena casi vacía y al fondo, en la pared, la chimenea. Apenas nada más.

–Ande, mujer, pase, si quiere, a ver las habitaciones. Están un poco revueltas porque... somos solo hombres y, bueno, ya sabe..., no hemos limpiado mucho estos días...

Me pregunto por qué el hombre sentirá la necesidad de justificarse ante mi madre por el imperante desorden. Es como si de alguna manera reconociera en ella un cierto derecho preexistente en esa casa. No puedo evitar comprenderle.

Mi madre da las gracias. Es ella la que me toma ahora de la mano y me lleva excitada pero pausada por cada una de las habitaciones. Lentamente vamos viendo varios dormitorios. Hay en ellos camas de hierro, colchones de lana y sábanas sin arreglar. También alguna banqueta y ropa por todas partes. En el suelo, varios sacos de dormir a medio plegar.

–Ese era mi dormitorio..., en esa pared estaba mi cama..., allí dormía tu abuelo,... aquí jugábamos tu tío y yo... en ese rincón guardábamos la madera...

Mi madre desgrana poco a poco, con pausa, con la voz levemente quebrada, los distintos usos de cada alcoba. Saborea y paladea con infinita dulzura todos y cada uno de los recuerdos que esos instantes le inspiran...

Por último entramos en la cocina. Bastante espaciosa. Las paredes alicatadas con un antiguo baldosado blanco que ha perdido del todo su brillo inicial. El suelo con losas de piedra, frío... Me sorprende ver en un lateral, junto a una desgastada pila de mármol, un viejo hogar, de carbón..., o de leña...

–Mira la cocina de leña –se anticipa mi madre con un repunte de energía en su hasta entonces temblorosa voz. De leña entonces–. Es igual que la que teníamos –dice–, aunque no creo que sea la misma.

–Igual sí –le digo yo como queriéndole regalar una pequeña satisfacción. No responde. Tal vez no me ha oído. Tampoco se lo reprocho. En cierta manera está absorta, ausente, con sus pensamientos lejos, a décadas de distancia.

Mi padre aguarda en el salón, junto a los dos hombres. Consciente o inconscientemente ha preferido que mi madre disfrute ella sola de esos momentos, junto a su hijo pequeño, junto a mí. He oído como le han ofrecido un poco de vino pero lo ha rechazado. “Tengo que conducir luego”, ha dicho prudente.

Acabamos la visita y nos reunimos con ellos en el salón. El hombre mira con displicencia a mi madre. Le va a preguntar algo pero ella se adelanta.

–Cuánto ha cambiado todo –exclama con añoranza pero sin pesar–. Está todo tan distinto...

Yo no puedo evitar sentir que es todo lo contrario. Que nada ha cambiado. Que todo sigue exactamente igual, que la casa, los muebles, el aire... parecen tener más de un siglo, viejos, destartalados.

–Es que han pasado muchos años, mamá –digo yo arrepintiéndome al instante de semejante obviedad.

–Más de sesenta –sentencia mi madre. Por un instante, me parece más mayor que nunca, más frágil, pero al mismo tiempo también más serena, más fuerte...

Transcurren apenas unos minutos de breve charla, monopolizada por mi madre y por el hombre del chaleco. Siento que ella se contiene. La conozco. Habría estado horas charlando, haciendo mil y una preguntas y escuchando en silencio mil y una respuestas. Pero da las gracias y se despide. El hombre nos

acompaña a la salida. Veo de refilón como el chaval vuelve a sentarse y retorna a su ensalada. Al salir el rabioso sol de fuera casi ciega la vista. Y el asfixiante calor te golpea, como con un bate, los pulmones.

–Caramba, se está mejor dentro –exclamo en voz alta casi sin darme cuenta mientras me pongo de nuevo las gafas de sol. El hombre sonrío, me mira y asiente. Me estrecha la mano, estrecha la de mi padre, y finalmente toma la de mi madre y la acerca con cierta ceremonia a sus labios. Le da un breve beso en el dorso y le dice:

–Ha sido un placer, señora. Vuelva cuando quiera. Aquí estamos para servirle.

El gesto sobra. Las palabras también. Ambos cursis. Horteros. Anticuados. “Como todo en la casa”, pienso. Mi madre está encantada y una amplia sonrisa se dibuja en su cara mientras se dirige hacia el coche. Mi padre se vuelve hacia mí y me hace un breve guiño, apenas perceptible. No va a darle mayor importancia.

–Anda, vámonos ya –apremia. Parece algo cansado.

–¿Quieres que conduzca yo? –le digo no sin cierto aire de suficiencia.

–No hace falta –responde, –estoy bien. Sin duda lo está. También yo. Muy bien. Por él, por el viaje, por mi madre, por todo.

Abro la puerta trasera pero antes de entrar me agacho y recojo del suelo un puñado de arena. Lo miro un instante y dejo que se disuelva entre mis dedos. No sé por qué lo hago. Mi madre me mira y sonrío pero tampoco esta vez dice nada. Lentamente entra en el vehículo. Yo hago lo mismo. Bajo la ventanilla y echo un último vistazo al lugar.

Mientras nos alejamos entre guijarros y polvo, entre piedras y espigas, imagino de nuevo una vieja postal amarilleada por

el tiempo. En ella, encuadrado por una vetusta casona de una sola planta, justo delante de un viejo portón de madera y forja, un hombre alto, muy alto, con una camisa de pana oscura y un pantalón desgastado, tira lentamente de las riendas de un viejo percherón color canela. A su lomo, una niña rosada con coletas de oro y una muñeca de trapo. Sentado tras ella, asiéndola con cariño, rodeando con sus brazos la pequeña cintura, un muchacho moreno de ojos profundos. Ambos, apenas críos, ríen y cantan una vieja canción.

Han pasado veinte años desde aquel pequeño viaje. Mi madre ya no está. Tampoco mi padre. No he vuelto nunca a ese lugar de nombre evocador. No sé si tan siquiera aún existe. Lo que sí existe por siempre en mi memoria es la vieja postal descolorida de un enorme percherón caminando lentamente al tiro del bocado, con un par de chiquillos canturreando en su lomo. Esa postal que nunca vi pero que siempre existió.

Accésit
al mejor relato
monegrino

El sacristán difunto

Herminia Dionis Piquero



**Herminia
Dionis
Piquero**

Licenciada en Historia y Paleografía Medieval.

Accésit “X Certamen Literario ‘Villa de Navia’ 2008”. Asturias. Octubre 2008.

Primer premio “III Certamen Nacional de Relato Corto ‘Zenobia’ 2008”. Universidad de Huelva. Octubre 2008.

Accésit “XX Premio Santa Perpètua de Poesía y de Cuentos Breves”. Santa Perpètua de Mogoda (Barcelona). Abril 2008.

Segundo premio “V Certamen Poético Luna Azul”. Cabañas de Ebro (Zaragoza). Abril 2008.

Tercer premio “XV Concurso de Cartas de Amor”. Valdepeñas (Ciudad Real). Febrero 2008.

Primer premio “IV Certamen de Relatos Breves Cristina Tejedor sobre igualdad de oportunidades”. Palencia. Enero 2008.

Primer premio “I Certamen de Cuentos Infantiles Casa de Melilla en Almería”. Almería. Enero 2008.

Accésit “XVIII Concurso Literario sobre la Navaja, ‘Juan J. García Carbonell’”. Aprecu. Albacete. Septiembre 2007.

Confección del prólogo introducción del libro de Miguel Ángel Almodóvar: “La cocina del Cid: Historia de los yantares y banquetes de los caballeros medievales”. Editorial Nowtilus. Madrid. Mayo 2007.

Segundo premio “IV Concurso de Narrativa corta, historias públicas y privadas de mujeres”. Onteniente (Valencia). Abril 2007.

Primer premio “XIII Concurso de Relato corto el chiscón, la cocina y los siete pecados capitales”. Madrid. Enero 2007.

Primer premio “Certamen de narraciones cortas servicio extremeño de la salud”. Badajoz. Diciembre 2006.

Segundo premio “IX Certamen Literario sobre la igualdad de oportunidades entre hombres y mujeres”. San Fernando (Cádiz). Noviembre 2006.

Mención de Honor “X Certamen Literario de declaraciones de amor del Ayuntamiento de Paradas”. Paradas (Sevilla). Febrero 2006.

Primer premio “VIII Certamen de Relatos Breves de Mujer”. Valladolid. Enero 2006.

Tercer premio “I Certamen literario contra la violencia: No soy de nadie”. Agrupación Socialista de Alcalá de Henares. Madrid. Noviembre 2005.

Tercer premio “X Concurso de Cuento ‘Todos somos diferentes’”. Asamblea Juvenil de Derechos Civiles. Madrid. Junio 2005.

Primer premio “IX Premio de Literatura Infantil y Juvenil ‘Ciudad de Andújar’”. Andújar (Jaén). Mayo 2005.

Primer premio “VIII Certamen de Relato Corto de Adeje”. Adeje (Tenerife). Abril 2005.

Primer premio “X Concurso de Narraciones Cortas Erroxape”. Bermeo (Vizcaya). Marzo 2005.

Primer premio “Concurso de Relatos Cortos sobre la Igualdad de Géneros”. Ronda (Málaga). Marzo 2005

Primer premio “Concurso de Cartas de Amor”. Cádiz. Febrero 2005.

Primer premio “I Certamen ‘Nosotras contamos’. Ayuntamiento de Zamora”. Zamora. Diciembre 2004.

Segundo premio “IV Certamen de Creación Literaria no Sexista”. Berriz (Vizcaya). Noviembre 2004.

Accésit “V Certamen de Relatos Breves ‘Mujeres’”. Santa Cruz de Tenerife. Noviembre 2004.

Segundo premio “V Concurso de Relatos Cortos de Biescas”. Huesca. Octubre 2004.

Primer premio “XVII Concurso de Prosa del Ayuntamiento de Los Molinos”. Madrid. Agosto 2004.

Accésit “I Certamen de Relato Corto Sentido Bar”. Las Palmas de Gran Canaria. Junio 2004.

Accésit “VII Concurso nuestro ambiente, nuestro futuro, nuestro derecho”. Bilbao. Junio 2004.

Primer premio certamen literario “Hogueras de San Juan”. Coria. Cáceres. Mayo 2004.

Primer premio del “Certamen de Cartas Románticas de Calafell”. Calafell (Tarragona). Abril 2004.

Primer premio “IV Certamen de Relato Corto Pilar Paz Casamar”. Jerez (Cádiz). Abril 2004.

Primer premio “VI Edición del Premio Internacional de Relatos Paradores de Turismo de España”. Madrid. Marzo 2004.

Primer premio “IX Concurso de Narraciones Cortas Erroxape”. Bermeo (Vizcaya). Marzo 2004.

Primer premio del “VIII Certamen de Relatos para la Igualdad”. Morón de la Frontera (Sevilla). Enero 2004.

Primer premio del “IV Certamen de Poesía de Cadreíta”. Navarra. Enero 2004.

Accésit del Certamen “Trinidad Arroyo de Narrativa”. Palencia. Diciembre 2003.

Segundo Premio del Concurso “Cuando yo era joven”. Lejona (Vizcaya). Octubre 2003.

Tercer premio del certamen de relato “Pastores y Rapatanes”. Biescas (Huesca). Octubre 2003.

Primer premio Prosa del certamen literario “At Fontes” de la Cueva Negra. Fortuna (Murcia). Agosto 2003.

Primer premio Prosa Castellana “Concurso Universidad de Deusto de San Sebastián”. Junio 2003.

Accésit del concurso de “Cartas de Amor de Lejona”. Vizcaya. Febrero 2003.

Segundo premio del certamen “Ana M.^a Matute de Relato Infantil No-sexista”. Madrid. Febrero 2003.

Primer premio del concurso “Cartas de amor”. Don Benito (Badajoz). Febrero 2003

Accésit del certamen de “Cartas de amor” de Tarifa (Cádiz). Febrero 2003.

Primer premio del concurso “Carta a un maltratador”. Palencia. Noviembre 2002.

Accésit en el V Concurso Literario “Mujer y violencia doméstica”. Laguardia (Álava). Junio 2002.

Primer premio del “Certamen de Relato Breve Ciudad de Elda” (Alicante). Mayo 2002

Primer premio del “Certamen de Relatos Navideños Alar del Rey” (Palencia). Diciembre 2001.

Accésit al mejor estilo literario del III Certamen Literario de Primavera del Periódico “El correo”. Vitoria. Mayo 2001.

Podría jurar sobre Biblia encuadernada en piel noble que son legión los que han visto algún fantasma en este ir y venir del mundo.

Tampoco es despreciable la cantidad de personas que han vivido con alguno de ellos en sus diferentes modalidades: los ataviados de rancia etiqueta para un banquete que nunca llegó a disfrutarse; los incómodos por acarrear las cabezas debajo del brazo por un infeliz desacuerdo con la rústica hacha o la limpia guillotina; los abotargados por la falta de respiración, con los cabellos enredados en algas y talofitos y la piel cubierta de ese resbaladizo verdín de las profundidades submarinas...

También he oído hablar de los de sábana blanca y pesada cadena de plomo pero, entre nosotros, creo que estos solo son un invento de la imaginación de las sufridas madres. Hartas de ver rechazada su autoridad y de que las criaturas no se acabaran la sopa, invocaban la ayuda de un poder ultraterrenal que les intimidase los ánimos.

Claro que aquellos eran tiempos en los que se espantaban con relativa facilidad. En la actualidad lo políticamente correcto es que se les cuenten historias de señores que olvidaron tomar su dosis de Prozac y, tropezando con la caja de las herramientas, dieron nada menos que con la sierra mecánica de talar secuoyas, a la que no faltaba gasolina para serrar medio Parque Nacional de Yellowstone. Armados con este ensordecedor aparejo, emprendieron camino abajo por un valle en el que acampaban unos adolescentes, tan rubios como bulliciosos, que dejaron de hacer ruido después de unas carreras alocadas.

El resto de la narración sobre las amputaciones, desmembramientos, rebanadas y otros tajos que adornan el relato,

dependerá de la vena sanguinaria maternal o de lo irritable que haya sido su día. Eso es lo que me han explicado, yo, por edad, me quedé en “El Hombre del Saco”.

Decía que lo que ya no era tan usual, en cuanto a compartir techo con un fantasma, era que este no se hallara difunto. Quiero decir técnicamente fallecido, sin aliento demostrable ni otro signo de vida, que es la forma tradicional con la que entendemos la muerte. Como es el caso que expondré ahora y para el que solicito de las joyas de vuestra paciencia, que abráis la perla de la mente y el rubí del entendimiento a lo asombroso, porque la realidad siempre supera a la ficción.

Lo que voy a contaros es tan cierto que hasta a mí me cuesta creerlo. En cuanto a la villa en la que sucedió, sólo diré que fue en la Comarca, todavía quedan herederos en pie y no quisiera socarrar ánimos que llevan tanto tiempo fríos.

Seguro que no os es ajena la idea de muerto en vida, pues qué es sino un espíritu envuelto en carne, invisible a familia y amigos. Al que nadie va a despertar por las mañanas soleadas ni a arropar en las noches frías. Que se olvida de hablar porque no le escuchan y de sentir porque no le aman.

Esa alma en pena era mi vecino, mosén Julián, en aquella época en que los curas se vestían con sotana hasta los tobillos. A partir de ahí le nacían unas sandalias de cuero añejo que terminaban en punta descubierta, enseñando unos dedos huesudos de uñas duras aún más oscuras que la túnica del fraile.

Tendría doscientos o trescientos años, eso me parecía en la descarada curiosidad de la infancia, por la extremada palidez de su rostro, más brillante que el alzacuello. Lo hundido de sus ojos, que se volvían azules cuando miraba al cielo y grises si los dirigía al suelo, y ese arqueado de espalda que, sin ser jorobada, se abovedaba como los altares de las capillas.

Apenas tenía pelo, ni en el cogote ni en las cejas ni en el bigote. Una sombra parda y sosa anunciaba que allí creció, en una etapa, pelambrrera. Sin embargo, lo extravagante de la naturaleza por hacerse más extraordinaria, le dotaba de unos brotes que le nacían en lo profundo de la nariz. Hebras largas y recias de luto riguroso que cuando salían al exterior se rizaban hacia arriba como colmillos de jabalí. Las orejas tampoco se libraban de estas lanas, cayendo al aire en forma de tirabuzones que quisieran buscar apoyo en los hombros.

Dientes, cuatro, alternos en las dos encías y presumo que muelas le quedaban, quizá tres; en ocasiones le veía paseando y aplastando comida en la parte de atrás de la boca, por algo sería.

El paso corto pero seguro, apuntalando cada pie antes de adelantar el contrario. Las manos no temblaban a pesar de la delgadez de su musculatura; los huesos ensartados en una difícil costura se le veían torcidos pero completos, así de transparente y frágil tenía la piel.

En todo era lento menos en la tarea de cavilar, como supe más tarde, y en calzarse la boina, igual de vieja, raída y endeble que él. Se la enroscaba en la frente con la eficacia de una tuerca bien engrasada. Por otra parte el único instrumento con el que diferenciaba el amanecer del ocaso. Cuando se levantaba se la ponía y no dejaba de llevarla encima hasta la hora de dormir. Y no, nunca salía de casa.

En alguna ocasión le pregunté a mi madre por la edad de ese personaje que me atraía hipnóticamente. Me respondió que no lo sabía a ciencia cierta pero que seguro tenía muy cumplidos los noventa y que siempre fue soltero (esto no sé por qué lo añadió siendo un mosén, los motivos de los mayores se nos escapan a los pequeños). Lo que yo os diga: entre doscientos y trescientos años debería tener...

Compartíamos la misma pared maestra donde apoyaban los cabecales de las camas. Hubiera jurado que era capaz de leer mi pensamiento a través de las piedras, el revoque y la pintura plástica. O puede que se lo contara el crucifijo que velaba mis sueños, al ser un profesional de Dios.

El asunto es que adivinaba mi estado de ánimo al salir a la ventana, incluso sabía cuándo iba a hacerlo, como aquella noche en la que estaba castigada por un quítame allá esa pedrada, y sufrí un arresto domiciliario nocturno.

El delito no era para tanto, de hecho solo rocé la frente de Miguelón con el canto de una piedra, ni siquiera tuvieron que darle puntos de sutura. Apenas un escorchón que parecía mayor por el color de la mercromina.

La estupidez que cargaba aquel bruto (más alto y grueso que yo), le venía de antiguo. A mí no podían hacerme responsable de que le costase cerrar la boca, ni de que tropezase con todas las esquinas, y menos a mis pedradas. Además podía alegar “defensa propia”, puesto que él se escondió detrás de una higuera y al rececho esperó la hora en que fuese a hacer algún recado.

Aprovisionado de un buen montón de rocas y el cuerpo parapetado por el tronco del árbol, me lanzó por la espalda y con la traición como puntería, una andanada de guijarros, cascotes y chinias, en cantidad suficiente para construir un murete de cierta altura. La primera me dio en el hombro, la segunda la esquivé y atrapé la tercera con la mano, que aproveché para devolver el ataque. En un efecto boomerang la piedra volvió a su remitente, teniendo en cuenta que su cabeza era lo que más abultaba del conjunto, la diana no fue difícil.

En seguida se puso a llorar y chillar, escapándose a gran velocidad calle abajo rumbo a las faldas de su madre. Esta no tardó en venir a hablar con la mía, y con ello retomo el hilo de la historia: fui castigada sin salir de mi habitación aquella primera noche de fiesta mayor.

La orquesta ya estaba sonando y el aire y los muchos decibelios traían el sonido de las canciones a la misma puerta de casa.

Las calles desiertas, hasta las polillas habían dejado de estamparse contra las farolas, que lucían para nadie. Personas y animales bailaban en la plaza, por eso mi pena y yo nos sentamos en el alféizar de la ventana sin temor a que nos regañasen.

–Así que le has zurrado a Miguelón... –dijo la voz de al lado.

–Él me tiró primero –contesté enrabiada.

–Lo sé, lo sé, moza, pero ese crío es lelo y has de tener paciencia. Sus padres son primos segundos y primos terceros sus abuelos, que nacieron de otros primos segundos. Con esos cruzamientos toda la familia ha nacido simplona, las seseras más parecen melones de agua que de persona.

De nada me valió protestarles y ponerles pegas para no tener que pedir dispensa papal a estos matrimonios. Ellos insistían que preferían casarse entre parientes porque se tenían más confianza.

No te apures, seguro que mañana tus padres te dejarán ir al baile, aún queda mucha música por delante.

–Mosén Julián, es que hoy en el descanso daban melocotón con vino –respondí con pesadumbre.

–Vaya, vaya, si ha salido golosa la gorriona... Ya sé que está muy rico pero no conviene abusar de él y cuanto más dulce peor, que emborracha sin darte cuenta. Ahora que eres chavala has de aprender bien esta lección, cuando uno se hace mayor no se puede enderezar lo torcido sin romper alguna cosa.

Escúchame con atención, el abuso del alcohol no solo trae problemas en esta vida, sino también en la otra, ¡y de los gordos!

Voy a contarte lo que le pasó a un sacristán que tuve en la iglesia hace muchos años, cuando aún no habías nacido tú, y luego me dirás si tengo o no tengo razón. Espera un momento que vuelvo en un tris.

Desapareció unos minutos y volvió con una caja de dulces que solo hacía el confitero del pueblo en fiestas importantes.

—¡Hala, golosa!, estira el brazo y coge el paquete de “Teticas de Monja”, están riquísimas y te harán olvidar los pasodobles y los melocotones adobados. Son de mi cuñada Gregoria, las esconde muy mal... ja, ja, ja, como las compra a hurtadillas luego no se atreverá a reclamar nada.

Extendí la mano y sentí encima la suya, del color y el peso del humo, casi sin pulso pero tibia, tan agradable como esa luna de agosto que se había hecho un sitio en la cumbre del tejado para oír el relato, y con las puntas colgando a lo largo de la fachada, nos regalaba una hermosa cortina de plata.

Sin más preparativos el cura empezó la narración.

—Por aquel entonces tenía un sacristán, Juanico era su nombre. Limpiaba y cuidaba los ornamentos del templo, ayudando en el servicio del altar.

Andaba ligero y tenía buena correa para trabajar. También era discreto con lo que escuchaba detrás de las puertas y lo que veía a través de las tapias, sin provocar cizañas entre los vecinos.

Vivía solo en el cuarto más soleado de la iglesia y así la guardaba de los ladrones por las noches. No tenía amigos pero tampoco enemigos, y en talla y ganas de comer también era parco. Mas en el beber..., no puedo decir que fuera escaso o reprimido..., muy al contrario, ¡siempre tenía sed!, pero no de justicia sino de morapio. No he conocido a nadie con tanto cariño por el zumo de la uva, ni con tanto brío para tragarlo.

A lo que se ve el apego le venía de niño. Sus padres, por tenerlo callado a las horas de dormir, le remojaran el paladar con un poco de vino de garnacha. Y con esa costumbre en la sangre creció hasta hacerse hombre, con la salvedad de que ahora no le bastaba con remojar el gaznate, sino que tenía que beber tinajas y cántaros para dar un paso.

En general disimulaba la trompa con cierta gracia. Al calzar pie pequeño raramente se trastabillaba con los bancos o los reclinatorios, y como también era de frases cortas y hablar moderado, no se le trababa la lengua con los vocablos. Solo te hacías idea de su achispamiento cuando lo tenías muy cerca.

El olor a beodo no se tapa con perfumes ni baños, además como este odiaba el agua y al jabón ni nombrarlo, en cuanto abría la boca para respirar, el hedor a cantina te atontaba para el resto del día.

Inútilmente le reñía y hasta le castigaba doblándole las tareas y triplicando las oraciones en el confesionario. No había forma de corregirle ese terrible vicio que lo estaba llevando a la vejez prematura y a su consecuente muerte adelantada.

Por fortuna o por desdicha, en nuestra parroquia nunca hemos sufrido penuria de licor. Un bodeguero al que di la extremaunción, dejó escrito en su testamento que nos proveyeran en abundancia tras cada cosecha y, sin necesidad de exigir, cada temporada recibíamos más toneles de los que podíamos almacenar. Lo peor, si es que aún se podía perjudicar más, fue que se aficionó a mentir para encubrir su falta.

Cuando enfadado le preguntaba por la rapidez con la que se gastaba la barrica del vino de misa, el muy tunante le echaba la culpa al “prelado”. Pero no a ninguno vivo, sino al difunto obispo que descansa bajo laude a los pies del altar, al que por sus bondades ascendieron a la categoría de beato.

Más de veinte puntapiés le di a ese descarado, por mentiroso y sacrílego, y otros tantos, por borracho. Pero él erre que erre, seguía insistiendo en que por las noches veía a su “santidad” salir de la fosa para entonarse con un trago de oloroso, que justificaba por la perniciosa humedad de la tierra en los huesos.

Así, entre sorbo y libación, pasaron los meses. Hasta que amaneció una mañana en la que no se despertó de la turca. Lo descubrí en el suelo en lo más oscuro de la capilla, tieso como el hielo pero con la expresión feliz del que descansa en paz.

Le hice un responso al que no asistió ni un alma, de ahí que, como estaban arreglando la tumba del nuncio porque con el deambular de la gente y los muchos siglos se le habían borrado las letras de la inscripción y se le ensanchaban las grietas de la lápida, lo enterré con él sin que se enterara nadie.

Luego los albañiles me ayudaron a encajar la nueva estela y el asunto quedó tapado para la eternidad. Al menos eso creía yo, pero al cabo de siete años un grito lastimero me hizo levantar la vista del cáliz que estaba limpiando. Desde que murió mi asistente no había querido tener otro y eso me obligaba a pasar más tiempo en la iglesia para conservarla aseada y en orden.

La campana acababa de llorar doce veces.

–Mosén Julián, por caridad, ha de auxiliarme, no sabe en qué lío me ha metido al compartir sepultura con el prelado –dijo el fantasma del rapavelas.

Yo casi me muero del susto. No había duda, se trataba de mi antiguo sacristán. Más pálido y sin sustancia pero era Juanico.

Desprendía un aroma de plantas silvestres, manzanilla..., lavanda... y una brisa de romero que no recordaba el viejo abrigo de tinto con el que se calentaba en vida. Todo lo que me salió por la boca fue un chillido agudo.

–¡Chitón!, cura, ¡chitón!, no me lo despierte ahora que he conseguido que se duerma a fuerza de correr.

Verá, padre, desde el mismo día que me hizo un sitio con él estoy pagando por mis pecados.

Usted ya sabe que le mentía cuando acusaba al espectro de su eminencia de haberse bebido el vino de misa. Lo que no imaginábamos ninguno de los dos es que realmente su espíritu no está al lado de Dios Padre, como era de suponer para un hombre que ha sido elevado en la categoría celeste.

Resulta que le tiene querencia a este pueblo y no se marchó al paraíso en el momento en el que fue llamado. Con lo que todo lo que hacemos o decimos bajo este techo, está siendo observado y apuntado religiosamente (nunca más propia la palabra) por él.

Excusa decir que a un servidor lo tenía el primero de la lista y estaba esperando con no pocas ganas mi cambio de situación.

Ya la primera noche que descansé apoyado en sus huesos me sacudió una buena somanta de palos. ¿Con qué?, pues con lo primero que le cayera en las manos.

Me ha zurrado con las estatuas de Santa Rita y Santa Genoveva, que son de mármol. Otras tundas con los candelabros y las más, con los Libros Sagrados, que para eso hacen mucho bulto y no poco daño. Después de cada sesión de golpes me mete entero en la pila bautismal y me baña en agua bendita para limpiar mis pecados; yo no niego que sea milagrosa pero fría lo está un rato, aún no he dejado de moquear desde que fallecí.

No hay ocaso en el que no me bautice; mire, mire, cómo se me ha quedado la cabeza de tanto remojón...

Te juro que una coronilla del tamaño de una hostia le brillaba en el cogote. Después de santiguarme y más repuesto de la impresión le pregunté cómo podía socorrerle. En el fondo me sentía responsable de un castigo tan largo y severo.

Él me contestó que tenía que cambiar de lecho antes de que se cumplieran los siete años exactos de la inhumación. De lo contrario le aguardaban otros tantos con el mismo calvario.

Pensé en las fechas y solo faltaban dos jornadas para el aniversario fatal, así que sin perder tiempo fui a buscar las herramientas necesarias con las que levantar la cubierta de la sepultura sin hacer demasiado destrozo.

Se hizo de día y luego otra vez de noche excavando y tirando con cuerdas de la pesada losa, hasta que finalmente di con los dos. Los separé con cuidado de ese abrazo ultraterreno y me llevé los restos de Juanico en una manta. A este lo enterré en el patio ajardinado que hay en la parte de detrás de la iglesia, junto al muro que separa el suelo sagrado de la calle. Y porque no se viera la tierra removida sin ninguna explicación, planté encima de su cuerpo un par de rosales blancos como la nieve que me habían regalado unas devotas de la Virgen.

Cubrir al obispo me llevó mis sudores y no pocas oraciones, pero con la ayuda del Todopoderoso y las sogas de antes, pude arrastrar la tapa y volverla a colocar en su sitio sin que nadie pudiera sospechar nada. Cuando terminé de toda la labor la campana tañía la última hora del día.

Aguardé en silencio temiendo cualquier cataclismo por culpa del ajeteo al que les había sometido. La respuesta no se hizo esperar pero fue serena: el altar se iluminó durante un instante y luego se envolvió en la sombra de la paz. Lo creas o no, sucedió tal como lo cuento.

–Mosén Julián, perdone, pero todos los rosales del jardín de la iglesia son de color rojo vino –interrumpí.

–Cosas de este sacristán difunto, moceta, hasta en el Más Allá tuvo que cambiar las flores a su tono favorito...

Recopilación

X Edición Premios
de Relatos Cortos
(1999-2007)

**l Certamen
de Relato
Corto (1999)**

1.^{er} Premio

Las ecuaciones del milano

Damián Torrijos

Digamos de un esparvel –de un esparvel cualquiera– que se ha posado en los roquedos de Piracés; que el sol fríe los yermos y se imagina el pájaro en las térmicas estupendas, y que alza el vuelo en consecuencia. Se deja llevar el milano en ese muelle cálido y bochornoso, y así aupado, apenas sin esfuerzo, deja muy lejos el suelo. En todo ve ubicuas razas de vida; abajo hierve la Hoya de sapos y culebras, de topinos y ratas de agua, de sabrosas y mínimas piezas. Pero es acaso un esparvel satisfecho, o quizá es un pájaro o místico o cansado, disfruta del paisaje abajo, en ese caos aparente de regadíos y de arcillas. La verdura de los hombres es un tapiz irregular de fajas triangulares, sinuosas, quebradas; tienen a veces forma de media luna, de almendra, o son sencillamente amorfas. Donde la labor cede a la huebra, donde los tozales, el aire cálido tira del esparvel hacia las pocas nubes. Y el pájaro hace bucles en su pacífica galbana.

Y de pronto pliega las alas y cae en picado; le basta al milano mover apenas una pluma caudal para guiñar ligeramente al este y frenéticamente abajo, y recorrer en segundos las leguas que le separan de una visión seráfica. En su exacta vertical, a sus doce en punto, se abre el pájaro en toda su envergadura y queda clavado en el vacío; el cierzo silba en sus perfiles y lo mece despacito. Pájaro y todo, el esparvel no deja de sentir asombro. Se ha detenido sobre un maizal sublime, precioso, pluscuamperfecto. Las ringleras trazan círculos concéntricos; en los puntos cardinales se abre el maizal en raras volutas, en arabescos afilados e índices. Hay en todo una nitidez pasmosa: es un maizal trazado con caligrafía, obediente a ritmos y proporciones, no labrado sino dibujado con tiralíneas. Y entiende el esparvel, del todo quieto a mil pies, que el maizal es una rosa de los vientos. Apenas pliega un ala y gira;

más allá, donde los arcos, la labor traza una compleja trama damasquina, de arcos que se cruzan con absoluta precisión, que se revuelven sobre sí y entre todos sin perder una fantástica inspiración matemática. Los motivos se cierran hacia poniente en un ajedrezado jaqués.

En la orilla hay un hombre inclinado, y el pájaro, de veras conmovido, ejecuta una nueva y urgente caída. El hombre se esmera en un brote de arroz, enano sólo, que parece obstinado en demorarse de oriente, en romper la inmaculada perfección del todo.

El hombre levanta la vista y cruzan sus miradas, y antes de que el milano remonte el vuelo en un amplio tirabuzón, el labrador se saca la boina y saluda gravemente, respetuoso, circunspecto.

Ángel Pano sentía una sincera devoción por el milvus migrans. Sus acrobacias –del milvus– eran de una impecable geometría, al borde siempre de lo estrictamente físico, de lo esencial, de la absurda y ramplona filosofía de, pongamos, un gorrión. El vuelo de un milano, se decía, son ecuaciones en el aire. De dejar el milano una estela sería un hermoso garabato de cuerdas en consenso; ese dulce planeo curvo, una hermosa imagen de abcisas y de cosenos; ese quiebro inesperado habría de ser el florilegio de Euclides. A veces, acaso de la pura intuición, el esparvel detenía su paseo sobre Ángel Pano y él siempre saludaba. Grave, respetuoso y circunspecto; no como un aprendiz frente a su maestro, sino como el maestro en presencia de un genio. Ese pájaro –ese cualquiera, que se espanta con la ceremonia de la boina– tenía la sencilla pureza del canon. Y esa maniobra, esa concreta quietud en el cierzo, encerraba la maravilla de la dinámica, la impecable y mutua tensión de los fluidos, el portentoso algoritmo de la vida misma.

Luego de cubrirse, que caía el sol a huevo, el Pano volvió su atención al terco brote de arroz; seguía obstinado el brote en brotar de lado, con una presunción y una tozudez que no cabía

esperar de un vástago. El hombre, que había observado durante días el tallo, que conocía su conspiración, estaba preparado. Hundió un tutor de a palmo en el barro; comprobó su verticalidad con una plomada de precisión (construida con el plomo de un sedal y una finísima hebra de esparto), y puso en su sitio al brote. En las tierras del Pano había cientos de vegetales con férula, pues la obligación del Hombre no es otra que corregir amorosamente las frivolidades de lo que crece. La tierra, a veces, se distrae en los preciosos garabatos que todo lo conforman.

Se sentó Ángel Pano en la linde, donde incluso los yerbajos crecían en pulcra simetría; cada dos varas, entre sendos tomillos, el Pano había permitido sin embargo un solar al suelo de sus tentaciones. Y escuchaba el sordo rumor del silencio: el agua en los regatos, los leves zumbidos de la brisa, el vuelo impertinente y agudo de los mosquitos, la lejana vibración de los tractores... Adoraba el Pano ese silencio amueblado de matices; a menudo, sumido en él, se acordaba de la Carolina. De su piel blanca y prieta sobre las lorzas, de su cara colorada, tirante y vivaz; de su balanceo en las eras y en el lecho, de esa risa de jipidos que alegraba la casa y las cosechas. De la súbita decepción; de su agonía de meses. Recordaba el Pano cómo se consumía la Carolina mientras el cáncer se abría huecos en el vientre, mientras su esposa se moría por pedazos.

Un año entre dos Pascuas tardó la Carolina. Y él estuvo siempre a su lado, recostado en un sillón de mimbres, compartiendo esa lenta putrefacción que dejaba en el cuarto un aroma de gatos aplastados. Los hijos, los cuatro, atendían el campo; el Pano atendía la mano de su mujer, una mano regordeta y aceitosa que pronto se puso magra. En silencio el Pano maldecía. Una tarde se presentó el mosén –aunque no era cumplidor el Pano– y ensayó un torque consuelo de frases hechas. El Pano le dio dos hostias; pero luego, con la calma de la noche, se preguntó si no habría de veras una explicación, si no era parte la Carolina de un todo

ordenado, si los gusanos que bullían bajo las tetas no eran sino cumplidores de un ciclo inexorable. Los hijos, los cuatro, dijeron después en las tertulias que, esa noche, le dio al Pano un aire. A la mañana siguiente se presentó en el camposanto con un ovillo de bramante. Quería la casualidad –o el Orden– que la planta del cementerio fuera escrupulosamente cuadrangular; tiró las cuerdas, trazó las diagonales, y marcó el solar en su centro perfecto. Y con su referencia trazó un rectángulo; en eso llegó el alguacil, que tenía aviso del Pano, y ahí mismo cerró el contrato y compró la tumba de la Carolina. Seis semanas tardó en cavarla y tres en dejarla a su gusto; negó el auxilio de peón alguno. Las aristas se sometían, una y otra vez, al examen de la escuadra; el Pano no quería propiamente una fosa, sino un mausoleo prismático, un exquisito volumen de proporciones áureas. Donde el pico se hacía tosco se aplicaba con la piqueta; y después con el cincel; y después con la espátula; y después con la uña; y después con el cepillo; y después, y con la connivencia del boticario, limó con bisturí las últimas imperfecciones, las mínimas, las ínfimas. De haber tenido el Pano o el tiempo o la herramienta, se hubiera entretenido en microtomos. Pero en tanto se había muerto la Carolina por fin. No se sintió traidor a la mujer por sus ausencias: la Carolina llevaba un tiempo largo en un coma piadoso, acaso para no sentir el propio tufo y los dolores como cuchilladas. Su entierro fue un ejemplo de goniometría y el principio de una Causa.

En los largos duermevelas, mientras la Carolina reventaba por dentro y se hacía chica por fuera, Ángel Pano había desarrollado una religión propia; lo mismo era además desmesurada. La vida y sus productos encajaban sin duda en complejas ecuaciones, en una razón universal de ángulos, en múltiplos deliciosamente encadenados, en la discreta exaltación del orden. No se expresaba así el Pano por taciturno y porque su memoria escolar era escasa y quedaba muy lejos: era una sencilla presunción de números complejos. Y luego del entierro, ante la atónita expectación de todos, ante la prudente simpatía de los hijos con el padre loco,

se aplicó a la reconstrucción del mundo. Había sido un cazador de prestigio; y verbigracia sustituyó la carabina por un arco de poleas, encantado de sus parábolas, amante de pronto de esa balística que traza cosenos en el aire. Reformó la casa imponiendo una implacable simetría en los cuartos, midiendo a nivel la exacta rectitud de los espejos; cada objeto sobre las mesas fue delicadamente examinado, de modo que la planta de los unos sobre las otras obedeciera a cabaes coordinadas.

Pero se debía a la tierra, y en ella –y a menudo contra ella– se aplicó en una minuciosa cruzada. Sus aguatillos fueron pronto obras de orfebre, conos perfectamente truncados y pulidos por donde el riego se deslizaba sin ruidos aparentes. Afilaba, con precisión de joyero, las palas de la teja; medía la labor con un tesón microscopista. No quería tajos al campo, sino arañazos sabios. Cada simiente era plantada en su lugar preciso, en un todo armónico de granos. Tuvo la manía de ensayar sus dibujos vegetales; primero eran tímidos bocetos, figuras planas y singulares; luego se inició en los raros caracoles y en la exuberancia de los círculos inscritos, en la frenética cadencia de los hipocicloides. Puso su amor en la faja de los rábanos: describían la hermosísima espiral de Arquímedes, que se retuerce sobre sí misma sin estridencias para concluir formando un corazón. Ángel Pano, ajeno a toda sabiduría, reinventó sin embargo a Gauss y a Bernoulli con la simple intuición de lo curvo.

La amable paciencia de los hijos no duró; la primera cosecha fue ruinosa. Las tierras, a manos del Pano, eran bellas en serio pero inequívocamente pobres. Aún se dejaban guiar por los juegos del padre, que desde los tozales, armado con teodolitos que no sabía usar, con grafómetros que no entendía, les daba instrucciones mediante bocina. Se apañaba mejor con el brazo extendido y un decímetro y una tosca herramienta de cordones; dibujaba en el barro y daba gritos, y los hijos, los cuatro, torcían la labor y el ceno un cuarto de grado. Luego, en la impunidad del vermú, conspiraban en silencio, cobardes todavía, temerosos

del padre loco. Las conjuras que solo se suspiran encierran más peligro y son más evidentes. Los vecinos pronto espionaron al Pano desde las lindes, ocultos en las acequias; y no podían decidir si era de veras un santón o un majadero. La duda quedó zanjada cuando, un septiembre, el Pano comenzó a lanzar flechas al aire: no a un azar del aire, sino al cielo mismo. Tenían las flechas una larga cola de papel seda que, en un hermoso y fugaz trampantojo, pintaba en el cielo un arco apuntado; como quiera que el Pano repetía la operación cada pocos pasos –y luego de una observación profunda– un espía avisado habría notado un método: todo lanzamiento coincidía en el mismo cenit. El Pano estaba flechando una cúpula sobre los campos de ordio.

Entre los alcahuetes ya corría la voz: el Pano iba desquiciado tras la muerte de la Carolina. Siempre hay peritos en el prejuicio, y así el mosén pedía en los carasoles una oración por el pobrecito; el médico buscaba precedentes en los libracos; el alcalde miraba el catastro con ambiciones, por si cabía una expropiación antes o después; el maestro, para evitar la pasa, omitía las lecciones de aritmética. Cada cual tenía su veredicto y proponía su sanción. Los hijos, los cuatro, no levantaban los ojos del vermú por no cruzarse las miradas.

El Pano se secó la frente y, luego de comprobar si aguantaba el tutor, anduvo un rato por las lindes. Aquí y allá, cada poco, detenía su paseo para enmendar las pequeñas atrocidades del caos: o un ababol empecinado, o una margarita de pétalos desparejos, o la impertinente madriguera de una liebre. Donde la acequia se descansó de nuevo; dejó las abarcas a un lado (cuidando que mediara entre ambas una correspondencia rigurosamente especular) y hundió los pies en el agua turbia y refrescante. Cada cosa a su hora: no había prisa para alcanzar la tubería. Esa mañana era un obsequio de tiempo moroso, de tiempo que gastar, por ejemplo, en paseos y pedilubios. Lo único urgente y fugitivo era el agua en la canalera, el agua que arrastraba otros lodos, que no regaría más el concierto de su jardín.

Y así y todo, a pesar de su resignación, el Pano suspiró en un levísimo rasgo de dolor. Durante meses había asumido el acecho de los vecinos, y en todo tiempo se supo el eje de muchos sumarios. A su paso tenían los susurros un aroma fecal y ponzoñoso, como si el pueblo se hubiera conjurado en una halitosis de purines y serpientes. Los saludos del mosén tenían un poso de misericordia (algo matizado por la memoria del par de hostias); el médico le miraba con cierto aprecio de taxidermista, y el alcalde le daba palmadas en el hombro. En el maestro sólo percibía el Pano un odio sincero, y tomó algún cariño a ese desprecio sin máscaras. Y eran gestos de ignorancia, y el hombre con eso se consolaba. Pero no iba preparado para el desplante de los hijos, los cuatro, que un día le salieron al encuentro; ebrios de cazalla por fin se habían mirado a los ojos. En el camino le dieron un ultimátum. El Pano, mientras movía los pies en la acequia, toda marrón y fresca, se acordaba del incoherente tufo de anís en los campos, de esas miradas coloradas por la ira y el alcohol, de esas voces gangosas que habían perdido todo vestigio filial. Recordaba esa amenaza de sílabas erráticas como si arrastra espinas el agua. Pero el Pano calló entonces; dio la espalda a tanta traición y siguió andando. No se detuvo siquiera cuando la piedra le alcanzó en el lomo.

El Pano silbaba y buscaba esparveles entre las nubes.

Aunque no había resuelto los problemas menores, la cúpula hubiera sido hermosa. El Pano había tenido su vislumbre mientras los hijos se torturaban con el presagio del granizo. Había trazado en sus campos figuras complejas pero planas; acaso bastara tirar de un hilo para poner en pie las triviales igualdades. Imagine primero un arco en el espacio, y otro más, y otro, coincidentes en su punto más alto. Tal vez, se dijo, fuera suficiente una tupida campana de alambres, un tamiz que dejara paso a la lluvia y retuviera o disparara las pepitas de hielo. Y un día dibujó en el aire un primer apunte con su prurito de arquero puesto a geometra; y la sola contemplación de aquellos sutiles senos, esa curvatura perezosa

de subir y ansiosa de caer, le llevo a un éxtasis sacramental de secantes y cotangentes. Poco después un agente judicial le dio la citación en mano; le atribuían los hijos, los cuatro, una total discapacidad para administrar su hacienda. Y mientras Ángel Pano firmaba Ángel Pano con su menudita y esmerada letra de labriego tuvo la voluntad de morir. Sacó los pies del agua; se secaron pronto al sol y parecían revestidos de un calcetín arcilloso y cuarteado. No se calzó después. Quería el tacto de la tierra; cada guijarro era un divertido revolcón de prismas, un caprichoso tropiezo de poliedros que encerraba el misterio mismo del orden. Los golpes del carcaj en las nalgas marcaban el paso.

Siguiendo la acequia, del otro lado del sifón, había construido la tubería. Era una pasmosa simpleza arrebuada en una cornucopia de tensores y bombillas, y raros y primitivos compases, y herramientas de todo tamaño y de una utilidad insospechada. Había trabajado día y noche; aquí y allá colgaban de la tubería sus apuntes con regia de tres, o modelos a escala que no presagiaban una función concreta. El cierzo mecía los cachibaches, que tintineaban entre sí como si fuera la tubería un espantajo de carrillón chino. A vista de pájaro –de un esparvel cualquiera– la huebra y la quincalla acentuaban la sobrehumana perfección del trazado: era la tubería una circunferencia de referencias celestes: acaso la exquisita huella de un perihelio. De una órbita truncada, porque carecía de un segmento; pero incluso su ausencia era deliciosamente proporcionada. Estaba levantada sobre firmes trípodes a la altura exacta de los ojos de Ángel Pano, y entre ambas bocas –o la boca y lo que fuere– mediaba minuciosa su propia talla. Desde cualquier punto de vista, incluido el milvus, la tubería era su obra maestra. El diámetro de la figura era, a la micro, diez veces su envergadura; su calibre, su diezmo exacto y pulquérismo. No había al tacto ni astillas ni rebabas; su perímetro era un suspiro de las ciencias.

El Pano se sonreía. De toda manufactura posible, solo el círculo era al tiempo una escala vital y divina; solo una

circunferencia, con su ingenuo aspecto de poca cosa, encerraba y despejaba todas las incógnitas. Se sonreía el Pano porque la tubería era su testamento y el escarnio de los hijos: a los cuatro había sisado las piezas. Se reía el Pano de los hombres precueces, de su misma y trivial camada de tontolabas. Sus cosechas serían el año próximo un caótico revoltijo de cereales; serían ricas seguramente, pero de una riqueza sin alma y sin concierto. Y sin embargo su hazaña de la tubería, en ese primitivo erial sin yerbajos, quedaría siempre en la memoria de las generaciones.

Ahí estaba de nuevo: el milano se recortaba contra el sol y el Pano frunció los ojos para distinguir su silueta absolutamente inmóvil. Supuso que era la hora. Al pie del círculo estaba el arco; tomó la flecha del carcaj. Era una pieza singular, sin plumas, para evitar el inútil rozamiento de las paredes: la tubería en sí era una trayectoria perfecta. No tenía el Pano gran cosa que añadir y tensó la cuerda, en algún punto apenas crujieron las poleas. Embocó la punta en la tubería. Había preferido una punta de caza de tres hojas como escalpelos. Y dejó por fin que la sirga resbalara sobre las yemas.

La ceremonia estaba bien ensayada y no llevó un segundo. El Pano giró sobre sus pies, dio dos trancos, y esperó. ¡Cuánta mentira tenían los relojes! Tuvo tiempo para recorrer el lejano cuerpo de la Carolina, las marciales filas del arroz, la cebada en espirales, la estirada concreción de cada brote en su tutor... Pudo percibir el silbo de la flecha en el tubo, las fuerzas de su mecánica, las turbulencias de su geometría, el álgebra que desprendía mientras se hacía aguda y próxima; pudo enfocar esa boca oscura que, a un palmo escaso de su frente, rezumaba sinusoides y cosecantes; sintió la presión del aire, el soplido cálido de la tubería, ese rumor que dejaba la flecha agudo por delante y grave por detrás; vio la punta tridente que de pronto emergía de la nada, la respuesta a toda ecuación, el final de cada incógnita. Sintió su brevísimo tacto entre los ojos y era de un frío delicado y centesimal.

El milano lo mismo venía de Piracés, donde los roquedos tostados al sol emiten térmicas placenteras. Durante un buen rato se mantuvo en suspense, apenas vibrando en el cierzo; luego se dejó caer. El hombre, largo en el suelo, no se inmutaba. Tenía el milano la duda de si aquellos ojos abiertos miraban al cielo o el palo encajado entre las cejas; algo miraban sin duda. Esperó la habitual cortesía de la boina, pero finalmente, no sin una perceptible decepción, se elevó de nuevo. Y a punto estaba de alabear y perderse sobre las eras cuando cayó en la cuenta. Tenía el sol a sus espaldas; vio su propia sombra proyectada en el suelo: un enorme esparvel negro pulcramente inscrito en el círculo. Y ahí donde parecía roto, donde se había quebrado la exquisita redondez, el hombre estaba tumbado para darle su ceremoniosa completud. No era el hombre laso su artífice: era parte de lo inmaculado. Aunque se sabía querido el esparvel, no dejó de emocionarse ante el tozudo homenaje del tipo inmóvil. Y entendió bruscamente que seguía mirando desde su remota pequeñez, y se alejó discreto, como si hubiera burlado sin querer la intimidad de un sacramento.

2.º Premio

La niña que quería salir en el No-Do

Begoña Plaza

La señorita Asunción corregía los deberes del día anterior, mientras el agua hervía en un enorme puchero colocado sobre la estufa de leña. Enseguida repartirían la leche, el queso y la mantequilla de los americanos. Regina mascaba con fruición una bola de chicle que le habían traído de Huesca. Permanecía expectante desde la noche anterior. Ese día era martes, día de cine en el bar de María, y hacía varias semanas que no le había tocado ir. “Te paice a tú que las perras las regalan”, le decía su padre cuando ella le pedía permiso para ver una película.

Pero había muchas posibilidades de que aquella noche fuera su turno y el de Trini. Rosario, José y Ramón, sus otros hermanos, habían sido los últimos en disfrutar de aquellas sesiones cinematográficas. Tres pesetas debían pagar cada uno y seis el padre.

La madre no iba nunca; se quedaba retorciendo esparto al calor de la lumbre, charlando con algunos vecinos que, como ella, habían estado exiliados en Francia.

Era absolutamente necesario que Regina estuviera en el bar de María aquella noche. Esperaba verse en la película junto al Hombre de los Pantanos, que se llamaba Generalísimo. Recordaba muy bien su nombre porque no conocía a nadie más que lo tuviera. La semana anterior había venido a inaugurar un canal a Sariñena y ella había estado allí, junto con otros vecinos del pueblo. Aquel acontecimiento había alterado para muchos la cotidianidad. Se retrasarían por unas horas las labores en el campo y las conversaciones serían muy diferentes durante varios días. Habían salido seis carros tirados por mulas y hasta un tractor con remolque. Había que ver lo bien engalanados que iban los jumentos de Macario el del bar y los de casa'l herrero. A estos

últimos les habían anudado una cinta en rojo y amarillo al cuello y Macario, muy dado a los excesos, les había colocado un lazo enorme en cada oreja a sus mulas y otro, también de tamaño considerable, en la cola. Lo malo fueron los problemas que le acarrearón después estos adornos. Al parecer, la tela rojigualda que colgaba molestaba a las mulas en los ojos y comenzaron a mover bruscamente la testuz apenas habían salido del pueblo, negándose a dar un paso más. Los más pequeños habían estado especialmente excitados con esta excursión y más con la carrera que se organizó entre vecinos espontáneamente.

El pistoletazo de salida de la misma fue la escapada del tractor con remolque, seguido al principio de uno de los carros cuyo conductor no se resignaba a quedarse en la retaguardia. Comenzaron también los otros dos a azuzar a las mulas con las consiguientes molestias que ello ocasionaba a los pasajeros, que iban al principio cómodamente instalados en sus sillas de anea, echando algún trago que otro de vino de la bota para entrar en calor. El traqueteo de los vehículos sobre el camino pedregoso hacía botar a los viajeros, algunos de los cuales proferían gritos de protesta: “Chico, dejaló que marche, pos s’igual imos de llegar, dejaló, dejaló que tire él”. Pero otros, para regocijo de los niños, animaban a los intrépidos conductores de mulas: “Sí, sí, chiquer, tú tira, no sea cosa que cuando llegemos ya haya acabau la cosa”.

La competición se animó con la concurrencia de otros participantes que encontraron en ruta, provenientes de pueblos cercanos. Entre los gritos de ánimo y las protestas, algunos de los jumentos se pusieron nerviosos. Las mulas de Macario, ya desprovistas de lazos, decidieron repentinamente desviarse del camino cuajado de guijarros, internándose en uno de los campos de labor, sin aminorar por ello la velocidad, sino totalmente desbocadas.

Regina se divirtió de lo lindo, a pesar de que no podía dejar de tiritar a causa del frío. Iba con sus hermanos y su padre. Mamá se había quedado en casa, diciendo que el abuelo no

se encontraba bien. Eso le había extrañado bastante. La noche anterior a aquel día, él estaba como siempre, comiendo chorizo de los que colgaban en la habitación en la que dormía con Regina y sus hermanos, reprendiéndolos porque no lo dejaban dormir: “¡Cagüen los críos del copón! ¿A ver si calláis ya, rediós!”

Algunos de sus amigos fueron también en los carros, menos Dolores, que llegó hasta Sariñena en coche con su familia. Su madre se llamaba señorita Magdalena, aunque no era maestra ni nada. Salía poco de casa, una casa preciosa. Regina había ido muchas veces a jugar allí con Dolores, la única amiga del pueblo que tenía muñecas que parecían niñas de verdad. Su compañera de juegos no había participado en la carrera; menos mal que esas cosas nunca salían en la película porque el carro en el que iba Regina había llegado el último. Lo importante era lo de después. Eso es lo que ella esperaba ver esa noche y por eso tenía que ir a toda costa al bar de María.

“Papá, me dejará ir al cine esta noche?”, le preguntó a la hora de la comida. “Ya veremos”, respondió. “Pero, ¿me dejará o no?”, insistió ella. “Te he dicho que ya veremos. Hala, ahora termínate lo del plato”.

Así que Regina volvió por la tarde a la escuela sin saber todavía si podría ver la película de esa noche. Mientras sus manos se afanaban por seguir la pauta marcada en su pañito de costura, hubo un momento en el que sus ojos se iluminaron al recordar lo que su padre le había dicho días atrás, cuando logró hacer una sogá de esparto que había dado tres veces la vuelta al pueblo. Le aseguró que le daría una propina con lo que sacase de la venta de las cuerdas que llevaría en mayo a la feria de Monzón.

Fue la que más trabajó, entrelazando hebras y hebras de aquel esparto recogido en pleno verano, cuando el pueblo se calentaba bajo un sol implacable que se quedaba entre las peñas peladas que se recortaban contra un cielo de un azul resplandeciente. Mañanas enteras había pasado desollándose

las manos, arrancando aquellas tiras verdes que se resistían a dejar la tierra en la que estaban bien enraizadas. Pero aquel que ella había transformado en una soga gigante no era verde, sino expuesto al sol, durante tres o cuatro días, sobre los restos de mies que habían quedado tras la siega.

También entonces los carros se veían atestados de vecinos; aunque entonces la sesión no tenía carácter competitivo. El esparto blanqueado por el sol era extendido sobre los caminos, que ocultaban sus pedruscos bajo aquella alfombra crujiente; niños y mayores se subían en grupo a aquellos vehículos temblorosos, los cuales rodaban y rodaban sobre el manto de grandes hebras ásperas para ablandarlo. Cuanta más gente hubiera, mucho mejor. Tras una tarde completa de soportar el paso de las ruedas aplastándolo contra los guijarros, el esparto se doblegaba ante los vecinos, más blando, más manejable, y ya se guardaba en los pajares. Era ahora, durante el invierno, cuando se cogía por montones para convertirlo en sogas que podrían ser vendidas en la feria de Monzón...

Pero todavía faltaba mucho para la venta. Quizá su padre le adelantara el dinero para ver la película de esa noche. ¿Cuál sería?, ¿una de americanos o de españoles? De lo que estaba segura era de que tenía que ser de americanos o de españoles porque solo existían esas. Menos mal que los americanos hablaban el español de maravilla, no como los indios u otros que parecían tontos los pobres. Tal como ella había podido comprobar en el cine, los únicos no españoles que hablaban cristiano eran los americanos.

Por fin, a la hora de la cena, su padre le dio permiso a ella y a Trini para ir al cine.

Sentados a la mesa, junto a la lumbre, los ocho miembros de la familia tomaban la col cotidiana de las noches invernales y productos de la recién matanza del cerdo. Regina se engullía todo con rapidez, como si así pudiera hacer pasar el tiempo más deprisa. La madre se levantó para rellenar la jarra con agua de la

que guardaban en el cántaro situado bajo el fregadero. “Mañana irá Ramón a buscar el agua a la fuente, ¿eh?”, dijo depositándola con suavidad sobre la mesa.

El padre preguntó a Regina y Trini por los deberes de la escuela. “Si no están todos hechos no hay cine hoy”, les advirtió. Ellas dos eran las pequeñas y las únicas que aún asistían a clase. Rosario ayudaba en casa y los dos varones eran necesarios para las labores del campo. Trini había pasado ya al libro de perfeccionamiento; era una alumna aventajada y la maestra había sugerido que la animasen a continuar estudiando. Comentó también que parecía tener un problema de visión, pues no distinguía bien todo lo que ella escribía en la pizarra. “¿Por qué no la llevan a Huesca al oculista? Quizá necesite gafas.” “¡¡¿Gafas?!!!”, había exclamado escandalizado el padre, imaginando inmediatamente a su hija algunos años más tarde: vestida de negro, saliendo de la iglesia del pueblo cogida del brazo de un buen mozo, acompañada de un alegre repiqueteo de campanas... ¿con gafas? Imposible. Las malditas lentes frustrarían a buen seguro aquella escena. Además, ya sabía él que la mala costumbre de Trini de acercarse tanto los objetos al mirarlos, no era más que eso: una mala costumbre que debía ser corregida. Por otra parte, eso de las gafas eran tonterías de ricos.

Después de la cena, la madre puso sobre la mesa un frutero con plátanos y naranjas para regocijo de todos. Había llegado el trapero quien, a cambio de viejas telas y pieles de conejo, dejaba naranjas de toro, rojizas y jugosas. El padre había sido el encargado de comprar los plátanos en Huesca. Los niños solían cambiarle al trapero las balas que habían salpicado la tierra de cobre durante la guerra y que él luego vendía. A veces, durante sus juegos en las tierras baldías a los pies de algún montículo cercano, aparecían proyectiles que habían sido disparados durante la contienda pero que no habían explotado. Regina sabía que eran inofensivos mientras uno no se empeñase en que dejaran de serlo, no así las granadas que habían sido arrojadas durante el periodo bélico. Fue

jugando con una de estas como el primo Enrique perdió su mano derecha.

La lluvia, que había comenzado a caer suavemente antes de la cena, sacando dulces sonidos metálicos de los cubos de faena que estaban en el corral de la casa, descargaba ahora las gotas con furia, como si algunos soldados, despistados de un desfile ya dispersado, aporrearan sus tambores sin orden ni concierto. Dentro de casa se estaba bien, junto al calor del hogar, oyendo el cotidiano chisporroteo de los troncos ardiendo en las noches de invierno. “Hala, moceta, pa que vayas al cine esta noche, esto por lo del esparto”, le dijo el padre a Regina, tendiéndole una caja en cuyo interior había un par de zapatos negros, de suela de cartón duro, del mismo con el que se había confeccionado la maleta que ella se llevaba cuando iba a Huesca, a casa de tía Ascensión, para las fiestas de san Lorenzo. Inmediatamente se los calzó y las dos hermanas cogieron sendas sillas de paja y un gran paraguas negro y se encaminaron hacia el bar de María. Otros vecinos acudían también con sillas: aquellas que no consumían no tenían derecho a asiento.

Regina esperaba sin moverse a que diera comienzo la proyección. Seguía lloviendo mucho. Román, el encargado de llevar el cine todas las semanas al pueblo, no había llegado todavía debido a la tormenta. Tenía que traer, montado en su bicicleta, la lata con la cinta de la primera parte de la película desde el pueblo de allado, donde ya la habían proyectado. Regina estaba muy inquieta, temiendo que suspendiesen la sesión de esa noche. Cuando por fin cesó la lluvia, salió del bar con Trini y Pedro, otro chaval del pueblo que también esperaba, para llegar hasta la carretera por donde debía venir Román, pisando todos los charcos que encontraba por el camino con los zapatos nuevos que comenzaron a empaparse. No había nadie por las calles; el invierno dejaba el pueblo con las charlas de las noches frescas del estío; se quedaban solos el silencio y el frío.

“Mirar, mirar”, dijo Regina con júbilo al cabo de unos cinco minutos, señalando con su dedo hacia una luz que se divisaba a lo lejos y que no podía ser más que el faro de la bicicleta de Román. ¡Bien, no suspenderían la sesión! “¡Que ya viene, que ya viene, ya trae la película!”, anunciaron los tres niños de vuelta en el bar, mientras algunos aprovechaban el retraso para tomar copas de anís o aguardiente.

Un rato después se apagaron las luces y comenzó a oírse el sonido de molinete que acompañaba la aparición de imágenes en la pared blanqueada del local. NO-DO se leía en los primeros fotogramas. Seguidamente apareció el rostro familiar para todos del presidente Eisenhower que, curiosamente, no hablaba español. Regina esperaba con el corazón acelerado, mientras movía los pies empapados dentro de los zapatos, cuya suela empezaba a reblandecerse por la humedad. Se iba a resfriar y mamá la regañaría; luego hablaría con la nariz taponada, como el Hombre de los Pantanos. El hombre tenía que estar tantas y tantas veces junto a lugares húmedos, ya fueran pantanos, canales o los ríos en los que pescaba, que así le iba.

“Españoles...”. “¡Ahí estaba!, pero... no en Sariñena, sino en un palacio. Después... ¡por fin!, aparecía en la inauguración de un canal y Regina registraba con celeridad cada milímetro de la pared, buscando un rostro conocido, el moño de la señorita Magdalena, las mulas del señor Macario, irrumpiendo triunfantes en escena, un paraje familiar de los Monegros oscenses... Y sobre todo se buscaba a ella, con sus trenzas impecables y su abrigo de mangas un poco cortas, ella junto a su padre y sus hermanos... ¡Nada!

Comenzó la película “La Lola se va a los puertos” sin que ella ni nadie del pueblo hubieran aparecido en pantalla. Siguió viendo la proyección totalmente desilusionada, sin saber muy bien qué pensar sobre lo que veía en las imágenes, actitud que conservaría ya durante toda su vida. “¡Eh, mirad qué buena pierna tiene la

gachí!””, exclamó entusiasmado el señor Antonio sentado a su lado. La bailaora de flamenco, pura percusión humana, golpeaba el suelo con sus zapatos, como si protestara. Regina movió un poco sus pies y el cartón de las suelas de los suyos se desprendió del todo.

**II Certamen
de Relato
Corto (2000)**

1.^{er} Premio

Luz

Óscar Sipán Sanz

“Todos somos insectos atraídos hacia la luz”
(EDUARDO AINBINDER)

La trajo a casa y la presentó como su esposa. Apenas la vio unos segundos, pero aquella tarde los cimientos de su vida comenzaron a resquebrajarse.

La liturgia de la misa de seis se torció desde el principio: no supo a qué achacar sus repetidas e injustificadas pérdidas de concentración. Las miradas maliciosas de las beatas no ayudaron demasiado a que su inherente sosiego se restableciese. Erró el “Padrenuestro” en seis ocasiones. El “podéis ir en paz” le sonó falso, vacío, innecesario. Sus nueve fieles –mujeres sin edad, arrugadas como lagartos, como pergaminos indescifrables, arropadas por oscuras telas y crucifijos de oro y plata, que presumían de haber desconectado de la vida y sus miserias– se incorporaron lentamente de los toscos bancos de madera y, en grupos de tres, entre sonoros susurros (“¿qué le pasa hoy al cura?”) cruzaron la puerta hacia la cegadora luz de la tarde. Apagó las velas con las yemas de los dedos e instintivamente enfiló sus pasos hacia una pequeña capilla, húmeda y sin adornos, en la que un cuadro de marco carcomido –una imitación sin firma de “La matanza de los inocentes”, de Charles Lebrun, posiblemente del siglo anterior, donada años atrás por una acaudalada viuda de Lanaja– acompañaba a dos candelabros de forja herrumbrosos y gemelos. Un rayo de sol iluminaba tenuemente la sala. En una iglesia sin tesoros halló uno. Se sentía fascinado por el cuadro. Lo contemplaba todos los días, sumido en una profunda reflexión, familiarizándose con cada trazo, con cada pincelada, indagando en cuerpos y formas, respirando su equilibrio; lo veneraba como los paganos veneran a sus ídolos de barro.

Aquella tarde puso todo su interés en una mujer joven, de unos veinte años, que, desde un segundo plano, entre soldados mandados por Herodes a caballo y bebés asesinados, le miraba con ojos sin tiempo, ojos sin pecado, ojos que no habían visto el mar; los mismos que había contemplado en su casa.

Llevaba dos años de párroco en Cantalobos. Le había cogido un cariño especial a ese pueblo construido sobre las cenizas de una guerra, a ese pueblo de calles repetidas y casas bajas, de gente amable sentada en sillas de mimbre y pinos con procesionaria. Cerró la puerta con una mastodóntica llave de hierro y encendió un cigarrillo; la primera calada le supo a gloria. Era consciente de su adicción a Wagner, al cine y al tabaco negro. Fumaba dos paquetes diarios desde su ingreso en el seminario diez años atrás. Definía el tabaco como un campo donde sembrar las dudas; si sus pulmones se convertían en el caldo de cultivo de un cáncer tendría que asumirlo, con dignidad, al igual que el marinero asume que morirá en el mar. La cigüeña construía rama a rama un nuevo nido, con una tenacidad digna de elogio, sobre la torre de la iglesia. Posó su mirada en el frontón desierto. Un repartidor anunciaba su llegada tocando el claxon de su furgoneta una y otra vez. Hacía un calor del demonio. “El sol se afila las garras en las sotanas de los curas”, pensó mientras se secaba el sudor con el pañuelo. Se acercó a visitar a Matías, el antiguo maestro, enfermo de Alzheimer, que vivía con un hijo en su misma calle, la calle del Lucero. Lo encontró en el corral, de pie, subido a un cubo de madera, dirigiendo una orquesta invisible con una batuta de hiedra seca; sus ojos eran zafiros tallados por una dinastía muerta, sus manos raíces de olivo centenario. Lo llamó por su nombre, pero no reaccionó. Así que se quedó unos minutos sentado a su lado, sin pensar, disfrutando de la calma y de la sombra de la casa. Cuando se disponía a marcharse, Matías, interrumpiendo momentáneamente a sus trescientos cincuenta músicos, le dijo muy serio: “Nunca debes olvidar los terribles acantilados que rodean al ser humano”. Y volvió a su

concierto, siguiendo la métrica exacta de un loco o un genio, ante un público entregado que aplaudía a rabiar.

Le abrió la puerta ella, con el pelo recogido en un moño, barbilla de Ava Gardner en “Mogambo” y un delantal de su hermano, tímida y resplandeciente, y le informó que este se había marchado al bar y que volvería para la cena. Lo dijo suave y bajito, sin mirarle a los ojos, como avergonzada y, disculpándose, se adentró en la cocina. La observó en su retirada. De su interior exudaba un cántico majestuoso, un mantra sin edad con envoltorio de oración y fórmula de agua de lluvia.

Se descubrió vestido de paisano ante el espejo, bien perfumado, con su desgastado traje azul marino, camisa blanca sin corbata y su cabello negro salteado de canas perfectamente peinado: un cura asmático, adicto a Wagner, al cine y al tabaco negro, acicalándose para ella. Cerró los ojos y se palpó, con las yemas de los dedos, esas pequeñas arrugas que, de un tiempo a esta parte, comenzaban a aflorar. Por primera vez, a sus treinta y siete años, sintió el paso del tiempo y un dolor amargo le obligó a caminar. Atardecía en Cantalobos y un silencio hiriente cuajaba en la atmósfera como una ópera monótona y extraña. Una bandada de estorninos eclipsó momentáneamente el sol. Caminó hasta una loma cercana desde la que se divisaba el entorno y pensó en su hermano. Entre todos los pueblos de España le había tenido que tocar el de su hermano. Recordó su niñez, sus malas relaciones, las discusiones con sus padres. Lo imaginó en el bar, apoyado en la barra, con la camisa abierta hasta el tercer botón, la copa de coñac en la mano y las piernas ligeramente arqueadas, alardeando ante el pueblo, con ese aire de Séneca de feria que le repugnaba, de la mujer que se había echado allá en Colombia, en una ciudad llamada Pasto, sonriente, pícaro y jocosos, erguido y tieso como un gato bien cebado. Y eso le dolió más que cualquier otra cosa en el mundo. Por un momento, reflexionó: ¿era su hermano el villano que veían sus ojos o su imaginación estaba falseando la realidad? En el pasado y en otra ciudad, se había ganado a pulso

el título de cazador de problemas; trifulcas, alcohol y mujeres así lo atestiguaban. Curar el resentimiento que sentía hacia él era una de las asignaturas pendientes. Perdonar, tenía que perdonar, en eso se basaba la fe cristiana. Pero la expresión “matar a los padres a disgustos” la había hecho suya.

Le conquistó por el estómago. En un acto de pura magia, con la despensa diezmada por la pereza y la dejadez se sacó del sombrero “perdices en salsa con cáscara de naranja amarga”, una receta que, según contó, había aprendido sirviendo en la casa de unos españoles, dos años atrás, en una urbanización de lujo en su Colombia natal. Relató –no sin ciertos posos de tristeza– su vida con ellos. La habían tratado maravillosamente, como a una hija, pero las cosas se torcieron con el secuestro y posterior rescate del cabeza de familia –un ingeniero de telecomunicaciones que trabajaba para una multinacional americana– y decidieron rehacer sus vidas lejos de allí, en la vieja y cansada Europa. Era un plato excepcional, digno de reyes, y así se lo hizo saber. “Tienes mano de santa”, le dijo, y, entre bocado y bocado, se permitió el lujo de mirarla con detenimiento. Su silencio era rico en matices. Bastaba un leve movimiento de párpados para que su respiración se tornase en brisas marinas. Pensó en eso y en muchas cosas más antes de retirarse.

Respiraciones agitadas, susurros, gemidos y un estruendoso rechinar de muelles en la habitación continua le impidieron conciliar el sueño. Intentó leer la Biblia, pero le fue imposible; un cosquilleo extraño, desconocido, nacía en sus entrañas. Contuvo la respiración, se tapó los oídos, fumó. No se durmió hasta muy avanzada la madrugada. En su cabeza, un pensamiento: me están probando, las formas del diablo son infinitas.

Días escurridizos alternaron con noches turbulentas. Su llegada había supuesto una inyección de color en una vida en blanco y negro. Inconscientemente, anhelaba sus “*buenos días*” como el perro hambriento y maltratado la caricia del carnicero. Su sangre hervía esperando el desayuno, la comida y la cena,

momentos en que podía verla y conversar. Incluso se permitió el atrevimiento de invitarla al cine a Sariñena cuando su hermano se encontraba de viaje; invitación que ella aceptó muy gustosa. La película se llamaba “Magnolia” y, durante el posterior café, los dos comentaron las magníficas interpretaciones (especialmente la de un portentoso Tom Cruise) y la grandeza de una escena: una “lluvia de ranas” sobre Nueva York. A su alrededor, todo comenzó a mutar. El ritual de la misa ya no le parecía un acto solemne, sino el insostenible tedio del actor anclado en un papel. En cuanto a las noches... su sexualidad despertó de su letargo y salió al mundo exterior, amedrentada, como un cachorro alejándose por primera vez de la madriguera. Y las dudas lo inundaron todo.

Regresaba de administrarle la extremaunción a un tratante de ganado cuya afición a la bebida había degenerado en una cirrosis mortal; el enfermo se le había muerto en los brazos, sin sufrimiento, acunado en un sueño de morfina y tranquilizantes. Nadie había llorado su muerte en exceso. La muerte de un hombre era un ritual inexplicable, un acto inútil con el que había que convivir. A pesar que las farolas de la calle del Lucero estaban apagadas, la vio a lo lejos, bajo el zaguán de su casa. Resplandecía. Su cuerpo era de luz, luz blanca y aterciopelada, esa luz que algunos decían haber visto en la antesala de la muerte sobre una aséptica mesa de quirófano. Resplandecía como un planeta misterioso. La contempló en la distancia: su figura esbelta y serena de piel mulata refulgiendo en mitad de la noche. Un híbrido entre pensamiento y sentimiento inundó su cabeza: “es un ángel, es mi luz, mi luz blanca y aterciopelada, la única luz de la calle del Lucero”. Se acercó dando grandes zancadas. Nada más verle, sus lágrimas manaron como perlas envenenadas sobre un manto de tafetán: “Echo de menos a los míos, padrecito”. Y se abrazó a su sotana negra, desconsoladamente, firmando un pacto de amistad imposible.

Pensar en Dios y pensar en su cuerpo desnudo arqueándose de placer en la penumbra de una noche de oración y ayuno,

destruyó la línea que se había marcado: perdió su lugar en el mundo.

Sufría, sintiendo la infundada culpabilidad del alemán ante el genocidio judío, porque en sus libros de teología no existían antídotos para sanar la enfermedad; una enfermedad cuya patología le era totalmente desconocida. Nunca se había sentido así, tan perdido, tan desolado, incluyendo la adolescencia. Desde niño asumió, en cuerpo y alma, que su lugar estaba en la iglesia. En ningún momento aspiró a una brillante carrera eclesiástica. No, no le interesaba la gloria del “beatificado en vida”. Su camino estaba orientado a defender el signo de la cruz, ascender al cielo por el río principal y no por sus afluentes: sacrificio, humildad, reflexión, esfuerzo. Ayudar a los más desfavorecidos, a los enfermos, a los desesperados, a los locos. Sus sueños no se habían roto del todo en Cantalobos. Cantalobos era un sillón cómodo donde descansar.

Siguieron días de insomnio y culpabilidad, atemorizado y solo, evitando su presencia a modo de cortafuegos, rezando desnudo para drenar el deseo. Cómo drenar el deseo cuando lo anega todo, espíritu y cuerpo. Qué fórmula emplear para detener el curso de la vida. Buscó refugio en el dolor de los enfermos, permaneciendo durante tres noches en la sala de terminales del hospital provincial de Huesca. Se castigó duramente recorriendo a pie la sierra de Alcubierre. Sollozó. Gritó. Suplicó. Pero fue inútil, el bálsamo del sosiego no hizo su aparición.

Pese a los desastres naturales y la injusticia, las guerras y la maldad de los hombres, su Dios le mantuvo firme en su fe, pero se vino abajo, como un edificio ruidoso en manos de los artificieros, ante la tentación cercana de la mujer de su hermano.

Tuvo que rendirse a la evidencia, no supo detener el avance de su grieta interior. No pudo escapar de su olor a rosas y mala suerte. Lo descubrió: nada es más importante que una sonrisa en los labios de la mujer que amas. Por encima de todas las

cosas. Si debía elegir entre el cielo y los sentimientos, elegiría los sentimientos. Hablaría con ella, le declararía su amor. Había tomado un camino sin posibilidad de retorno, una vía sin redención. Porque, ¿podía esperar el perdón de su Dios? La nieve es una utopía en el corazón del volcán.

A través de la puerta de casa pudo escuchar su voz, tibia y apasionada, con inusitada nitidez. Y la sinceridad de ese “te quiero” –que no iba y nunca iría dirigido hacia él– explotó en su cabeza como una granada de mano en trinchera vacía. Embargado por los celos y la envidia, odió a su hermano. Le odió con toda su atormentada alma. Y sintió que, a ciencia cierta, podía matarlo, que si permanecía un solo minuto más a su lado, conviviendo bajo el mismo techo, lo mataría, acabaría con su miserable vida seccionándole la yugular con un guijarro o estrangulándole con sus propias manos. En ese preciso momento comprendió: su mundo había saltado por los aires y ya no cabía esperanza alguna. Había alcanzado un punto de inflexión y debía reaccionar. Entró por última vez en la iglesia, furioso, embargado por una rabia ciega, con el corazón oprimido y la mente en blanco, y, tras arrebatarse a la iglesia su único tesoro –el cuadro anónimo de “La matanza de los inocentes”–, desertó de un ejército del que ya no se creía digno.

Sin fe, sin Dios y sin ella, abandonó para siempre Cantalobos a cambio de llevarse la rosa incandescente de un recuerdo: su figura esbelta y serena de piel caoba refulgiendo en mitad de la noche, un cuerpo de luz, luz blanca y aterciopelada, “mi luz” –pensó–, “la única luz de la calle del Lucero”.

2.^o Premio

**Piel de mandarina.
Levadura de cerveza**

Javier Gallego Remiro

Se dice que la muerte nos redime de lo que somos y de lo que pensamos. No sabemos cuándo llega el final ni adónde nos lleva, pero sí que la despedida ofrece una burla sutil o exageradamente cruel hacia lo que hemos sido en vida. Se trata solo de un guiño caprichoso y mal repartido en el tiempo: A unos les sobreviene cuando algunas circunstancias les hacen pensar que no es el momento, y a otros les evita obstinadamente, aunque parezca abandonarse a ella. No se trata de entenderlo. Se trata de aceptar que es un juego tan ficticio o tan real como lo que ocurrió no hace mucho cerca de la casa de usted.

A Conchita los días de abril le resultan de un grisáceo tan plúmbeo y opaco como su sombra de estatua.

Concepción, que así se llama según su partida bautismal, dando fe de su carné de identidad, fue concebida sin pecado, con el consentimiento eclesiástico de nada menos que el obispo de la ciudad de sus difuntos padres. Así nació ella y así habrán de nacer sus hijos, si se aventura a casar con algún pretendiente de última hora. Hasta hoy el único con el que accedió a andar en público de la mano, hoy renombrado psicólogo, fue rechazado por parecerle algo lascivo.

Concupiscencia. En eso se ha convertido el amor. No hay más que ver cómo se muestran ahora las parejas en plena calle; parece que algunos se chupan la sangre en cada portal. Se acostumbran a ver la desvergüenza por televisión, y ahí tienes en lo que se convierten después...

Mara, una gata melancólica que ronronea en su regazo, parece escuchar a Concepción con beatífica actitud: mientras una

mano envolvente barre su pardusco lomo una y otra vez sus ojos se cierran despacio y temblequean entrecortadamente.

A pesar de sus ideas retrógradas, doña Concepción de Pablos evita ponerse en evidencia en su trabajo. Más de una vez la han tildado de rancia o beata sus propios pacientes por lo que, con el tiempo, ha sabido camuflar su instinto de moralizadora decimonónica. Incluso cuando lo cree necesario se enmascara de filosofía heterodoxa, y ha llegado a forzarse sentencias inadmisibles para ella, como:

Si no se porta bien contigo te vas con el primero que pase y a él que le zurzan, ¿no te parece?

Pero después de haber soltado algo así Concepción siente deseos de confesar su pecado, aunque su pudor se lo impedirá. La penitencia que se autoinflinge después de tragos como aquel, en que ha tenido que sufrir en su consulta el desconsuelo de una mujer salvajemente maltratada por su marido, es la inmediata ingestión de whisky al entrar en casa, previo lanzamiento de zapatos por los aires. Ellos aterrizarán de cualquier manera en un rincón de la alfombra del salón, mientras Concepción lo hará como un hidroavión sobre el sofá. Al instante Mara, la dócil felina, se acomodará entre sus piernas mientras Conchita se sirve el primer trago.

La botella de whisky, rebosante hace apenas dos días, está hoy tan vacía como un globo sin aire; por lo que decide besar una de ron añejo, única superviviente de su mueble bar.

Trago a trago Conchita comienza a transformarse. No solo en su aspecto, sino también en su personalidad. Ya en solitaria infancia era capaz de transportarse con la imaginación al cuerpo de otras personas. Entonces podía ver lo que ellas veían, y sentir lo que sentían. Esa curiosa virtud le rebrotaba ahora cuando dedicaba la tarde a despacharse tales pócimas de 43º compradas en la licorería de la esquina. No es bruja la señorita de Pablos, pero después de cada media botella sacrificada recobra aquella capacidad

sobrenatural, y se llena de lo que parece ser una personalidad lejana, cuya voz es capaz de emitir en sus mismos rasgos.

La jornada ha sido agitada. De esas en las que el mismo capitán Achab necesitaría unos minutos de descanso para continuar enfrentándose a Moby Dick. Desde los primeros tragos, Concepción ha unido a la falta de fuerzas un súbito mareo que le resulta familiar. El penetrante gusto del alcohol de caña le araña la garganta, dejándole una extraña sensación de amargura. Sus ojos presentan un brillo vítreo, y sus mandíbulas se contraen mientras la nariz aspira aire con energía. Enseguida se sucede un agudo silencio cuya brusquedad asusta a la adormilada gata; un silencio resacoso y mohíno, que se adueña de la habitación. Los párpados de Concepción se abren de súbito para mostrar volcánicamente todo el blanco de los ojos. Una vez más Concepción ha desaparecido de su cuerpo, y este cede su personalidad a otra mujer por ella conocida. Se trata de una muchacha hermosa, de labios amalgamados y carnosos, de redondos y firmes pechos; una mujer de piel tostada que deja escapar las palabras de su boca como un vaho tenue y acariciador, quien se adueña momentáneamente de su alma. Los sueños de la joven, en avanzado estado de gestación, aterrizan en el cerebro embotado de Concepción e inician un viaje hasta sus cuerdas vocales. Entonces, en una escena sin más testigos que aquel abúlico animal recostado, las entrañas de Concepción de Pablos escupen un monólogo aparentemente absurdo que nos remite a Alicia, mujer a la que conoció durante un viaje de verano:

—Esta ciudad de criollos, Villarrica, la fundaron varones con intención de seducir y preñar mujeres, para luego desaparecer como alma que lleva el diablo. Me lo habían advertido, y no pensé que iba a picar, pero esta panza que me estalla dice que seré una madre soltera más. Hace falta ser boluda para enamorarse de un pícaro como el que me desfloró, pero ahora ya está hecho: Otra criatura al mundo que no conocerá a su padre. Y aquí su madre; usada y tirada, y preguntándose si tiene fuerzas para enfrentarse al problema, sola, sin el badulaque que me lo hizo.

Villarrica es una ciudad fundada hace cinco siglos. Su clima, paisaje y modo de vida tropicales hacen que, por encima de todo monumento, el turista admire lo más cotidiano: los niños trabajadores del campo y de la terminal de autobuses, las calles de arena rojiza transitadas por humildes mujeres campesinas, los millones de animales domésticos y asilvestrados que vagan por toda la ciudad.

Es progresivamente grave el tono empleado por Alicia, que así se llama la joven guaireña que conoció Conchita en su reciente visita a la Argentina septentrional. Allí fue donde aquella empezó a cuestionarse si tendría sentido para el género humano las pacatas ideas sobre la religión, el sexo o las costumbres que había incubado a lo largo de su vida.

Personas como Alicia o, sin ir más lejos, mujeres como las que recibía a diario en el despacho, le hacían sentirse como un militar uniformado en un carnaval. No se atrevía a confesarse a sí misma que habían pasado cuarenta años construyendo una costra que recubría la torre de marfil de la que ella misma se había hecho prisionera. Desde la amargura de la inadaptación quería en el fondo de su alma restituir los años perdidos con una pizca de entusiasmo e indecencia, pero naufragaba una y otra vez, lo que la aferraba más a su oscurantismo y exaltación anacrónicos.

Alicia sigue hablando en boca de Conchita. La médium apura un nuevo trago de ron, de tono tan turbio como su rostro, cubierto repentinamente de unas lágrimas que arrastran consigo un rímel opaco y sombrío. Es patético saber a una mujer llena de arrogancia e inviolables principios parapetada tras aquella especie de cadáver alcoholizado. Vuelve a respirar con profundidad. La bebida penetra de nuevo hasta lo más hondo de sus costillas. Su mirada ya no es capaz de ver cómo la gata la abandona por un plato de pienso que le espera en la cocina. Del estómago brotan ahora unos impulsos que se traducen en lejanas palabras.

–Me pregunto si sabré cuidar a este chiquitín. ¿O será chica? Desde luego que prefiero nena. Bastante tuve ya con su papá como para criar ahora un cachorro que se ha de convertir en lobo. Claro que, si es niña, la temo condenada a sufrir.

¿Me arrepentiré siempre de haber arrojado a esta tierra hostil una nena sin una mandioca bajo el brazo? Sin embargo mi intuición me dice que será varón.

Dicen que los chicos que duermen en las aguas del vientre sienten lo mismo que sus madres... así que, pues he decidido tenerlo, debo animarme.

Esta noche no me apetecía seguir bordando, así que me he acostado y he pasado el rato acariciando mi pancita. La noto suave, redonda y muy grande.

Concepción se halla más que recostada, espatarrada en el sofá del salón. Lo que restaba de la botella de ron “Cacique” se ha derramado por la alfombra. En su sopor absoluto acompaña con gestos los pensamientos de Alicia.

Ahora Concepción está larga, medio inerte, caricaturizando de la forma más trágica su espíritu enardecido e intachable. En su borrachera ha asumido a tal extremo la personalidad ajena que se acaricia la barriga suave, redonda y demasiado grande de Alicia. Las yemas de sus dedos experimentan un placer cercano al éxtasis que le ayuda a comprender el gozo de la fertilidad. En su delirio se siente grácil y hermosa como una cierva. La sensación de albergar en su interior una criatura provoca una corriente que se distribuye desde sus zonas erógenas al resto del cuerpo. El cachorro parece agitarse dentro.

Está dando pataditas. Creo que si nace será tan inquieto como su padre. Me dará miedo mirarle a los ojos y sentir su presencia ausente. Porque aún le quiero, al muy indecente. Y solo con el tiempo podré dejar de desearlo.

El hombre que dejó embarazada a Alicia es un cuarentón previamente separado de su primera mujer. Sus artes donjuanescas de seductor enfermizo le han permitido la hazaña de engatusar a una chica con la que ahora convive en Buenos Aires. Nada hace pensar que vaya a pasar mucho tiempo junto a ella, aunque así le haya jurado a la dieciochoañera; ni siquiera al hijo que también esta espera. En ocasiones, cuando al llegar a la nueva casa donde le recibe su adolescente compañía se sienta en el sillón del televisor, le viene a la memoria la figura de Alicia. Con ella compartió comida y cama, como si de una acogedora, económica y plácida pensión se tratara durante cuatro años. La erótica función terminó cuando ella le anunció que había fallado el tratamiento anticonceptivo (se quedó con la duda de si verdaderamente se lo había o no administrado), y no pudo ocultar por más tiempo el embarazo simultáneo de su joven amante. Pero sí; recordaba a la desaparecida Alicia. Se regocijaba con el entusiasmado recuerdo de la primera ducha juntos; tras la que tuvieron que achicar el agua que se había esparcido por todas las habitaciones del piso de alquiler, mientras ellos se entregaban a la pasión. O las noches en que él llegaba tarde, con dolor de cabeza, y Alicia era capaz de acabar con su jaqueca y provocarle nuevos éxtasis amorosos.

Nadie sabe si al abrazar a uno de los hijos que por ahí va dejando se acordará del que, a unos cientos de kilómetros, ha abandonado en el seno de Alicia.

No soy la ingenua de ayer, aunque le ame todavía. Se acabó. Yo estoy acá y él está allá. Nos separan cientos de kilómetros y miles de circunstancias.

Alicia, con tanto soliloquio entreverado en su pensamiento casi rutinario está demorando la respuesta a una pregunta que se hace desde que un familiar le sugirió que abortara: ¿Tener la criatura será la decisión acertada? Esa es la cuestión: Dejar escapar la oportunidad de no sentirse completamente sola, de garantizarse motivos por los que luchar en un mundo que no ha

sido hospitalario con ella; o matar el fruto de un mal recuerdo, y con él el abandono al que se vería relegada por su entorno social.

El ambiente de los pueblecitos guaireños, eso lo tiene claro la joven guaní, es hostil con la pecadora que es capaz de criar sin marido el fruto del pecado. Casi todas las familias tienen a alguien que se ha visto en tales circunstancias, pero no por ello son más condescendientes a la hora de murmurar sobre las madres no casadas. Por otra parte, la mayoría de las que contrajeron matrimonio deben aceptar sumisamente que su marido las engañe. Así es la ley en aquella región tropical, y que el hombre sea capaz de llegar a Marte no parece que vaya a significar un cambio en las tradiciones del lugar. Allá se sigue dedicando la mitad del día a tomar yerba mate y mirar el sol. El hombre anda fuera de casa y la mujer se multiplica para tenerla a punto, criar a los niños y mantener su reputación tan a raya como su presencia fuera de los muros del hogar.

En opinión de la joven, los hombres son farreros e infieles por naturaleza. Y ella, con su cuerpo de palo de rosa, unas piernas deliciosas, que dan la impresión de rozar la superficie de las aguas cuando camina descalza, esos ojos rotundamente negros que todo parecen escrutar entre cabellos que bailan movidos por la suave brisa, está hecha para gustar. Los taxistas bajan la ventanilla, sacan la cabeza y le ofrecen entusiasmados todos los servicios, menos el transporte, de forma ostentosa y chabacana.

Según lo previsto tendría que dar a luz enseguida, por lo que su mundo dará la vuelta en unas horas.

En todas las canciones que oye por la radio se habla del amor, o algo que se le parece. A ella, que todavía no se le ha aparecido ningún príncipe azul, ni lo ha conocido de lejos, se le antoja que las letras más románticas hablan de la relación que tendrá con

su hijo. Que se amarán siempre. Que no se abandonarán jamás. Que las despedidas serán dolorosas y los encuentros una fiesta. Todavía no sabe cómo lo alimentará, pero le gusta imaginárselo yendo al colegio, o de uniforme haciendo el servicio militar.

Será un chico amable, grandes hoyuelos surcarán su sonrisa, y sus labios lucirán una felicidad que a ella le faltó.

Entre tanto, Concepción ya no concibe nada. Está como ausente en el destierro al que la tiene sometida el ron embriagador. Yace en el sofá, sin gata, ni blusa ni falda. Sus sueños etílicos la relegan a un estado de desnudez real y ficticio. Está sola como la protagonista con la que se ha reencontrado en su viaje astral. Bajo su cabeza, descolocada y caída como una piel de mandarina, el cuello se agita momentáneamente en leves espasmos, mientras sus manos pierden poco a poco la tensión epiléptica de hace unos minutos. La conversación que tiene consigo misma Alicia ya no surge de la boca de Concepción, sino que reposa en su pensamiento.

—Ahora sólo existes tú, mi hijo. Por ti se acabó el tabaco y comenzaron los paseos al hospital, donde me hablan de anemia y de la necesidad de que tome levadura de cerveza.

* * *

Avanzando el reloj, en España comienza a intuirse el alba, que se demorará unas horas en Latinoamérica. En el hospital están Alicia y Concepción. Una en la habitación ardiente, lúgubre y óptima para los múltiples insectos de la zona, de un modesto centro de salud de la campaña argentino-paraguaya. Otra, en la planta de la Unidad de Cuidados Intensivos de la Ciudad Sanitaria de una urbe hispano-europea. Una, dando a luz en la camilla bajo una lámpara metálica de raquílica luz. Otra, tratando de

superar un elevadísimo índice de alcohol en sangre, amarrada a un goteo en una sala controlada milimétricamente por máquinas y personal cualificado. En sus mentes se entrecruzan difusas ideas comunes:

Silencio. Silencio de apenas unos segundos y sentir que todos los planetas caen. Experimentar que un nudo se cierra poco a poco sobre la garganta. Creer que el aire se queda sin oxígeno. Soñar ante sí al peor enemigo y compadecerse de él. Percibir que ha llegado el momento de marchar lejos y no saber dónde. Querer morir y, sin embargo, tener más razones que nunca por las que luchar. Resistirse a decir adiós a la persona que siempre nos daba los buenos días. Pretender enviar un ramo de flores silvestres a quien ha sembrado nuestro desconsuelo. No saber si partir. No saber si marchar; si alejarse de cuanto ha sido la vida en estos años de penumbra.

Un abril frío o cálido, según dictan el hemisferio y el sol. Largos son los días sin compañía. Todo es silencio.

* * *

Alicia ya no es Alicia. Ha sentido un dolor insoportable en el momento de entregar a su hijo. Las horas previas al parto las dedicó a preparar su ligero equipaje: una manta y unas gasas, unas pastillas de levadura de cerveza, una fotocopia con la estampa de la virgen, un pijamita para el niño que ha resultado ser niña. Luego estuvo haciendo algo de punto y se acostó. Miró a la luna y un mar de tranquilidad la condujo directamente a su camastro. Pronto comenzaron las molestias y el flujo. Los acontecimientos se precipitaron y gracias a un vecino llegó al hospital. Una vez postrada con las piernas abiertas fue derramando sangre hasta perder el conocimiento. Apenas distinguió entre los lloriqueos de la criatura que estaba saliendo, de los gritos de la comadrona.

La niña pesaba más de tres kilos y era sonrosadita y hermosa. Presentaba unos simpáticos hoyuelos en las mejillas y unos labios tan jugosos como los de su madre. Se retorció y lloraba como intuyendo lo que estaba pasando. Alicia se ha desvanecido, y los intentos de resucitarla han resultado inútiles. En su rostro se muestra la palidez de la nieve, y sus manos han perdido la tensión de hace unos minutos.

* * *

Concepción de Pablos había entrado en una fase de estabilidad cuando le dio una sacudida brutal. Dos enfermeras corrieron hacia ella preparadas para iniciar una reanimación desesperada. Cuando entraron a la sala la oyeron jadear. Unos ojos verdes escrutaban el infinito y dejaban escapar dos brillantes hilos de lágrimas.

Concepción al principio pensó que era ella la que tenía que haber muerto. Luego durmió durante días como un quijote, reponiendo fuerzas para lanzarse a nuevas aventuras. Se preguntó qué sería de aquella huérfana cuyo nacimiento había presenciado. Mas no supo cómo ayudarla. Quizá todo había sido un sueño. Volvió a intentar superar su soledad y sus complejos, pero unos cuantos reveses la devolvieron a su vida de gata, de la obsesión por el sexo, de los rituales cotidianos –esta vez sin whisky ni ron–. Pasea por el parque cerca de casa, y da de comer a las palomas.

* * *

Dicen que la muerte nos redime de lo que somos y de lo que pensamos. No sabemos cuándo llega el final ni adónde nos lleva, pero sí que la despedida ofrece una burla sutil o exageradamente cruel hacia lo que hemos sido en vida. Se trata solo de un guiño caprichoso y mal repartido en el tiempo: A unos les sobreviene

cuando algunas circunstancias les hacen pensar que no es el momento, y a otros les evita obstinadamente, aunque parezca abandonarse a ella. No se trata de entenderlo. Se trata de aceptar que es un juego tan ficticio o tan real como lo que ocurrió no hace mucho cerca de la casa de usted.

**1 Certamen
de Relato
Joven (2000)**

1.^{er} Premio
Relato
Joven

La más injusta de las condenas

José A. Perié

“Y me señalas la ausencia”

(PEDRO SALINAS)

Siempre la consideré alguien excepcional. Durante los seis años que duró mi amistad con Diana, tuve una sensación de rara fortuna. Cada vez que nos veíamos localizaba un aspecto novedoso de su talante, una idea con la que no se contaba, y se complacía de ello mi alma solitaria y quebradiza. No hay nada que no hubiera hecho por ella, ni amnesia que pueda borrar de mi mente la impresión de aquella tarde, en la que vació la última gota de su esencia en el mismo puñado que encarcela mis lágrimas.

Un calor veraniego y el sostenido murmullo de la actividad todavía no asimilada deformaban la estampa sórdida de las callejuelas de la ciudad. El septiembre enérgico y el septiembre deprimente tanguaban sin pudor, a la vista de todo el mundo. Daba sus últimos coletazos un estío convaleciente de aburrimiento. Con cierta disimulada destreza, trataba de caminar sin chocar con nadie, con la mirada perdida en la acera. Así anduve un tiempo indeterminado, como un autómatas, hasta la clínica, hasta su planta, hasta su habitación. La puerta, abierta de par en par, me invitaba a pasar, pero yo temía que su habitación estuviera llena de gente, y al entrar, entre aliviado y conmovido, la volví a ver sola, tumbada en su blanco lecho de hospital, con los ojos cerrados y una media sonrisa fatigada dibujada en el rostro, esa faz angulosa y afilada, tan enfermizamente pálida que era hermosa.

“Cierra la puerta”, me dijo serena y tan pausada como de costumbre. Obedecí y fui a sentarme a su lado. Al acercarme la

miré, seguramente con una piedad notable que no podía disimular, y me sobrecogí de nuevo. Me fijé en sus piernas que permanecían inmóviles, dispuestas con la más antinatural asimetría, en su respiración fuerte y quejumbrosa, en su brazo derecho asomando de la sábana, consumido y venoso, con la señal del tratamiento marcada en las muñecas.

Me miró con ojos vidriosos y un escalofrío recorrió mi columna vertebral. Su voz inmarcesible, modulada como antaño, me susurró: “A pesar de ser tan joven y morirme tan deprisa no te permitiré una sola lágrima mientras me quede aliento”. Entonces una mueca de dolor lancinante le hizo cerrar los ojos un segundo, y yo aproveché para cerrar los míos. Absorto, quise recordarla en los tiernos días de su adolescencia, cuando era un ángel y sonreía; Dios mío, sonreía todo el tiempo, con su rostro tornasolado, engastado con la pedrería exquisita de sus ojos negros y el blanco alabastrino de esa sonrisa ubicua, generosa, cima de exultante vitalidad.

Aquella terrible enfermedad la postraba en su cama desde hacía varios meses y yo no podía evitarlo, ni hacer brotar de nuevo una risa de su garganta agotada, ni hacer brillar sus ojos por encima de aquel sordo reflejo de llama extinta, inmolación en honor de quién sabe qué caprichosa divinidad, tantas veces maldita.

La parálisis bulbar de Fazio-Londe es una enfermedad degenerativa grave, que deriva indefectiblemente en la muerte del paciente, y que lo devora sin prisa y sin orden durante años. Diana tuvo conciencia real de su dolencia, incubada en silencio y entre sospechas, apenas unas semanas antes de entrar en fase Terminal. El carácter incontrolable de su enfermedad la golpeó de súbito, con una impiedad desmedida. Desde entonces no dejé de pasar ni una sola tarde a su lado, pero aquel día nunca podré olvidarlo, seguramente porque ya no volvió a hablar más.

“Tengo miedo”, me dijo mientras trataba de incorporarse mediante un esfuerzo sobrehumano, y pese a no conseguirlo siguió hablando serena, con una voz diáfana y esa prosodia y esa vocalización involuntariamente recta que se observa a menudo en los moribundos o en ciertos individuos prisioneros de una fase avanzada de alcoholismo.

“Tengo miedo”, repitió solemne. “Es mejor que nadie se alarme por algo tan corriente pero déjame contarte otra vez que ya nada puede consolarme, que cada segundo que pasa mis brazos pesan más y mi respiración se hace más lenta, que cierro los ojos y resulta que estoy sola; solos, mejor dicho, solos la muerte y yo.

Y no solo tengo miedo a que un día no vengas, a que no soportes verme, a quedarme ciega, a no poder hablar más... No es la muerte lo que me da miedo, es el instante inmediatamente anterior, es la espera tensa previa al fin, es el desgarrar definitivo, el espanto postrero, la angustiada consumación... sencillamente, la agonía”.

Yo, turbado, buscaba en el carrusel de mi raciocinio una frase de alivio y no la hallaba. Contuve la respiración mientras contemplaba sus ojos como pavesas que miraban apagados, su piel pálida de ópalo con reflejos leves que rielaba como aura de melancolía. Mi figurita de porcelana hecha añicos. El ser más extraordinario que jamás conocería se deshacía sin remedio, amarrado a la realidad, víctima de la más injusta de las condenas.

A menudo la memoria no es el mejor aliado del hombre. Puede ser, más bien, un tormento personal servido como aperitivo en el pantagruélico festín de la conciencia; a veces, no muchas, es un aroma incorpóreo a felicidad, tan sutil como el ligero roce de la brisa, un cosquilleo nervioso que se extiende por el pecho y el antebrazo, encrespando el vello y haciendo perder las fuerzas;

otras veces es vago como el rastro proceloso pero ajeno de una pesadilla; incluso puede ser mentira, una mentira más. Por eso he de confiarme a mi propia realidad y evocarla así como la recuerdo, aun con el riesgo de no conmover a nadie.

La había amado desde el día que la conocí, ahora estaba realmente seguro de ello, y no podía imaginar que se iría tan pronto aquella a la que yo imaginé eterna. Decir que mi desconsuelo superaba el entendimiento era poco decir, me sentía el más vulnerable de todos los hombres. Pasado el tiempo todavía me pregunto qué es lo que hubiera pensado, dicho o respondido, si alguna vez ella hubiera llegado a saber lo que nunca le dije.

Traté de hablar y no lo conseguí. El corazón grávido me estallaba a centímetros de la boca, hecha de unos labios atenazados. La suave calidez de la clara luz vespertina fue la única que se atrevió a solazarla, pero, como desde hacía tiempo constituía el plano firme del diedro, ella sí habló:

“¿Sabes qué delirio me atormenta desde que estoy aquí?”, dijo mirándome de reojo con un leve giro del cuello, esperando en mi rostro un signo de interés. Luego, exangüe, dejó caer su cabeza sobre la almohada y siguió hablando impávida:

“No, claro que no. Verás, estoy en una calle cualquiera, larguísima y desconocida, en la voluble ciudad de mis sueños. El estío enmarca la acción con su luminosidad soberbia. Yo, entonces, rodeada de gente anónima, miro a mi alrededor desorientada y perdida, presintiendo un peligro. Así es, por la avenida se aproxima una terrible bestia que me infunde pánico, empujándome a una huida precipitada. Mientras corro miro a mi alrededor a la gente que escapa y sus gestos de horror se asemejan vagamente a los míos; a pesar de todo yo corro más que ellos, ágil y veloz como una gacela, y me siento, cada segundo que pasa y cada persona que dejo atrás, más segura, más invulnerable, más confiada.

De repente caigo al suelo y me abruma el bloqueo absoluto que sufren mis piernas. Horrorizada me retuerzo penosamente en la acera sin poder ponerme de pie, mientras el peligro se acerca lentamente. Grito. Pido auxilio entre reproches y blasfemias a la gente que corre. Nadie se detiene. Me agito violentamente y un zumbido sordo que deber ser desesperación se acomoda entre mis ojos esperando el final.

A veces la bestia tiene forma de tigre áureo de ojos corinto, tan brillante, tan terrible y tan gigantesco que hiela la sangre, o de un demonio rijoso y maloliente; otras no es verano y llueve copiosamente empapándome el corazón con un agua gélida que cala hasta los huesos. Hay noches en las que ya no me persiguen aquellos torvos espectros surgidos del cubil de mi lesa imaginación sino que hay un tren que se me escapa despacio, muy despacio, o, paralizada, contemplo al hombre de mi vida alejarse para siempre. Pero lo que coincide en todos los casos es que la angustia insoportable me obliga a despertarme sudorosa y gemebunda antes del momento último.

Ahora me consuelo pensando que esto no es verdad, que tú eres una de las sombras que corren junto a mí por la olvidada calle infinita. Sigue tu camino, no te pares a auxiliarme que yo sé que esta pesadilla termina siempre por la mañana”.

Al día siguiente no quiso mirarme. Tampoco habló. Como un prelude desasosegante se mantuvo ausente durante aquellas incómodas horas de la tarde. Así permaneció once días, hasta que el duodécimo ya no me permitieron visitarla. Una enfermera me entregó un sobre cerrado que yo guardé celoso, estremecido por saber que era suyo.

Cerraba los ojos como un niño asustado y lo que veía me enterraba, encogía mi trémulo corazón. Ahora, después de un tiempo, puedo decidir si aquel era yo, o si yo soy otro, si fue

realmente atroz mientras duró o sucumbí al dolor punzante de la desolación empujada por mi debilidad.

Un perro vagabundo cojeaba junto a una vieja farola, y yo pensé que nada le merecía la pena y una lágrima ardiendo recorrió mi mejilla mientras el pecho se henchía de una tensión amarga. Esa lágrima sorda era el único vestigio que quedaba de ella porque el resto era sólo yo.

Golpeado, magullado, enardecido y solo, lamiéndome las heridas como un perro de pelea abandonado. Perdedor en el combate postrero del querer condicionado en subjuntivo. Y sobre todo solo. Y desde hacía horas en silencio.

Saboreo ese regusto amargo y me justifico: Cómo podría no haberla amado si me sonreía. Luego trato de escuchar sus palabras. Y a sus palabras las empujan y las hacen precipitarse en el vacío. Y yo, también vacío, en el puro silencio. Con los ojos cerrados, los dientes apretados y un presentimiento cruel garabateado en el alma.

Horas después, tras conocer su muerte y con las manos temblorosas, acerté a abrir el sobre y leí llorando su última voluntad:

“Para mi amigo del alma: un beso, un guiño, un recuerdo, un suspiro y la más ruidosa y cómplice de las carcajadas”.

**III Certamen
de Relato
Corto (2001)**

1.^{er} Premio

Del lugar sin lugar del infinito

Miguel Sánchez Robles

“Nada nos envejece tanto como la muerte de aquellos que conocimos en nuestra infancia”

(JULIEN GREEN)

No quiero tener sangre. No quiero comer nada. Me dan asco las enfermeras cuando se ríen y les tiemblan mucho sus tetas grandes. Esta mañana me ha dicho ese psicólogo rubio que huele siempre a tiza y a marlboro que todo esto es por culpa de la televisión y de la moda, pero yo sé perfectamente que la culpa es de los hijoputas genes que tengo, sí, los hijoputas genes que tengo y que una noche de noviembre del ochenta y dos me legaría seguramente mi padre después de haber gozado y sudado lo suyo encima del cuerpo delicado de mamá y haberse corrido dentro con esa manera cínica y cerril con la que suele hacerlo todo, haber vaciado a gusto su vejiga seminal en las delicadas trompas de falopio de mi madre diabética y sumisa, de mi madre que le aguantó tanto hasta el día en que la abandonó definitivamente por una peluquera ninfómana de Aluche mucho mayor que él. Estoy convencida de que todo esto me viene de mi padre, de cuando se ponía como loco y le daba patadas a las puertas y gritaba: ¡No hay futuro, hostia! ¡Viva la tabacalera! ¡A la mierda el trabajo! ¡A la mierda con todo! ¡A la mierda Dios!; de cuando se ponía a contar asquerosamente los billetes sucios que traía del póquer y los metía dentro de la jarra beis de la despensa para que estuvieran allí esperándole hasta la próxima partida, porque a mamá casi no le daba nada de perras, o de cuando no traía aquel repugnante dinero y llegaba azarado e irritado y la tomaba con mamá y le gritaba muchísimo o la golpeaba mientras yo lo veía todo y me orinaba quieta, muy quieta, sentada en el suelo sin atreverme a llorar, y yo

sentía la orina desplazarse por el suelo con pseudópodos tiernos hasta ir invadiendo poco a poco los juguetes, poco a poco los vestiditos lisos de mi barbie dos mundos, poco a poco los lápices alpino de colores que me dejaban todos los años los reyes magos en casa de la yaya Juana, poco a poco los blocs de dibujo que siempre había en el suelo de la sala de estar, porque mamá deseaba que yo fuera pintora y me hacía ir los sábados al taller de acuarela del cojo Vox Populi, un inválido calvo que vivía en nuestro barrio y eructaba sin ruido con peste a arroz con leche, y me hacía pintar, siempre pintar, echada sobre el suelo levantando los ojos para ver intermitentemente aquellos dibujos animados checoslovacos con muñecos de plastilina que salían en la 2 y tanto me gustaban. Ahora también me orino, los médicos lo llaman pequeñas pérdidas de orina, han escrito en un papel azulado que han dejado encima de la mesa esta mañana esa expresión bonita: “pequeñas pérdidas de orina”, esa expresión que me gusta tanto como la palabra pseudópodo, una palabra que aprendí para siempre cuando estudié en segundo de bup las amebas y los protozoos, esos seres unicelulares que se mueven tan lentamente suaves en el caldo lechoso que se coloca debajo del microscopio. Ahora también me orino, pero no es como antes, como cuando estaba papá y yo era desgraciada y no dormía bien y soñaba con sangre que se extrae de serpientes y con besos que se disolvían en veneno y con escupir trozos de muchacho muerto. Estoy quieta o durmiendo y entonces pierdo orina sin poder evitarlo. Me tomo esas pastillas azules que me dan a las nueve y me duermo con un sabor de plátano podrido invadiéndome el cielo del paladar y me pongo a soñar que mamá me trae olivas porque quiere que coma y viene hacia mí por un camino con niebla a ras del suelo, vestida de reina doña Sofía, es la reina doña Sofía, pero es mamá también, no sé explicarlo, son las dos pero es una, es mamá que me quiere y no está muerta y llega hasta muy cerca de donde yo estoy y me enseña unas olivas negras y brillantes en el cuenco que forman sus dos manos, es mamá que viene hasta mí como si

viniera del lugar sin lugar del infinito, de ese sitio al que se refiere un verso que una vez leí y no me acuerdo dónde y decía eso: el lugar sin lugar del infinito, y yo no he olvidado ese lugar, al contrario pienso mucho en él y por eso sé que de allí viene mamá, no me dice nada, pero yo lo sé, lo lleva en su sonrisa cuando intenta besarme y me despierto húmeda como si me saliesen unos decímetros de sangre y empapasen mis ingles y mis muslos y me cuesta trabajo durante unos segundos saber en dónde estoy o quién soy o qué tengo, y luego todo se articula solo en mi cabeza como esa caja cúbica de la película *Hellraiser* y me encuentro de nuevo ante esa tristeza de haberme orinado y estar sola, rotundamente sola, en esta habitación sin vistas a la calle. Me pasa que me canso. Me da pena el psicólogo porque es bueno conmigo, pero yo no le hablo. Me da pena la tele, lo que sale en la tele, esa gente tan fea que mastica de todo, tan teledirigida, tan ruidosa, tan gorda, tan respirando tanto el aire artificial del corte inglés. Me dan pena las enfermeras porque cuando se ríen les tiemblan mucho las tetas, se inclinan para arreglarme la cama o tomarme la tensión o quitarme el termómetro y entonces me cuentan cosas graciosas para que yo me ría con ellas y veo cómo les tiemblan mucho las tetas y me viene la angustia, me viene un sabor agrio como a principios de vómito que yo intento ocultar y resistir. Me da pena la otra chica de al lado cuando vamos a rayos y me habla con palabras de persona mayor que no le gusta el mundo y me dice: Somos felices niños programados confirmando que todo funciona, o me dice: Los monstruos que creamos nos reciben a bordo. Me da pena también este tono tan pálido que tienen las paredes. Me da pena el espejo que me escupe deforme y me mira con ojos de triste puta china esa que ya no es yo y que detesto. Es como si viviera con arena en la boca o dormida en la lluvia o como si fuera una anciana con los dientes rotos. Y todo está en la culpa de los genes que tengo, los hijoputas genes que me legó papá con sus brazos de pelo, sus horribles brazos de pelo nauseabundo con aquella horrible pulsera maricona que le gustaba ponerse y aque-

llos horribles músculos braquiorradiales y flexores que enseñaba en verano como un turco bastardo y sin conciencia. El psicólogo piensa que soy tonta. Quiere que crea esas cosas ingenuas que me dice. Quiere que coma y escribe instrucciones para las enfermeras de las tetas grandes. Ha ordenado que me quiten las gomas del pelo para que no pueda controlar mi gordura midiéndome el grosor de las muñecas y de los muslos con ellas. Ha ordenado que no me enciendan el televisor hasta que no coma el yogur de limón que tengo desde ayer encima de la mesa de formica. No me van a dejar salir de aquí y reunirme con los demás niños de la unidad de anorexia hasta que no coma dos yogures al día. Yo los oigo jugar al fondo del pasillo. Llega hasta aquí el eco de sus risas tristes. Cierro los ojos y los veo luchando por ser un poco más felices en una habitación que yo imagino blanca y ortopédica, tan blanca como ese trozo de gasa que le ponen a los operados de cáncer de garganta en el hueco de la pelota de la nuez, como el que lleva tío Anselmo, el hermano mayor de mamá, y tan ortopédica como esos hierros brillantes y complejos que ponen alrededor de las piernas tan blandas de los que han tenido la polio, como José Rubén, el primo de la Jennifer. Como no quiero comer me ponen a menudo la sonda y me dan primperan, mucho primperan para la angustia. Entonces pienso cosas. Me siento satisfecha de no haber vuelto a comer un día más y me acaricio con la lengua fuertemente el aparato dental que circunda mis dientes; circunda, otra palabra que me gusta, otra palabra de cuando yo era una magnífica estudiante con muy buena dicción que bebía té y leía mucho a Bécquer. Sí, cuando estoy contenta me chupo con la lengua el aparato de cuatrocientas mil pesetas que me pagó la tía tres meses antes de haber muerto mamá. Lo chupo con placer y escucho el resultado en los rincones. Cuando estoy contenta a veces cierro mis ojos y bailo de manera soñolienta y me gustaría que me viese mamá bailar así descalza con esta enorme bata blanca que me llega hasta los tobillos, estirando los brazos como si volase sobre el mundo, sobre las ciudades amsterdám, sobre las ciuda-

des madrid, sobre las ciudades bilbao, sobre las ciudades barcelona, como si volase sobre las calles desiertas, tan desiertas como después de la extinción de la especie, como si volase sobre los países, sobre la gente encerrada en los países y viendo la televisión de esos países, como si volase sobre los edificios con gente dormida que por la mañana tiene que madrugar para ir a doblar cuellos de pollo a la envasadora de mercamadrid como la tía Julia, la pobre tía Julia con sus manos heridas por la artrosis de desunir merluza congelada, de ordenar en los palés productos lácteos, de doblarles el cuello en un día a mil doscientos treinta y cinco pollos descuartizados para que quepan en el envase blanco de poliuretano con el que los venden en los hiper. Pero en su conjunto no me gusta vivir. Quiero irme de aquí. Sé muy bien lo que quiero. Lo tengo escrito en una carta a Dios que he guardado en el fondo del cajón de los calcetines y las bragas en casa de la tía. Primero la puse dentro del libro de economía financiera, y pensando que sería posible que allí no la encontrase nadie nunca opté por cambiarla, luego la coloqué en los pliegues de la colcha rosa que hay en la cómoda del dormitorio de la tía, pero también pensé que sería posible que no la viese nunca nadie allí, y yo quiero que la lean, que la abuela y tía Julia puedan un día leerla y saber qué me ha pasado, por qué hablaba tan poco y estudiaba tantísimo, y no tenía amigas y no reía nunca y dejé de comer definitivamente una semana antes de las Pascuas de este cacareado año dos mil, que sepan que yo tengo en mi alma una vacilación de no ser nada, de sentirme como una vieja cuchara suiza de tamaño intermedio que alguien ha olvidado en el césped de un camping, de sentirme como esas cenizas grises que se traga la noche, de vivir indiferente y extraña a toda la tristeza que me rodea, la tristeza del tío Anselmo, la tristeza de la tía Julia, la tristeza de la abuela Juana cuando la veo sentada llevándose una mano a la cara y mirando al infinito como queriendo llorar por todo cuanto ha pasado alrededor de ella y de nosotros, la tristeza de lo que echan por las mañanas y después de comer por la tele-

visión, la tristeza también de la televisión por cable de los barrios y de los pueblos pequeños buscando en los programas una poquita introspección de la vida corriente y sin grandeza de esos pequeños mundos intramunicipales, la tristeza del bruto de papá al que hace tres años que no veo, la tristeza del tedio que me daba los viernes, la tristeza de mis compañeros de clase entusiasmados por las pizzas y el fútbol y el ron cola, la tristeza del marroquí del parking que veía todos los días al volver de clase en el solar vacío que hay enfrente de casa, la tristeza que me dan las canciones de Malú, y sobre todo su voz, esa voz desgarrada que desgrana nostalgia, una nostalgia que no sé de dónde viene, y sobre todas las tristezas del mundo la tristeza de haber muerto mamá, de cuando yo volví de la facultad de económicas y abrí con mi llave la puerta de nuestro piso octavo y mamá estaba allí en decúbito prono en la cocina con un rictus de angustia en su rostro diabético, con la boca torcida y desnivelada como una consecuencia visible de los efectos externos del derrame cerebral que le había dado según oí comentar a alguien en el velatorio: todo el rostro torcido por los efectos externos del derrame cerebral que le ha dado. Mamá muerta sin haber podido ver cómo me licenciaba en ciencias económicas en la rama de administración de empresas, como ella quería. Mamá muerta aquella mañana vestida con su ropa ordinaria de ir al trabajo, al trabajo que le gobernó tío Anselmo, portero del edificio austria, y que consistía en limpiar los aseos de la caja de ahorros del edificio austria y después fregar los ascensores del edificio austria, y luego dar una pasada con la fregona por todos los pasillos del edificio austria, y también limpiar los cuatro recipientes gigantes de sacar la basura del edificio austria, aquel trabajo del que tío Anselmo se sentía satisfecho de haberle gobernado y lo decía así mismo: gobernado. Mamá muerta con treinta y nueve años en decúbito prono como ponía el informe del juzgado. Muerta para siempre sin que yo la pudiera curar de aquello como a veces se cura o se puede curar una enfermedad con besos. Mamá tirada allí como un payaso disfrazado de mujer. Mamá de signo

piscis. Mamá alegre en las fotos que tenemos de un viaje a Benidorm. Mamá cuando firmaba y ponía Úrsula Sánchez con unas letras grandes y puntiagudas. Mamá peinándose. Mamá cuando iba al cine y llevaba en el brazo su rebeca granate de entretiempo. Mamá partiendo muy graciosa trocitos pequeños de cebolla y llorando y riendo al mismo tiempo. Mamá con pelo largo. Mamá con pelo corto. Mamá muy maquillada en Nochevieja. No sé bien de qué hablo cuando hablo de mamá. Solo sé que ella ha muerto y yo soy débil, débil como una leona joven que vi una vez en un documental de televisión y se llamaba Pinga y era incapaz de salir de un cercado de alambre y de alimentarse por sí misma. Mamá ha muerto y siento vértigo ante la vida y sueño con sucios espejos de secretas mentiras y con un demonio aullador de ojos rojos que me echa de aquí y con herir con cuchillos en el costado de la felicidad. Yo quiero ir con mamá al lugar sin lugar del infinito, por eso le he escrito una carta a Dios, porque quiero irme de aquí, quiero ir con mamá al lugar sin lugar del infinito, a ese lugar que yo imagino dulce y lleno de algodón, ese lugar donde todo debe de ser muy lento y los seres se besan en los párpados con besos que duran cuartos de hora. Ese lugar donde no hay espejos, donde no hay que comer y la gente es delgada y todos visten como yo visto ahora, con esta especie de hábito blanco que me llega al tobillo, y también van descalzos y pisan bayas tiernas que renuevan los ángeles y hay tapias azules como en esos pequeños pueblecitos de la isla de Creta que vi una vez en una enciclopedia del instituto, tapias azules por las que corren vivarachas muchas lagartijas y salamanquesas españolas. Ese hermoso lugar donde todo se amnesie y se borre lo triste de mi vida, y se borre papá y la yaya llorando y el cáncer de tío Anselmo y las manos artríticas de tía Julia y el decúbito prono y el rictus de mamá y mis compas de clase y se borre el eccema y se borren los granos de mi cara y esa cosa en los nervios, esa cosa en los genes, que tenemos las tristes, las rotas, las suicidas. Y ahora cierro mis ojos, me dispongo a soñar quieta y vacía, a soñar que me voy, que me estoy yen-

do, que todo ha terminado más acá de mi vida, a soñar con lebreles que se hunden en nubes y luchar contra cosas que apenas puedo ver y con un río de sangre que me cae por mis piernas mientras mamá me mira desde allí, desde ese lugar sin lugar del infinito, preguntándome sin palabras con sus ojos abiertos, muy abiertos: ¿Qué te pasa, Belén?, y yo le respondo: Todo va bien, mamá, tan solo estoy sangrando.

2.^o Premio

El último viaje

Manuel Tránsito Marco

I

El tren se detuvo. La parada era corta y los viajeros que lo sabían abandonaron los vagones apresuradamente. Tras ellos, un anciano descendió al andén con gran esfuerzo. Mal vestido, sin equipaje, desorientado, se detuvo unos momentos, miró a su alrededor y se fue al encuentro de la pareja de la Guardia Civil que patrullaba por la estación. Sin mediar ninguna explicación, les dijo:

—Me llamo Martín Vidoso y quiero que me lleven preso, porque he hecho una barbaridad.

Sus ropas eran antiguas. Presentaba un aspecto trasnochado y movía a compasión. El interventor del tren se acercó a los guardias y les contó que aquel hombre viajaba sin billete y que le hizo bajar en esa estación porque le parecía más humano dejarlo allí, en un pueblo grande, que en el primer apeadero que hubieran encontrado.

El viaje de Martín terminaba aquí, pero había comenzado setenta años antes, cuando vivía en un diminuto pueblo, hoy abandonado, por el que un día pasó el tren: unas pocas casas habitadas, una pequeña iglesia que apenas podía tenerse en pie y belleza y soledad en el horizonte. No había más niños en el pueblo. Solo su hermano mayor, Lorenzo, que le sacaba siete años y trabajaba con su padre en el campo. El colegio estaba en el pueblo grande, a unos cuatro kilómetros, que recorría muchas veces a pie y algunas en el mulo del cartero.

Cuando volvía del colegio, Martín jugaba solo hasta que anochecía. Lo que más le gustaba era andar sobre las traviesas de la vía abandonada. Pasaba de una a otra dando pequeños sal-

titos y contaba cada paso que daba. Llegaba sólo hasta el último número que había aprendido en la escuela y entonces regresaba. Martín contaba las traviesas a medida que las pisaba: una, dos..., veinticinco, veintiséis..., doscientas ocho... Cada pocos pasos se paraba y miraba hacia atrás para comprobar que todavía se veía el pueblo y para felicitarse porque ese día estaba llegando muy lejos. Martín aprendía muy deprisa en la escuela. Para él era un premio pasar muchas horas al abrigo de las lluvias y del cierzo, al calor de una estufa de leña, aunque a veces hiciera humo, en compañía de otros niños como él. Allí no se le estropeaban las manos como a su hermano, que las tenía destrozadas por el castigo de la intemperie y el roce con las herramientas del campo. Attendía sin descanso las explicaciones de su maestro, don Luciano, un hombre sabio y sencillo que llevaba ya treinta años en el pueblo y que aspiraba a jubilarse y morir allí. A Martín le apasionaban las matemáticas. Se sentía poderoso cuando daba con el resultado de un problema. Era igual que cuando se imponía a las ovejas del rebaño de su padre y las obligaba a entrar ordenadamente en el redil.

Y cuando llegaba a casa, después de ayudar a su padre con las ovejas y de ordeñar a las cabras, volvía a la vía abandonada y saltaba de traviesa en traviesa, contándolas, recitando con esmero los números que nombraba por primera vez, saboreando su sonido y frenando un poco la marcha para notar el contacto de sus pies con unas vigas que nunca antes había pisado.

Martín recordaba de forma especial el día en que don Luciano le enseñó los millares. Desde su casa, mientras merendaba, observaba la vía e intentaba imaginar hasta dónde iba a llegar con sus mil pasos. Comenzó a caminar. Al principio despacio, sorteando sin mucho interés los primeros cientos de traviesas. Conforme se acercaba al millar fue aumentando la marcha. Por fin llegó a la traviesa número mil. Martín se paró en ella, disfrutó del momento y la marcó con un montón de piedras. Allí se quedó un buen rato hasta que decidió regresar. Al día siguiente volvió a

caminar sobre las traviesas. Muy pronto se topó con el montón de piedras que había colocado el día anterior. Decidió continuar su camino, pero comprobó que las siguientes traviesas, todas nuevas para él, no le inspiraban la emoción de otras veces. Intentó llegar a la dos mil. Ese día no lo consiguió. Le atacó el pánico cuando volvió la vista y le costó identificar la silueta de su pueblo. Sin embargo, al día siguiente superó sus miedos y colocó un segundo montón de piedras en la traviesa número dos mil. Se sentía tan seguro, tan poderoso, que continuó caminando sobre la vía con una sonrisa radiante en su rostro. Tardó mucho tiempo en mirar hacia atrás y cuando lo hizo se sintió tremendamente solo. Ya no veía su pueblo. Ni siquiera la silueta de la torre de la iglesia. Una tenue bruma cubría el horizonte.

Iba a regresar apresuradamente, pero sintió miedo. Anocheceía, los alrededores se tornaban pardos y la oscuridad lo mantenía inmóvil. Martín empezó a sollozar, a rendirse, pero por un momento le pareció que justo enfrente de él se vislumbraba un edificio entre la bruma. Corrió sobre las traviesas, tropezando con ellas y con las piedras que sustentaban la vía, y no paró hasta que pudo ver con más claridad qué edificio era aquel: la estación abandonada del pueblo grande. Ya era de noche cuando Martín llegó allí. Estaba cansado, asustado. Le dolían las piernas por el esfuerzo y por el escozor de los múltiples rasguños que se había hecho con la maleza que cubría la vía. Deambulando entre las ruinas encontró una estancia que consideró menos sucia y descuidada que las demás, se acurrucó en un rincón y se quedó dormido.

Cuando despertó, el sol todavía no había salido, pero por las ventanas rotas se colaba la claridad del amanecer. Estaba dolorido y tiritaba de frío. Se sentía sucio, como el lugar en el que acababa de dormir y que ahora podía observar con precisión: había escombros, cristales rotos, restos de comida, excrementos de animales y tal vez de personas. Cerca podía ver el nuevo apeadero, una pequeña cabaña en la que seguro que hubiera pernoctado en mejores condiciones. Salió de allí y miró alrededor para ver

dónde estaba. No le costó mucho distinguir las primeras casas del pueblo grande. Se encaminó hacia ellas. Empezaba a amanecer. Un pequeño perro ratonero le ladró sin convicción. En la plaza se topó con el cartero, quien nada más verlo comenzó a gritar, alertando a los hombres del pueblo, que comenzaron a salir de la casa del alcalde. Estaban allí reunidos para organizar la búsqueda de Martín por el monte. El último en salir fue su padre. Se acercó hacia él en silencio, dejando atrás a los demás. Cuando lo tuvo a su alcance levantó la mano y propinó a Martín una bofetada tremenda que lo derribó y lo dejó en el suelo aturdido y conmocionado. Le dolía la cabeza y escuchaba en su oído izquierdo un zumbido que se tornaba insoportable por momentos. Al levantarse se sentía mareado. No podía mantenerse en pie. La mujer del alcalde lo sujetó por un brazo y lo llevó a su casa mientras le reprochaba su ocurrencia. Le preparó un caldo caliente para reanimarlo. Martín intentó tomárselo, pero al beber el segundo sorbo sintió unas terribles arcadas, vomitó lo poco que había comido y se desmayó.

II

Don Luciano siempre animó a los padres de Martín para que le dieran estudios. Ellos se negaban obstinadamente porque no tenían medios, no conocían a nadie en la ciudad y no se hacían a la idea de tener al crío lejos de casa. Don Luciano insistía en que eso no debía hacerles desistir, que él les ayudaría. Sin embargo, el tiempo pasaba y los padres no daban su brazo a torcer.

Por fin, un día don Luciano les dio un ultimátum. Se presentó en su casa de improviso y les dijo que era imposible que Martín siguiera en la escuela. Era el más mayor de los alumnos y no podía prestarle la atención necesaria. Martín se aburría, le faltaban alicientes y estímulos y estaba perdiendo un tiempo precioso para su formación. Por fin la madre convenció a su marido y se lo dijo a don Luciano. Semanas más tarde el maestro se presentó

en casa de los Vidosa con varios documentos: la concesión de la beca, la dirección de un internado en el que le habían admitido y el billete de tren para que el 1 de septiembre se marchara a la ciudad. El billete era un regalo de don Luciano. Martín estaba feliz. A falta de amigos con los que compartir su alegría, se lanzó al corral y se dedicó a soliviantar a los animales con gritos y carreras desaforadas.

El verano transcurría con normalidad. Los hombres apuraban las faenas del campo. Martín colaboraba con entusiasmo. Su madre, mientras tanto, iba preparando la ropa para su hijo pequeño. Remendaba algunas piezas, arreglaba viejos pantalones de su marido para que pudiera llevarlos Martín... A la madre le preocupaba que su hijo pasase por un pordiosero y se afanaba en dejarle la ropa en un estado lo más digno posible. Pero más que el aspecto le preocupaba su salud. Desde aquella aventura desgraciada algo no iba bien en la cabeza de Martín. El ruido de su oído izquierdo, que siempre estaba allí, a veces aumentaba hasta producirle mareos y ataques de cólera incontenible. El médico del pueblo, incapaz de solucionar el problema, lo mandó al especialista de la capital. Pero tampoco le dieron una solución y lo devolvieron a casa con unas gotas tranquilizantes para los momentos de crisis. Mientras el ruido se mantenía contenido, Martín incluso se olvidaba de él. Pero, cuando su intensidad crecía, las reacciones de Martín eran cada vez más imprevisibles, como aquel día en que la emprendió a patadas con las ovejas y desgració a dos de las más hermosas. Además no oía nada por el lado izquierdo y adquirió el hábito de girar la cabeza para ofrecer el oído derecho cuando alguien le hablaba. La costumbre se convirtió en tic involuntario del que la gente solía hacer burla.

A finales de julio llegaron al pueblo rumores de guerra. Aquello no pareció afectarles. Por esos lugares no se hablaba de política y no había rencillas que pudieran acentuarse con la contienda. Sin embargo, unos días después de la Virgen de agosto, llegó una carta oficial para Lorenzo. El ejército republicano lo

movilizaba. En una semana debería incorporarse a filas. La madre, sin decir nada, soltó el nudo del pañuelo paquetero en el que había preparado toda la ropa de Martín, la fue sacando poco a poco y la metió con cuidado en la cómoda. En su lugar, comenzó a colocar las ropas del hermano mayor, ropas de hombre que no tuvo tiempo de arreglar como hubiera querido.

Llevaron a Lorenzo al pueblo grande en un carro que les prestó el cartero. Allí cargaron el pañuelo paquetero, un petate y una cesta con viandas y allí se subieron los cuatro, con su padre conduciendo los pasos del mulo por el camino de tierra. Cuando Lorenzo subió al tren, su padre se volvió hacia Martín y le dijo:

–Zagal, se han acabado las tonterías esas de los estudios, ahora a picar con tu padre en el monte.

Martín trabajó durante meses hasta la extenuación. El agotamiento le ayudaba a olvidar el fracaso de sus planes y aplacaba los momentos de ira que le provocaban sus dolores de oído. Los domingos por la tarde, en el café, escuchaba atentamente las conversaciones de los viejos por si oía alguna referencia al final de la guerra, pero lo que para todos iba a ser una escaramuza rápida acabó siendo un conflicto de una violencia y una duración imprevisibles. Martín comprendió que su hermano tardaría en volver.

Unos meses más tarde, llegó un telegrama. Debían recoger a Lorenzo en la estación de la capital, a unos cincuenta kilómetros de su casa, dos días después. La madre se puso en lo peor y estuvo en un llanto los dos días. El padre volvió a pedir al cartero el carro y el mulo y se pusieron en camino.

Llegaron a la estación mucho antes de la hora anunciada. Se sentaron en un banco en el andén, al lado de la cantina, y esperaron. Llegaron otras familias que también iban a recoger soldados. Martín, algo ajeno a la tensión de la gente, observaba la estación con curiosidad. Allí hubiera comenzado su aventura de estudiante. Allí se habrían ido marcando los hitos de su carrera, al ir y venir al inicio de las vacaciones o al reanudarse los cur-

sos. Llegó el tren. Todos se acercaron al convoy, estremecidos y temerosos. Poco a poco fueron saliendo los soldados. Lorenzo no aparecía. Su padre se acercó a cada una de las puertas de los cinco vagones por las que salían los heridos con secuelas diversas, pero no lo vio. Mientras Martín esperaba con su madre, se acercó a ellos un hombre de uniforme que les preguntó: “¿Son ustedes familia de Lorenzo Vidosa?”, y les pidió que lo siguieran hasta el convoy. Martín fue el primero en subir por la puerta del vagón que el soldado les indicó. Entraron en una gran sala en la que se alineaban tres filas de camas. Lorenzo ocupaba la tercera cama de la fila central. En ese momento dormía. Su rostro estaba relajado, sus facciones no reflejaban sufrimiento. Solo unos instantes después repararon en las piernas. Fue un instante antes de que el soldado se lo explicara con las mejores palabras que encontró. El cuerpo de Lorenzo sobre la cama tenía un aspecto extraño. La forma de las piernas bajo la sábana desaparecía mucho antes de alcanzar los pies, que no existían. Le habían amputado las dos piernas un poco por encima de las rodillas.

–Una granada –explicó el soldado.

III

Años después en el pueblo sólo quedaban Lorenzo y Martín. Lorenzo logró adaptarse a su nueva situación, pero su padre no aceptó nunca aquella desgracia. No le parecía que Martín tuviera arrostos para llevar las tierras y veía la ruina en el futuro con tanta claridad que la rabia le atenazaba a veces y maldecía entre sollozos aquella guerra de la que solo tuvieron noticias por las heridas de Lorenzo. Tal vez fue esa rabia la que adelantó su muerte, que le sorprendió mientras dormía una noche heladora de enero. La madre intentaba compensar con sus desvelos tanta desgracia, pero la melancolía la consumió día a día hasta convertirla en una anciana demente que murió creyendo que vivía entre extraños. Sin embargo, pese a los temores de su padre, Martín llevaba las

tierras con diligencia y las cosechas rentaban. Lorenzo hacía algunas de las faenas de la casa desde una rudimentaria silla de ruedas. Se la consiguió don Luciano en el asilo de la capital al que lo llevaron sus sobrinos en contra de su voluntad. Los dos hermanos hablaban poco, pero Martín cuidaba de Lorenzo como si fuese un bebé. Lo lavaba y afeitaba con primor, procuraba que estuviera siempre cómodo y limpio, y se aseguraba de que no le faltara de nada. En los atardeceres de verano colocaba a su hermano a la puerta de la casa, se sentaba con él y los dos contemplaban en silencio el horizonte cortado por la vía abandonada, cada vez más oculta por la maleza.

Un día Martín se levantó más cansado de lo habitual, se sentía torpe y pesado. Sus calzones estaban húmedos porque no había podido contener la orina. Alcanzó la habitación de su hermano apoyándose en las paredes y cuando llegó a la cama de Lorenzo estaba exhausto. Mientras lo sujetaba por las axilas para sentarlo en la silla, perdió el equilibrio. Su hermano se precipitó al suelo, golpeó la tarima con la cabeza y quedó tendido con la mejilla derecha apoyada en la madera, los ojos extrañamente abiertos y la mirada perdida. Martín notó que el ruido de su oído comenzaba a sonar con más fuerza. Llamó a gritos a su hermano pero no le contestaba, lo creyó muerto y lloró por él. Se sentó a su lado, acariciando su escaso pelo blanco. Estuvieron así mucho rato, hasta que por fin Lorenzo comenzó a balbucear y vomitó. Martín contempló inmóvil el panorama. Le dolía la cabeza. De repente se levantó del suelo, trastabillando un poco, marchó decidido hacia la despensa y buscó detrás de la puerta una vieja escopeta de su padre. La cargó con dos cartuchos, regresó junto a su hermano, lo encañonó con frialdad y le disparó dos veces.

Se sentó en la cama. Apoyó la escopeta a su lado, pero no la soltó del todo. Permaneció inmóvil durante horas con la mirada fija en el cadáver de su hermano, incapaz de decidir qué iba a hacer a partir de ese momento. Necesitaba pensarlo bien, pero ese maldito ruido en su cabeza lo mantenía atado a la cama, a la

imagen de su hermano y a la sangre y la suciedad que se extendían por la habitación. Sin embargo, cuando por fin logró levantarse, ya había tomado su decisión. Se fue a su alcoba, recogió de su mesilla algo de dinero y el billete de tren que le regaló don Luciano. Se vistió con el traje de bodas de su padre y se marchó al apeadero del pueblo grande. Fue andando por la vía abandonada. Todavía pudo ver el mojón que marcaba las mil traviesas y las ruinas de la estación vieja en la que pernoctó cuando era niño. En el apeadero no había nadie. Esperó mucho tiempo, tal vez horas, hasta que llegó un tren y se subió en él. Los viajeros lo miraban, unos con prevención, otros con pena. El interventor, sorprendido al principio, se conmovió al ver que el anciano le enseñaba un viejo papel como si fuera el billete. Le dejó sentarse en un asiento apartado mientras pensaba qué hacer con él. Martín miraba por la ventanilla, sorprendido al ver lo deprisa que pasaban las cosas ante su mirada. Era su primer viaje en tren.

Premio Especial
Monegros

María Dorondonera

Héctor García Barandiarán

En las tierras de aquel enorme llano todo ha sido siempre igual. Los veranos de eterno fuego y los inviernos heladores. Todos los días de San Miguel los jornaleros han terminado sus acuerdos, la tierra ha sido siempre propiedad de las mismas casas y el cierzo nunca ha dejado de venir del mismo sitio. Precisamente por eso los pastores como Ramón, de casa El Ciego, siempre se refugian en muretes o se esconden en los huecos de los grandes peñascos que gobiernan el seco páramo.

Cuando se acerca el invierno, en la soledad de la covacha donde se refugiaba, Ramón siempre recuerda el día en que, siendo un chaval, su hijo Julián desapareció una noche. El pastor fue a buscarlo por las calles, por las casas, en el campo y por el monte, pero no lo encontraba. La angustia de poder encontrar el cadáver del niño en una güebra o flotando en la balsa le hizo recorrer todo el monte. Con el tiempo acabaría descubriendo que el zagal había subido a lo alto del peñasco para jugar y al llegar la noche no encontró el camino de descenso. Pero en aquel momento solo pensaba en alcanzarlo antes que el alba porque, si seguía con vida, las heladas y el dorondón matarían o mellarían para siempre a su hijo.

Ramón ya era viejo y agradecía a la gran piedra que su niño cayese por casualidad en una de sus grietas y quedase allí encajado tras golpear su cabeza. Aún al recordarlo no sabe cómo pudo sobrevivir toda la noche en el interior de la piedra, dentro de la tierra, la misma que lo vio nacer. Todavía al hacer memoria creía que había sido un milagro que esa mañana no se escarcharan las almendreras ni se helaran los campos. Esa mañana en la que, al regresar a casa exhausto, oyó llorar a un niño en el interior de la tierra. Al salir los primeros rayos de sol Ramón agarró a su hijo por

la cabeza y lo extrajo, a puro de fuerza y restregones, de la raja donde estaba encajado. Julianer, con la cara cubierta de sangre, lloraba a gritos y al menos eso indicaba que estaba vivo, como pensó su padre, milagrosamente vivo, otra vez.

Desde entonces siempre visita la gran formación para agradecerse. Él se solía refugiar en un hueco de la gran mole y allí le iba contando tarde tras tarde, año tras año, cómo crecía Julián, cómo se hacía un hombre fuerte y trabajador, orgullo de todo Lucién.

Un día Ramón, de casa El Ciego, se escondió en el agujero donde solía. Mientras chupaba un trozo de regaliz que había cortado hacía un momento vio acercarse a una mujer que salía de entre unas matas. Con dificultad iba sorteando las soseras aproximándose desde lejos. Al pasar cerca del agujero ni se percató de que el escondite existía, por supuesto tampoco debió de ver al viejo. La joven estaba helada y se agarraba a una oveja grande para entrar en calor. Desde su posición el hombre la miraba escondido y en silencio. Muchos años hacía desde que no se paraba a mirar a una mujer. La chica tenía el pelo negro y revuelto. Era bonita pero con una cicatriz en la frente que le cruzaba hasta la nariz. Su piel brillante y tostada, sus formas delicadas, de línea espléndida y atractiva. El pastor chupaba su regaliz, también distinguía que la niña andaba sucia y coja de un pie, descalza y magullada en sus pantorrillas duras. Un tiempo estuvo Ramón observando desde la cueva cómo se apretaba a los corderos y se frotaba con sus lanas para calentarse. Cuando aquella imagen sació por completo al hombre, este saltó con cuidado y se dirigió a la muchacha:

–¿Quién eres? –preguntó de pronto.

–Soy María, de Villarribera –contestó ella sin interrumpir su actividad, sin alterarse, como si esperase la aparición del pastor en cualquier momento. Entonces ella lo miró y Ramón pudo ver sus ojos negros y brillantes. Entre sollozos le habló:

–Señor, me han echado de casa y vengo huyendo desde mi pueblo. Mi padre me quiere matar y... aquí hace un frío de muerte...

–No te preocupes, que si te quieren matar no te van a encontrar, que yo te puedo guardar en mi casa mientras tú quieras. Ven a vivir con mi hijo y conmigo. Ahora sí, tendrás que ayudarnos a nosotros también, que si hemos de volver con hambre a casa nos has de tener lista la casa y la comida para dejarnos bien. Y, si todo va bien, tú contenta y nosotros también –dijo él, y al final pensó, y no dijo, que falta les hacía ya una mujer a los dos.

Llegaron los dos a la casa. Julián había salido a por leña y su padre introdujo a la niña en el pequeño edificio de adobe y cañizo. En la entrada había una reja con gallinas; sobre una piedra, arrinconado, estaba el gallo. María lo vio, estaba observándola, la vigilaba, era un pollo solitario que la miraba con los ojos fijos. La chica se sintió asustada. Ramón encendió el fuego y preparó un balde con agua para que su invitada se lavase. Junto al hogar la chica se fue quitando la ropa mientras el viejo observaba algunas heridas y cicatrices en la piel del cuerpo de la joven, lisa, brillante por el cercano y cálido reflejo ígneo. Él cogió la pantorrilla herida y palpó la linda extremidad mirando con atención. Su piel estaba tostada pero su tobillo tenía un color especial. Arrodillado junto a los pies de la morena, el hombre alzó la mirada en una vertical paralela al cuerpo desnudo y dijo que habían de curarle ese mal. Cuando la chica estuvo limpia y vestida con unas mudas que había por casa, el pastor le aplicó unos barros que preparó, tal y como lo hacía para curar a las ovejas.

Pronto regresó Julián. María descubrió al apuesto zagal, tenía poca más edad que ella, era grande y moreno. A la cojica le pareció guapo. El chaval también se fijó en la chica, la saludó y sin dejar de mirarla a la cara preguntó a su padre por ella. Entonces el padre abrazó su cintura, la atrajo hacia él y sonriendo contó lo mismo que ella le había dicho. Al mozo le agradó y comenzó a

bromear con ella. María aguantaba la mirada en el suelo por el rubor que le producían los ojos de Julián. Poco más sucedió durante su primer día en Lucién.

La casa era pequeña, pero los hombres estaban poco por ahí. La coja descansaba su pierna pero trataba de ir haciendo más habitable el lugar. Lucién era todavía desconocido para ella. Pero pronto fue el pueblo el que tomó la iniciativa de conocerla a ella.

Las noticias vuelan por los pueblos de esta zona, entonces se convierten en chismes y todo el mundo los conoce. No tardaron ni un día en acudir a casa El Ciego las primeras visitas. Esperaron a la hora en que los dos hombres estaban trabajando, entonces María oyó gritar a una mujer en la puerta que preguntaba por Ramón. Renqueante, llegó al portal y allí se encontró con una mujer mayor, más que el pastor. Junto a ella había un hombre. La chica contestó que ellos no estaban, aunque sospechaba que ya lo sabían. El hombre era viejo, muy flaco, su cuerpo era larguirucho, su cuello terminaba en forma de gancho. Una boina cubría los ojos pero se adivinaban completamente despistados, más pendientes de las gallinas del corral que de las dos damas. No decía nada, era la mujer la que llevaba la voz cantante en aquella cuestión. Era muy bajita, pero estaba bastante gorda; sus extremidades, sobre todo sus dedos, eran carnes embutidas, regordetes y muy graciosos al moverse. Preguntó que quién era la muchacha.

María vio claro que esa mujer había obligado a su marido a acompañarla para dar solemnidad a su instinto más curioso. Él no hacía caso a nada de lo que la gorda hiciese o dijese, pero le seguía la corriente para que lo dejase tranquilo. Entonces la chica respondió que era pariente de Ramón.

—Así que pariente... Ah, sí, claro, tú debes de ser la de Flora. ¿Te acuerdas, Sebastián? La nieteta de Blas, el carretero, aquella que marchó hace años ya.

La conversación siguió durante mucho tiempo, o al menos a María se le hacía eterno aquel momento. La señora lanzaba

preguntas y aseveraciones sin necesidad de la réplica, continuaba la conversación sin respuestas. Mientras, Sebastián no decía ni una palabra, de vez en cuando dirigía su mirada a las dos mujeres cuando su esposa hacía alguna alusión a él. De no ser así se quedaba con las manos en los bolsillos, mirando al gallinero.

Al cabo de mucho tiempo el fuelle de Ascensión parecía decrecer. Esta comenzaba a estar más atenta a lo que la jovencita le contestaba. Pero, como la intención de la chica tampoco era la de dar demasiada información que la pudiese delatar, procuraba hablar lo menos posible. Así, aprovechó Sebastián de forma sorprendente para intervenir en el diálogo:

—Estas gallinas están un poco modorras, ¿no? Parece que no le hacen mucho caso al pollo, lo tienen allí apartado, aborrecido. El otro día estaba yo en el huerto picando...

Al oír esto su mujer apretó los párpados sin llegar a cerrarlos, entornó los ojos y giró lentamente el cuello hacia el flaco anciano. El hombre seguía hablando como si su esposa no existiese, pero sobre su discurso replicó ella:

—Tú sí que estás modorro, cada día eres más tonto. ¿Otra vez esa historia?... —entonces volvió su cara hacia la zagala y le dijo—: No le hagas caso, que este hombre no hace más que mentir.

—Y pasó una mujer por el camino. Yo no la conocía, pero era maja. Me preguntó que quién le podía vender un gallo joven como el vuestro. Entonces yo empecé a pensar quién podría tener uno para vender. La mujer no me quitaba ojo y seguía andando hacia mí mientras esperaba que le contestase. Como solo me miraba a mí y no al camino, metió la pata en un agujero y se cayó de culos. Ja, ja, ja... —reía Sebastián, gritando y abriendo la boca todo lo que podía, con lo que enseñaba los dos dientes que le quedaban—. ¡Venga las patas para arriba! ¡Y la falda se le vino para la cara y se quedó con todo el cepillo al aire! ¡Ja, ja, ja!

María no pudo aguantar la risa y trató de disimularla para que la señora gordita no se sintiese ofendida.

Ramón y Julián también se habrían reído si hubieran estado allí, pero el padre y el hijo tenían que estar limpiando de rastrojos un campo. Los dos trabajaron duro y hablaron poco, pero ambos pensaban en María. Llegó un momento en el que el chico preguntó a su padre qué iban a hacer con la chica, y el mayor no desveló sus intenciones. Ambos parecían interesados en ella, pero no sabían en qué medida, jamás lo hablaron. Una vez limpio el campo, regresaron a casa. De camino al hogar se encontraron con Ascensión. Ramón solo asentía y escuchaba a la gorda; de esta forma se enteró de la versión oficial de su mentira, ya sabía lo que debía decir a partir de entonces.

La niña los esperaba en la puerta, junto al gallinero. Los hombres saludaron y comentaron a María la charla con la vecina. Julián le advirtió que, según lo que la mujer les había contado, ella era hija de una hermana de su madre. Entonces la joven preguntó por esa mujer, su supuesta tía, la mujer de Ramón. Al principio solo hubo silencio; después de un rato, el viejo contestó:

–No te preocupes de ella. Está en la tierra –sonrió–. Ya hace muchos años, ella es ya la tierra. La tierra que hizo crecer la hierba que se comió el cordero que sirvió de cena popular en las fiestas de hace tres años. Ella es todos nosotros y todo esto.

Tras esto entró en casa y se quedaron los dos jóvenes en la puerta, mirándose sin decir nada. Él sonreía con placentera expresión, la chica mostraba un rostro de solemne admiración. En este momento la voz de un niño interrumpió la escena. Llamaba a Julián. Ambos lo miraron de pronto. Era un pequeño de unos ocho años, tenía los ojos muy grandes y negros, la nariz chiquita, cubierta de pecas, y sus rodillas con heridas. Se movía con mucha gracia, como una marioneta, impresión que se acentuaba por el desproporcionado tamaño de su cabeza y sus orejas. Con mucha gracia el chico les trajo un mensaje del cura. Al parecer los ru-

mores vuelan y se había enterado de que tenían visita y la quería conocer. Los dos jóvenes pensaron involuntariamente en la gorda. Además don Lorenzo quería hablar con los hombres acerca de sus viñas, por lo que anunciaba que al día siguiente por la noche se invitaba él mismo a cenar en casa El Ciego. María sonrió al zagal y le preguntó que quién era. Este contestó que se llamaba Pedro y que era monaguillo; después, el chico se rió del gallo porque decía que era muy feo, y así se marchó a su casa sin despedirse.

A ella esto le hizo mucha gracia, pero no a Ramón. Cuando el viejo se enteró se echó las manos a la cabeza. Los jóvenes no entendían el disgusto del mayor, estaba muy nervioso andando de un lado a otro de la casa, con las manos y la voz temblorosas.

—¿No entendéis? Si la gorda se entera de que esta está aquí no pasa nada, porque cree que es pariente mía y no va a salir del pueblo. Pero el cura... Los curas son diferentes, ellos se escriben cartas, viajan, se reúnen en sínodos y concilios para elegir papas o ponerse de acuerdo en cómo se explica un versículo. Pronto caerá en la cuenta de cuál es tu verdadera casa y te denunciará a tu padre.

El hombre estaba muy nervioso, no paraba de moverse y trató de hacer comprender a los jóvenes que la velada debía ser perfecta para que don Lorenzo no sospechara nada. Ramón tenía la idea de que si no se le daba pie a la duda esta no surgiría. Por este motivo se dedicó a aleccionar a los muchachos. Se pusieron de acuerdo en cuál era la historia que había que contar. La versión de Ascensión sería la oficial, todos lo aceptaron. La cena era muy importante, por el estómago se podía vencer a don Lorenzo. El cerebro de la banda dispuso que cenarían los bolinches que guardaban para el día de la fiesta y un pollo. Todo debía salir perfecto.

A la mañana siguiente Ramón despertó a María antes que el gallo, y le dijo que ese día había mucho que hacer y que debía empezar. Ella no se desprecaba, el hombre la obligó a ponerse a

trabajar sin desayunar y su estómago gritaba como un gato rabioso. Pronto limpió la casa y fue al gallinero. Allí estuvo escogiendo un pollo sano y gordo para cenar. El gallo, como siempre, estaba apartado y la miraba fijamente, tanto que a la moza le daba miedo acercarse a él.

La chica comenzó a hacer la comida. Mientras manejaba aquellos manjares le parecía estar notando su sabor solamente con el tacto de sus manos. Para ella, cocinar el pollo hubiera sido como saborearlo si no fuera por los calambres que le estaba dando el estómago.

Llegó la hora de la comida pero, como Ramón le había explicado, en aquella casa eran demasiado pobres y una cena de tal calibre no se la podían permitir, así que la comida había que pasarla con sopas y un puñado de olivas. En aquel momento a María le supieron a gloria.

Al caer la tarde, casi desfallecida, comenzó a preparar los bolinches. Según se cocían sentía que su hambre no era ya tanto deseo de comer como un dolor que comenzaba en su estómago y se extendía por todo su cuerpo, concentrándose en las sienes. La muchacha miraba fijamente cómo se doraban unas cabezas de ajos en las brasas y su boca se llenaba de saliva. Llegaron los hombres y sin decir nada los tres esperaron la visita silenciosamente sentados. Pasaban las horas, el pastor no dejaba comer a la chica porque debía esperar al mosén. Entonces un grito en la puerta sobresaltó a los entronados. Era el niño Pedro, entró en la casa con el permiso del patriarca y se dirigió a su público:

—Que me ha dicho don Lorenzo que tiene un muerto en Lapardera. Que llegará muy tarde o igual ni viene porque entre ir, venir y las comedias que tiene que hacer allí con el difunto... Calcula, ¡en burro que va!

Despidieron al gracioso chaval y se miraron los tres. Ramón dijo que debían esperar al cura. María perdía las fuerzas y preguntó si podía comer algo. El hombre le contestó con gravedad que

tuviese paciencia, había que esperar a don Lorenzo y era descortés invitar a alguien con la tripa llena.

Las horas pasaban y la muchacha desfallecía. Finalmente, el pastor le permitió que cenase. La niña comió bolinches de forma compulsiva, terminó su plato y comenzó otro, continuó comiendo hasta hartarse. Los hombres siguieron esperando. No pasó mucho tiempo desde que ella recogiera su plato hasta que se oyó el portón de entrada.

Era un hombre alto, menos viejo que Ramón, fuerte y colorado, con poco pelo y gruesas manos. El patriarca presentó a la muchacha, que prefirió no hablar mucho para no estropear la opereta que tenían preparada.

Pese a los temores del viejo, el cura no pareció prestarle más atención a la chica que a esa cena que con diligencia servía. Entonces el señor de la casa la llamó y le susurró que debía cenar como si no lo hubiese hecho aún, para que el cura no se percatase de su falta de buenos modales. Durante la cena el discurso fue casi exclusivo de don Lorenzo, comentó algunos temas que no tenían que ver con la niña. Mientras oía al cura la pobre chica tenía que comerse otro plato de bolinches que, hasta arriba, había llenado Ramón para que el cura no sospechase. Con el pollo pasó lo mismo, la pobre creía que se iba a reventar, su vista comenzaba a nublarse y le costaba mantener el equilibrio. Servía el segundo plato caminando de forma ridícula, entre el sopor de la comida y su cojera particular.

La cena terminó con normalidad, pero cuando parecía que don Lorenzo iba a marcharse pidió hablar a solas con la muchacha. Fue entonces cuando los nervios atacaron con más fuerza a Ramón e incluso a Julián, que se había percatado del penoso estado de la niña y vio peligrar todo su plan.

Se metieron en un cuarto y cerraron la puerta, el cura delante y la descoyuntada zagala, que se descomponía a cada paso, detrás. Para el padre y el hijo se hizo interminable el cuarto de

hora que permaneció el representante del Espíritu con María. Finalmente don Lorenzo salió de la habitación, dejó la puerta abierta y la niña no salía. El gran caballero vestido de negro se puso la capa y el sombrero, cogió a su anfitrión por los hombros y con una expresión de fatiga y tristeza le dijo, mirándole a los ojos:

–Supongo que lo de la herida en la cabeza debió de ser un duro golpe para toda la familia. Da lástima ver cómo se quedó. No necesito saber más de ella, ahora comprendo la gran obra de caridad que haces a tus parientes manteniendo una temporada a la pobre chica para que su familia descanse estos días. ¡Es una carga, y una prueba que Dios nos manda! No lo olvides.

Después de decir esto, don Lorenzo abandonó la casa. Julián se apresuró hacia la habitación y encontró a la niña sentada sobre un camastro, apoyada en la pared, como una muñeca de trapo, con los ojos en blanco, la boca abierta y un hilillo de babas que comunicaba con su cuello. El joven trató de hacerla volver en sí pero no lo consiguió.

A la enferma le pareció estar pasando la noche en el infierno. No podía dormir tranquila, sufría dolores, sudaba, tenía pesadillas. La chica soñó. Creía que entraba en el corral del gallo, donde encontraba a Ramón, de espaldas, agachado. Entonces el viejo se daba la vuelta y la miraba con una viciosa expresión en la cara. Con la mano sujetaba al gallo por el pescuezo, éste la miraba de esa forma que tanto asustaba a María. Entonces el hombre partía el cuello del animal y éste dejaba caer su cabeza y hacía de su pico un manantial de abundante sangre oscura que caía al suelo. La chica se asustaba y huía pero él la perseguía con los ojos irritados y esa sonrisa cruel, con el pollo en la mano y el brazo ensangrentado. La chica se sentía atrapada a cada paso debido a su cojera. Las imágenes se repetían una y otra vez en su imaginación, sin poder huir.

Por la mañana, todavía enferma, la chica caminó hacia la fuente. El agua manaba de una piedra en una cueva donde

había que entrar para utilizar el lavadero. La chica se introdujo en el agujero sin pensar. Sola, todo estaba oscuro. Sus enfermas vísceras se sobresaltaron en un calambre intenso, tanto que la niña se desequilibró encaramándose al lavadero. Pudo apoyarse con las manos en el borde y sujetar su cuerpo, justo con su cara sobre el agua. Pero los dolores no cesaban, como si una bestia la estuviese devorando por dentro. La visión se le confundía. Creyó ver una figura reflejada en el pequeño mar. Era la imagen de una mujer mayor, con el pelo blanco y largo, que la miraba desde el fondo del lavadero. Sus ojos proyectaban una mirada hostil, la chica estaba convencida de que la quería matar. El demonio de su interior pareció desplazarse hacia abajo, el dolor llegaba a su máximo grado, tanto que María ya cerraba los ojos para perder el sentido. Notó cómo el monstruo que albergaba llegaba a su intestino inflamando de pronto el conducto. Todo aquel sufrimiento eléctrico, aquella tortura tan intensa se transformó en momentáneo placer y desahogo cuando expulsó por el ano el íncubo que tanto le hizo sufrir. De naturaleza etérea, en forma de gas, fruto del recocimiento interno de todos aquellos bolinches.

Abrió los ojos pero en el agua ya no estaba la inquietante figura. Aquel resoplido inundó la covacha con un olor nauseabundo, parecía que la fuente comunicase con el infierno y no manara agua sino azufres y demonios corrompidos. No era fácil permanecer en aquel lugar pero, al ser ese ambiente fruto de su propia entraña, la chica parecía incluso disfrutar, exhausta junto al lavadero, sudorosa después de aquel parto.

Resonaron voces en la cueva, alguien se acercaba. La chica se incorporó para que no notasen su mal y fingió estar lavando. Era la gorda la que entraba en el lugar; venía hablando con el niño Pedro, que le traía ropas en un canasto. Cuando entraron en la fosa saludaron a la joven. Ascensión empezó a lavar en el lado opuesto al que estaba la coja. De pronto la mujer dejó de hablar, inspiró profundo un par de veces y abrió mucho los ojos. Después, sin decir nada, golpeó con fuerza a Pedro en el cabezón. El niño

no sabía por qué le había caído ese trancazo, se fue corriendo y llorando. Las dos permanecieron en silencio, la gorda tenía miedo de envenenarse al tomar aire y pretendía disimular.

La chica regresó a casa El Ciego, tenía miedo, se creía embrujada. Al llegar a la vivienda se encontró a Ramón en el gallinero, estaba de espaldas y agachado. Se dio la vuelta, tenía el gallo en una mano. La niña, aterrorizada, salió corriendo, tan deprisa como la herida de su pierna le permitía. Sentía que alguien la perseguiría, quería huir, otra vez, salvar la vida huyendo otra vez, por sus pecados, por su culpa. Pero no marcharía sola, quería encontrar a Julián para decirle que se fuera con ella, para pedirle que escapasen juntos de los demonios de Lucién. Para decirle que estaba enamorada.

Donde la tierra se levantaba y se convertía en montaña, y donde la montaña se levantaba y se convertía en hombre, Julián en lo alto, allí lo encontró. Desde abajo María gritó su nombre, pero arriba el cierzo es muy fuerte y no la pudo oír. La figura masculina del aguerrido muchacho desapareció en un momento. La niña no sabía por dónde subir, pero lo intentó como pudo. Para el zagal era muy simple, de niño siempre estaba por allí y lo conocía todo, bajó en un momento y llegó a casa para cenar.

En la puerta encontró a su padre, este le dijo que había visto a la moza salir corriendo y no sabía dónde podía estar. Era tarde ya. Los dos salieron a buscarla por el pueblo, después preguntaron por las casas, más tarde revisaron los campos, pero no la encontraron. Los dos hombres se asustaron y ya por la noche registraron el monte, incluso la balsa, por ver si la encontraban. Pero tampoco allí. Ramón le dijo a Julián que debían regresar a casa porque las últimas horas de la noche y el alba son las peligrosas; era el tiempo del dorondón y les podía hacer mucho daño. Pero el chico quería seguir buscando a su enamorada pasase lo que pasase, no le importaba otra cosa, solo podía pensar en ella. Llegó la helada y el sol, y la mañana, pero no María. Los dos

hombres lloraban. La chica se había ido, los había dejado, otra vez. Regresaron al pueblo, pasaron junto a la gran piedra, el sol daba de lleno en sus primeras horas presentando un imponente muro dorado, rojizo y tostado. Ambos se detuvieron para expresarle su dolor a la tierra, a la piedra. Miraron arriba y vieron la raja del muro abierta, ensangrentada. Fueron a mirar y allí, encajada, rota, encontraron a María, muerta.

Julián pensaba en la chica que no sabía por dónde se bajaba, no era de allí, su cojera la habría hecho caer desde lo alto y rodar hasta la grieta que la tragó. Para Ramón todo volvía a ser igual que siempre. Los veranos serán de fuego y los inviernos heladores, los jornaleros seguirán celebrando el día de San Miguel, los ricos serán siempre los mismos y no hay nadie que haga que el cierzo venga de otro sitio que no sea de donde ha venido siempre. Pero el viejo pastor de casa El Ciego sabía que para refugiarse del viento no volvería nunca a la gran roca.

IV Certamen
de Relato
Corto (2002)

1.^{er} Premio

Despedida

Amparo López Pascual

Mauricio, ahora que tú ya no estás aquí, he abierto los armarios y he empezado a colocar tu ropa para mandarla a alguna ONG. El traje de boda estaba tan negro como el día que lo estrenaste. Ibas guapo con la camelia blanca en la solapa, hay que ver lo que son las cosas, eras el mejor hombre aquel día. Los otros dos trajes que guardabas, no sé si eran tuyos o te los había prestado algún hermano, todos los he metido en la bolsa, las camisas también y los zapatos. La ropa interior, a la basura.

He recogido los cajones del aparador y he encontrado papeles que no sé si serán importantes. Las facturas quizá deba guardarlas. Encontré el álbum de fotos que empezamos a coleccionar cuando salíamos a las verbenas. Me ha dado apuro deshacerme de él porque hay mucha gente ahí metida. Algunos muertos, como Damián, el pobre, el más guapo de la pandilla –puedo decirlo ahora que no estás–. Damián era un hombre extraño, original; creo que es el hombre que más me ha gustado en esta vida insípida. Voy a guardar el álbum, una no puede desprenderse de todo el pasado que se queda viviendo en los objetos.

Mauricio, ahora que ya no estás, he regalado a la asociación de inmigrantes todas esas cosas que comprabas y que no servían para nada, la bicicleta estática, la caja de herramientas universal, la colección de aparatos de jardinería sin estrenar. Quizá alguien pueda aprovecharlas. Para qué querrías tanta herramienta inútil.

Bajé a preguntar si debías algo al puesto de periódicos, al bar y al estanco. Era una deuda pequeña pero no quería dejar cabos sueltos. Oí que decían algo cuando salía de los tabacos. Malos humos.

Mauricio, puede decirse que ahora la casa tiene un aire diferente. Se le ha desprendido el hálito pegajoso que dejabas en las cosas. Por ejemplo, por la mañana no está el ambiente carga-

do de nicotina amarilleando las paredes, y el baño nunca huele mal. Hago una inspiración profunda cada vez que entro, como si estuviera en el campo; el aire puro me baja al fondo del pulmón y me agita todo el organismo.

Me emocioné la semana pasada cuando tuve que pasar por el banco. Parecía una persona importante. Todo lo que me ocupé de preservar de tus manos devoradoras, se conserva en buen estado. Esto, más la pensión de la Seguridad Social, me permitirá vivir de primera el resto de mi vida sin dar golpe. Esta mañana he ido de compras a unas cuantas tiendas de moda.

No te puedes ni imaginar cómo me queda un vestido rojo de gasa, ajustado, que estrenaré en cuanto pueda. Las dos chicas que viven abajo, Mila y Domi, ya sabes, esas que tú mirabas tanto en las reuniones de vecinos, me han invitado este fin de semana a la playa.

Me he hecho la remolona y entonces se han enfadado y, para animarme, se han atrevido a contarme cosas de ti que ya me imaginaba y que ahora sé que son ciertas. Mauricio, ahora que no estás todo me pertenece, el tiempo, el dinero, la vida, todo me está esperando ahí para hacer con ello lo que se me antoje. No he jugado limpio, lo sé, pero tú tampoco.

Me daba igual que bebieras tanto y te emborracharas a placer con los amigos, que tuvieras amiguitas y el cuerpo no lo dejaras quieto detrás de cualquier falda, pero lo que no te perdono es el martirio progresivo –psicológico, que es peor que la leña directa– que me has impuesto con tus palabras durante tanto tiempo, Mauri.

Especialmente que no pararas de llamarme gorda.

Ya era gorda cuando nos conocimos, es más, me jurabas que por eso precisamente me habías elegido; te gustaba pellizcarme los pliegues de grasita en la cintura y me decías que qué harían aquellos con sus novias flacas y enfermizas cuando tenían que tocarse. En la cama, yo era un colchón mullido y bien que te gustaba

estar encima en aquellos tiempos. Querías carne abundante, eso me decías, estirar el brazo y encontrar siempre algo bueno que llevarse a la boca, morderme las lorzcas duras y hartarte de acariciar todos mis kilómetros de superficie. No voy a contar más, pero ya sabes tú lo que disfrutaste con todo lo que a mí me sobraba.

Hasta que te entró el asco por la grasa.

Empezaste a mirar por la calle a esos cuerpos finos y delgados que se transparentaban y a apartarme noche tras noche porque te daba calor, te aplastaba o te pesaba demasiado mi cuerpo. Quitaa, ballena, eso me decías. Y yo empecé a encontrarme mucho más abundante y pesada de lo que en realidad era, a taparme las formas y a disimular.

Recuerdo que en ese tiempo me quedaba en casa llorando, comía solo zanahorias para evitar picar cosas con grasa, y comencé todo tipo de dietas para conseguir el peso que tú querías: la dieta de la alcachofa, la semana de la fruta, la cura de los hidratos de carbono. Bajé peso, yo diría que el suficiente para ser considerada como una mujer aceptable, pero tú seguías retirándome de tu lado. Aquel día que me compré un vaquero talla cuarenta y cuatro y te lo enseñé con orgullo, recuerdo que dijiste: sigues teniendo un panderero de órdago. Y ese día, precisamente, se me alteró el ánimo. Ya no eras el hombre de mi vida. Me fijé en tu barriga cervecera y flácida, en tus entradas profundas, la papada y el descuido de tu ropa. Sobre todo me alteró darme cuenta de que tu cuerpo era más tremendo que el mío y, encima, desproporcionado y deforme. ¿Cómo un personaje así podía burlarse de mis bien formadas redondeces? Mauricio, eras tú el que necesitaba estar a dieta. Y en el telediario de esa misma noche salió la mujer aquella de Cáceres que había usado el veneno de las hormigas. Me apenó ver el estado lastimoso en que había dejado a su marido, en los puritos huesos, diáfano. Esa sí que era una dieta fulminante. La pobre mujer le había proporcionado dosis de caballo y ese había sido su error, así que yo cuidé de hacerlas pequeñas y fuiste

adelgazando progresivamente hasta quedar como el espíritu de la golosina. Enfermo pero elegante.

Entonces comenzaste a envidiar mis carnes sanas y rellenas de vida y alguna noche sentí tu mano aproximarse a mi cintura y rozar el goce de lo bien hecho. Me fui a dormir al sofá para hacértelo más penoso todavía. Te daba asco la comida, no podías probar bocado porque el veneno te había pulido las paredes del estómago, y me veías a mí disfrutar de lo lindo con mis guisos encebollados y mantecosos.

Mauri, tesoro, te juro que al principio solo pensaba darte una lección de buen comportamiento y respeto, pero luego la cosa se fue complicando y ya no hubo marcha atrás. El día aquel que volvías del médico y ocurrió la desgracia, te juro que había encerrado la escalera por absoluta necesidad, porque estaba cuarteada y la madera necesita nutrirse o se pudre —como el cuerpo, cariño—. Es verdad que estabas demasiado débil para subir sin ayuda, y es verdad que podría haberte dado la mano cuando te vi resbalar, pero ya me dabas mucho repelús, Mauri, cariño, yo también tengo mis manías, las cosas hay que hacerlas bien desde el principio.

El batacazo que te diste fue impresionante, todos lo vieron, las vecinas de abajo y el señor Julián, el portero, que era tu amigo. La cabeza te quedó bien abierta, con señales claras de haberte roto el cuello y todo lo imprescindible.

Mauri, no creas que me he olvidado completamente de ti, no soy una desagradecida y a cada uno lo suyo. He pagado a don Agustín un par de misas y he hablado con él de lo poco piadoso que eras como feligrés. Te ha perdonado y reza por ti todos los días.

A veces, quienes están conmigo dicen que el dolor me ha dejado un poco volada, que estoy ida y no me centro en las cosas. Claro, tengo en la cabeza la brisa de la playa próxima, la vida que me queda en este nuevo cuerpo bien cuidado por las dietas y que espera ser estrenado felizmente, ahora que tú ya no estas, amor mío.

2.^o Premio

Muchacha bella entre sombras

Manuel Terrín Benavides

Porque está lloviendo sobre los acantilados del sur, como la noche aquella, en las entrañas se me clava la imagen dolorosa de Córdoba Fernández.

Puñaladas que asesta la vida, eso tuvo que ser: la llamada de un dios lejano, los bostezos del polvo, pensamientos mojados cuando el agua, enemiga, borbota en los cristales. Solo eso. El resto, torpes conjeturas. Sin lengua debieran quedarse los cuatro desentierramuertos que merodean por La Perla Roja amontonando despropósitos, gente apestada de hachís, perdularios que quieren que las cosas sucedan como ellos imaginan que han sucedido. Loca iba, como cuando el camino desorienta, bajo una lluvia agresiva que le deslavazaba el cabello negro. Nosotras, aunque los tíos no lo crean, también tenemos corazón, orgullo; también amamos, odiamos; también nos entra la murria cuando todos los días son el mismo día, cuando la vida parece una piedra de molino que tritura.

Desde que vino a La Perla Roja la admiraba yo, tan esbelta, tan emperejilada, tan distinguida que ni de las nuestras parecía. A todas nos preñaba su estilo, su gracejo, su sonrisa contagiosa, también la tristeza profunda del rostro si se le invertía el ánimo. ¡Qué encanto, la melancolía de Córdoba Fernández! Un libro extraño parecían entonces sus pupilas, un libro escrito en lengua extranjera que nadie sabe leer.

La Rubia, moneda falsa, fue la única que se opuso a la admisión, zaraguteando con la dueña, miedo cochino a que se hiciera florón de la barra. Mala hembra, la Rubia, andorra verbenera con el culo caído, que parecía un pato detrás de los tíos, morreando siempre por los rincones, ya arruinado bajo la envidia el poco encanto que pudiera quedarle. El tipazo de la nueva, la

gracia con que aventaba el cabello negro, aquel campaneo armonioso del busto, aquellos labios gruesos, de fruta madura, eran un mazazo para su orgullo.

Algo había cambiado en La Perla Roja desde que vino Córdoba Fernández; algo en el ambiente; algo, lo confieso, dentro de mi corazón. El trapisondeo de todas las andaluzas traía: la necesidad, el mal de ojo, una promesa falsa..., pero pronto entendimos que le iba la parranda, el hedonismo, la libertad, la frasca turbia de los lupanares..., que arañas malditas, también, la devoraban por dentro: una duda, un desengaño, un pasado enigmático que nunca supimos, nadie, ni siquiera Pablito, el amigo de la Macarena, el que siempre andaba cantando la bamba y presumía, ¡pobre ingenuo!, de interpretar el fondo de las mujeres.

–La Perla Roja –piropeaba cierta madrugada un cotarrón apasionado –se parece a la noche; tú, andaluza, al sol de mediodía.

–Siempre hay un dios malo que convierte los rayos del sol en culebras –respondióle ella, lagotera, y nadie supo qué quiso decir.

Córdoba Fernández, la muchacha más triste del mundo cuando le entraba la melancolía, la más chispeante metida en juerga, verdugo de clientes babosos, de maridos adúlteros, de niñatos imbéciles, vino y se fue con su secreto dentro.

–Tú, aquí, con esa percha, con ese... –le insinuaba la Toñi.

Ella, misteriosa, siempre tenía a flor de labios la misma respuesta:

–Todas nos traicionamos algún día.

Con talento se cameló a Pepe Carmona, con chulería se lo levantó a la larga, una echacuervos, una circe trasnochada del Pato Verde, golfa pectorra que presumía –¡como si los años se disimularan con emplastos y potingues baratos!– de lo que ya no era.

Amigo del doñeo, de la jarana, con patillas largas para disimular el chirlo que le afeaba el rostro, Pepe Carmona era caudillo de macarras, cliente pertinaz de coches celulares, pero gallo, también, de mancebías. Hembra que se lo ligaba, hembra que subía de cotización. Porque ponía la vida en juego a favor de la fulana que le llenara la andorga, porque del brazo la presumía, a plena luz, haciéndola sentirse maridada, orgullosas lozaneaban sus favoritas por las calles, envidiadas de muchas mujeres decentes.

–Pepe exige –era, entre todas, su primera regla de juego–, pero paga con el mejor cobre.

Muy encaprichado de Córdoba dicen que estuvo, que hasta le hubiese ofrecido el altar si la moza lo deseara, mas ella, bosque de dispersión, ni le abría la conciencia; emociones deseaba, no dueño; gobernar sentimientos, incluso el mío, nunca sentirse domada. Algo la empujaba a la risa, al llanto, al desafío, jamás a la entrega.

–Pronto, “deo volente”, despejaremos el mar abromado de su vida... –pedanteaba Pablito–. A mí, esas cartas que le escriben las monjas adoratrices... Pronto, pronto habrá respuesta al enigma.

En las afueras de la ciudad estaba La Perla Roja, donde se inicia la carretera del sur. Aunque había entonces muchos clubs, casi tantos como clientes, el nuestro era el más lujoso, el más limpio, el que mercaba con las mejores hembras, que muchos preguntaban que cuánto por invitación, cuánto por noche, de medrosos que acudían.

Arriba, los dormitorios, todos con baño, todos con mobiliario artesanal y paredes de tela roja adamascada; abajo, el salón, un ascua viva –brillo auténtico, no, como otros, barniz de mugre–, bordeado de rinconeras a media luz, la barra en el testero izquierdo, chupando claridad de una ventana grande. La barandilla de la escalinata, sostenida por balaustres de forja artística, pregonaba

madera noble y la Merche comentaba con los ricachos que esos lujos, hay que ser comprensivos, también cuestan dinero.

Córdoba Fernández andorreaba muchas tardes por unos jardincitos que había en los laterales, altiva, bello chorreón de orgullo, o se alejaba, nunca demasiado, por la orilla de la carretera, con la ciudad colgada sobre las espaldas y los berruecos de los acantilados al fondo. Entre ellos se ahogaban sus ojos negros, entre la cinta que se retuerce por picachos y hondonadas. Algo maldecía entonces, a alguien tal vez; alguna voz la estaba acariciando, o condenando, desde lejos. También, en ocasiones, se detenía de repente, miraba al fondo, con las pupilas clavadas en el horizonte, y hablaba sola.

–No barzonees por ahí, muchacha –la reprendía el ama–; siempre hay carlancones sueltos; hace varios años, un psicópata...

Nunca hizo caso, ni a ella, ni a Carmona, ni a mí, su amiga más sincera; hasta gozaba contradiciendo, humillando, despertando rivalidades. Con estudiada coquetería bajaba cada noche la escalinata, desde los dormitorios al salón, contoneo sinuoso de hombros y caderas, vistiendo, provocativamente, faldas muy ajustadas, a medio muslo, como si quisiera amortajar la vanidad de todas las compañeras.

–Una herramienta bella para un oficio asqueroso –comentaba burlona, ya en la pista de enganche–. ¡Pena que hayamos nacido para arrojar amor a la basura! –Luego, al ama, la misma pregunta siempre–: ¿Muchos moscones en el buitrón?

A los hijos de papá se refería, a los zagalones de musculatura fuerte y mollera blanda. ¡Cuánto asco, sin que supiéramos las causas, hacia ellos! Mimosamente los desplumaba; con astucia eran encelados; desde la sombra, fingiendo debilidad, en los puños de Pepe Carmona los metía.

–La andaluza odia –comentaban algunos a sus espaldas–. La andaluza...

Odiaba, o se odiaba; dañaba, o se destruía; su propia realidad, aturdida, echaba a veces en el pozo del olvido, siendo otras una conciencia exagerada, un camino que se refleja en su origen. Jamás he conocido persona más rebelde, más extraña que Córdoba Fernández. El sendero del sur era el único dueño, su confidente único; como boba se quedaba mirando los acantilados, enigmática, casi penitente. Nadie, ni hombre ni mujer, lograba entonces penetrar en su pensamiento.

–Soy tu amiga, andaluza. ¿Qué te pasa, dime?

Y respondía, solapándose, que el aire libre la alentaba, que los clubs nocturnos, por mucha limpieza, siempre huelen a carne podrida, a perfume muerto. A mí me daba mucha pena no poder ayudarla, no tener arraigo en su corazón, no vislumbrar un portillo que me llevara al centro de su vida. ¿Y Pepe? ¿Podría Pepe...?

–Pepe me da asco, amiga –fue su respuesta cuando quise atraerla con ese cebo–. ¿Es que nadie conoce a Córdoba Fernández? Sois un hatajo de palurdas, mera escoria con faldas... ¿Tú?... ¡También!... Pepe Carmona, entre todos los tíos, el que más odio; bascas me produce su aliento.

Con lágrimas recuerdo todavía la última noche. Llovía mucho, lo mismo que ahora, y la ciudad, a las espaldas, se lavaba el rostro, los pecados.

–Mal negocio –refunfuñaba, malhumorada frente a los cristales, la dueña–. Malo, malo, malo.

Córdoba Fernández, inquieta detrás de la barra, bebía sin control, las pupilas muy dilatadas, y el amigo de la Macarena, sentado en un sofá de cretona, la miraba con sonrisa abierta, pícara, bastarda.

–Ganado estúpido, las mujeres –farfullaba–; calor le dan a quien menos lo merece. Ella, triste; él, ale, suelto por ahí, de chuleo, Dios sepa dónde ni con quién. “Contraria contrariis curantur” –latinizó tras una pausa, con énfasis, lozaneando sabiduría, y tra-

dujo—: los contrarios se curan con los contrarios. —Acto seguido, a la vista de que nadie le secundaba el barbulleo, apostilló—: Pepe Carmona es un sicofante.

—No sé lo que significa esa palabra, Pablito —intervino la Merche—, pero nadie la repetiría en su presencia; eso, como que me tengo que morir.

—El tiempo hablará —respondió el galfarro—. Delante tuya he tirado el guante, andaluza.

Córdoba Fernández, muy borracha, ajena a todo lo que se movía a su alrededor, nada escuchaba. Muda estuvo algún rato, lejana, frente al tableteo de la lluvia en el ventanal; luego, súbitamente, levantando la mano con la que sostenía el vaso, dirigiéndose a la dueña, a todas las compañeras, dijo en voz alta:

—¡Un momento, por favor!... ¡Un momento, furcias de mierda!... Yo afirmo, viva todavía, que una mujer puede liberarse de todo, absolutamente de todo, menos de ser mujer. —Alzó el vaso más aún, con mano temblorosa, brillantes los ojos, y añadió—: ¡Brindo por la perra madre que nos ha parido!

Luego, desafiando la lluvia, salió a la oscuridad.

—Muévete, Pablito —era gruñona la voz de la Toñi—; anda, camatrón, corre tras ella.

—Quiere llamar la atención —sonreía cínicamente el amigo de la Macarena—: esa fulana se pasa la vida intrigando “córam pópulo”, en plan interesante... Del porche no pasa, ya lo veréis.

Pero Córdoba Fernández, aquella noche, escachando charcos con pasos imprecisos, tomó la ruta de los acantilados.

Hasta pasadas varias semanas nada supimos de ella, de los pormenores de su última torpeza. Nos puso al corriente, cuando ya nadie lo echaba de menos, Pepe Carmona, ausente también de La Perla Roja todo ese tiempo. Recuerdo que venía muy delgado, el costurón del rostro menos oculto, ojeroso, como caído por

dentro, él, que había sido siempre un tío elegante, dominantón, al gusto de las hembras.

–¿Quién es la sustituta, Pepe? –le preguntó, como quien tira de ovillo, la Toñi.

–Ninguna –respondióle serio, algo brusco–; las mujeres como Córdoba no tienen sustituta.

–¿Y qué hiciste tú cuando aquello? –le sonreía, curiosona, la Rubia.

Pepe Carmona, más animado a cada requerimiento, anduvo comentando que había seguido el camino de la muchacha, tras el rastro del coche fúnebre, hasta la ciudad donde vivía su gente, que no estuvo presente en el velatorio, por respeto, pero sí cuando la misa y luego en el cementerio.

–Si yo contara...

–Cuenta, Pepe, cuenta –lo avisaba, ocupándole con un cubata la mano temblorosa, el ama.

El zarrapastrón, asediado por un círculo de ojos pintarreados, dijo que se hallaba enterrada en un panteón familiar de mármol blanco, grandioso, custodiada la entrada por un ángel con el mismo rostro de ella. También añadió, después de apurar avaramente el cubata, que la misa estuvo en una catedral que parecía maizal de columnas, celebrada por el obispo, con muchos curas y muchos monaguillos con cirios; que el ataúd era de caoba, precioso, un entierro de postín, que hasta el alcalde y las otras autoridades estuvieron presentes; y monjas adoratrices, las que le escribían aquellas cartas que nunca pudimos leer; y bastantes fulanos de dinero, eso se nota; y un enjambre de mujeres con vestidos caros, con joyas; y todo el recinto lleno de gente curiosa, de crespones negros, de coronas de flores...; y que no se llamaba Córdoba Fernández.

Premio Especial
Monegros

Mi camino hacia la libertad

Héctor García Barandiarán

—...Y Dios Todopoderoso, en su infinita bondad creó al hombre y permitió que habitara la Tierra. Pero este siempre suele, por inclinación natural, acercarse al pecado. Hay que procurar vivir siempre alerta de los peligros de la vida. No lo olvidéis, niñas, que la condenación está donde menos lo esperamos.

La voz de la hermana Caridad rebotaba en los muros de la fría iglesia, pronunciando, en su clase de catecismo, estas palabras de aleccionamiento para las muchachas del pueblo. No le resultaba complicado impresionar a las jovencitas con su tétrica escenografía y esos discursos grandilocuentes. Pero aprovechando una pausa de la monja, y sin pedir permiso, una vocecita apocada cuestionó desde el banco:

—¿Cómo puede Dios ser infinitamente bueno y omnipotente, hermana Caridad? Si acaso las personas vivimos siempre rodeadas de peligros para el alma y es este mundo tan angustioso, o bien Dios, que lo creó, no es tan bueno con nosotros o realmente no puede hacer nada para cambiarlo, ¿no?

Los ojos de Caridad se clavaron en Maruja, la niña rechonchita y sucia del guarnicionero. Una bofetada fue la única respuesta que todas pudimos oír. Yo creo que en el fondo de esos hábitos la monja ya dilucidaba el origen de aquellas influencias tan extravagantes, la maestra.

En el largo camino del ser humano hacia la libertad, la ciencia es la herramienta que permite ir sorteando los consecutivos muros que nos separan de ella. Tal y como el doctor Pardina enseñaba a su hija Alejandra, los hombres tienden hacia esa meta en su progreso continuo. Y para él ese Norte de libertad es inalcanzable, pero no por ello hemos de dejar de avanzar en tal dirección.

Era esta la principal lección que el médico del pueblo trataba de transmitir a Alejandra en las largas y meticulosas clases que todas las tardes le impartía. A falta de una profesora para niñas en el pueblo él la educaría con cariño en las Matemáticas, la Anatomía y otras ciencias médicas y físicas.

La misma noche de San Miguel la puerta del doctor Pardina fue golpeada después de la cena. Alejandra abrió y se encontró delante de una mujer de pelo limpio y suelto, ligeramente maquillada y bastante bien vestida. Esta pronunció, en forma interrogativa, el nombre de su padre. La chica le permitió pasar al despacho del médico con un protocolo impecable. Al pasar la mujer por su lado Alejandra la admiró, manantial de serenidad, seriedad, elegancia y buena presencia. Por una lamparita sobre el escritorio, justo detrás, se adivinaba la presencia del doctor. Si una se fijaba mucho podía adivinar una cara entre penumbras, de rostro hinchado, con una barba negra y bien cuidada. La señora entregó al hombre una carta, este la miró por encima y se apresuró a cerrar la puerta. Allí permanecieron tiempo hablando no sé de qué, aquella carta pareció haber inquietado al hombre. Antes de que ella marchara el médico presentó la visita a su hija, era la nueva maestra.

Tres días después el Ayuntamiento anunció que se abría la escuela para niñas. Alejandra estaba muy excitada, ya tenía ganas de ir al colegio después de todas las excelencias que de este había cantado siempre su admirado padre. Aún hoy casi puedo ver el aula el primer día de colegio. Todas las chicas compartían un pequeño salón antiguo, la maestra esperaba en una tarima indicando a las niñas cómo debían ocupar sus pupitres. Después ordenó silencio y se presentó: –Mi nombre es Teresa Pou. Voy a ser vuestra profesora durante este curso al menos. Vengo desde Barcelona gracias al esfuerzo que está haciendo este concejo. Quiero que sepáis que no todos los pueblos pueden permitirse tener maestros, y que entendáis que esto es un privilegio para vosotras, así que deberíais aprovechar y aprender mucho, todo lo

que podáis. Porque –y esto no se me olvidaría– el conocimiento es la llave de la libertad.

Muchas tardes se reunían en la intimidad de la consulta la profesora Pou y Pardina. Ya que la niña no había conocido a su madre le hacía ilusión que su papá, al que tanto quería, entablase amistad con aquella maravillosa mujer. Por otro lado, le intrigaba el secreto de aquel papel, ese que su padre guardó alterado la noche que la maestra llegó...

Las niñas quedaron embelesadas, la presencia de doña Teresa era como el faro en la costa y sus palabras sortilegios de estupenda dicción que atraían al auditorio. Todas querían ser como la maestra. Alrededor de veinte muchachas de hasta catorce años acudían diariamente a las clases de la señorita Pou, allí aprendían a leer, recitar y cantar, también baile y gimnasia, a pintar, bordar y manejar los números. Todas lo pasaban en grande escuchando lecciones magistrales que después no olvidarían: cómo era la España musulmana de Almanzor y Averroes; cómo funcionaba la máquina de vapor de James Watt y cómo se aprovechaba en la industria; cómo creían que era el movimiento de los planetas gente como Galileo o Copérnico; cómo Prometeo fue castigado por entregar a los hombres el secreto del fuego...

Las pupilas se ordenaban en pupitres por parejas. En la primera fila, siempre atentas, compartían sitio Alejandra y la pobre Maruja. La hija del guarnicionero era gordita y siempre iba desaseada, era una niña muy callada, siempre abrazada a la chaqueta marrón de lana que nunca se quitaba. Todas la consideraban idiota, pero Alejandra sabía que la pequeña no era tan estúpida como parecía, sin duda era mucho más inteligente que el resto. Tal vez solo con la hija del médico y con la maestra parecía relacionarse un poco más.

Las dos muchachas de los primeros puestos, las más aplicadas y listas, también dos de las más mayores, solían competir levantando el brazo para contestar a las preguntas de la señori-

ta Teresa. Ambas eran infalibles. Un día la maestra planteó un problema de Matemáticas, consistía en averiguar cuántos pollos quedarían en una granja tras sucesivas epidemias que iban esquilmando fracciones de esta. La premura de la competición hizo que Alejandra fuera la primera en terminar el ejercicio y levantara el brazo como un resorte. Con orgullosa pronunciación pregonó su resultado; en la granja quedarían, tras las epidemias, 350 pollos.

En lugar de una felicitación la hija del médico recibió las risas de todas sus compañeras, e incluso creyó ver cierta expresión de burla en la mirada de la maestra. A petición de esta, Maruja, abrazada a esa horrible chaqueta suya, se levantó y habló:

–Yo creo que quedarán 25 pollos. Al menos es lo que me dan las cuentas. No creo que puedan quedar 350, al principio solo había 150. –En este caso sí hubo felicitación para la niña. Esto dolió bastante a su compañera, esa derrota con burla no se le podría quitar de la cabeza.

Tú la apreciabas, sí, es cierto, pero has de reconocer, aún después de lo ocurrido, que en el fondo tu interés por ella solo apareció después de los misteriosos sucesos que le acontecieron. Antes la ignorabas como todos los demás, como tus compañeros, como tus vecinos, como sus padres... Sin embargo te comía la curiosidad por saber por qué la gordita era tan reservada, qué maldito secreto trataba de ocultar. Había algo que la torturaba y no le dejaba desarrollar su fuerza. Eras su amiga hasta donde se dejaba, pero admite que muy en el fondo había algo de odio en tu relación con ella. Tú también le tenías manía, con pollos o sin ellos. ¿Cómo una niña pobre y sucia podía ser tan inteligente, seguramente más, que la delicada y cultivada hija del doctor Pardina?

La niñita Maruja tenía conductas bastante extravagantes. Solía, por ejemplo, trazar una muesca en el tablero de su pupitre. A unos diez centímetros del borde de este había una mancha más

clara. La niña te confesó que aquella mancha le recordaba una cara (nunca dijo de quién) y quería alargar la muesca hasta llegar a ella para borrarla, para acabar con ella. Poco a poco, día tras día rascaba y serraba, arrasando la madera que de serrín se cubría. Con un clavo hacía progresar la muesca en línea recta. ¿De quién debía ser esa estúpida cara que Maruja creía reconocer? No te lo preguntaste hasta el día en que la encontraron muerta. Quién le daba tanto asco, a quién tenía tanto miedo. Nunca le prestaste demasiada atención, tan solo cuando papá tuvo que ir corriendo a la balsa donde la encontraron flotando. Pardina no quería hablar de aquello, pero tú intuías que había algo raro en todo aquello, ¿verdad? ¿Qué sería? ¿Qué había descubierto en el cadáver de la niña que no le dejó dormir en varias noches, qué le hizo perder el apetito, qué miraba en el infinito? No lo sé, se calló... me lo calló...

Al entierro acudieron todas las niñas de clase, también la profesora. La señorita lloraba. Lloraba mucho, más que la gorda madre de Marujita que se tapaba la cara y parecía que se iba a caer. El guarnicionero andaba con la cabeza agachada, apoyando sus manos ciclópeas en otros hombres que le acompañaban. Alejandra no lloró, se mantuvo firme, su padre le había enseñado que la muerte es solo un proceso biológico, necesario y esencial para la continuidad de la vida como tal.

Lo extraño es que aun el maestro de aquella lección parecía especialmente conmovido. Pardina miraba con desconfianza, sudaba y sus ojos estaban enrojecidos y húmedos. ¿Acaso ya no pensaba en la muerte como un hecho natural, necesario y puramente biológico? ¿Sería aquella muerte la que no le parecía tan natural y necesaria...? Tanto turbó esto al doctor que finalizado el sepelio se reunió con la maestra y tardó bastante tiempo en regresar a su casa.

Con esta ventaja la curiosa Alejandra se introdujo en la consulta y abrió la caja donde el doctor guardaba sus secretos, sus

papeles. La niña, arrodillada sobre la alfombra, barajó con cuidado los documentos, memorizando el orden de estos para no dejar huellas de su intromisión al recoger. Pronto reconoció la carta que había entregado la señorita Teresa, la agarró con las dos manos y la levantó un poquito hasta que la luz de la ventana le incidiese de lleno. Era una carta de recomendación, la firmaba un tal Francisco Ferrer de Barcelona, utilizaba un léxico complicado para la niña pero reconoció un tono bastante angustioso, buenas referencias de la maestra y un párrafo bastante crítico con el Gobierno, el Ejército y la guerra de África. También aparecían referencias de una tal Antonia Maimón, y una dirección de Zaragoza.

Al día siguiente Alejandra se sentó sola, nadie se atrevió a usurpar el lugar de la gordita en la clase. Su pupitre producía una sensación de vacío en todas las chicas. Tan estático en el tiempo, tan testigo, tan impasible y mudo... Con un montoncito de serrín sobre el tablero sajado en parte. Ya quedaba poca labor para alcanzar la temida mancha, la hija del médico midió con sus deditos la distancia (ya menos de tres, creyó contar por encima) mientras limpiaba el polvo de madera vieja. La señorita Teresa trató de hacer comprender a las alumnas aquello del final de la vida. Tal y como hoy lo recuerdo contó que si analizamos la Historia es fácil observar una evolución, unos cambios. La gente puede moverse con más libertad gracias a los adelantos mecánicos. El motor, la locomotora... permiten que hagamos en unas semanas el recorrido que a Magallanes, Atila o Alejandro les costó media vida. Podemos comunicarnos con puntos alejados y hablar con gente con la que ni podríamos soñar conocer, gracias al telégrafo, el teléfono o la radio. Son cambios muy profundos en la forma de vivir. Pero si tomamos a la humanidad en su conjunto descubrimos que a todo esto se ha habituado en relativamente poco tiempo. También a las dificultades: ya no es necesario blandir una espada y luchar cuerpo a cuerpo para disputar una batalla, utilizamos armas químicas, de largo recorrido, artillería blindada y de precisión... Es mucho más sencillo encontrar la muerte en

una guerra, más fácil matar a mucha más gente con un esfuerzo minúsculo. Y visto fríamente también a esto nos hemos hecho, nos parece normal.

Podríamos deducir que somos bastante elásticos en nuestras costumbres, podemos habituarnos a vivir bajo todos los climas y medios de este planeta. Pero nos ha de llamar la atención que existe un cambio en nuestras vidas que nos acompaña desde el principio, que no ha sufrido cambios en muchos miles de años y que, al menos hoy por hoy y con la perspectiva que el tiempo nos da, parece no solo insalvable sino inmutable. La muerte. Y aún con estas premisas, que de forma deductiva nos llevarían a la conclusión de que la blanca dama debiera ser aceptada por todos, el rechazo que nos produce y el trauma o crisis que nos allega es tan insalvable e inmutable como la misma muerte. Y sin embargo nos empeñamos en comprenderla, estudiarla, analizarla, lanzar hipótesis... y nada... Tan solo hemos podido encontrar cierto consuelo inventando la religión... Pero llegando a este punto la catalana prefirió hacer un esfuerzo y no profundizar más. Pienso que ella insinuó que tal vez bajo esa apariencia de evolución se esconde un movimiento repetitivo, alrededor de cuestiones que jamás serán alcanzadas, con cambios coyunturales pero sin principio y fin reales. Su rostro reflejaba represión y el discurso terminó así, es seco. Después hubo silencio en la clase. El trinar de los pájaros en la calle fueron el segundero, los puntos suspensivos en aquel final vacío de la disertación. Algún lapicero claqueó en algún pupitre, alguna ropa seseó al moverse lentamente... y después a casa.

Cuando Alejandra volvió al día siguiente todo recuperó una cierta normalidad. Ella seguía sentándose sola, su pupitre gemelo vacío y con un montoncito de serrín sobre la madera. Esto extrañó a la jovencita que creía recordar haberlo limpiado bien el día anterior, pero sin darle más importancia terminó de retirar el polvo del tablero.

Empezaste a tener miedo, ¿verdad? Cuando volviste a clase durante tres días consecutivos y mañana tras mañana la mesita de Maruja seguía teniendo un montoncito delator. Al principio solo te asustaste, poco a poco pesaba la culpa. Creías que eso era algo que te perseguía, que eso te acusaba. Pero, ¿acusarte de qué? Te avergonzabas y tratabas de limpiarlo sin que nadie te viese. Se te ocurrió una estúpida idea, medir con tus dedillos investigadores la herida del tablón. Y la culpa se convirtió en miedo, ¿eh? ¡Estúpida!, la culpa, ¿por qué? ¿Por haber sido su amiga y haberla odiado...? ¿Por sentir aquello el día de los pollos...? ¿Por tener manía repulsiva a esa chaqueta tan fea...? ¿Por no llorar el día de su entierro...? ¿Acaso era envidia de la capacidad sorprendente de aquella miserable, de esa sucia...? No lo sé pero te avergonzaba, en el fondo, sí. Y cuando pusiste tus dedos sobre el tajo, cuando comprobaste que la distancia hasta la mancha más clara era menor que el grosor de dos dedos, entonces todo se convirtió en miedo. Lo habías comprobado, no había duda. La raya había ido creciendo aún después de la muerte de tu compañerita. Pero... si solo tú conocías aquella extravagancia de la gorda, ¿quién además de vosotras dos podía saberlo? ¿Quién podía querer continuar aquella tontería? ¿Quién quería asustarte? Todo eran dudas, lo único cierto es que la línea avanzaba, la mediste con la regla de madera de la profesora, un instrumento de precisión.

La niña se vio en crisis, ante la presión solo recurrió a su único apoyo último y real, aquel a quien tanto admiraba, al que tanto quería... su padre. Directamente le preguntó si creía en los fantasmas. Ella estaba muy asustada, de no ser así jamás hubiera preguntado eso al médico, ya conocía la respuesta. Para él todas esas cosas no debieran asustarnos, son irreales, las situaciones sobrenaturales no existen en la naturaleza, por lo que no existen en la realidad, en definitiva, no existen. La mirada gentil del hombre estaba llena de ternura protectora que tranquilizó algo a su hija. Para el doctor son fruto de confusiones, casos que han sido investigados defectuosamente. Antes de concluir algo tan

esperpéntico como la existencia de fantasmas deberíamos haber descartado cualquier otra posibilidad real, por improbable que nos parezca, pues al fin y al cabo más lo es aquello que no existe. Tras esto quedó mirando al infinito. Sin expresión dijo melancólicamente que bastante más nos debían asustar los vivos, algunos demonios que andan por el mismo suelo, en nuestro mismo pueblo. Después sus ojos se empañaron y se abrazó fuerte a su hija, besándole el cabello y compartiendo su calor.

Pero a la mañana siguiente la situación volvía a ser la habitual. Tras el susto Alejandra trató de mantener la calma, pensar en todas las posibilidades reales y dejar lo sobrenatural fuera de lo plausible. En su cabeza se había ido tejiendo un laberinto con miles de caminos, cruces, bifurcaciones, pasos falsos y callejones sin salida, lleno de dudas, hipótesis e interrogantes que se confundían con posibilidades, improbabilidades y desconocimientos. Discurría sobre un alambre a gran altura, sin protección, sin asidero, referente ni certezas.

Colocaba sus cálculos, colgados en la cola de una caracola sin pensar. Y en medio de tal confusión, bailando en el eje de la brújula, la niña huyó a buscar auxilio en su maestra.

La señorita Pou atendió las lastimeras explicaciones de la alumna. Acariciando sus manos, mientras escuchaba aquella colección de torsiones explicativas de difícil nexo y comprensión general, intentó calmar a la niña con sus movimientos tranquilos, gentiles, de lenta progresión, trató de presentar un tono de voz calmado, cálido, ambar y miel:

—Todas las cosas nos parecen algo, pero puede que a otra persona le parezca otra distinta. No sabemos si lo que creemos ver es lo que realmente es. No sabemos si nada es. Si además estamos nerviosos o tenemos tanto miedo como tu todo nos parece amenazador, extraño, misterioso. Piensa que la muerte de Maruja nos ha afectado a todos. Tal vez esto no nos haga ver cosas que no existen, pero sí nos puede hacer creer que las vemos. Y pensar

que algo es puede bastar para que sea ¡Qué sabemos si la existencia no se reduce a esto!

La profesora tomó a la niña de su mano y la llevó a hacer una visita. Las dos llegaron a casa El Rosco, llamaron a la puerta y esperaron a que Carmen, la vieja que vivía sola allí, las recibiese. Alejandra no conocía mucho a esa mujer, era gorda y tenía la cabeza cubierta por un pañuelo oscuro. Todos los chicos decían que era bruja y que tenía trozos de gallo colgados por las paredes de su casa. La mujer, muy vieja, preguntó qué deseaban. Teresa contestó que sabía que echaba las cartas. Carmen afirmó sonriendo y les dejó pasar. La casa era muy grande, oscura y fría, olía mucho a humedad y parecía tener distintas corrientes de aire propias del edificio. Alejandra no vio ningún animal, ni vivo ni muerto, ni corriendo ni colgado. La anfitriona les invitó a sentarse en una mesa con un bonito mantel de hilo y sacó una baraja mientras preguntaba qué consulta hacer. Las manos gordas y arrugadas de Carmen mostraron tener gran destreza para barajar. Abrió el mazo y comenzó a levantar algunos naipes. Primero la sota de copas, dijo a Teresa que era ella, una señorita con mucha suerte en el amor porque el dibujo de la copa parecía un corazón. Después volteó el caballo de espadas y colocó las cartas de tal forma que ambas figuras quedaron enfrentadas. Entonces dijo que alguien la perseguía para hacerle daño, porque el caballo implica movimiento y la espada es siempre un arma. La siguiente carta que se descubrió fue el seis de oros, la vieja dijo que las monedas eran redondas como las ruedas y que ella tendría que huir lejos para no ser atrapada.

La señorita reflejó cara de amarga sorpresa, pero tratando de disimularla recriminó a la bruja que pretendiera hacer creer a la gente la existencia de supuestos poderes. Se burló de que identificara la copa con el corazón, quizá por ser roja, ¿y si la hubieran pintado verde? la profesora hubiera pasado de tener suerte en el amor, a ser una dama con facilidad para expectorar y llenar

de viscosidades cualquier superficie, tan solo dependiendo del capricho de un operario tipógrafo a la hora de elegir un bote u otro para cargar su imprenta. Pero la vieja le contestó: –Es usted quien ha venido a mi casa y me ha preguntado si echaba las cartas. Las he echado, pues págueme. En ningún momento he dicho que lo que las cartas cuentan se vaya a cumplir o no, yo no engaño. Si la gente quiere traerme media docena de huevos o una botella de vino yo no cierro la puerta, que no es fácil vivir una sola a mi edad. Que me sale un caballo, pues hay movimiento. Que las copas son rojas, pues es el amor. Los oros... perricas. Los bastos... trancazos. ¿Y qué? Si quieres te lo crees y si no pues nada. También pongo romero en el anís y lo vendo para los callos, y si vas escocida te pongo colonia en el chorro. Y la gente lo compra... y se lo pone tú, pues nada, igual les va bien y todo.

–Me gustaría saber si Maruja, la del guarnicionero, tiene algún tema pendiente en este mundo o ya nos ha dejado para siempre– dijo la niña aun cuando todo parecía ser un divertido cuento.

–Ya verás –dijo la vieja– esto lo vas a hacer tú, yo te enseño. Si hasta es divertido. Mira, primero se baraja un rato. Ahora cortas, sacas tres cartas y las pones en fila. Y después te lo vas inventando...

Alejandra levantó las tres cartas. La sota de espadas, el rey de bastos y el oré. Entonces la vieja le recomendó que se inventará la historia de la niña que está con una espada o algún arma cortante, el rey de bastos puede ser un pastor... un hombre mayor... y el as de oros puede ser dinero o un espejo porque hay una cara mirándose, esa cara tan grande sobre fondo amarillo...

–¿Lo ves? Es un juego –repetía la bruja mientras la señorita Pou le daba unas cuantas monedas por aquella demostración.

Lejos de tranquilizarse la niña volvió a buscar refugio en su padre y salió corriendo hacia su casa. Pese a que incluso la bruja reconocía no tener ningún poder especial esas tres figuras

se repetían en su cabecita. La niña con la espada, el viejo con el garrote, la silueta de la cara...

Al entrar en el despacho la pobre Alejandra se encontró con un montón de papeles por el suelo, la caja de los documentos del médico estaba abierta y vacía. El estado de la habitación sugería que alguien había volcado esa caja para registrar los papeles con violencia. La muchacha, aterrorizada, recorrió la casa en busca del doctor. En cuanto constató su ausencia oyó llamar a la puerta y una voz interesándose por el estado de la niña le descubrió que se trataba de la profesora Pou. Su intención había sido tranquilizarla y mostrarle el fraude, pero si hubiera sabido que iba a reaccionar así jamás la hubiese llevado. Ambas encontraron algo de alivio y paz en un abrazo, entonces Alejandra oyó la voz de su padre que gritaba desde la calle, a lo lejos. La muchacha levantó la vista, el doctor llamaba a la maestra, pero después de dar un par de gritos y salir corriendo hacia ellas se detuvo. Avanzaba muy deprisa pero andando, y acalló repentinamente su aviso, como si se hubiese dado cuenta de que atraía la atención y pretendiese disimular. Se acercaba con unos papeles en la mano, tenso, rápido y violento. En cuanto su hija lo vio soltó a la mujer y se lanzó a su encuentro, al alcanzarlo se agarró a él con mucha fuerza. El hombre la cubrió con el brazo pero no le prestó más atención. Venía muy nervioso. Susurrando, aunque con fuerza, se dirigió a la profesora:

–Teresa, tienes que irte. Vete cuanto antes. Te buscan, no sé cómo han descubierto que estabas aquí pero me he enterado de que vienen a por ti. Voy a quemar nuestros papeles, diré que no te conocía, que te hiciste pasar por otra persona y me engañaste, que no sé dónde estás... pero vete, es cuestión de horas que vengan a por ti.

Aquella noche escondimos a la maestra en nuestra casa, durmió en la bodega. Por la mañana me despertaron para ir a despedirla a la estación, no salía el sol y yo estaba todavía dormida, sólo un beso, una mirada... y el tren. Lo siguiente que recuerdo

es que llamaron a la puerta, era muy temprano, yo me asomé para ver quién era. Mi padre abrió la puerta. Estuvo allí hablando con dos hombres que traían caballos y sables, eran muy espectaculares, de la Guardia Civil. Volví con mucho sueño a mi cama así que no sé cuánto tiempo estuvieron, ni de qué hablaron. Pero tampoco sabía por qué huía la señorita Pou, por qué no la volvimos a ver, de qué tenía miedo mi padre y de qué la conocía, ni por qué la perseguían, ni dónde estaba ya.

Perseguía el conocimiento y siempre me había creído muy inteligente, más incluso que mi amiga Marujita, pero en realidad no sabía nada, solo podía creer cosas. Cómo y por qué había muerto la niña, quién era el rey de bastos, quién el oré... ¿qué temía tanto?

Yo ya no sé si existe la libertad, ni si la humanidad camina a su encuentro, ni si lo hace en línea recta o en derredor. Pero en ese largo camino la ciencia es una herramienta que permite ir avanzando hacia ese Norte en progreso continuo. Ese Norte de libertad es aparentemente inalcanzable, pero, como decía mi padre, no por ello hemos de dejar de progresar en tal dirección. Ha pasado mucho tiempo, y en ese transcurrir he vivido muchas situaciones, ha cambiado mi forma de pensar, he visto transformarse todo lo que me rodea... Cuando recuerdo a la maestra, cuando pienso en mi padre siempre tengo presente algo que aprendí de todo aquello... tal vez las mujeres, y los hombres, deberíamos buscar un camino por el Sur...

V Certamen
de Relato
Corto (2003)

1.^{er} Premio

Calderilla

Aida Rodríguez Agraso

Las únicas caricias tiernas que Julián Pérez recibía llegaban al alba. A esa hora en la que aún se desmigán los últimos sueños, una luz inédita trepaba hasta su ventana morosa como la hiedra y la traspasaba sin urgencia, con la curiosidad y la devoción con las que se vulneraban las enaguas en los noviazgos. El ciego la recibía sobre su piel también sin prisas, regodeándose en la templada pereza del tiempo, dejándose cartografiar por esas cálidas manos invisibles que le recordaban que a un día le sigue otro, como un reloj de arena que da vueltas eternamente. Y se dejaba mecer por la sensual bruma que le anunciaba el inicio de la jornada, y entonces, y solo entonces, sentía una plenitud que se desvanecía en cuanto se levantaba e, invariablemente, se tropezaba con el taburete que siempre olvidaba colocar en su sitio.

Sin sentir la rodilla comenzaba Julián el ritual cotidiano de la supervivencia. En la cocina se preparaba a tientas un café gomo, que malbebía mientras ordenaba las piezas de su callejero mental, decidiendo a qué barrio encaminar sus pasos. La meditación y el trago amargo que atravesaba su garganta le hacían llevarse las manos a la boca, fundida en la espesura bronca de una barba mal recortada que añoraba, como él, las sesiones de afeitado a las que lo sometía Rafael Expósito, su amigo y sus ojos. Julián sentía haber perdido aquellos momentos en los que la cuchilla resbalaba con dilación de galápagos por su piel entre conversaciones y tragos de cerveza, y que quedaron atrás cuando el estado de Rafael ya solo le permitía esbozar unos ramalazos erráticos por la geografía de su cara. Sin querer entregarse a la nostalgia continuaba sus tientos por la casa para recolectar los aperos de su vestuario, que Rafael revolvía con afán desesperado cuando llegaba envuelto en otra ceguera, más confusa y oscura que la suya.

Cuando su cuerpo de cincuentón estaba ya restaurado, Julián recogía el bastón blanco y salía de su casa dispuesto a recorrer la maraña de calles de la ciudad, donde la fortuna lo esperaba con la mansedumbre de un perro domado por la vara. Haciendo crujir el entramado de junco de su esqueleto con un balanceo de chalupa a la deriva, pasaba ante lugares que distinguía por su mercadería de aromas: ahora la calle Silencio, con el palpitante olor a fritanga de su asador de pollos; cerca la esquina de la droguería, teñida por el profundo e inmaculado vapor de la lejía; más allá la floristería de Marqués de Comillas, que emanaba el perfume artificial de las flores azuzadas a brotar antes de tiempo, y luego la tienda de jamones de Cosme, que bendecía la calle Agua con la memoria a solera rancia de las bodegas.

La mezcla de este abanico de olores con el sahumero de orines que impregnaba la acera trezaba una fumarada ocre capaz de levantarle el estómago. Por eso solía alzar mucho la cabeza, procurando que a su nariz solo se encaramaran los efluvios de la vida cotidiana. Ese gesto de aristócrata venido a menos le había granjeado desde el principio la reticencia de los parroquianos del bar Pepín, una de las tascas predilectas de Julián por la docilidad de su tragaperras. La buena suerte del ciego con los mandos de la máquina hicieron que la desconfianza inicial de los clientes se tornara en un malhumor manifestado sin discreción, en un gruñido ácido que también notó esa mañana, cuando su buenos días fue contestado con un carraspeo insolente.

Julián no se dejó amedrentar por el tono bronco del recibimiento. Se apostó en la zona de la barra más cercana a la tragaperras, un armatoste de luces, colores y figuras que en ese momento entonaba una casquivana versión de los pajaritos, y pidió un carajillo. El camarero no tardó en servirle, deseoso de que terminara pronto y se fuera. Pero el ciego lo saboreó con placidez, dejando que la mezcla de café y coñac le embadurnara el paladar con un poso avinagrado como las hieles del desafecto. Con el vaso en la mano se dirigió a la tragaperras y la acarició

levemente. Presintiendo en la nuca las miradas nerviosas de los clientes del Pepín, echó una moneda y apuró el carajillo mientras la máquina entonaba el soniquete monocorde con el que se ponía en marcha.

Un repiqueteo festero anunció a la concurrencia que Julián acababa de ganar nuevamente la especial. De las entrañas engrasadas de la máquina comenzó a manar un caño impetuoso de monedas que Julián fue recogiendo a zarpazos entre las maldiciones de los parroquianos del Pepín y los zarandeos del camarero, que lo amenazó con denunciarlo a la Policía si volvía a poner los pies en su establecimiento. Que me espantas a los clientes, Julián, que ya nadie quiere jugar a la tragaperras porque saben que ellos son los que la llenan y que luego vienes tú y te llevas la recaudación. Hay que dejar algo para los demás, coño, que ya sé que lo tuyo es suerte, pero ellos también quieren tenerla, ¿me entiendes? ¿Me escuchas, que te estoy hablando? Julián oía el soliloquio del camarero pero concentraba su atención en las monedas, que acomodó con tenacidad de hormiga en los bolsillos del pantalón. Mira, Julián, ya te estás yendo a otra parte, le espetó el mozo afianzando el bastón en su mano con el gesto desabrido de quien golpea un saco.

Como un santo de dudosa veneración, el ciego fue llevado en andas hasta la puerta. Por culpa de un empujón estuvo a punto de dar con sus huesos en la acera, pero Julián, ya acostumbrado a salir de este modo de los bares, recompuso la postura digna y altiva y emprendió el regreso a casa acompasando sus andares titubeantes con el tintineo de la calderilla. Se resistió a cambiar en las tiendas que fue encontrando por el camino por miedo a que lo timaran en la transacción y porque prefería administrar un dinero dosificado en monedas cuyo valor conocía. Solo se detuvo en un colmado donde compró cervezas, tinto, pan y mortadela. Ya en su barrio, le bastó con acercarse al descampado cercano al cementerio para hacerse con dos papelinas para Rafael.

Por mucho que le doliera ver cómo su compañero se gangrenaba las venas de brazos y piernas a base de estocadas encabritadas, los múltiples intentos fallidos de reinserción que habían vivido a medias proporcionaron a Julián la certeza de que lo único que podía hacer por él era suministrarle droga de calidad. Incluso había aprendido a localizar por el tacto los huecos de Rafael que aún no desprendían la ardentía estéril de la tumefacción y a inyectarle él mismo, para evitar que la muerte se colara en su sangre a través de una jeringuilla compartida. Su amigo necesitaba la droga y él se la daba, aun sabiendo que estaba añadiendo piedras al morral que Rafael llevaba colgando del cuello y que, tarde o temprano, le arrastraría al fondo del precipicio a cuyo borde llevaba ya demasiado tiempo asomado.

Rafael ya había salido del sueño cuando Julián llegó con la mercancía. El ciego recibió un mustio abrazo como único pago antes de notar cómo su compañero se sentaba en el taburete del dormitorio y se arremangaba trabajosamente la pernera del pijama, abandonándose al sanguinolento ritual de la aguja penetrando en la piel enferma, como una extremaunción bastarda en la que los óleos estuvieran contaminados por el pecado. Cuando concluyó su labor, Julián se lavó las manos. Y mientras Rafael se acomodaba en el sofá donde consentía que se desvanecieran las horas, Julián se quitaba el mal sabor de la boca a base de tragazos de vino acompañados con breves bocados de mortadela.

Una vez satisfecho el instante de la comida con la resignación de quien paga una deuda, el ciego volvió a salir en busca de una tragaperras que le borrara esa soledad enquistada en la tráquea, esa sensación de vivir una existencia insípida, tan desanglada como la de las estatuas cuya única actividad es dejarse ennegrecer por el hollín del olvido. El azar lo llevó ante las desconocidas puertas del Copacabana, una indecisa mezcla de cafetería y bar de copas con ínfulas de establecimiento de medio pelo, con sillones bermejos de olor agrio y lámparas cuya filigrana rimaba con los espejos estratégicamente colocados sobre las manchas

de humedad. Julián sintió el nuboso aroma del tabaco viejo y de la dolencia interna de las paredes cuando entró en el local, donde se encontraba, según pudo percibir, una clientela exigua y silenciosa. Un sonsonete de organillo le indicó que la tragaperras se apoyaba en una columna cercana a la barra. Hacia ella se dirigió dubitativo, sorteando taburetes y papeleras metálicas dispuestos como las piezas de una inverosímil partida de ajedrez. Tras rematar el café solo que pidió se dirigió a la máquina, la rozó levemente y la alimentó con las dos monedas que recibió como cambio del camarero.

Tuvo que esperar Julián a la segunda partida para escuchar cómo la tragaperras repicaba juguetona y escupía su caudal de calderilla. El ciego la fue recogiendo con premura mientras una estela de sorpresa tomaba cuerpo en la clientela del Copacabana, que apenas habían tenido tiempo para asimilar la presencia de ese nuevo convecino, de apariencia fachosa y desgarbada, que de pronto se revelaba ante ellos como un prestidigitador de las tragaperras o un tahúr de casino que logra desplumar a la banca. Antes de verse obligado a confraternizar con aquellos que ya se disponían a palmearle la espalda y alabar una fortuna que a ellos les resultaba esquiva, Julián emprendió el regreso a casa, liberando un murmullo de monedas idénticas en forma y tamaño, casi todas salidas de los mismos bolsillos pero que ahora escrutaban los bajos fondos de su ropa.

El campaneo que nacía de sus pantalones se acentuó cuando imprimió cierta velocidad a sus pasos, guiado por una necesidad súbita de alejarse de aquel lugar sin dar explicaciones sobre su suerte. Cierta día, impulsado por un golpe de franqueza y vanidad, se decidió a confesar a los clientes de su bar de siempre las razones por las que ganaba en el juego, que nada tenían que ver con su poca fortuna en el amor, como tópicamente argumentaban. Su gesto fue respondido con una paliza escasa pero efectiva, que le hizo perder el bastón y los pocos amigos que le quedaban, y ahora prefería huir de los bares como un ladrón de baratijas. En

ese momento, con las monedas saltando como ranas en el interior de la franela, no pudo evitar sonreír con ironía y pensar que gracias a su carencia de vista había desarrollado un increíble sentido del tacto, capaz de descubrirle, solo por el calor que desprenden las tragaperras, cuándo el interior de las máquinas está tan preñado de monedas que basta un empujón final para hacerle parir la recaudación. Su suerte era, simple y llanamente, una cuestión de temperatura.

Julián agotó la distancia que le separaba de su casa en un corto espacio de tiempo. A esas horas tempranas de la tarde, Rafael habría salido de su letargo y disfrutaría de un momento de tranquilidad antes de que sus venas pidieran otra dosis, así que podría contarle su nuevo triunfo, y él escucharía con esa sonrisa maliciosa que se le gestaba en la cara cuando algo le divertía. Sin embargo, Rafael no estaba despierto cuando llegó. Julián se extrañó al escuchar el silencio que respondía a sus llamadas, Rafael, dónde estás, pero se tranquilizó al tantear las piernas de su amigo aún tumbadas sobre el sillón. Y cuando se disponía a mecerlas para alejarlo de la modorra, el frío de la muerte traspasó la yema de sus dedos, caló sus falanges y se transmitió, como un impulso eléctrico, hasta sus vísceras.

El ciego se enfrentó entonces a la certidumbre de que su amigo había rebasado sin avisarle la única frontera que no se puede cruzar dos veces. Se sentó sobre el taburete que aún reposaba junto a él y comenzó a llorar de pena y remordimiento. Le atormentaba pensar que Rafael había jugado a las cartas con la parca y que él le había ayudado a hacer trampas, dándole el empujón final que necesita un suicida. Ahora, con su cuerpo inerte al lado y el frío mortal repujado en la piel, Julián se sintió vacío y solo, y su existencia se le antojó la calderilla de las vidas de otros. Se identificó con las palomas que devoran los restos de un bocadillo mordisqueado, con los perros a los que se arrojan las sobras de un banquete, porque la suya era una vida construida a retazos en los márgenes de la cotidianidad de los demás.

A los dos días, con el cuerpo de Rafael recién enterrado en un nicho sencillo que Julián pagó con los ahorros de toda una vida jugando a las tragaperras, el ciego emprendió el camino hacia el bar Cosme, situado cerca del cementerio, decidido a continuar con su rutina como una forma de no caer en la ciénaga de la desesperación. Pidió un tinto y escuchó el runrún monótono de la máquina, que imaginó como uno de esos trastos antiguos con palanca en el lateral. Sacó una moneda del bolsillo y se acercó a ella con la intención de volver a tentar la suerte, pero al rozarla únicamente sintió el frío anestésico de un bloque de hielo. Extrañado por la ausencia de cualquier síntoma de animación en el artefacto tocó su motor, que también le transmitió una corriente escarchada. Asustado, probó con la cafetera exprés, con el brazo del camarero y con un perro tiñoso que se pegó a su pantorrilla, pero solo cuando se frotó nerviosamente las manos pudo reconocer en ellas el frío tacto de la muerte, la única herencia, atesorada en vida, que le había podido legar el cadáver de Rafael.

2.º Premio

23 de febrero

Miguel Ángel Royo Pallarés

Más que el susto de la piedra contra el cristal, más que la ráfaga de frío que invadió el interior del autocar, más que las noticias alarmadas de la radio, lo que recuerdo con más nitidez de aquella tarde es el impacto seco y contundente del elástico del sujetador sobre mi piel, tan tierna aún, cuando Marzo asomó la cabeza entre los asientos delanteros con los ojos desorbitados y preguntó, con una voz más desorbitada todavía:

—¿Estáis oyendo la radio?

La goma del sujetador dejó una marca roja que permaneció varios días tatuada en el recuerdo inocente de mi piel y que oculté como pude a los ojos de mi madre para no tener que explicarle que la mano de Tomás, sorprendida por la inesperada pregunta, había salido disparada del escote de aquella camisa que tanto me gustaba, haciendo saltar en su huida el botón que, pese a su porfía, había conseguido permanecer en el ojal hasta ese momento. Obviamente no, no escuchábamos la radio, sino todo lo contrario.

Yo más bien estaba preocupada porque Tomás iba demasiado deprisa. Después de los primeros besos de la tarde anterior, de una castidad que hoy haría reír a cualquiera, su mano se había lanzado sin previo aviso por el precipicio de mi escote y yo solo pensaba que iba demasiado deprisa, solo pensaba que era muy torpe, solo pensaba que todos los demás estaban pendientes de nuestros movimientos, como si pudieran adivinar los escarceos que sus huellas dactilares trazaban sobre esa desconocida dilatación de cada resquicio de mis poros.

—¡Unos tricornios han entrado en el Congreso pistola en mano! —insistía Marzo, sin conseguir contagiarnos su alarma.

Nosotros no entendíamos nada. Yo imaginaba a mi padre, pistola en mano, si llegaba a intuir que los dedos de Tomás habían entrado como tricornios en el congreso virgen de mi pecho sin previo aviso y nuestras caras debían de mostrar tal grado de estupidez que Marzo tuvo que aclarar:

—¿No os dais cuenta? ¡Es un golpe de Estado! ¡Vuelven los militares! ¡En algunas ciudades hay tanques en la calle!

Reparó entonces en que era yo, precisamente yo, la que estaba sentada allí, más roja que un tomate maduro, yo, la hija del nuevo sargento del cuartel de la Guardia Civil del pueblo, y no supo qué cara poner mientras alguna voz interior me preguntaba: —¿De qué estado de golpe me está hablando? —con las mejillas ardiendo de vergüenza y la goma del sujetador clavada en la fiebre de la piel. Y Tomás, no me explico de dónde le venían esas ocurrencias tan espontáneas, supongo que era eso lo que me gustaba de él, acertó a decir:

—Es imposible. Tiene que ser una broma. Como la de Orson Welles con los marcianos —con una naturalidad tal que nadie hubiera dicho que sus dedos marcianos habían estado segundos antes bajo el elástico del sujetador que me escocía en la piel. Yo ponía cara de intentar oír la radio pero no oía nada, solo la voz interior que decía:

—Se me está poniendo carne de gallina por todo el cuerpo.

Entonces sí. Oí el impacto de la piedra, que trazó una telaraña en la luna del cristal antes de hacerla saltar por los aires con una explosión despavorida de bomba casera. Oí el torbellino de viento helado que nos invadió y se instaló entre los pasajeros. Oí, aunque parezca imposible, el gruñido de la suela del zapato de Andrés sobre el pedal del freno y el chillido de las ruedas y la voz de Andrés, eclipsando la alarma de la radio:

—¿Hay algún herido? —Nos miramos unos a otros para comprobar que no teníamos añicos de cristales clavados en la frente

ni en los ojos—. Menos mal. No pasa nada. Otra vez se ha roto el cristal. A ver si acaban las obras de una maldita vez. Abrigarse todos.

Andrés tapaba el agujero con la lona que tenía preparada para tales ocasiones y seguimos el viaje a ritmo de tortuga mientras la niebla se colaba por el hueco y se instalaba en el interior del autobús. Marzo gritaba:

—¡Andrés! ¡Puedes subir la radio! —y, girándose de nuevo hacia nosotros, nos contaba otra vez la historia de su abuelo, que había estado casi cuarenta años escondido en un zulo, en un antiguo aljibe, mientras su abuela le guardaba luto riguroso y todos en el pueblo creían que estaba muerto, o en Francia, o México, o incluso en Rusia.

Andrés, que no tenía más remedio que soportarnos dos veces al día, treinta y tres kilómetros cada vez, ida y vuelta al instituto, veinticinco adolescentes entre catorce y diecisiete o dieciocho años, y que bastante tenía con concentrar su atención en la carretera que las obras perennes habían convertido en una pesadilla para los cristales de los coches, borrando además la referencia de las rayas, tan necesaria durante esos días de espesa niebla, consciente de que algo más grave estaba sucediendo lejos del autocar, hizo caso a Marzo y subió el volumen de la radio para permitirnos oír que, efectivamente, en Valencia había tanques circulando por las calles. —Mi hermano está haciendo la mili en Valencia —dijo Tomás, y yo, por primera vez desde los besos de la tarde anterior, pensé en su madre, la imaginé con la oreja pegada a las noticias de la radio y, aferrada entre las manos, una foto de su hijo mayor vestido de uniforme.

Supongo que fue el mejor curso de mi vida.

Supongo que fue la primera vez que me sentí importante y deseada.

Al salir del tramo de curvas la niebla desapareció más allá de la ventanilla por arte de magia, como todos los días,

pero no del interior del autocar. Entonces giré la cabeza y le dije:

–Cierra los ojos –y besé, leve, cada uno de sus párpados.

Sí, supongo que fue el mejor curso de mi vida. Y eso que ni siquiera pude acabarlo allí. Poco después, con los movimientos que provocó aquel amago de cuartelazo, volvieron a trasladar a mi padre y, con él, mi expediente académico. Luego dejé los estudios. Me empeñé en aprobar unas oposiciones para asegurarme el futuro, incierto en todo lo demás, y paso las tardes detrás de este mostrador, colocando en la balanza paquetes y sobres certificados y explicando a los extranjeros, cada día más y de países más raros, cómo tienen que rellenar los impresos para enviar a sus mujeres e hijos gotas de esperanza envueltas en papel de estraza.

Un aburrimiento.

Hasta que apareció él. No me lo podía creer. Cuando entró la primera vez, hace cuatro meses y once días, no lo reconocí. Miento. Supe que era alguien a quien conocía pero, después de tanto tiempo sin verlo y, sobre todo, después de tanto tiempo detrás de un mostrador, todas las caras te suenan y a veces te cuesta identificar incluso a los conocidos, pero cuando me dio el sobre y el impreso y le dije:

–Si es certificado tiene que poner el remite.

–No puedo, es un cuento de marcianos para un concurso –supe que era él, era la misma voz, la misma forma de decir marcianos, y levanté la mirada, casi tan roja como aquella tarde, pero no dijo nada más. Había varias personas esperando con paquetes nerviosos entre las manos hacia destinos que yo me preguntaba si existirían y le dije que en el impreso sí tenía que poner su nombre. Tomás Garde.

Volvió pocos días después con otro sobre grande entre las manos.

–Así que ahora eres cuentista –dice la voz interior cada vez que lo veo aparecer con la visera de la gorra negra ocultando el

vacío de su mirada y con el sobre. Y cada vez que me voy a casa pienso que ha madurado mal, que parece mayor de lo que es, pienso que la próxima vez le diré algo, le diré que todavía recuerdo la marca roja que durante varios días trazó el susto del sujetador en el perfil de mi pecho, tan tierno aún.

Y muchas tardes, cuando llego a casa, me quito la ropa y me quedo inmóvil frente al espejo de cuerpo entero del baño, desnuda, contemplando los estragos del tiempo, pero esta tarde no, esta tarde es la tarde del 23 de febrero, es nuestro aniversario, y la voy a dedicar a leer un cuento. El cuento que ha traído hoy.

Por un momento he pensado que por fin me había reconocido y me iba a decir algo, pero solo ha dicho:

–Sin remite, otro cuento.

Lo tengo aquí, en casa. Me voy a sentar en el rincón de leer y mañana sin falta me ocuparé de que salga, urgente, hacia su destino. Abro el sobre y leo:

23 de febrero.

Cuando llegué a casa encontré a mi madre con el miedo pendiente de la voz de la radio, la mirada perdida en el horizonte de los dibujos del papel de la pared y, aferrada entre las manos y el pecho, la fotografía de la jura de bandera que había traído mi hermano cuando vino de permiso y que había dejado huérfano uno de los marcos sobre la tele.

Recuerdo que le dije:

–No te preocupes. Seguro que es una broma como la de Orson Welles y los marcianos –y, aunque ahora obviamente me parece una sandez (no me hacía cargo de lo que suponía un golpe de Estado, tenía dieciséis años y la cabeza en otras cosas)–, entonces lo dije con una convicción rotunda porque era una de las personas más importantes y seguras del mundo. No me faltaban motivos. Cada día se confirmaba más que la primera gran decisión que había tomado en mi vida había sido acertada, acertadísima.

Después de mucho insistir había conseguido escapar del internado que me había enclaustrado durante los últimos cuatro años, había vuelto a Bujaraloz, a casa de mis padres, y había empezado el nuevo curso en el instituto de Caspe. Dos viajes al día, treinta y tres kilómetros cada viaje. Aquella tarde, además, aprovechando el frío y la niebla y la excusa de los besos de la tarde anterior, me había sentado junto a Victoria como si tuviéramos un pacto, como si sus amigas –formaban una piña irreductible– la hubieran dejado sola premeditadamente. Y, para decirlo con las palabras más explícitas que se me ocurrían entonces, le había metido mano, lo que ratificaba definitivamente, sin ningún género de dudas, que había acertado plenamente en la primera gran decisión de mi vida. Pero como a los dieciséis años nada es perfecto, apareció la cabeza de Marzo gritando con voz asustada:

–¿Estáis oyendo la radio?

Y se rompió el hechizo y se rompió otra vez el cristal del autobús. Por suerte, nadie sufrió cortes ni heridas. Cuando Andrés frenó y la mole del vehículo consiguió detenerse, quedando varada en medio de la oscuridad de la niebla como un barco fantasma en un mar muerto, como una ballena en el decorado terrorífico de una película, recuerdo que pensé: por favor, que no venga ningún coche detrás y, sobre todo, que no venga ningún camión.

No vino ningún camión. Lo que sucedió fue que, cuando reanudó la marcha, el autocar se llenó de niebla por arte de magia. Parecía increíble. Y yo pensé que tenía que aprovechar la complicidad de la penumbra, la complicidad de esa cortina natural que nos hacía invisibles a los ojos de los demás para, diciéndolo con las palabras más explícitas que se me ocurren, volver a meterle mano. Pero ella creía que todos nos observaban y yo le susurraba junto al lóbulos:

–¡Quién nos va a ver, con esta niebla!

Andrés, para recordarnos que no éramos náufragos en un mar muerto ni fantasmas en el estómago de una ballena, que

seguíamos a bordo de un autocar, subió el volumen de la radio cuando el locutor decía que los tanques se paseaban por las calles de Valencia y yo pensé en mi hermano, que estaba allí haciendo la mili, pensé que los tanques podían haber elegido otro día para salir a pasear y ella me dijo:

–Cierra los ojos –no sé por qué, pues la niebla era tan densa dentro del autocar que impedía que nos viéramos los unos a los otros–. Yo intentaba arroparla con mi chaqueta para amortiguar el frío pero ella se escabullía y miraba hacia el cristal, como si hubiera algo que ver más allá o como si de verdad prestara atención a las alarmantes noticias de la radio. Y de repente exclamó:

–¡Mira!

La niebla había desaparecido, como cada día, pero solo más allá de las ventanillas, dentro seguía estancada entre los compases desafinados de la partitura de plástico contra el viento del agujero. Todos sabíamos que Andrés podía conducir por esa carretera con los ojos cerrados. Todos sabíamos que algo estaba pasando en un congreso, aunque no sé si sabíamos lo que era el Congreso. Todos sabíamos que entraba un frío polar por las rendijas y todos sabíamos que yo me había sentado, por segundo día consecutivo, con la hija del sargento de la Guardia Civil.

Cuando bajamos en la esquina del Arco y los demás esparcían sus sombras borrosas hacia sus casas, nosotros nos quedamos alelados en la acera y le pregunté:

–¿Quieres que te acompañe?

–No, no –contestó con el susto en los ojos ante la posibilidad de que nos descubriera su madre o su hermano o el cabo de guardia desde la garita del cuartel.

Encontré a mi madre con el miedo pendiente de las noticias de la radio y le dije, con una seguridad rotunda:

–No te preocupes, seguro que es una broma de marcianos.

Pero a mi madre no le hizo ninguna gracia mi comentario, no podía dejar de preocuparse y me contagié y empecé a preocuparme yo también porque, si tan alarmante era la situación, podría darse el caso de que suspendieran las clases durante varios días, como cuando se murió Franco y, con ellas, los dos viajes diarios y no estaba dispuesto a permitirlo. Al contrario, calculaba qué asientos serían los más adecuados para que nuestros juegos –recuerdo que pensé en la palabra expediciones– permanecieran discretos a las miradas ajenas y Victoria relajara una preocupación que, por otra parte, yo no entendía ya que ni siquiera era del pueblo.

No fue precisamente una broma a lo Orson Welles (aunque algo de marciano tuvo), mi hermano acabó la mili en Valencia sin tener que conducir tanques por las calles y yo, para decirlo de una manera explícita, metí todas las manos que pude hasta que, antes de acabar el curso, Victoria dijo que se tenía que marchar, que trasladaban a su padre y, con él, su expediente académico. Yo quería ser expediente para trasladarme con ella, le decía que se quedara y esas cosas que se decían entonces a los dieciséis años.

El curso siguiente casi no hubo chicas, las obras de la carretera habían terminado y todas las rayas estaban pintadas en su sitio y me tuve que conformar con la maravilla de los horizontes del atardecer a través de la ventanilla, los poemas de naufragos que le escribía y ya no le enviaba, los mítines de Marzo, que seguro que ahora es un líder sindicalista, y los repetidos sermones –“no comas pipas”– de Andrés, que miraba más hacia el retrovisor para vigilar los movimientos de aquella caterva que hacia la carretera, que conocía de memoria con los ojos cerrados... Luego seguí estudiando. Mi madre se empeñó en que aprobara unas oposiciones y paso los días en una oficina demasiado calurosa en invierno y demasiado heladora en verano, rodeado de funcionarios que no hacen más que inventar chismorreos para entretener las horas, tediosos como yo. En fin, un aburrimiento hasta que hace

unos meses Juan me convenció para que, según sus palabras, me pusiera las pilas y comenzara a enviar cuentos a concursos.

El primer día incluso me acompañó a la oficina de Correos. Al salir le dije:

–¿Te has fijado en la chica del mostrador?

–No. ¿Qué le pasa?

–Nada, no importa, cosas viejas. ¿Tú te acuerdas de lo que estabas haciendo la tarde del 23 F?

No me lo podía creer. Allí estaba Victoria. Desde entonces escribo mucho más y voy a verla habitualmente. Creo que no me ha reconocido. No me extraña, con esta calva y estas barbas. ¿Qué voy a decirle ?, ¿que soy un cuentista ? Supongo que ya se lo imagina, que siempre lo ha sabido.

Muchas veces, cuando salgo de Correos, pienso que quizá sí me ha reconocido y pienso que abre los sobres para leer los cuentos, o pienso que ni siquiera se acuerda de mí, que tiene hijos, un marido sargento y una madre anciana, o que no me ha reconocido y no tiene ningún interés por lo que escribo. Parecerá una tontería, pero se está convirtiendo en una obsesión y como no me lo puedo quitar de la cabeza he pensado que voy a intentar escribir un cuento recordando aquella tarde, recordando la marca roja que el elástico del sujetador dibujó en su piel, tan tierna aún, recordando la piedra sobre el cristal y el miedo en los ojos de mi madre, recordando ese descubrir los milagros de la vida, de asombro en asombro, a ver la cara que pone el próximo día.

VI Certamen
de Relato
Corto (2004)

1.^{er} Premio

Todos nosotros

Miguel Sánchez Robles

Querido profesor de Ética:

Le escribo desde la buhardilla más enana del mundo esta carta de cerrar con saliva por si ya no lo veo más y para que sepa muchas cosas sobre mí que no me atrevo a contarle a nadie, porque mis padres y la gente mayor que conozco dicen: ¿ah, sí?, y dicen nada más que ¿ah, sí?, cuando les cuentas algo que sea complicado. Los padres en general no creen en las cosas complicadas. Los padres creen en que nos estemos callados y saquemos notazas y nos comamos la comida y nos tengan que gustar la mortadela y el yogur y esa ropa de color azul oscuro que nos compran siempre en las rebajas. Le he elegido a usted para esta carta que nos han mandado escribir como ejercicio de composición del taller de poesía de la parroquia porque es imperdonablemente guapo y se enfada con la Humanidad y con el mundo de una manera muy bonita y sincera, y también porque lo veo siempre tan preocupado por nosotros, por todos nosotros, por el Arón que dice de usted que es muy *libroso* y no hace nunca los ejercicios y por la Zintia que parece hermana de Rosy de Palma y se deja las pruebas escritas siempre en blanco y por Nacho Gutiérrez que tiene mucho estánding y es maricón a lo Boy George, sus padres son ricos, se peina a cazo, se pone pantalones grises llenos de bolsillos y siempre está mandando mensajes en clase con su móvil, y por Pepe Tudela, nadie hace el tonto mejor que Pepe Tudela cuando nos mira a todos con sus ojos de niño roto que odia la escuela y aprenderse las mitocondrias, Pepe Tudela enamorado de Verónica Aranda Casado y sacando doses veinticinco en los exámenes, y por el Gabi que le da la risa y nos cuenta el chiste de que tuvieron que echarle ocho puntos en el cerebro al Hombre Invisible. Ellos se lo pasan pipa, pero yo, después de sus clases, siempre siento como cuando la lluvia me deja en el corazón algo muy favorable a la tristeza, porque a mí siempre me duele un

poco cuando llueve los sábados, más que ningún día, cuando llueve los sábados y me da lástima de verle tan preocupado por todos nosotros. Don Ángel, cuando los profesores hablan en línea recta me da asco. Don David Gea, ese profesor calvo que elogia los dúplex y nos da las cosas masticáicas, es el que más en línea recta habla. Casi todos los profesores hablan del mismo modo y dicen lo mismo, vienen a decir una cosa que se parece demasiado a una raya de tinta china pintada con un tiralíneas sobre nuestras cabezas, una cosa que ya es triste y antigua, a lo mejor hace tiempo no lo fue, pero ya es triste y antigua. Sobre todo hay un puñado de profesoras de Literatura, Religión y Biología que son casi como la misma profesora, y aunque sean materias distintas son casi las mismas cosas lo que en el fondo vienen a decir. Una vez leí que Bukowski veía a Heminway como un individuo que practicaba ballet a escondidas, yo también les veo, yo también les veo un poco así a todos ustedes, no puedo evitarlo, les veo así y creo que muchos alumnos son rebeldes porque les ven también de esa manera. Por eso le voy a escribir esta carta de pegar con saliva de una manera que no sea en línea recta y en la que no haya ningún punto y aparte. Odio los puntos y aparte. Me cabrean los puntos y aparte. Empezaré diciendo que en mi calle la gente tiene una pobreza que da alegría ver. En mi calle se nota mucho cuando es domingo por la mañana y las mujeres hablan en las puertas y algunos hombres lavan los coches y sacan todas las esterillas y las ponen en las baldosas. Cuando es domingo por la mañana y primavera, como hoy, me asomo a la ventana y se ven perros y ancianos que están tomando el sol y muchachos pequeños que juegan con patinetes y con aros. Uno de esos ancianos siempre se cuenta los dedos de la mano. Se los pone muy cerca de los ojos y se los va contando uno por uno sin prisa, muy despacio. A mí también me gusta contármelos así. Antes de empezar a escribir esta carta me los he contado tres o cuatro veces así, ¡es tan bonito y fácil y sencillo! Mi madre está empezando a envejecer por los alrededores de los labios y mi padre, cuando viene de con el ca-

mión, se acuesta hasta la noche y tenemos que estar muy callados en casa. En mi habitación tengo un tarrito con agua del Nilo que me trajo mi prima Sonia, dice que da suerte. El otro día, don Ángel, buscando al jefe de Estudios para darle un papel que me ha dado mi médico del seguro, abrí la puerta de esa habitación del instituto en la que hay dos niños con síndrome de Down sentados alrededor de una estufa con un profesor despeinado que tiene cara de que le eche peste la boca, y me dio tristeza como cuando llueve los sábados y también me acordé de cuando usted nos estuvo hablando del existencialismo que tenían los maestros de escuela republicanos. Ustedes los profesores hablan a veces de cosas que son lindas, pero otras veces hablan con exageraciones globales y yo no me creo que sepan lo que pasa en el mundo de verdad. Ustedes saben cosas que han leído, pero no lo que realmente pasa en el mundo y ni siquiera se imaginan para qué nos ha inventado Dios. Ustedes creen que tienen un mensaje y nosotros no queremos mensaje, sino un montón de cosas divertidas. Hacer el mapa de las Galias o sabernos el nombre de frailes importantes, no lo queremos. Beber sidra y echarnos hilos rosa de espray aséptico, sí lo queremos; y también, yo, por lo menos yo, quiero escribir poesía y ser Tobías Wolf o Rosalía de Castro. Cómo me gusta esa película que ya nos ha puesto usted dos veces: “Vida de ese chico”. Una vez escribí que hay anestesia bajo los párpados del Papa. No sé. Escribí eso. Me salió esa cosa: Anestesia bajo los párpados del Papa. Lo estaba viendo por la televisión casi dormirse en su butacón blanco y me dio lástima y escribí eso. El Papa me recuerda a mi abuela que tiene un poco de alzhéimer y lleva apuntado en una libreta pequeña el tiempo de ebullición del huevo duro. Mi abuela que cuando me besa dice que huelo a tiza y me mira con ojos semisoñadores para decirme: Me gusta que huelas mucho a tiza, Elena. A lo mejor al Papa también le gustaría que yo oliera a tiza. Mi hermana mayor es auxiliar administrativo, trabaja con contrato en el Ayuntamiento y se cabrea de trabajar en un ayuntamiento sin OMIC. Lo dice en las comidas:

nuestro Ayuntamiento no tiene OMIC. Por lo visto no está bien que los ayuntamientos no tengan OMIC, aunque yo no sé qué es una OMIC. A mi hermana la tengo comparada con don Aitor que en sus clases de Lengua nos mete análisis sintáctico por un tubo y tampoco sé para lo que sirve el análisis sintáctico por un tubo. Si al menos me sirviera para poder escribir un libro muy gordo que quiero que se titule así: “Todos nosotros”. Ahora mismo, tengo la televisión encendida sin sonido, unas chicas bellísimas anuncian cocacola. ¡Qué felices son! ¡Cómo me gustaría también anunciar cocacola como Penélope Cruz y ser tan feliz como ella! A lo mejor nunca más voy a ir al instituto, don Ángel, porque me tienen que ingresar y ponerme una cosa que se llama quimioterapia para que se me quite una enfermedad que tengo dentro de la cabeza y que me produce mareos, vómitos y sangre negra, con lo que yo siempre he odiado los vómitos y la sangre negra. Dicen que se me va a caer el pelo, aunque, cuando me cure, me volverá a salir y mi madre me ha comprado ya en el mercado tres pañuelos de nailon para que me los vaya atando cuando casi no tenga cabello. Arón, que lo sabe porque somos vecinos y su madre viene mucho por las tardes a hablar con la mía, me ha regalado esta mañana su chapita lúdica con: “Voy de buen rollo”. Arón dice que don Cosme, el de Sociales, parece un megahervíboro, como está tan gordo y es tan pesado con los Reyes Católicos y con las fechas y los esquemas, siempre está con esquemas, aunque algunas veces nos dice cosas importantes como que un cuarenta y siete por ciento de la Humanidad posee tanto como el cero coma cero, cero, cero, cuatro por ciento de la misma o que Felipe II quería cerrar con cadenas el estrecho de Magallanes o que Luis XIV no se lavaba nunca y recibía visitas sentado en la taza del váter. También me gusta cuando el profesor de Ciencias Naturales nos explica cómo se originan los días y las noches. Mi hermana ha grabado esa canción del no cambié, no cambié, no cambié y siempre la tiene puesta. Ahora mismo la tiene puesta. Otra cosa que me gusta es cuando voy a misa y dicen eso del “verbo se hizo carne y habitó

entre nosotros”, y entonces cierro los ojos y digo en voz muy baja: gracias, señor, por el mundo y la vida y los pájaros y por todos nosotros. Me gusta siempre pensar en todos nosotros: los que vamos al instituto, mi familia, los que piden dinero por la calle, los que recogen la basura, los que toman droga, los panaderos, los dentistas, los dependientes de las tiendas, el viejo que se cuenta los dedos al sol, el Bari que se sabe los treinta y nueve satélites de Júpiter, la madrastra de Fran que si se saca un seis nada más en cualquier asignatura le pega una hostia, el Fran siempre estudiando, el Fran que tiene tanto acné y se parece al Joselito del Pequeño Ruiseñor con la visera de la gorra hacia atrás, el Fran que sabe escupir al bies y echa chorros de saliva en las pizarras, el Fran que le ha tocado sentarse en el pupitre de al lado, el Fran que sólo ve dibujos animados y tiene sobredosis del conejo Buss Booney y del Coyote y el Correcaminos, él mismo lo dice: tengo sobredosis cartoons network o como se escriba eso... El Fran, todos nosotros. Desde que estoy enferma pienso mucho más en todos nosotros, no pienso en mí, ni en mis vómitos, ni en mi sangre negra, pienso en todos nosotros, en que las personas nunca logramos huir de nada y somos un poco como esas aves que tienen buen aspecto disecadas, pienso en gente que lleva una vida increíblemente católica y en esa tos seca que tienen los conserjes de instituto, y en mi madre que sé que llora a escondidas por lo que a mí me pasa y en mi hermana que me mimaba tanto y en papá cuando se sienta a la mesa a comer y está a ratos ausente y a ratos demasiado simpático conmigo y en usted dándonos Ética de esa manera tan bonita y preocupada con la que nos habla, usted con su pantalón rojo y su camisa nueva más bien aviao que pa qué, como dice mi abuela: Nena, Elena, hija mía, hoy vas con tu ropa nueva más bien aviá que pa qué. ¿De dónde habrá sacado mi abuela esa palabra: aviá? Algunas veces también pienso que no puede ser que Dios exista y algunos curas sean gordos y fumen wiston y el profesor de Lengua sea tan poco brillante y viva de la tontería que nos mete con las faltas de ortografía y el análisis

sin-tác-ti-co por un tubo, lo dice así: Este trimestre os voy a meter análisis sin-tác-ti-co por un tubo. Como si no hubiera nada más importante que eso, como si eso fuera muy importante, importante-mente importante o algo así. Está en clase don Aitor y nos habla y su lenguaje grandilocuente suena a tebeo y es como si quisiera ser alguien de la televisión, y luego lo veo con su mujer comprando en las tiendas de embutido y fijándose mucho en el lustre de los salchichones y comprendo que él vive de las faltas de ortografía y del análisis sin-tác-ti-co por un tubo, pero lo que verdaderamente le importa es el lustre de los salchichones. No puede ser que Dios exista y todos nosotros no lleguemos a ser casi nunca felices y tengamos que estudiarnos a Camilo Benso de Cavour y padecer tumores en la cabeza con dieciséis años. Otras veces, cuando estoy muy aburrida y un poco melancólica y mi hermana pone muy fuerte no cambié, no cambié, no cambié, abro la caja metálica de las fotos de familia y rebusco entre ellas como una niña ciega que hurga entre las víboras. Miro las fotos y casi lloro por todos nosotros, por los que salimos en las fotografías y nos quedamos allí para siempre con esas sonrisas y esos rostros tan jóvenes, ¡tan jóvenes! Cuando estamos en las fotos nos parecemos tanto a esas formas preciosas que adoptan los grupos de los pájaros mientras vuelan. Entonces me pongo a escribir cosas sin línea recta. Escribo: ¿existen los muertos vivientes? ¿Todos los jóvenes tristes de Europa beben mucha ginebra Bombay azul perfumada? ¿Por qué estamos en el mundo solo una vez y no habremos de volver nunca más? Y también lo de la anestesia de los párpados del Papa. Una vez escribí un cuento sobre el infierno, pero era un infierno pequeñito, un infierno sin lumbres y sin diablos, un lugar lleno de televisores encendidos que retransmiten permanentemente partidos de fútbol y concursos de La OCA y análisis sin-tác-ti-co por un tubo. Sí, don Ángel, sí, desde que estoy enferma y me vienen estos mareos y los vómitos por las tardes, me dan pena muchas cosas, las fotos, los chicos de mi clase, mis padres, los dibujos animados, mi abuela, mis tíos, hasta esa gen-

te que se ve en las ilustraciones de los libros de texto y va tan bien peinada, la veo tan absurda y tan quieta que no puedo evitar sentir pena por ellos, sentir que las vidas que han llevado han sido tontas y ridículas, que todo lo que han podido hacer ha sido tan ridículo y tonto y absurdo, y sobre todo que todos los peinados que han llevado han sido tan... ¿cómo decirlo?, tristes, ortopédicos; y hasta de ustedes mismos, los profesores, me da pena. Ustedes, siempre clavando dardos fuera de la diana, ustedes, gente que quiere salvarnos, enseñarnos a arrodillarnos o algo así, y nos hablan mucho de Neruda y de toda esa gente tan tristemente peinada y muerta que hay escrita en los libros, ustedes que quieren que nos interese ser igual que Neruda y Newton y Leonardo Da Vinci, y a nosotros no nos interesa eso, ¿qué nos interesa? Ni yo misma lo sé. En Cuba hay un ministro, lo vi una vez en un documental, que se llama Ministro de Agricultura y Azúcar y tiene asesores de agricultura y azúcar, a mí me gustaría ser una asesora de eso y cometer muchos errores en mi vida. ¿Sabe por qué? Porque he leído en el taller de la parroquia ese poema de Borges que dice: “si volviera a vivir cometería más errores, más errores”. Cómo es posible que Borges dijese eso y ustedes, los profesores, nos pidan que no cometamos ninguno, que seamos como la sociedad desea que seamos, ustedes no se dan cuenta de que lo que quieren es incubar pollitos amarillos, y algunos de ustedes tratarían hasta de que la policía nos vigilase para obligarnos a leer un libro de lo que sea, pero un libro. Ustedes leían a lo mejor porque creían que los libros iban a traerles todas las respuestas, y ahora se dedican a repetirnos todo lo que han leído y a no darnos respuestas. En el fondo son un poco como mi padre cuando se tira media hora hablando con mi tío del contrato de sponsorización del Real Murcia, como si eso le afectase mucho a él y a mi pobre tío que trabaja en una fábrica de gorras y gana muy poco, como si eso sirviese para algo. Para mí eso no vale más y es menos importante que un caramelo de fresa que te pinta la lengua. Y al final ninguno de nosotros fundará una ciudad ni inventará el tornillo y

yo estoy sola en mi buhardilla más enana del mundo y siento un sueño que arde y un alma que se oxida y también siento que casi no existimos, que casi no existimos, y cierro los ojos y me dan ganas de nadar para adentro y no querer volver. Paro de escribir, entorno los ojos con una ternura que casi no puedo evitar, y pienso muy despacio en todos nosotros y en que pasado mañana empiezan a darme quimioterapia y en que se me va a caer el cabello, y en usted tan imperdonablemente guapo y en mi madre que llora cuando yo no la veo, y en la madrastra del Fran que le pega si no saca más de un seis, y en el Fran y en la Sehila y en todos nosotros, siempre en todos nosotros que somos como si fuéramos una sola cosa que no se debería morir nunca. Sí, pienso en todo eso a la vez, yo: Elena López Cárdenas, su alumna de primero de bachillerato que está escribiendo esta carta para el taller de poesía de la parroquia, yo, don Ángel, una muchacha con el pelo recogido en la nuca, que cierra de vez en cuando tranquilamente los ojos y siente ganas de abrazar la primavera contra el pecho y llorar por nosotros, por todos nosotros.

2.^o Premio

La lluvia de Antístenes

Antonio Luis Vera Velasco

*Entre el miedo a las armas
las leyes no se pueden escuchar.*

(CICERÓN)

A don Cristóforo Gegúndez, mientras estira sus pasos con el tonillo de una desafinada orquestina de pueblo, le es indiferente que la mañana se contemple como una muchacha presumida en los escaparates de la calle. Ciertamente, a don Cristóforo le da igual que las mañanas se desperecen a veces con voluptuosidades de corista, y que un perfume a nardo barato, un aroma a colonia de granel para prostitutas sentimentales, se extienda como una leve llovizna por el acerado. Generalmente, a don Cristóforo solo le importa el tiempo; el tiempo que tarda desde su oficina hasta la pensión donde almuerza; ese movimiento medido de sus pasos sobre el asfalto que le lleva indefectiblemente, como un legajo impecable, saturado de requisitos burocráticos, a través de la acera cubierta de papeles rotos y hojillas arrugadas de propaganda política.

–Buenos días, don Cristóforo.

–Buenos días, doña Manuela.

Don Cristóforo se lleva la mano al sombrero, e inclina levemente el ala en una mínima cortesía de funcionario cumplidor si los días no son fríos. En cambio, cuando la lluvia cae, solamente gruñe, sin sacar las manos del abrigo. Y eso que doña Manuela no le cae especialmente antipática, aunque piense que en su quiosquito de prensa vende algunos periódicos y revistas, a su juicio, poco recomendables.

–Buenos días, don Cristóforo.

Y, si es la llovizna la que hace brillar el acerado, únicamente el silencio apresurado de un cuello levantado de abrigo y un sombrero echado sobre los ojos, aguantado por una mano huesuda frente al viento que se empeña en hacerlo volar, responden a sus palabras barnizadas de acaobada cortesía; palabras con ribetes de armario de cedro apolillado.

“Pobre, es el lumbago que lo está matando”, se dice entonces doña Manuela, frotándose sus manos en la tibieza de su puestecito, un poco dolida en el fondo porque piensa que otra gente también tiene los huesos enmohecidos y no por eso deja de ser amable. Doña Manuela ve el mundo como una inmensa bola que gira feliz cuando lo hace distinguidamente, e ignora que a don Cristóforo, cuando es el viento gélido el que rachea, despojando de gentes el camino a su oficina, se le entumece el alma con pensamientos congestionados y tristes, demasiado tristes incluso para detenerse en reflexionar en ellos un solo instante. Don Cristóforo reconoce que en esos días de lluvia se le endurecen las articulaciones de su cordialidad como si fuera jefe de sección y tuviese que defender su pequeño sobresueldo de quince pesetas, y es por eso que, tras el mismo almuerzo de todos los días, tras su misma rutina rodeada de rutina, al volver a su máquina de escribir, se detiene a comprar un periódico a doña Manuela. Don Cristóforo pide siempre *El Debate*, y doña Manuela, tras indicarle una vez más que no lo vende, siempre acaba apuntándole alguna recomendación, que reafirma con su mirada de vieja quiosquera gruñona.

—No sé cómo puede leer esos papelotes, don Cristóforo. Sólo hacen despotricar contra todo el mundo y vociferar como ese energúmeno que los radicales tienen de picalabia, ese baranda de Lerroux. Tanto hablar de reformas. ¡Tanto hablar de maravillosas reformas! Y mientras tanto qué está sucediendo en la tienda de la esquina, ¿eh? Pues nada, que el pan sube y sube sin parar y mi miserable pensión que no crece un ochavo... ¿De verdad no quiere mejor el *Informaciones*? ¡Ese sí que es, tenga la seguridad,

un buen periódico, nada exaltado y hecho por personas educadas y conscientes! ¡Sí, señor...! ¡Cuándo no estaba borracho, el *Informaciones* es el que leía mi marido, hasta que el pobre falleció! –acaba siempre algo exaltadamente, antes de lanzar un suspiro de añoranza desvaída, un suspiro de mujer satisfecha y conforme con su descansada viudedad.

Don Cristóforo se esfuerza en esas ocasiones y le regala un intento de sonrisa, dándole las gracias. En realidad don Cristóforo no lee ningún periódico, sino que, al solicitárselo a doña Manuela, busca serenar su espíritu de oficinista inflexible, su alma de escribiente intachable que se ha dejado arrastrar por el abatimiento. Don Cristóforo ve también el mundo a través de una ventana de rectitud y buenas maneras, y cree que las normas que rigen en su trabajo tienen que abarcar toda su vida; todas las vidas en definitiva. Sus buenos días a doña Manuela es la rúbrica oficial que le garantiza el no ser una sombra más de las que recorren presurosas la calle cada jornada; es el formulismo necesario que, de alguna manera, le enraíza al resto de la comunidad en su vida solitaria de burócrata solterón. Lo blanco es blanco y lo negro es negro; una póliza de treinta céntimos ha de acompañar al formulario doscientos catorce y el certificado de residencia ha de contar al menos con el aval de tres tenderos de garantía. Una cortesía siempre ha de devolverse para que la buena vecindad funcione, y la amistad entre los hombres ha de ser pulcra sinceridad infundida de decencia y respeto. Las normas sociales construyen la felicidad de los seres humanos y lo legal es justo... Y es con la tinta de este tampón con la que intenta sellar todos sus actos cotidianos. Y es este también el motivo por el que su mutismo, ante el saludo de doña Manuela, es igualmente una infracción a su código que inmediatamente ha de reparar y, por eso, le solicita un diario que jamás ha pensado leer.

Aunque, luego, nunca se siente mejor cuando pasa por delante de la confitería de doña Visi. Las cristaleras del escaparate le devuelven la imagen de unos ojos hundidos y unos pómulos de

traidor de opereta iguales a los de aquel personaje huidizo que viera en un teatrito callejero durante las navidades del treinta y uno. Y, si en esos momentos el aguacero descarga sobre la calle, lo que le descorazona aún más: entre los barquillos de chocolate y los pasteles de nata, los reflejos del cristal le dejan vislumbrar los destellos de una avara nariz aguileña que, para su tristeza, las voces wagnerianas de la tormenta parecen acusar apasionadamente de judía. Don Cristóforo piensa entonces si será que tendrá sangre judía en su delgaducho cuerpo o tal vez es que sea solamente que el frío le acurruca la sangre en la nariz. La sangre ya no es roja, sino cedista, agraria, radical o comunista, según dicen, y quizá se agolpe en algunas partes del hombre como un trombo fétido y moralmente depravado. Mientras la ciudad se agrisa hasta aborascársele la faz, don Cristóforo piensa si será cierto lo que cuentan de que a veces se contagian los pecados de la sangre. A él, en una ocasión, le hicieron una transfusión, y quizá tuvieron que circuncidarle antes la sangre para salvarle la vida. Pero, ¿cómo saberlo? ¿Tal vez por su narizota de arameo avariento, que parece curvársese cada vez más con los años...? Quién sabe... Pudiera ocurrir que su nariz impregnase toda su alma, o tal vez sea únicamente que su alma reside en su nariz, y que los médicos, sin saberlo, lo arrancaran de las garras de la muerte solamente para hacerle purgar sus desaciertos con una nariz espiritualmente tarada, maquiavélicamente ahíta de sangre impura y ladina durante sus ruines y melancólicos días de lluvia. Es desalentador pero, cuando se le despierta su reumatismo, en el fondo se siente un poco judío. O por lo menos cargando sobre sus hombros con todas las abominaciones de un alma judía. O incluso cargando con los despojos de un alma anarquista, que viene a ser igual de perversa según su jefe de departamento. ¿Es que acaso él es tan diferente de un judeoanarquista?, se pregunta algunas veces. ¿Acaso él, el educado señor Cristóforo, no piensa en revoluciones al sentir la mirada castaña, tiernamente bovina de doña Manuela? ¿Es que no le pide *El Debate*, cuando no ignora que ella no lo vende? ¿Acaso

le ha dicho alguna vez a ella lo que piensa en realidad, que odia su cara redonda y blancuzca de vieja vaca gallega...? Acaso se ha atrevido a decirle que la necesita para sobrevivir, aunque le repela su olor de mujer rancia y blancucha...

A don Cristóforo le escuecen los días grises como si se le acuciaran sus instintos y oliera a hembra inalcanzable, y no sabe que lo que le ocurre es que se le sensibiliza el nervio tenso de su cinismo. Don Cristóforo cree verdaderamente que es su reumatismo el que le abotarga el alma, emborronándole la realidad con el sentimiento amargo del sarcasmo, y también don Cristóforo desconoce que un tal Antístenes, igual que él, ya buscaba la virtud absoluta por los empedrados de las callejuelas griegas y que no la encontró. Don Cristóforo ignora que Antístenes, muchos siglos antes, ya miraba mal a los febriles oradores defensores de las causas públicas cuando estos medraban demasiado, porque nunca le interesó la filosofía y sólo llegó a aprobar un curso de contabilidad, y que las arcadas agrias que le suben hasta la garganta, y el decaimiento de su esperanza, no son sino la herrumbre que le desprenden los clavos de su rigor moral, que se le están oxidando.

Don Cristóforo no intuye que los estertores, que atenazan a su adorada España, constituyen el moho sutil que lo pudre por dentro. “¡Cambio y lucha! ¡Muerte y valor!”, se grita en cualquier recodo, se vocea en cada esquina, en vibrantes gargantas varoniles, con los brazos en alto o los puños cerrados por la pasión. “¡Todo es poco por el Partido!”, y luego a tus órdenes... A tus órdenes, camarada, incluso para que me indiques la hora de hacer el amor, que indudablemente a los niños, aunque aún no hayan nacido, hay que ir preparándolos desde el útero para la revolución. Y la reforma agraria cada tres meses. Y el carbón que no nos debe faltar. Y pan y toros para todos los camaradas del pueblo. E incluso la jornada de ocho horas y el jornal de tres pesetas para todos los buenos escayolistas, aunque no tengan el carné del partido. ¡Vítore, orgullo y dignidad en cada corazón

patriota!, y ningún compañero sin cinco céntimos para un vaso de vino en los bolsillos. ¡Todos en pie! ¡Todos en pie!, y mi más cariñoso saludo para los soldados del trabajo. Está naciendo un nuevo hombre y Tina de Jarque que me enamora, que nos enamora a todos los cuarentones amantes de las canciones pizpiretas y los pechos abundantes y redonduzcos. Y Rafael Arcos que es muy gracioso cuando actúa en el Apolo, aunque no lo haya estipulado ningún decreto oficial. Y Nietzsche que no encandila a nadie, que siempre los madrileños prefirieron los chistes de *La Pipa de Oro*, y hasta Gil Robles, que dicen que es el único que sabe quién fue ese prusiano, opina en privado que ese tipejo, más que un filósofo, era solamente un miserable bigotudo, a ratos cerebralmente enclenque y un resentido por no haber tenido nunca un duro. Una medalla más para don Niceto, que se las merece todas, y ojalá todos los malos españoles decidan largarse como ese general que cuentan que anda de conspiraciones por tierras de fados, o quizá extremeñas, que la cosa no está muy clara del todo y hay dudas. “¡Dadme la presidencia! ¡Dadme la presidencia y salvaré a España!”, grita con ardor un mostacho canoso de prestidigitador y unos ojos de profeta. “¡Dadle la presidencia! ¡Dadle la presidencia!”, se corea por todos, conmovidos por esa sonrisa de vecino respetable con el que siempre se puede contar en las dificultades y esa mano de uñas perfectas, acariciadora de niños torerillos en el noticiario de la sesión de tarde del Palace Cinema. Niños torerillos preferentemente y niñas modositas con flores amarillas y rojas en el pelo, aunque en el cine se vean en blanco y negro, pero hay que tener en cuenta que Miguel Ligeró e Imperio Argentina, que gustan mucho más, también hacen sus gracietas en una noche perpetua de grises y nadie protesta por ello porque las películas, como la vida, tampoco son en color.

Pensamientos a trozos, certificados de autenticidad, los pechos rebosantes y colgones de doña Manuela y los ojazos de Estrellita Castro. El expediente del señor Gutiérrez, eternamente estancado en su resolución, y requisitos oficiales con un águila

estampada; o con un buitre inmenso disfrazado de águila, que a quién le puede interesar el comprobarlo si en definitiva se pueden comer lentejas todos los días. Su abrigo con diez años de lluvia y él que no puede comprar otro. Y los gallardetes de las chicas de la CEDA, que le gustan tanto como sus labios frescos e insoportablemente jóvenes. Y los carteles y panfletos arrastrados por el viento y que le dan a la ciudad un aire de eterno día de fiesta. Y sentimientos como gotas de una lluvia gruesa y embarrada, de una lluvia tan ocre como las boinas de los del POUM en un día sin sol. En definitiva sus sentimientos, que son también oscuros y reumáticos. “Unas malditas emociones que, incluso serían asmáticas, si me diera por padecer de asma...”, se murmura tristemente don Cristóforo, con su vocecilla aguda y una desabrida sonrisa. Y es que a don Cristóforo, cuando el olor a lluvia se le cuele por los cristales rotos de su espíritu, se le abarrota el cuartito de su cerebro con pensamientos libres, hasta que no le caben más y se le desbordan por los ventanucos empañados de su alma.

Don Cristóforo, cuando vuelve a subir los escalones del edificio donde trabaja, siempre siente un escalofrío los días tormentosos. Y es que a don Cristóforo, como una estocada atravesada de Marcial Lalanda en una tarde infausta, la idea nebulosa de que la justicia es una amante de conveniencia, tan enojosamente almibarada como doña Manuela, se le clava en el cerebro. Y ese pensamiento volátil de que lo legal es simplemente eso, legalidad, al recapacitar en los últimos decretos que lee en el *Boletín Oficial*, aunque tiene el prurito de considerarse un buen hombre y un excelente oficial de contabilidad, sin que lo pueda evitar, los días de lluvia le reumatiza tétrica, angustiosamente el corazón...

Premio Especial
Monegros

Niña Luisa

Héctor García Barandiarán

La conciencia pesa solo a quien la tiene y eso no es justicia porque, en consecuencia, aprieta más a quien menos lo merece. Pero lo peor es la duda, y si el escrúpulo coincide con el seso la incertidumbre muere y parimos la paz.

Su cara era muy redonda y blanca como la luna. Sus ojos tan claros que al mirar te asustan. Su cabello jamás lo vimos, cubierto con una funda de lana negra siempre como el resto de su vestidura. A la niña la llamaron Luisa, en el pueblo se la nombraba pero apenas la vieron fuera de casa. La escondieron sus padres y niña fue, aun cumplidos muchos años, para todos los vecinos hasta el día de su muerte. Pocas veces yo la vi siendo chico y la recuerdo, una niña ya arrugada, rechoncha y de luto eterno, recorriendo alguna calle, en invierno, por la noche, cuando todos se quedan en el fuego. Con su padre y a escondidas cruzaban entre sombras y en silencio. Nadie sabe dónde irían, qué hacían ni cuánto tiempo. Esa vida entre penumbras se repetía en sus días, haciendo crecer su cuerpo, su misterio y su leyenda.

En mi pueblo aún vivíamos del ganado, la madera y poca cosa de la tierra. Era yo muy niño, me recuerdo entre montañas persiguiendo lagartijas, espiando a las ardillas y acompañando a mi padre cuando sacaba a las ovejas. Poca gente en los entierros, aunque estuviera todo el pueblo subiendo al muerto a hombros desde la casa hacia el cerro donde está la iglesia vieja, que la otra no la hicieron hasta hace cuatro días, ya sin alguien para verla. No faltaba nunca nadie, algún enfermo, algún tullido, quien tuviese a su cuidado y la niña Luisa que, de negro, tenía entonces todo el pueblo para ella sola, para hacer lo que quisiera, sea lo que fuere lo que ella hiciera.

Yo, curioso, preguntaba y mi madre me decía que esa niña estaba enferma y a la pobre la tenían siempre en casa y con cui-

dados porque no fuera que en la calle la agarrase un resfriado, una insolación o la picadura de algún bicho raro. Pero muchas veces por la noche, sobre todo con el frío, me ponía en la ventana a observar el firmamento, cuando más brilla Centauro, con la luna nueva de invierno, y en la calle la veía con el viejo de su padre y a escondidas avanzando por lo oscuro. Otras veces esas sombras caminaban de regreso hacia su casa con una cesta llena de huevos, setas, plumas... cosas raras. Si la niña no salía no era por el miedo a resfriados, picaduras... Nada de eso. Algo extraño me ocultaban y eso a mí aún me da miedo.

Consultando a mis amigos las historias florecían, me parece que los oigo. Santiago, que si es un monstruo que se duerme por el día y en la noche resucita y nos come las ovejas. Marieta la conoce porque estuvo en la casa un día, de pequeña, con su madre, que es la prima del anciano. Para ella no es un monstruo, es solo una niña fea que no se mueve ni juega, está siempre temblando y riendo con la boca abierta. Nos contó que estaba gorda y solo miraba al fuego, que no atiende si la llaman, solo ríe, solo baila. Pero Jorge, que es mi primo, al ser mayor y con talento, lo que dice es que sus padres la tuvieron siendo viejos, que no supieron criarla y la tienen como al perro, con correa y a trancazos. Y nos dijo de Luisa, que recuerde, era niña de hace años, que de cría tiene poco pues calcula que por lo oído es mucho mayor que él.

Cuando yo estaba en la aldea me gustaba ver llover desde casa y a resguardo, la estación de aguas era larga en los valles de aquel tiempo. Gotitas caían poco a poco tocando, tintineando tejados. Después corriendo a casa y de un susurro a un sonido de ciclópeas sierras que las montañas arrasaran. Y si hay tormenta, como Thor con su martillo, retumbaba cada trueno, cuatro mil tambores del cielo. Cuando llegan esos fríos y las aguas, y los vientos... es mejor que te pille en casa y no en el monte, donde no hay refugio que valga y los rayos corren por el suelo.

A mi tío José Antonio le cayó una manta de agua yendo a cortar madera. A los dos días mis padres me llevaron para ver cómo estaba, lo encontramos en la cama sudando, rabiando como los bichos, con la respiración cortada, con el pecho como lleno de pájaros riendo, y esperando a que su jaula se abriera para siempre. Junto al fuego y bien caliente, con dos colchas por encima; estaba malo y mi primo lo veía, un hombre gigante, fuerte y fibroso, con las manos más potentes que he visto en mi vida ejercitando un redoble mortal.

Esa noche nos quedamos por hacerles compañía, para que no cenaran solos. Todos fuimos a la cocina menos José Antonio y mi tía que, en la habitación, le daba un caldo por ver si mejoraba. La mujer salió llorando y mi padre le dio un abrazo, yo no sé lo que decían pero callé todo ese rato. Se sentaron los tres mayores y quedamos los primos a un lado, entonces se dieron cuenta de que en el cuarto se habían quedado la sopera y los cubiertos. Me mandaron a buscarla y aún hoy se me eriza el vello de pensar en la impresión, del terror que sentí en ese momento. En el cuarto, con mi tío...

Hay veces que a la muerte le gusta ir arrancado la vida con las uñas. Al leñador cada arañazo le escocía, le hacía huella. Entonces se retorció y se quejaba como las bestias. Eso a mí me horrorizaba, sus quejidos me dolían. Caminaba poco a poco hacia la vajilla perdida. La pena, el sonido de matabía, hinchó algo en mi pecho que subió por las mejillas y me explotó en ojos. Cada vez más despacio... eché a llorar. Entonces pasé por su cara y él se me quedó mirando, conociendo cómo era él de noble comprendí que más aún que sus pinchazos ahora lo que le dolía era la vergüenza y la culpa por ser quien amedrentaba a ese niño tan pequeño, al hijillo de su hermano.

Eléctrico fue el suspiro que recorrió como una chispa cada vértebra de mi esqueleto, tan tierno, tan infantil y tan pequeño. Me convirtió en marioneta, sin autoridad sobre mi cuerpo. Rea-

lizando la actividad que se me había encomendado, anestesiado por la emoción, todavía me faltaba recibir el último choque en esa noche de diablos... todavía el terror.

Apareció en la habitación, como la luna llena en la noche, como un faro que se enciende en la oscuridad del horizonte; brilló el demonio que nadie había invocado. Mis ojos se golpearon con la imagen de mis miedos, el rostro más horrible que persona alguna haya encontrado en sus peores pesadillas. Tras el cristal de la ventana, una cara redonda y blanca como la nieve me agredía con su mirada de anilina perdida en agua, de un celeste tan claro y apagado, tan muerto como la fuerza que animaba su inexpressión, aunque el horror que me insuflara viniera del mismo infierno, lo sé. Y sin embargo, la niña mostraba sus dientes irregulares y relucientes en una mueca esperpéntica que tal vez quiso ser sonrisa.

Han pasado mucho años y aun hoy se me oscurece el sentido al recordar la noche del terror en la casa de mis tíos. La última noche, fue al mediodía cuando el silencio se impuso a los estertores en el hogar del leñador. Porque allí y entonces siempre hubo dinero para llamar al veterinario, pero jamás para pagar al médico.

Todos estaban en su casa el día del entierro, todos los que siempre estaban en todos los entierros. Recuerdo que no pude entrar porque estaba lleno de gente, esperé en la calle y paseé rodeando la morada. Casi sin darme cuenta había llegado junto a aquella ventana, justo donde vi a la niña Luisa. Durante un segundo lo recordé, me espeluzné e instintivamente comencé el acto reflejo de la huida. Ya había girado todo el cuerpo, pero en la retina conservaba algo que me había llamado la atención y mi cabeza volteada, no queriendo que marchara, quedó mirando ese rincón. Planté los pies en el suelo y escruté con cuidado la escena. Había allí algo raro, un extraño objeto oscuro en el alféizar. Me detuve a examinarlo y lo toqué, eran unas negras plumas, irisadas, todas mezcladas y adheridas a la obra por un pegote de cerón. Por el

momento, aquello solo fue objeto de efímera curiosidad, no le di la importancia que sospecho que tenía.

Esa imagen de la niña, de la sucia, se repite en mi cabeza. Desde siempre he sabido, y mi razón me aconseja, que Luisa solo debe ser objeto de compasión. Pero mi adentro se impone a todo, no es excusa, me avergüenzo de ello. La idea de su cara me enerva como un trago de vinagre, es la repulsión, la hostilidad. Por la noche, en el lecho, preparo preludios del sueño en los que imagino su cuerpo fofo, flácido y feo, la veo con toda claridad y el álveo de mis pensamientos discurre siempre directo hacia la violencia. La mataría, es un propósito que me ensucia viciosamente pero que sosiega mi espíritu.

Fue tiempo después, con la muerte de mi tío ya alejada pero todavía en días de lluvia. Yo jugaba por las calles con mi amiga Marieta, persiguiendo un gato claro con los pelos erizados, llegamos al callejón que daba al corral de sus padres. Era un pasaje estrecho que separaba su casa un poco de la de Luisa y su familia. El animal, sucio y con una oreja caída, se había encaramado a una higuera vieja huyendo de nosotros. Le lancé, para derribarlo, una piedra a la cabeza y mi amiga se enfadó pues podía romper el vidrio de la habitación de su ascendiente. Me puse debajo a mirarlo y al alzar los ojos descubrí otro extraño parche negro estampado en la pared justo detrás del felino, debajo de la ventana.

La extraña mancha estaba demasiado alta para examinarla, podría haber subido, como el gato, por la higuera, pero no quería que mi compañera me preguntase por el tema. Mientras el micho bufaba y se erizaba, disimulé, preferí regresar en otro momento para no tener que explicar nada y no enfrentarme con él. Pero en las sucesivas veces que lo intenté en solitario pude verificar la imposibilidad de trepar hasta una altura suficiente y colocar las plumas en la pared. Las ramas eran delgadas para soportar el peso de una persona. El misterio de las marcas azabache crecía a cada momento, ¿qué serían? No había podido

colocarlas nadie... Tal vez un animal ligero, quizá un monstruo que volara.

La curiosidad infantil plantea estos entretenimientos, mas el juego se convirtió en macabro dos días después cuando me enteré del hecho. Me contaron que al padre de Marieta lo confundieron en el bosque con un jabalí, y que unos furtivos, cazando, habían atravesado su pecho con una posta. Por lo visto el hombre perdió el equilibrio, golpeándose cada miembro, astillándose cada hueso, cayó como pelele por una escarpadura. Dicen que nada, salvo rescatar su cuerpo, pudieron hacer por él los cazadores, que no huyeron.

Por qué la muerte marcaba con señales cada casa, quién pegaba esas negreces, por qué nunca dije nada... Teodoro de casa el Tuerto, Javierín de Nicolasa y una hermana de mi abuela fallecieron ese invierno. Y yo a escondidas visitaba, cada día que hubo entierro, la casa donde vivieron, por ver si me encontraba esas plastas de cera. Y la mancha no faltaba en ninguno, siempre junto a la ventana y bien pegada al muro.

Es asco, creo que sí. En mi interior la culpa a ella y en sueños la torturo. Jamás he sido un hombre violento, pero es tenebroso que siempre con respecto a la cerda esa mis deseos serían irrealizables por frenos de cualquier moral. Cuando escapo de las tinieblas la moderación me guía en todo, ante cualquier ofensa busco siempre motivos y disculpas que desvanecen todo rastro de inquina.

Por fin llegó la primavera al valle, menos fríos, más horas de sol y más lluvias otra vez. Era el tiempo de jugar por las tardes en la calle, de correr con los amigos y de encontrar más animales. Por la noche, lo recuerdo, me acercaba a ver el cielo desde dentro, en la ventana. Una vez que no llovía dejé la cena en el plato y pegué la cara al cristal de mi cuarto para mirar las estrellas. Vi callejeando dos bultos oscuros, caminando como gorilas que pisaran en el barro balanceaban su cuerpo a cada paso. Al pasar por abajo pararon, la gorda se giró como sabiendo que la espia-

ba. Y miró con esa cara que aquel día me asustó, me buscó con esos ojos tan aguados y la mueca de sus labios. Vi entonces que su padre la cogía por un brazo y la hacía ir deprisa, parecía que tuvieran alguna faena pendiente, se marcharon con urgencia.

Esa noche no dormí, le di vueltas a lo de siempre. Si nunca nadie la veía, no sé por qué esa niña me buscaba siempre a mí. Que si es un monstruo que se duerme por el día y en la noche resucita y nos come las ovejas, que si es una bruja o un animal que vuela... ¿Tendrían algo que ver esas plumas con la cera y la extraña vecina que me asustaba tan profundo?

Por si acaso monté guardia. Como, en las sombras, divisé el peligro rondando revisé por la mañana cada esquina de mi casa para ver si estaba limpia del cálamo negro con el que se escribían los óbitos de aquel pueblo. Revisando las paredes me encontré a ese gato feo de los pelos hacia arriba. Caminaba tranquilo, etéreo, abanicando grácil y despacio con su rabo avanzó. También por seguir el juego anduve yo tras sus pasos, él se detuvo en una esquina y subió a la ventana de un salto. Cuando yo iba a cogerlo él irguió su mirada, yo repetí su tendencia y allí vi el estigma soldado a mi hogar.

En uno de los marcos de madera que tenían las ventanas de mi casa, justo en la de mis padres, estaba pegada la rúbrica infernal. Cuando encontré ese excremento muchas cosas hirvieron efervescentes en mi cabeza. Grité y apreté los puños, pensé desquitarme con el felino, pero no se había quedado a esperar mi ira. Soy incapaz de determinar si hice bien o mal pero eso no me importa pues entonces actué movido por cualquier impulso excepto por mi voluntad.

A esas plumas se accedía desde la ventana en el primer piso. Subí con un candil y calenté la masa espesa.

No pienses que iba a quedarme esperando a que abrieras mi puerta a la muerte. Y menos a que la abrieras tú. Y menos por ser tú.

Parte del producto cayó licuado al suelo y pude separarlo todo de mi casa. Lo recogí en una bola y rasqué la escoria sellada en la calle. Tuve gran aversión a tocar aquello, como a tocar la ropa de un muerto, como a una infección, asco y miedo. Pero vencí a todo eso, actuaba pensando poco, movido por la rabia y reconozco que lloraba cuando me subí a la higuera de la casa de Marieta. Estaba muy nervioso, no sabía si todo eso serviría para algo o ya había leído la sentencia de muerte de mi familia. Aun así hice dos viajes al árbol, tan alto como me fue posible, y preparé la operación. Primero con la amorfa pelota negra, después con el candil. Una vez en lo alto calenté el preparado para que se reblandeciera un poco sin llegar a derretirlo, después lo lancé. No sé qué idea ladina animó entonces mi ingenio, y calculé no estamparla en la fachada de la bruja para que no la viera y la lavase. Tracé un lanzamiento parabólico y la deposité sobre el tejado de forma que no descubrieran nunca lo que había hecho.

La resolución de lo acontecido se puede imaginar, no quisiera tener que contarlo. Ya no quiero recordar más. Ciertamente todas mis preguntas no obtuvieron respuesta pero no debe pesar sobre mí la responsabilidad de lo ocurrido. Creo que actué como debía y si no es así no es por mi culpa. Todo fue por ti, lo merecías por buscarme, por atormentarme, por darme tanto miedo. Quizá yo no tuve nada que ver, no lo sé. Ahora lo cuento todo para que se sepa que yo no soy malo, pero te lo volvería a hacer, y peor si pudiera, maldita, viniste del infierno del que nunca debiste salir, es solo justicia. Yo no... La conciencia pesa solo a quien la tiene y eso no es justicia porque, en consecuencia, aprieta más a quien menos lo merece. Pero si lo peor es la duda, si el seso reitera y el pesar ha muerto, ¿por qué la duda?

VII Certamen
de Relato
Corto (2005)

1.^{er} Premio

Las almas de los tontos

Francisco Javier Pérez Fernández

Con exquisita afabilidad, como un pastor despidiendo a los fieles a la puerta de su templo, Sir Benjamin Malory estrecha uno a uno la mano de los miembros de la Scottish Society for Researching of Unexplained¹, una de las más reputadas del Edimburgo elegante por la calidad de sus miembros. A pesar de las protestas casi unánimes de los demás socios, acaba de presentar su dimisión como presidente y su baja como miembro, absolutamente resuelto a no ofrecer ninguna explicación sobre lo ocurrido.

Solo una hora antes Sir Benjamin maldecía el infausto momento en que se le había ocurrido invitar a aquel condenado Dr. Shore, geólogo y psiquiatra, a la sociedad paracientífica que pocas semanas atrás le brindara el honor de la presidencia. A priori, la elección del invitado no parecía ninguna insensatez, ni tampoco había sido una decisión poco meditada: los muchos y celebrados experimentos del doctor en el campo de la detección de presencias paranormales parecieron un inmejorable aval para elegirlo como primer conferenciante dentro del ciclo programado. De hecho, todos los miembros de la Sociedad que vivían a menos de cien millas acudieron puntualmente para ocupar su sitio en el salón. A la hora de inicio de la conferencia solo quedaba media docena de sillas vacías, tantas como cartas de disculpa dirigidas a Sir Benjamin felicitándole por su criterio y aclarando que la inasistencia se debía a otras razones, y nunca a desinterés por el acto programado.

Cuando el doctor Shore se presentó en la sala fue recibido con una cerrada ovación que dio paso enseguida a un silencio casi ritual, como si el eminente especialista en fenómenos paranormales se dispusiera a conjurar un espectro sobre la tarima en vez de a exponer sus conocimientos sobre los procedimientos técnicos.

1. Sociedad Escocesa para la Investigación de los Fenómenos Extraños

Los primeros treinta minutos, destinados a explicar la metodología de sus experimentos, resultaron verdaderamente sustanciales, brillantes hasta el punto de obligar a los asistentes –poco inclinados normalmente a reconocerse legos en tales materias– a tomar notas sobre la marcha del torrente de novedades que desde el estrado se exponía.

Concluida la detallada descripción de los procedimientos, el doctor Shore pasó acto seguido a enumerar los hallazgos a que estos habían dado lugar, deteniéndose muy especialmente en las magníficas fotografías de ectoplasmas que se habían ido acumulando en su laboratorio. Tres de ellas fueron pasando ansiosamente de mano en mano por el salón, entre murmullos admirativos que rompieron por vez primera el silencio casi sacro mantenido hasta ese momento.

Si la conferencia hubiera concluido en ese punto, Sir Benjamin Malory hubiera podido seguir dedicando su tiempo a la gratificante desocupación de presidir la Sociedad, y con todos los parabienes además, pero el Dr. Shore pasó a continuación a describir, aún más minuciosamente si cabe, las técnicas con que los médiums profesionales falsificaban tales pruebas. No menos de una docena de ellos estaban presentes, pero ninguno quiso ser el primero en darse por aludido mientras desfilaba ante el público una veintena de fraudes, trucos de magia, prestidigitación, manipulación de placas fotográficas y cuantas añagazas pasaron alguna vez por mente humana: los fuegos fatuos fueron acumulaciones de fósforo, la maldición de Tutankamon envenenamiento por esporas de un hongo venenoso, y hasta la resurrección de Jesucristo se convirtió en pocos instantes en un simple acto de profanación de sepulcros. El irrefrenable doctor había conseguido en solo quince minutos poner en su contra a los médiums, los investigadores de la magia egipcia y hasta a los cristianos en general, pero el malestar se tornó ya en estupor cuando, tras recoger las fotografías que con tanto agrado acababa de contemplar su auditorio, pasó a describir los métodos que él mismo había

empleado para conseguir aquellas falsificaciones. Y lo dijo así, textualmente.

El altercado que contemplaron los adustos salones de la Royal Society diez años antes con motivo de la poca diplomática teoría de William Walham fue una tibia protesta comparado con el que allí se formó. Acaso los caballeros de la Royal conservaran cierta compostura en aquellos momentos por débito a su linaje y posición, también porque vivían casi todos de otra cosa (rentas, principalmente), pero el abigarrado catálogo de quiromantes, médiums, egiptólogos, hipnotistas, astrólogos, espiritistas, hechiceros, adivinos, telépatas, exorcistas y levitantes, se tomó mucho peor que fuera tan directa e impudicamente vituperado su medio de subsistencia. No se pararon tales personajes en apelativos cultos: fue mencionada allí la madre del doctor, la compleja identificación de su padre, sus gustos sexuales, el consentido adulterio de su esposa y su extraordinario parecido con no pocas especies animales de poco recomendable aspecto y cualidades.

El presidente, Mr. Malory, más por sentirse en su deber que por desacuerdo con lo escuchado de labios de sus administrados, trató de poner orden, pero solo lo consiguió cuando los insultos comenzaron a ser repetitivos. Al fin, tras arduos esfuerzos, logró imponer su voz sobre el griterío, y la severidad judicial de sus palabras decretó al fin una pizca de sensatez en aquel injurioso maremágnum.

—Abandonar la conducta que dos mil años de civilización nos han enseñado como la más apropiada entre personas razonables no va ayudar en absoluto a demostrar lo veraz de nuestras posturas. Guarden, por tanto, silencio, y escuchemos lo que el doctor tenga que decirnos.

—Gracias —empezó el doctor, que se había mantenido absolutamente indiferente al escándalo de la platea—. Quería decir hace un momento que mis investigaciones no han hallado más que fraudes porque no es posible otra cosa en el campo que nos ocupa. No sabemos qué hacer con los muertos y como nuestra

conciencia no nos permite abandonar a los seres queridos en el cementerio y dejar que allí se pudran tranquilamente, inventamos mil historias distintas con que resucitarlos a medias. Pero esto, que podría parecer una muestra de hipocresía, es en realidad una demostración de la íntima bondad del ser humano, porque los resucitamos con poderes extraordinarios, con conocimiento e inteligencia superlativas. De este modo llegamos a la extraña conclusión de que la muerte aporta al hombre más de lo que le quita, pues hasta el fantasma del más imbécil puede responder a las difíciles inquisiciones de un espiritista avezado. Pero señoras y señores, es mi deber científico intentar ser un poco más riguroso; no quiero atacar la fe de nadie, pero me gustaría ayudarles a sostener esa misma fe con un mínimo de seriedad, con un razonamiento que tiene que ser aceptado cualesquiera que sean las creencias de quienes me escuchan: los muertos pueden ir al cielo o al infierno, según los creyentes, o a ninguna parte, según los ateos, pero de ninguna manera es admisible pensar que se quedan por aquí, flotando en el vacío, a la espera de juicio, como si la celestial administración de justicia padeciera los mismos retrasos y dilaciones que la nuestra. Reconozco, cierto es, que a lo largo de la historia son tantos los casos en que se informa de su presencia que solo ese motivo es suficiente para dar crédito a su existencia, pero si por un momento se deciden a razonar, convendrán conmigo en que tan perenne es su presencia en la historia como las causas que a mi parecer originan la alucinación que les da vida: el miedo a la muerte y el bochornoso deseo de justificar lo injustificable.

Nuevos murmullos, atajados sin piedad por la presidencia. El doctor Shore prosiguió su disertación:

—Cuando se es una persona importante, un rey digamos, resulta doloroso reconocer que el día en que nos abrace la tierra se acabará nuestra influencia, nuestro poder y nuestro dominio sobre las decisiones ajenas. Los que en tal coyuntura no se conforman con escribir testamentos, que es la forma en que habitualmente tratan los muertos de seguir imponiéndose a los vivos, suelen ser

los más propensos a ver las almas de quienes les antecieron, o a creer a quienes dicen haberlas visto; y si el rey lo cree, lo mejor que pueden hacer los súbditos es hacer o fingir otro tanto. Nace así un mito que de puro conocido llega a ser indiscutible: la literatura no hace más que darme la razón, y ustedes que lo niegan, mejor harían en leer a Shakespeare en vez de esos burdos folletos que tan ajados descansan ahora en la biblioteca de esta sociedad.

Regreso de los gritos, sofocados sin necesidad de intervención alguna al margen de quienes querían seguir escuchando, así fuera por curiosidad, el resto del razonamiento.

—Si, por contra, una persona ni ha sido rey, siquiera en su casa, ni ha hecho nada en la vida, ni encuentra posibilidad alguna de hacerlo, parece lógico que el deseo de prolongar la existencia, y no en mundo superior alguno, sino al lado de parientes, conocidos y enemigos, le impulse a creer que es posible vagar por las casas, los campanarios o los cruces de caminos. De ese modo no es extraño que esas gentes, que de pura abundancia son legión, suelen creer lo que otras más imaginativas les cuenten acerca de lo visto u oído en tal o cual abandonado paraje. Porque convendrán conmigo en que los fantasmas jamás son vistos por muchedumbres.

Dos docenas de discursos brotaron entre el público, tratando de contradecir al orador, pero Sir Benjamin quería acabar con aquello cuanto antes y con un gesto ordenó silencio. Con menos parsimonia de la habitual, secó el sudor que coronaba su frente e indicó al doctor que podía continuar.

—Pero hay otras muchas causas que producen las apariciones que hoy nos interesan. Uno de los más interesantes partos de un fantasma es el del que sabe algo que no debe saber o quiere decir algo que no debe decir, y se libera de las crueles ataduras del sigilo o la prudencia atribuyendo sus palabras al oráculo de un muerto. ¡Bravo por su osadía!, pero si bien está creerlo en pú-

blico para evitar otras investigaciones, siempre enfadosas, no tiene nombre todavía la superlativa estupidez que constituye seguir creyéndolo en privado. Sería algo parecido a seguir defendiendo la existencia de Papá Noel o los Reyes Magos después de que los niños se hayan acostado.

Los gritos que siguieron a esta aseveración tardaron en ser silenciados algo más que los anteriores.

—Por último, porque observo que poco tiempo más podré dirigirme a ustedes, está el aburrimiento. La gente se aburre, se aburre terriblemente, y en tales sofocos de fastidio está dispuesta a buscar lo que sea, cualquier superchería capaz de convencerles de que la vida que llevan es algo distinto de la porquería que en realidad es. Los fantasmas cumplen la doble misión de prometerles una prolongación más allá de la fosa y entretenerles mientras viven, ¿qué más se puede pedir?

Y para que no digan que no dejo una puerta abierta a la posibilidad, porque posible lo es todo, quiero terminar diciendo que si alguien tuviera una existencia posterior a la muerte sería alguien con una gran obra inconclusa, y los hombres con grandes obras son gente de talento o de coraje, gente muy ocupada que ni se dejaría convocar por médiums ni fotografiar por espantajos como ustedes, de lo que resulta que el famoso Más Allá del que esta Sociedad se ocupa está habitado por las almas de los tontos muertos que se dedican a dejarse interrogar y retratar por los tontos vivos. Muchas gracias.

Como nadie recordaba otros distintos, los insultos del principio se repitieron de nuevo, aunque diez veces magnificados en volumen.

Viendo que allí no tenía nada más que hacer ni que decir, el doctor Shore se puso tranquilamente su abrigo, dio la mano a su anfitrión, se calzó los guantes y saludó al público con una profunda reverencia.

Y atravesando la pared, se fue.

2.^o Premio

Longo

Atilio Alberto Verón

Nunca sabré cómo se debería haber contado esto. Ni siquiera estoy seguro de que deba contarlo. Con los años uno va acumulando sensaciones, olores, imágenes de objetos y rostros y los echa a dormir en un rincón de la memoria, como se amontonan diarios viejos en un cuarto. Hasta que un día...

Ahora es ese día, y el relato, que amenaza desbordarme con sus urgencias, deja el resabio ácido de una confesión indecorosa o de un vómito. Pero, asumida ya la decisión, es preciso que empiece de una vez y deje fluir libremente los recuerdos sin preocuparme más que por ser su fiel transmisor. Por otra parte, como se trata de un relato adolescente, casi infantil, no desentornaría comenzar al estilo de Juan Ramón Jiménez.

Era muy pequeño, blanquecino y callado...

Nunca llegué a verlo sin el guardapolvo blanco con excepción de esa tarde, años después, cuando el Destino quiso que nos encontráramos en un entorno tramposamente familiar: la universidad.

Longo (aunque parezca prefabricado irónicamente era su verdadero apellido; el nombre nunca me preocupé por averiguarlo) medía apenas un metro veinte y cuando hablaba (tampoco recuerdo haberlo visto reír) dejaba entrever unos dientecitos de tiburón, diminutos y roídos por la ausencia de calcio, como oxidados. Sus cabellos oscuros y delgados, que solía peinar estirados, con raya al costado, acentuaban los rasgos lívidos de su rostro. Aparentaba ser un niño de siete u ocho años y sus dedos, pequeños y arrugados, parecían los de un bebé. Pero tenía catorce y un cierto halo de extraterrestre. Las malas lenguas rumoreaban que era hijo único de un matrimonio de primos hermanos, en edad de ser abuelos antes que padres.

Recuerdo claramente el primer día de clase, cuando apareció en el aula, enmarcado en el vano de la puerta, cargando pesadamente un portafolios, desproporcionado en exceso, y su desconcierto. Al principio lo observamos con cierta ternura confundiéndonlo con un alumno de primaria que se había equivocado de aula. Pero apenas se presentó al celador y se acomodó en el único pupitre libre presentí que su destino en esa escuela estaría fatalmente signado por la crueldad y que nuestro encanto adolescente lo convertiría en el blanco predilecto para las bromas más pesadas y despreciables.

Hace unos meses una cena de ex alumnos fue la excusa para que nos reuniéramos un puñado de sobrevivientes de aquel secundario lejano y romántico hasta la cursilería, a pesar de nuestra inconsciencia, o tal vez por ella misma. La sobremesa nos fue arrimando a la nostalgia. Con la misma ansiedad con que el duende largamente encerrado en la lámpara aguarda la caricia mágica que lo libere, los inevitables recuerdos de nuestra adolescencia pugnan por corporizarse. A medida que las mesas vecinas comenzaron a despejarse el restaurante se fue sumiendo en un silencio hueco, casi atemporal, donde solo resonaban nuestras voces, cuidadosamente amortiguadas, como temerosas de que oídos extraños ultrajaran remembranzas, íntima y largamente atesoradas.

Nuestras fisonomías cincuentonas seguían albergando el corazón y la candidez del muchacho que alguna vez fuimos, a pesar de las calvas y las barrigas de diverso calibre y las artrosis y los achaques inevitables de la edad que cada uno, a su manera, trataba de disimular.

Los viejos fantasmas se escurrieron a través de los muros centenarios del Colegio Nacional para sobrevolar la mesa del restaurante de Barracas invitándonos a la evocación de lejanas andanzas. El ambiente enrarecido estimulaba al abrazo, a cuchicheos con el compañero sentado a nuestro lado, a confesiones

sin sorpresa y pudorosas súplicas de perdón por antiguas afrentas casi olvidadas. Inmersos en esa laxitud nostálgica no percibimos que habíamos iniciado un viaje a través del tiempo embelesados por la torpe utopía de rescatar emociones remotas, momentos ya idos. El eterno adolescente que dormía en un rincón de nuestros corazones se despertaba para acicatearnos, alentándonos al emprendimiento heroico. Nos dejamos seducir por el intento.

Las escasas imágenes que emergían del ensueño nos llegaban fragmentadas, ajadas, como figuritas viejas. Era como estar en un parque de diversiones y sacar boleto en la máquina del tiempo para un viaje hacia el pasado, subir al simulador y percibir sensaciones que poco a poco iban pareciéndose a aquellas que ansiábamos rememorar. Pero, a medida que nos acercábamos, cuando ya estábamos a punto de tocar las facciones de esos espectros que iban adquiriendo rasgos familiares, añorados, y el corazón endurecido a golpes, emparchado, rejuvenecía y se aprestaba a desprenderse del cuerpo para implantarse en el de ese otro que fuimos, allá lejos y hace tiempo, el simulador se detenía y todo se volvía espeso y cotidiano. Con desazón comprobábamos que nuestro utópico viaje había terminado y la fila para comprar otro boleto era interminable. Debíamos esperar un año entero. El próximo noviembre nos volvería a reunir. Un poco más viejos, quizá algo más sensibleros. Lloraríamos abrazados cantando la “Canción del Adiós”, recordaríamos a los mismos profesores, Juanjo repetiría las mismas bromas que el gordo Aristaráin seguiría creyendo, cándida, eternamente. Pero en vez de acercarnos al ansiado objetivo nos volveríamos a alejar. El intento, ridículo, inútil, nos obsesionaba. Como una ordalía que debíamos superar para sentirnos vivos, nos obstinábamos en demostrar el teorema que nos permitiría perseguir el resto de nuestros días la zanahoria quimérica con la sonrisa idiota del Golem babeándonos los labios, recitando la tesis: “es posible regresar al pasado.” Pero la lámina que nos separaba de él era tan delgada como impenetrable.

Esa noche no tuve que esforzarme para comprender el concepto de “límite” que en la paradoja de Aquiles y la tortuga o en los libros de Análisis Matemático se volvía infernalmente inexpugnable. Las definiciones complejas y tediosas de Rey Pastor en su tratado, el ocho apaisado símbolo de infinito y la flecha debajo expresando el concepto de “tender a”, todo, todo ello lo pude comprender y asimilar de un solo pantallazo. La meta estaba cada vez más cerca, pero cuando ya la sentía asequible, cuando percibía que estaba ahí, al alcance de mi mano, que no tenía más que estirar apenas los dedos para tocarla, el punto, el objetivo, se volvía a distanciar, coqueteando con nuestra ingenuidad, desafiándonos a un nuevo intento eterno e inútil, como el castigo de Sísifo.

Uno de los fantasmas sobrevoló la mesa: Longo. Alguien deslizó en voz baja y grave, componiendo un afligido gesto de circunstancia, que había fallecido unos años atrás. Un silencio frío nos sacudió. Enmudecidos nos miramos, buscando en los ojos del otro alguna respuesta. Pero el recogimiento duró apenas un breve instante y no fue obstáculo para que la película se rebobinara, salteando la desgracia, y se dispusiera frente a la lente lista para ser proyectada a partir del entorno de la escuela.

Juanjo, ¡cuándo no!, lanzó por centésima vez la afirmación en tono de pregunta:

—¿Recuerdan cuando el Negro (así me apodaban entonces) encerró al enano Longo en el armario de la sala de mapas?

En medio de las carcajadas, de las risas hechas llanto en ojos que parecían a punto de reventar, de borrachos retorciéndose abrazados unos a otros mirándome y señalándome como el autor de una proeza, negué rotundamente y por enésima vez el episodio. Aunque no recordaba que realmente hubiera sucedido sentí vergüenza de haber sido capaz de someter a alguien a tremenda humillación. Es probable, también, que la hondura del remordimiento proviniera de una anécdota, a la que le adjudiqué ribetes emocionalmente trágicos, que los demás desconocían. Ese

hecho, ocurrido un par de años después de abandonar el Nacional, tuvo el sabor amargo de una lección, una deuda que Longo, con justificado rencor, se cobraba, cargándole sin arrepentimiento intereses usurarios por el tiempo transcurrido. Aún recordaba con nitidez el rictus de su cara, el esbozo de su sonrisa ladina que no se preocupaba por esconder los dientecitos marrones y casi inexistentes, y todas y cada una de las secuencias de la escena de mi crucifixión en la facultad. Aunque hubiera podido echar mano a ese resentimiento para amortiguar la culpa por desquitarme con un muerto, no solo evité sumarme a la crueldad con que gozaban de la burla, que Juanjo disfrazaba con la inocencia de una anécdota jocosa y lejana, sino que en ese mismo instante comprendí y hasta justifiqué la actitud de Longo para conmigo.

Quizá no debía darle demasiada importancia. Tal vez fuera otra maniobra más de Juanjo que seguía entreteniéndose, como en la escuela, endilgándoles a los demás cosas que él perpetraba o incentivaba. Esa especulación me motivó a otra: comparé a cada uno de los que tenía a mi lado con la imagen que recordaba de ellos adolescentes.

La mayoría conservábamos, a pesar de los años, y de las distintas miserias o fortunas, rasgos que nos remitían a esa hermosa época. A veces era una sonrisa pícara, un movimiento cansino o la inflexión al hablar. Los roles que cada uno se afanaba en representar no habían variado sustancialmente: Juanjo simbolizaba lo mordaz; el Laucha, la erudición meditativa; en Nito rememoraba a aquel comediante nato; en el Ruso, al planificador meticuloso.

Yo me descubrí a través de sus comentarios. Me costaba creer lo que contaban de mí. Quizá no fuera tan terrible pero había corrido tanta agua bajo el puente de mi vida que dudaba haber sido el autor de esos desatinos. A través de los relatos empecé a reconocermme en ciertos rasgos que me resultaban familiares. Es cierto, era un bromista espontáneo. Tal vez por eso no recuerde la mayoría de las fechorías que me endilgan.

Quien más se asemeja al que pudo ser es Juanjo. Su rostro sigue siendo adolescente, su físico es casi el mismo, y la inveterada costumbre de caricaturizar grotescamente a los demás como medio insustituible de sus bromas, también. Evidentemente es una coraza que se ha fabricado para esconder su drama. “Eso es historia, viejo. Me divorcié”, dice secamente cuando le preguntan por Alicia. Y rápidamente cambia de tema. Ahora recuerdo que era él quien más se ensañaba con Longo. Pero siempre tuvo una habilidad especial para tirar la piedra y esconder la mano.

El Laucha Cassini es funcionario de un banco importante y vive alimentando la esperanza de una buena jubilación. Su modo de relatar anécdotas denuncia una meticulosidad de arquitecto que ya se vislumbraba cuando construía complejos mecanismos para copiarse en las pruebas utilizando bobinas vacías de hilo de coser, escarbadientes y un trozo de alambre. Armaba todo debajo del pupitre. Enrollaba el resumen de la lección en el canuto de la bobina, como una película, la situaba debajo del inútil boquete para el tintero y giraba el mecanismo. Entonces, el texto se presentaba por el agujero de la tabla, incitante, como una mujer desnuda espiada por el ojo de una cerradura, pronto para cumplir su finalidad. Transmite paz, el Laucha. A veces, cuando nuestras conversaciones rozan los temas íntimos, trata de escabullirse con elegancia. Pero sus cachetes siguen poniéndosele colorados.

La enumeración es tediosa. Podría seguir horas describiéndolos y amándolos. Pero la secundaria terminó y se llevó con ella un pedazo grande de mi vida, el más candoroso. Lo patético del recuerdo no radica en la evidencia ineluctable del paso del tiempo, sino en la triste comprobación tardía de la pérdida de la inocencia; el trastrocamiento de aquella mirada cándida y directa en otra más calculadora y retorcida. Eran otros tiempos. Nuestro universo era un planeta aislado que giraba en torno a esa escuela. Al sonar el timbre de salida el movimiento se detenía, congelándolo en la órbita, para reanudar su infatigable rutina a la mañana siguiente.

Poco a poco los rumbos que cada uno había elegido, o que se nos presentaron y tomamos sin pensar, se fueron separando, como las ramas del viejo tronco. Algunos nos mantuvimos en contacto por cierto tiempo. Al final dejamos de vernos. Entonces, gracias a la perseverancia del Laucha, los más “representativos” tenemos nuestro encuentro anual. Este piadoso eufemismo que alimenta nuestro engaño tiene su justificación, pues de ese modo disimulamos la deserción de los otros, la mayoría, los que no se conmueven con el recuerdo o quizá, más sabios, prefieran no desempolvar el álbum de fotos de la secundaria arrumbado en el fondo de algún ropero.

Pero debo volver a quien dio origen a este relato. En realidad ni siquiera a él, sino al episodio de la facultad que, inconscientemente, relaté en la cena, como un acto reflejo que descubrió esa manía masoquista que se me ha hecho carne: recordarlo para flagelarme.

Omití mencionar que Longo era un pésimo alumno. Quizá por esos tiempos su débil organismo conspiraba contra el desarrollo de su inteligencia o el pobre no encontraba suficiente motivación para mejorarla. Su boletín evidenciaba el capricho morboso de los profesores que insistían en anotar las malas calificaciones con tinta roja. Por el contrario, las mías, sin ser excelentes, denotaban la bondad imperturbable del azul. Por entonces yo había adquirido una especial habilidad para aprehender conceptos con economía de recursos. Lamentablemente muy tarde comprendí que había sobrevalorado mi capacidad. Yo creía que en la universidad la cosa sería “pan comido”. De haber sido más cauteloso, si al menos hubiera sospechado que mis logros eran menos fruto de mis aptitudes que de las fallas de un caduco sistema de enseñanza, la caída no habría sido tan violenta.

Curiosamente no fue Juanjo el que me indujo a contar el episodio. No importa quién haya sido, el caso es que cuando empecé a narrar los hechos un silencio filoso, brutal, inmovilizó

voces y copas. Aturdido, inmerso en esa atmósfera enrarecida, podía escuchar mi voz, extraña para mí, desconcertante para ellos que esperaban ansiosos la anécdota graciosa, el episodio grotesco que los hiciera explotar en carcajadas. A medida que avanzaba en el relato sus rostros iban tornándose sombríos, sus miradas esquivas se perdían entre el laberinto de copas, botellas y ceniceros colmados, sus dedos inquietos fabricaban pliegues en el mantel.

Había sucedido una pálida tarde de abril, en un examen parcial de Análisis Matemático, en la Facultad de Ingeniería. El empeño de un puñado de atrevidos o sabelotodos, dispersos en el magnífico recinto, no alcanzaba a mitigar el brutal testimonio de la multitud de butacas vacías que justificaban con su mudez la ausencia de los temerosos. Esta circunstancia y el silencio cruzado por susurros le otorgaban al entorno una connotación aún más patética. Faltaban apenas unos minutos para el comienzo de la prueba. No sé qué me mantenía en el aula. Un nudo en el estómago, fiel termómetro de mis angustias, me anticipaba el inminente fracaso. Por los ventanales que dan al paseo Colón trataba de distraerme observando a las parejas que paseaban su despreocupación por la avenida. Otras charlaban animadamente, recostadas sobre el césped que bordea el Monumento al Trabajo. Todos los movimientos del exterior eran captados por mi atención, ávida de encontrar cualquier vía de escape, aunque fuera ilusoria.

De pronto, como una premonitoria repetición de la escena de aquel primer día de clases, descubro a Longo, en la escalinata de acceso al pasillo central del aula, acarreado con dificultad su desproporcionada cartera de cuero. Parpadeé un par de veces como desconfiando de que mi aturdimiento me hiciera ver fantasmas. Pero no eran visiones. No.

Longo se encaminó directamente hacia donde yo estaba, como si supiera de antemano que me iba a encontrar. Aún hoy me niego a aceptar como casual que eligiera sentarse a mi lado. Al acercarse, comprobé que seguía tan pequeño como antes, quizá

algo más encogido. Amagué levantarme para saludarlo, olvidado por completo de aquellas travesuras del secundario, y verdaderamente contento por el reencuentro con un antiguo compañero en ese ámbito egoísta y hostil. Me saludó con cortesía e inocultable frialdad, y sonrió con una suficiencia que no alcancé a comprender. Sin hablarme, ni hacer ningún comentario o preguntar por mi vida, como era lógico y natural pues habían pasado algunos años desde nuestro último desencuentro en el Nacional (habíamos sido compañeros de clase hasta el tercer año), se acomodó en el banco de mi derecha y comenzó a desplegar en el pupitre sus útiles de trabajo. Estaba tan sereno e imperturbable que por un momento pensé que su enfermedad (nunca supe qué rayos tenía; si realmente era una enfermedad o un estado) ya le había atacado el cerebro: ese examen era crucial y uno de los filtros que obligaba a desertar tempranamente a la mayoría de los aspirantes a ingenieros.

Cuando el ayudante de la cátedra repartió las hojas con los temas impresos y le eché un vistazo a la mía, la resignación, que se me había presentado como una amenaza, se transformó en brutal certidumbre: era el fin de mi aventura universitaria.

Por unos momentos, como si la perseverancia en la práctica de ingeniosos métodos para copiarnos en los exámenes escritos (o en los circunloquios banales a que echábamos mano cuando pasábamos al frente a dar la lección ganando tiempo mientras esperábamos que nos soplaran una pista) hubieran acostumbrado al espíritu a alimentar absurdas esperanzas, mis ojos hurgaron entre las malintencionadas preguntas tratando de encontrar alguna de fácil resolución. Después vería.

Revitalicé mi ánimo, alentándolo a no desertar, como cuando resolvía intrincados crucigramas y elegía las preguntas más asequibles. Algunos esporádicos aciertos, una que otra letra de las respuestas correctas me proporcionaban el acceso a las difíciles, por intuición o tanteo. Pero, lamentablemente, no eran palabras cruzadas. Entonces me derrumbé.

Pasé la mitad de la hora que duraba la prueba con la mente hecha un trapo de piso, garabateando pirámides y cuadrados en una esquina de la hoja, brutal, brutalmente blanca. Entonces, como si el instinto de supervivencia me hubiera iluminado, recuerdo que sonreí y pensé: ¡Qué tonto! ¿Cómo no había reparado en que ese viejo compañero, honrando el código de honor de la hermandad estudiantil, aunque no hubiéramos sido verdaderos amigos, me rescataría del naufragio?

Aliviado del peso de los absurdos temores miré hacia su lado. Advertí que escribía parado frente al pupitre, encorvado sobre su papel, cubriéndolo con el brazo (después comprendí que lo resguardaba de mí). A pesar de la muralla protectora, pude comprobar que ya había contestado casi todo el cuestionario. Me agazapé para acercarme y susurré su nombre. Quizá lo hice muy débilmente, pues no dio señales. Espié para ver si el ayudante estaba cerca, pero por fortuna charlaba con el titular de la cátedra sobre algo que los mantenía ocupados. Entonces me animé y le pedí a Longo que me soplara unas respuestas.

Fue un instante, casi una ráfaga. Sin hablar, sin que su rostro reflejara un gesto descomedido, me miró de soslayo, como dosificando su desprecio. Después, sonrió, con los labios apretados, volvió su mirada al papel y continuó escribiendo. Pasados unos minutos se levantó para entregar su prueba. Lo vi irse, empequeñeciéndose, por el pasillo, arrastrando el inveterado portafolios. Saludó al profesor y antes de cruzar la puerta miró hacia mi lado. Me pareció adivinar en su leve cabeceo una despedida. Nunca más lo volví a ver.

No hizo falta ninguna recriminación, ni sermones sobre las vueltas de la vida, ni estúpidas moralejas. No. Simplemente una sonrisa. Como si a través de ella paladeara más a gusto la venganza que, él sabía, fatalmente habría de llegar.

Cuando terminé mi relato, el silencio, que antes era un manto neblinoso acechando mis palabras, se descargó sobre la mesa con la impiedad de una penitencia. Con idéntica repercusión que una escupida en el mar, alguien intentó cambiar el clima comentando algo sobre el inminente clásico River-Boca que se jugaba al otro día. Oportuno, el Laucha pidió la cuenta.

Nos despedimos en la puerta. Los tímidos abrazos enmudecieron las inútiles y vacías promesas que nos hacíamos a la salida de cada reunión, cuando la ilusión de recuperar la inocencia perdida, de rasgar bajo la costra de los años y la rutina para redescubrir a aquellos adolescentes lejanos, renovaba la esperanza del próximo encuentro.

La noche fresca y perfumada de Barracas se poblaba de nubes que lentamente iban cubriendo la negrura del cielo. Quizá haya sido mi imaginación, pero creí ver que, sentado en el borde de una nubecita pequeña, tan reducida que no alcanzaba a cubrir sus zapatos infantiles, Longo nos observaba sonriendo, como si aquella sonrisa despectiva que me había dedicado en la Facultad esa noche la extendiera al conjunto.

Habíamos fracasado en el intento. No era solo que la boletería había cerrado obligándonos a esperar hasta el próximo noviembre. No. El parque de diversiones se había clausurado. Definitivamente. Las artimañas a que habíamos echado mano con la ingenua esperanza de revivir tiempos de antaño no habían resultado, ni podíamos deformar la realidad a nuestro antojo. Ella, cruel y obstinada, emergía, como traída por la sonrisa burlona de Longo desde el más allá.

Hubo una época en la que me sentí acorralado por el recuerdo. A través del espejo retrovisor del taxi estudiaba el rostro de cada pasajero y lenta, gradualmente, lo iba deformando hasta instalarle dientecitos de tiburón, rictus sarcásticos, peinados a la gomina. Viví perseguido por su espectro. Cuando me detenía ante

cada semáforo, Longo se me aparecía entre los niños que cruzaban de la mano de su madre por la senda peatonal y apartándose del grupo me señalaba con el índice acusador. Hubo un tiempo, también, en el que me vi como un penitente que buscaba purgar su culpa asediado por el recuerdo de una lección de vida.

Hoy creo, sinceramente, que no debo reconocerle nada. Es más, estoy convencido de la perversidad de los enanos, montón de resabios apretados en un cuerpo amarrete, resorte tensado hasta el límite a la espera del momento propicio para descargar su rencor. Tal vez lo único que deba agradecerle a Longo es que, sin proponérselo, me liberó de culpa y de futuras demandas judiciales por derrumbes de puentes o edificios, que mi falta de afición por la ingeniería seguramente habría causado, y rescató de los escombros de mi fracaso esta vocación que de otro modo hubiera quedado trunca.

No me imagino con un casco de plástico amarillo en la cabeza, calzando zapatones de goma y sacos con cuero en los codos.

Soy feliz en mi taxi, conversando con la gente, pues si uno es atento y sabe escuchar, se aprende un montón.

Premio Especial
Monegros

El gallo de Marcén

Amadeo López Cobas

Un siglo más varias décadas hace que vivo en Marcén. Casa Sangarrén ha sido mi cobijo de siempre. O mi intemperie, hablando con propiedad. Soy un gallo. Un gallo veleta. Señalo la dirección en que sopla el viento.

Nací en Casa Belén. El nombre proviene de la matriarca que, tiempo atrás, trazó el destino a los vástagos que mi feudo de nacimiento produjo. Conocida posteriormente como la casa del herrero. Cuestión de oficio. En su fragua, el martillo me forjó, sacándole al hierro de mi esqueleto el rudimento. Batiendo en el yunque, sito en el zaguán de tal morada, moldeó mi constitución aplanada. En el portal de Belén remató el alumbramiento. Las pacientes cerdas del maestro pincel pintarrajearon ojos saltones, coronaron de intenso rojo la cresta, pardo e iridiscente el plumaje, decoraron en amarillo mis patas rugosas.

Seco que estuve, me emplazaron en el tejado. Cerca de la chimenea. Mi primer amigo, el humo. Colándose por las rendijas, entre las piedras que sostienen el espantabrujas, portaba noticias desde los fogones. El olor de su humeante lenguaje penetraba mis orificios nasales. La leña ardía en la cocina tradicional. Instalado en las alturas, me visitaban los aromas densos de los potajes. Judías blancas al toque porcino de la longaniza. Borrajas con almejas.

Receta, la última, aportada por un marinero gallego. Enrolado en un pesquero que faenaba en aguas del Gran Sol, había cambiado, este año sabático, el océano por la aridez monegrina. Profundidades, inmensidad azul, peligros. El embalse de Torroillón me tienta con su mansa superficie. La suavidad del verbo de este hombre me engatusó. Yo quiero ser marino. Haciéndome a la mar, atrapar merluzas de pincho. Lo seré cuando me libere. Prendido estoy a un eje que se me clava en salva sea la parte.

He oído que en el pueblo hay veletas más bonitas que yo. Discrepo. No hay comparación que me aventaje en belleza. Ni siquiera la del gaucho pampero que, galopando a lomos de su corcel, derriba a un ñandú trabándole las extremidades con su boleadora. Es un mito. No existe esa veleta. Tampoco me aventaja la que tengo enfrente de mi casa. Me tapa un tramo de vista. No es muy amigable. Tiene la efigie (y los hábitos noctámbulos) de una bruja. Negra como un tizón, al romper el día le digo picardías para ruborizarle los granos de la nariz. Ni por esas se le cae el sombrero. Ofendida, somnolienta, la muy desagradable gira su escoba y me da la espalda. Maleducado frente a maleducado, yo levanto mi espolón. Luego, la dejo que duerma.

Al fin, soy un gallo de buen carácter. No es fácil molestarme. Tan solo me incomoda el estío. Si no sopla una gota de brisa para abanicarse y combatir el sofocante calor canicular. La crudeza hibernal me fastidia, he de confesarlo. Se me cuelgan chupones de hielo del pico: las cosquillas son insoportables. La primavera suele martirizarme con alergias, alguna astenia. Menos mal que en el otoño me siento bien. Salvo si las precipitaciones arrecian, porque no tengo costumbre de mojarme y se adelantan mis resfriados; o si retrasa su llegada el invierno: me agobia el desconcierto.

Fuera de estas nimiedades, en mi vida no he tenido sino una molestia verdadera. Aquel gallo. ¡Qué mal talante! Vivía en el corral. Vivió en él hasta que sucumbió, una Nochebuena, bajo los sonos de la zambomba. Que estaba riquísimo fue el comentario generalizado. Antes de que fuera redimido en la purificación del puchero, al albor, ese pérfido entonaba su canto matutino, escrutaba mi perfil, recortado por la claridad del amanecer. Yo oteaba con disimulo. Él encrespaba las plumas de su pescuezo entretanto me dedicaba su más chulesco galleo. ¡Que se fastidie! Yo sigo libre; él pasó de cautivo tras las rejas a cena navideña.

Me conformo con poco. Basta para mi solaz un vistazo a las cordilleras que delimitan la periferia de Marcén, desde gran

distancia. Los macizos de la sierra de Guara. Hoy han eliminado la notoriedad de la sierra de Alcubierre, de infausto recuerdo en mis oídos de hojalata. Antaño, llegaban desde San Caprasio ecos repercutidos: disparos que saltaban parapetos y trincheras, arrancando vidas. Aunque la Guerra Civil también derramó sangre en el pueblo. En fin. Me basta del mismo modo con espiar a los transeúntes, deambulando calmos contornando las calles. La prisa es relativa en este retiro.

Cada otoño me enamoro perdidamente. No de una gallina de las del corral, como procedería. El vuelco a mi corazón metálico lo genera un arbusto. Pegado al muro trasero de Casa Sangarrén está la culpable de su frenético palpar. Es un madroño hembra. Los brillos despuntan, me llama el fuego anaranjado y rubí de sus bayas. No me amedrentan sus hojas de lanza ni la rugosa piel de su fruto. He de aguardar a que crezca para alcanzarla. Para embriagarme con su pulpa. La cortejaré entonces, picoteándole la copa de sus ramas. Pediré su mano. Uno es un caballero, no mancilla, no poliniza sin consentimiento.

¡Ay! Me pongo tierno.

Adoro las conversaciones demoradas de mis amos. El matrimonio anciano que vive conmigo, tiene la sana costumbre de estirar los resquicios de luz de septiembre. Expira el verano. Charlan en el jardín, a voz queda. Son expertos. Saben que los susurros son besos adolescentes. Hacen temblar. Si se paladean furtivos, hurtados al atardecer. Durante el crepúsculo, el ama revela a su marido la frondosidad de la madreSelva, oculta en la fresca umbría. Sus desvelos con las dalias, cuajadas de capullos abiertos. El jazmín silvestre: la pasada primavera germinó y mostró el color amarillo, al fin. Las blancas flores de la adelfa trasplantada, mustiándose en paz. La albahaca pelada. Guardadas sus hojas en lo oscuro: condimentarán guisos. La salvia y su aún persistente aroma; la poda que aguarda al rosal trepador. El amo enuncia los venideros éxitos del nogal, cargado de frutos de cáscara verde.

La siembra en el huerto, las plantas de guisantes que pondrá. Se pregunta si se volverán a helar las patatas, o si los granos de oro de la vid atraerán demasiadas avispas.

Él se yergue, recompone los huesos, lastimoso, entra en la casa. Al cabo, regresa con el picú bajo el brazo, arrastrando la alargadera. Ella le brinda una sonrisa cómplice. Guiña un ojo él. Con los primeros acordes de “La flor de la canela”, el abuelo solicita un baile. Una trasnochada reverencia indica que la dama lo concede. Me chifla María Dolores Pradera. Los jazmines en el pelo suenan entre tinieblas. No tardarán los ocasos de nubes rojizas en advertir del cambio de estación. El jardín perderá su preeminencia nocturna. El musical ambiente del tocadiscos se trasladará adentro. El letargo del frío, la justicia de la escarcha.

Las cenas bajo el emparrado se quedarán en proyectos. Volveré en el futuro a extasiarme con la paciencia del amo. Él se encarga de sazonar las chuletillas de ternasco, de ponerlas en adobo con vino blanco del Somontano. Antes de reposar sobre la parrilla, recibirán las costillas instiladas gotas de aceite de oliva virgen. Del que compra en Alquézar. De ese que le venden en botellas de agua mineral recicladas. Que está buenísimo, al parecer. Atizará el fuego para comprobar su fuerza, repartirá la brasa, espolvoreará un puñado de sal. Que no avive la grasa de la carne las llamas. Costillada lista. Entre mordisco y mordisco se hablará de entrecavar con la sotería en el huerto, para eliminar las malas hierbas. Del aclareo de las alcachofas, de los tomates encañados, de la remuda. También, de los cortes en el alfalce, los girasoles atiborrados de pipas, de las ocasiones en que la sequía no permitió granar a la espiga del cereal.

Pasan los años. Cenan agricultores más envejecidos cada vez. El transcurso del tiempo ha plateado las sienes al ama, encorvado al amo.

A mí la vejez me ha traído el avance de la herrumbre. Amenazó con apoderarse de mi cuerpo hace mucho. Una picadura

en la cresta. Hoy el óxido me llega hasta el pecho. ¿Qué le voy a hacer? No puedo pedir que me rescaten, que me lijen y pinten nuevamente. Está mayor el señor. No quiero equilibrios, no vaya a caerse del tejado, en el intento de adecentarme. Toca sufrir.

Me ha entrado nostalgia. Recuerdo otro gallo vecino, sito sobre la techumbre de la casa del herrero. Ya no está. Se lo llevaron unos excursionistas de paso, los sorprendí durante el robo. Lo cogieron del suelo. Reposaba allí desde que se cayó el tejado. Nada hay que objetar: veinte años aguantó en soledad el armazón de madera. Con el agua filtrándose porque nadie refrenaba las goteras. Muertos los dueños, el patrimonio se queda huérfano, aunque siga teniendo amo, en forma de desinteresado heredero.

He echado mucho de menos la compañía de aquel gallo hermano. Eso que se quedó mudo de tristeza al desplomarse el techo de su casa.

Me pregunto, ¿qué futuro me aguarda?

Observando al cielo, me huele mal. Esta noche se anuncia tormenta eléctrica. Las odio. Me producen pavor. A mí, que no a otros. Seguro que la familia de jabalíes abandonará su escondrijo diurno, entre aliagas, carrascas y bojes, para rondar el huerto. Aunque restallen relámpagos o caigan centellas. Me tocará, como siempre, hacer ruido. Girar sobre mi eje para arrancarle destellos a la luna. Deslumbrarlos y asustarlos. Si se nubla, será imposible. Hozarán. Los muy ladrones devorarán tubérculos y sembrados. Estaré solo frente al ataque. Ya no se asoma el patrón a la ventana para darles caza. Desde muchas fechas atrás se ha dado por vencido. No enarbola su escopeta, no sitúa su linterna bajo el cañón, no la enciende mientras apunta, un segundo basta, resuena un disparo certero. Cae el intruso.

Está raro el amo, se ha vuelto mayor. Lo demostró hace tres tardes. En inspección veraniega, declinando, un turista aparcó su coche en el umbral de la tapia. Un imponente todoterreno. Indispensable útil para desplazarse por las avenidas de la ciudad,

sorteando el tráfico. Preguntó si se vendía alguna casa en el pueblo. El amo dijo que no con la cabeza, pero le vi cómo de reojo observaba la triste desolación de Casa Belén. Refunfuñando, el urbanita se largó. A fomentar la fama de huraños de los pueblerinos.

No es verdad. Aquí, a uno le vuelve hosco el carácter la despoblación, el no tener con quien charlar. Nos volvemos precavidos (si cuadra en exceso) por culpa del clima, que es extremo.

Mis chirridos, dando vueltas al son de ráfagas de aire, a quienes asustan mejor es a las cabras. Esas tontas. No soy el único. Se atemorizan también con los nietos, cada vez que nos visitan. Adoro la algarabía que conforman. Casa Sangarrén rejuvenece, cobra vida. Por mucho que jueguen a tirarme piedras, los muy granujas. El primogénito, hace dos primaveras, me alcanzó. Su pedrada marcó una mínima muesca en las plumas de mi cola. Es perdonable, son niños. Lo que me resulta insufrible es el llanto desconsolado del abuelo. Regresan el hijo, la nuera y su prole a la lejana capital. Los padres al abandono. Quisiera saber volar, bajar y arrullarlo mientras solloza aquello de “un día vendrán y yo ya me habré ido”...

El tubo de la chimenea traiciona a la abuela: sola, lagrimea en la cocina. Tiene un reino, tiene un rey. Gime. En este trance no tienen ningún valor.

Empiezan las andanzas de la bruja. Se prepara para surcar el firmamento cabalgando sobre su escoba de filamentos deshilachados. No me intimida. Sobre la chimenea de Casa Sangarrén hay un fornido espantabrujas que impide su acercamiento. Es el más lucido de todo Marcén. Se irá a dar un garbeo. Hace buenas migas con otra veleta. Esta, calca el modelo de un gato bufando. ¡Me horripila! Tiene el lomo arqueado, los pelos erizados. A lo lejos, oigo su maullido exasperado, reclamando a su amiga. Es casi tan malo como el tío Eladio. Dado su temperamento ruin, en el pueblo todos le dicen Elodio.

Desde mi atalaya en la calle Alta, domino el mundo. Hacia el valle sobresalen los tallos tiernos de los arrozales, respirando fuera del agua. En un lado del monte está el Mobache, que goza de mejor vista aún que yo; en el otro contemplo peña Gratal, el espinazo del Fraginet, peña Guara. Y aunque no lo diviso, sé que el Pirineo está detrás.

Me han contado que a principios del verano, cuando se aparta la nieve, cuando escapa al refugio de las altas cumbres, se desmerecen los lirios. Desde esas cumbres pirenaicas, en sus cuarteles de verano, la tropa de la nieve recibe las órdenes. Allí se urden los planes. A fines del otoño, invadirán de blanco gélido las laderas, acecharán las puertas de pueblos similares a Marcén, aquejados del mismo mal: vejez.

Soy el último en ver cómo se oscurece el pueblo, cómo el sol se esconde discretamente en medio del tajo formado por los mallos de Riglos y Agüero. El vetusto tronco de olmo yace en su sitio. Fue abatido por un rayo. ¡Como para no tenerles miedo a las tormentas! Su cuerpo ha dado lugar a un banco de madera. Al lado de la fachada del ayuntamiento, se beneficia de la mole de la iglesia, que ampara a los marceneros del aire gélido que sopla desde el norte. Sentados, toman el sol en él los ancianos al mediodía; se decían requiebros los enamorados, bajo el influjo del crepúsculo; al fresco, secretean las abuelas los chismes del pueblo, con el hechizo telúrico. La vida pasa ante mis patas de gallo.

Raya el alba. Doblan las dos campanas de San Pedro. Su tañido amargo es una ofrenda a Ramón de Chalamera, el contador de cuentos. Ha sido el último en caer. Para las fiestas, a la lumbre de la hoguera relataba leyendas de la región. Mentaba al bandido Cucaracha, estraperlo, la reaparición del moro, bosques de sabinas, cocones... Uno menos. No se presentará más el chalamerense dando voces, por el recodo de la fuente que hay en la plaza. No alzaré la cestilla repleta de carpas que ha capturado en

el río Flumen. Trofeo exhibido mientras galopa sobre la montura de su ruidosa motocicleta, caña de pescar en ristre, su casco ceñido con el barboquejo: un don Quijote moderno. Su risa desdentada no teñirá más de marfil el concepto de amistad. No habrá quien me use de ejemplo. Las narraciones fantásticas no abrirán la boca de admiración a los niños. Nadie los dejará atónitos ante la idea de imaginarme cacareando, recorriendo el tejado de Casa Sangarrén. Él juraba haberme visto. Y batir las alas, y guiñarle un ojo. Es cierto que lo hice. En su honor.

Esta tarde le dan sepultura. El salón social ha perdido al más activo de sus tertulianos. La brisa trae el ronco sonido de las gaitas de Robres. Vibra mi cresta, como en primavera, cuando allá andan de dances. Me causan pudor los entierros. El día que yo estire la pata, no pienso decírselo a ningún conocido. No quiero que me vean indefenso, con mis vergüenzas a la vista. Pereceré en silencio. Quieran las estrellas que no se vayan los amos antes que yo. No soportaría ese dolor.

Al atravesar la cancela en retirada, aquel turista del todoterrreno dirigió su dedo hacia mí. “¿La veleta tampoco la vende?”, preguntó. Mi dueño no se inmutó.

VIII Certamen
de Relato
Corto (2006)

1.^{er} Premio

Zopilotes del desierto

Gregorio León Armero

A todas las muertas de Ciudad Juárez.

Un viento caliente, como el vaho de un perro sarnoso, arrastra al desierto las oraciones de mamá Lupita. Virgen de Guadalupe, pórtese bien, regrésemme a mi hijita... Las repite como una letanía, un sonsonete que la acompaña desde las cuatro de la mañana, porque a esa hora ya no puede estar ni un minuto más en su cama, y se levanta, con la esperanza de encontrar encerrada en su habitación a Magali, pero Magali lleva mucho tiempo sin darle las buenas noches, mamacita, sin preguntarle ¿cómo fue el día?, y mamá Lupita no tiene más remedio que desafiar al frío de la madrugada, al aullido de los coyotes que parecen retarla en la lejanía, y no duda en humillarse ante la tierra hecha polvo, escarbar con un palito de madera que le sirve para rastrillar minuciosamente, moviendo los dedos nerviosamente, la respiración acelerada, en una tarea que apenas le concede un respiro para mirar desafiante el desierto que la rodea, con la certeza de que al final le derrotará, que, aunque intente engañarla, acabará por devolverle a Magali, que, hace demasiadas noches que no se queja porque de nuevo los frijoles se le quemaron y saben a ceniza, Magali que baila y baila, agarrando férreamente a un chavo que le tiene la cabeza como una tilichera, el chavo que ahora le tantea la espalda, no se le vaya a escapar, qué bien huele, tengo el coco rayado por él, la melena del pelo un poco montuna, que recorre con dedos ávidos, él le descubre su mirada arrobada, su boca entreabierta y esa es la señal de autorización que esperaba, la que le permitirá continuar hacia abajo, no se conforma con la espalda, progresa hacia abajo, Magali siente los dedos rugosos caminarle como una tropa de hormigas que saben dónde encontrar la miel, con la inatacable certidumbre que su lengua, que no dudará en abreviar en la boca, sin importarle los arañazos de su barba ni su

aliento un poco estropeado por el vinagre de la cerveza, Magali embriagada por la música, que viaja transportada por el viento, yo te tendré en mis brazos, la música que tararea cuando empieza la novela de las cuatro de la tarde, siempre que puede verla, depende del turno en la maquila, y sí, le jode perderse un capítulo, pero se siente indemnizada al día siguiente, porque vuelve a ver a Gustavo Alfonso, de belleza imprescriptible, diciéndole a Marita frases lindas que cree dirigidas a ella, exclusivamente, y reconoce sus inflexiones de voz, sus gestos atribulados o de rabia, y hasta sabe cómo huele, exactamente igual que el chavo que ahora le aprieta las nalguitas, con decisión, y Magali se siente indeciblemente dichosa, como si toda la vida lo hubiera estado esperando, como si por fin hubiera llegado el capítulo que tanto esperaba, y no se lo iban a contar, lo iba a vivir, lo estaba viviendo, y piensa en sábanas de satén que acaban hechas un gurruño, en sábanas que olían a detergente pero que ahora huelen a macho, y te tendré en mis brazos, dice la canción que ella tararea para que el tiempo en la maquila sea más rápido, la pieza A se ensambla en la pieza B que se ensambla en la pieza C que se ensambla en la pieza D...

A mamá Lupita la echaron a patadas de la comisaría. Se habrá ido con el novio, no se preocupe, le dijo, con gesto de hastío, un tipo chaparrito, de bigote frondoso, pero ella no lo creyó, y por eso se presentó allí al día siguiente, con unas bolsas que le habían nacido bajo los ojos. El tipo se dio cuenta, pero no le hizo ningún comentario, ni siquiera cuando ella rompió en un llanto que se coló por todos los corredores de la estación de policía, tranquilícese, ya volverá, y esta vez fue mucho más breve, no la trató con gestos educados, ella se dio cuenta de cómo le presionaba fuertemente la muñeca izquierda, sacándola de su despacho. Botándola. Es una pobre loca, dijo el comisario a un compañero, explicando la situación, como si hablara del perro que ayer murió atropellado en su misma cuadra, pobrecito. Al día siguiente ya no le recibió el comisario, que discutía acaloradamente de fútbol

con alguien, a punto de fajarse con él, y la sacaron de la estación a empujones, y no se cuidaron esta vez de decirle, loca, usted es una pobre loca, y cuando llegó a casa lo primero que hizo tras vomitar una papilla blanquecina hecha de ayunos ya antiguos, fue mirarse al espejo, buscando en sus facciones algún indicio que permitiera darle la razón al policía. Está loca, completamente loquita, su voz bronca se ha enganchado en los tímpanos. Sí, estaba loca. Loca porque hace unos minutos ha entrevistado la figura de Magali poniéndose un vestido, demasiado escotado, juzgó, le aprieta demasiado el fondillo, y ahora solo ve su habitación ocupada por un silencio invencible.

Bailas y bailas... Un vestido rojo, rojísimo, tanto como tus labios, que se ofrecen esta noche como nunca antes lo han hecho, igual de deseables que los de Marita, que apenas tiene lana para comprarse una falda que atrape la mirada de Gustavo, no como la arpía de Nina, desperezando su cuerpo maduro en un chaise-longue tapizado de terciopelo, comprobando el brillo satinado de sus uñas, aguardando el minuto siguiente para que aparezca Gustavo a mirarla con un deseo que debe ser más poderoso que el que siente por Marita, esa pobre infeliz que vive en la colonia de Lomas de Poleo. Gustavo, su piel atezada, igual que el chavo, no tiene más remedio que pasarse muchas horas al sol, laborando para conseguir algo de lana, Gustavo, enfrentando a la disyuntiva de elegir entre dos amores, Marita y Nina, y Magali sabe que al final será Marita la elegida, aunque sea en el último capítulo, como ha sido ella, él le aprieta el fondillo con una fuerza nueva, ella sabe que triunfaron sus encantos, se deja embriagar por los efluvios de hombre que ahora la colman, y le tararea al oído, bien pegadita tu boca a su oreja, el estribillo de la canción que te hace abstraerte del mundo, al carajo las piezas de ensamblaje, al carajo el reloj asaltándote con sus timbrazos a las cinco de la mañana, toda la atención concentrada en Gustavo, debatiéndose entre dos mujeres, mirando las uñas de por-

celana de Nina mientras piensa en el aroma animal y primitivo de Marita, y la respiración se te detiene, los ojos prendidos de la televisión, porque Gustavo ha dado un paso al frente y ahora sus pupilas enfocan la figura de Nina, que se ha pintado los labios, esos labios que siempre están llenos de rouge, y por un momento crees que se dispone a quitárselo, a borrarlo con los suyos, pero no, solo se le acerca al oído y le dice algo, vámonos de aquí, mamita, ¿vamos?, eso has oído, el chavito te ha hablado, te lo dice dos veces, para que entiendas, pero no hacía falta que lo repitiera, porque tú comprendiste a la primera, pero todavía dejas pasar unos segundos, sin atreverte a mirarlo, porque si descubre la felicidad expectante que se te ha enganchado a las facciones, estás perdida, completamente perdida, estás enculadísima con él, soy medio boba, a fin de cuentas dicen que los ochomesinos tenemos el cerebro chiquito, y no puede darse cuenta porque te cogería ahí mismito, aunque tuviera que madrearse con el mismo diablo, y por eso debes pegar tus mejillas a su barba, dejando que acabe la canción, lentamente, y quisieras esconder tu corazón para que él no se dé cuenta de que se ha puesto a cabalgar, quisieras meterlo en una gaveta y cerrarlo bajo llave, pero no, en ese momento lo sientes en medio de la pista de baile, observado por todos, él se ha dado cuenta, ni siquiera ha esperado tu respuesta, y te ha jalado con fuerza para rescatarte de allí, Nina compone ante la cámara un gesto de fastidio, de orgullo injuriado, porque Gustavo se ha dado media vuelta y cruza ya con pasos rápidos la puerta de entrada de la fastuosa casa de varias alturas y brillante entarimado, en el jardín creciendo pirules, sauces, membrillos, tejocotes, y sientes una satisfacción íntima, quieres que ahora busque a Marita en la colonia de Lomas de Poleo, rodeada de perros famélicos, en una casa que es poco más que un bohío con techumbre de paja, pero debes esperar, porque de nuevo irrumpe el estribillo de la canción, y estaré en tus brazos..., que abre y cierra el capítulo, y hasta mañana no sabrás si ella se ganará el beso que le ha negado a la pelandruja de Nina.

Él maneja rico, se le ve lindo al volante, con una solemnidad que contrasta con las notas festivas que escupe el radio, y te extraña que ahora se haya puesto tan serio, y le pasas el dorso de la mano por la cara, sientes un tacto de lija que te hace cosquillas, y le pides que apriete el acelerador, porque el tiempo corre, se te escapa, no como en la maquila, la pieza A se ensambla con la pieza B, que se ensambla con la pieza C, que se ensambla con... y así siempre, diez horas en la cadena de montaje a cambio de cinco dólares. A través de los vidrios polarizados del Suburban ves la parada del ómnibus, donde agarras la ruta que te deja en la maquila antes de que el día haya clareado, y sabes que en unas horas deberás estar ahí, aguardándola, pero con una felicidad nueva, porque tú sabes dónde te lleva él, sabes por qué maneja tan rápido, por qué ha frenado de manera tan brusca, por qué te muerde ahora los labios, le arde el pantaloncito, y sientes un latido en el centro de tu cuerpo, un latido demasiado poderoso como para ignorarlo, y te importa un carajo lo que pase, en la maquiladora despidieron a Esperancita porque no les trajo la compresa manchada de rojo, era imposible que manchara, estaba preñada, la preñaron, y por eso la botaron del trabajo, pero tú no puedes pensar en eso, no, solo en cómo hacer para que el volante no te moleste en tus movimientos, y es extraño que él rechace tu iniciativa, te dé un empujón devolviéndote a tu asiento, apaga el radio, y solo en ese momento te das cuenta de que lo único que se oye en ese paraje son los quejidos lejanos de los coyotes, demasiado lejanos, pero estás tan desconcertada que no puedes asociar ese silencio con un calor nuevo y violento que ha estallado en tu mandíbula, miras sus ojos, que siguen siendo dulces y no encuentras relación entre el color pacífico de esos ojos y el dolor que te invade, pero no apartas tus ojos de los suyos, fascinada todavía por el brillo de las pupilas, pero también por la fuerza con que sus manos nervudas te golpean, como si actuaran autónomamente, en discordancia con ese rostro de facciones suaves, los dedos crispados, y eres incapaz de entender nada, ni siquiera

porque los puñetazos que te sigue dando no dejan un dolor físico, sino un dolor más hondo, te hurga el ajustador, te lo arranca de un jalón, igualito que has soñado cómo lo haría Gustavo a Marita, entrecierras los ojos para acoger su saliva, pero sobre tus pezones no se abalanzan unos labios, sino un cuchillo ávido, y ahora sí, te sientes estafada, como si Gustavo finalmente hubiera elegido a la descará de Nani, se marcha de la colonia de Lomos de Poleo dejando a Marita entregada a un baño de lágrimas, que tú quieres imitar, pero no puedes, todos tus esfuerzos concentrados en soltar una lágrima, pero eres incapaz, las fuerzas se te fugan, quieres ofrendarle una lágrima antes de que la mirada se te vuelva turbia y el color negro invada la pantalla anunciando que la novela ha acabado. Definitivamente. Que ya no hay más capítulos.

Son zopilotes. Mamá Lupita los mira. Se para. Los desafía con la mirada, empuñando el palito con el que rebusca en la tierra, centímetro a centímetro, sin importarle que sus rodillas hayan empezado a sangrar, costras antiguas reventando para intentar disuadirla, pero mamá Lupita es muy terca, por eso nunca se rindió, nunca creyó a los médicos que le habían pronosticado que jamás podría concebir, pero a los cuatro años, cuando la esperanza y el deseo se le habían apagado, notó una falta, el periodo no le vino, a ella también la hubieran botado de la maquila, pero los gringos todavía no las habían instalado aún, así que ella buscaba la lana chambeando de todas las maneras posibles, Magali le crecía en los adentros, con la misma terca obstinación con que ella la busca ahorita en el desierto, con el ulular del viento haciendo compañía a su esperanza. Dicen que ni el diablo se atreve a adentrarse en ese desierto, pero mamá Lupita prefiere estar allí, es mejor el desierto que los corredores angostos de la estación de policía, todos aquellos hombres de gruesos bigotes mirándola con desdén, tranquilícese, se habrá ido con el novio, ya volverá, le decían los pendejos, de buena gana los hubiera mandado a chingar a su madre, no mamen más, pendejos, ignorantes de todo,

incluso de que su hijita jamás ha tenido novio ni nada que se le parezca, ignorante también ella de que Magali tiene pegue con los hombres, y se lo grita, pero ellos solo le responden sacándola a empujones de allí.

El palito se desliza suavemente en la tierra, no encuentra ningún obstáculo, se cuele en la arena como si atravesara mantequilla, pero ella no pierde la esperanza. También los médicos le anunciaron que jamás podría tener un bebé, y mira, se equivocaron, Magali nació lindísima, mamá Lupita rebusca en el desierto, atizada por la misma certidumbre invulnerable con que supo un día que algo le crecía en los adentros, Magali nació como una burla a esos médicos bobos, Magali vive, como una burla a los policías menso, mamá Lupita lo sabe, y por eso apenas se permite un respiro un respiro, para restañarse las gotas de sudor que se le mezclan con la arena para formarle una película viscosa que le invade todo el rostro, sin que eso ni nada la pudiera derrotar, Lupita mueve el palito con desesperación, plenamente consciente de que los huesos que le entregaron, gesto grave, palabras quedas, mirada compasiva, no eran los de su hija, de que los zopilotes solo la esperan a ella, que está ya muy viejita y tiene los ojos rodeados de bolsas, y sigue pensando eso, a pesar de que el palito se ha atascado, se ha entrampado, detenido en algo sólido, mamá Lupita escarbando con la obstinación de un topo, arrancándole al desierto a regañadientes algo demasiado parecido a una calavera, no muy grande, a fin de cuentas dicen que los ochomesinos tienen el cerebro chiquito, y mamá Lupita hace callar a los coyotes con una oración transformada en grito, Virgen de Guadalupe, regrésememe a mi hija, pórtese bien, regrésememe a mi hija...

2.^o Premio

Un sabor que no se va

Elena del Hoyo Lavado

Lidia traga saliva y la garganta se le pone al rojo. No se acostumbra al dolor, aunque sea tan frecuente.

–Estrecha –fue lo que la llamó Micky. Se lo susurró sujetándola contra la puerta del baño, pero Lidia está segura de que su madre no puede saberlo. ¿O sí? Lidia la mira, pero la expresión de su madre no le da ninguna pista sobre cuáles son sus pensamientos. Es abril. La tarde ya ha salido de su guarida de siesta y avanza ganando un poco más de luz al día que ayer. En la calle hay plantados cerezos y sus hojas parecen de terciopelo. La temperatura es agradable, el tráfico no muy ruidoso. Emma intenta asir a su hija, pero no sabe cómo. Lidia es demasiado mayor para darle la mano, Emma es consciente, y le parece pequeña para llevarla del brazo, como dos señoras. Además, seguro que le rechaza el brazo. Y la mano. No lo hará de entrada, ya lo sabe, se dejará agarrar sin protestas. Pero estará envarada y rígida y se soltará en cuanto ella se descuide. Emma observa a su hija mentirosa (eso dicen en el colegio, Emma no ha notado nada) y se siente culpable porque los pensamientos que ella considera que debería tener al contemplar a su hija (blandos, suaves, calientes y con un punto orgulloso algo ácido y estimulante, como a limón) no aparecen. En su lugar otros en los que no quiere detenerse, sabores que no desea. Hace mucho que intenta dominarlos, pero no puede.

–Mira mamá, una mariposa –dice Lidia con la voz tenue y rota, señalando a la pequeña mariposa naranja que sale de entre dos coches y cruza por delante de las dos mujeres. Emma mira hacia donde apunta su hija sin entender muy bien. Ambas la ven meterse por la reja de una casona gris convertida en colegio. Emma compara la mariposa con su hija y llega a la conclusión de que es grotesco (lo piensa así mismo y le asusta el sonido de la

palabra, pero no encuentra otra) que su hija se fije en mariposas: definitivamente no le van el vuelo gracioso ni el brillo en las alas. Pero eso no tiene que ver con engañar. A Emma le extraña que mienta, porque Lidia siempre ha sido tan obediente, tan responsable, tan... Y al pensar esto, vuelve a reprenderse mentalmente. Y tampoco es para tanto, si su padre trabaja casi como abogado, ¿es mentira decir que lo es? La tutora del instituto debe ser una histérica.

–En cuanto acabemos, te vas a inglés –dice Emma.

–No llego –contesta Lidia con el hilo de voz que le queda. Hubiera debido quedarse callada y no hacerse más daño en la garganta, pero no le apetece ir a la academia.

–Sí llegas. Acabamos a las siete en punto y te vas corriendo al autobús. A las siete y media estás en la academia.

En la voz de Emma, hay una resonancia de metal y una nota de desinterés o a lo mejor de aburrimiento.

Lidia piensa un taco y valora si su madre está de mal humor por tener que acompañarla al otorrino, porque sí, o por la reunión con la tutora. Porque sí y por el médico le parecen las mejores, porque de la tutora no le ha dicho nada. Lleva todo el día pensando en cómo esquivar las preguntas sobre la profesión de su padre, sobre la inexistente finca del abuelo y la que más vergüenza le da, sobre Micky, el dueño de Jam Session. Pero de eso no pueden saber nada, nadie lo vio. ¿Habrán hablado con sus amigas? ¿A cuánta gente habrán preguntado? ¿Qué le habrá dicho la tutora? Sabe que el único día que habló con él, la empujó contra la puerta del baño apretando su paquete con fuerza contra ella, echándole el aliento en la cara y se zafó de él casi de milagro. No, eso no es salir, ni haber salido, ni haberse enrollado. “Pero casi”, piensa una animosa Lidia. No está mal. La mayoría de las chicas de su clase no pueden decir ni la mitad de eso.

–Estrecha.

–Le conozco, estuvimos a punto de enrollarnos pero no quiso yo –contó Lidia.

Lidia traga saliva y la garganta vuelve a dolerle.

Y mientras Emma se pregunta por qué su hija parece nerviosa pero sobre todo contenta, Lidia disfruta del paseo con su madre, de estar enferma, y de la inesperada sensación de ser el centro de atención por un día. Siente la emoción de estar caminando por una parte desconocida de la ciudad a esa hora en la que siempre está en casa. Se ha quitado el jersey y es el primer día del año que camina con los brazos al aire, aunque a la sombra siente quizá demasiado fresco aún. Podría pasarse toda la tarde andando con su madre debajo de los cerezos, que no había visto nunca antes en esta parte de la ciudad. Hasta le parece que coge más aire al respirar, aunque al pasar el aire también le haga daño en la garganta. Confía en que su madre la lleve después de la consulta a tomar algo y volver las dos a casa, tarde. También nota que se le está secando la boca. Ojalá no se burle de ella por lo de la finca del abuelo. Quizá su madre se siente tan avergonzada que no quiere decir nada. “¿Por qué no dice nada?”, se pregunta Lidia, pero no se atreve a formular ella la pregunta en voz alta.

–¿Y tú qué vas a hacer? –Al hablar le vuelve a quemar la garganta, y se le pone cara de dolor.

–Yo ya iré a casa.

Emma piensa en tomarse un café, o quizá una cerveza, echar unas monedas a las máquinas, dar un paseo, no está segura. Lo que sea con tal de llegar algo más tarde a casa.

Por un momento, y como si lo sintiera otra Lidia distinta, le parece que su madre no quiere estar con ella, pero no lo dice, al fin y al cabo es un sentimiento lejano. Aún así, valora esa posibilidad mentalmente y la desecha: mamá la acompaña ahora, mientras suben en el ascensor. En el cuarto piso llaman al timbre y una chica joven abre la puerta, sonrío y tacha el nombre de Lidia

en el libro de citas. Las hace pasar a una sala con revistas que huele a algo suave y oriental que ni Emma ni Lidia reconocen, pero que a las dos les gusta.

–¿Qué es, mamá? –dice Lidia, que sigue sin poder hacer la pregunta, dando vueltas mentalmente alrededor de la finca, de Micky, de su padre.

–No lo sé, pero me encanta, huele como exótico, a selva o yo qué sé. La voz de Emma se ondula y se suaviza un momento

–Hay un olor en la tienda de las velas que tiene un nombre muy raro. Ylang o algo así.

–Ah.

Por un instante, su madre tararea la misma melodía que suena en el hilo musical. No parece nerviosa. Lidia sí lo está, pero lo disimula. Intenta tranquilizarse, pero el corazón le late un poco más rápido de lo normal, como si estuviera a punto de pasar algo. Si se atreviera a hablar, si pudiera decirle algo a su madre... Tiene tantas ganas de decirle, pero no sabe qué, ni cómo, cómo empezar a decir algo concreto, que se pueda expresar con palabras que se refieran a cosas como padre, mierda, selva, finca o dolor de garganta. Pero cuando empieza mentalmente una frase se oye hablar de manera torpe y la voz de su madre que dice:

”Hija, pareces idiota”. Otras veces se queda sin palabras y entonces no oye la voz de su madre, pero la ve girar la cara y mirar para otro sitio, callada, como ahora. No tardan mucho en llamarla, solo a ella. Eso la inquieta, pero no le da tiempo a decir nada. Y además, en el fondo, a esa otra Lidia distinta y lejana, le alegra la cara de sorpresa de su madre, le alegra pasar ella sola y sentarse delante de un hombre mucho más joven de lo que esperaba. El hombre se presenta, se pasa la mano ligeramente por la perilla y le pregunta:

–¿Qué tal? –y manipula sin prisa el interruptor de la lámpara intentando que deje de ir y venir la luz en la bombilla. Le

ofrece agua, le hace otra pregunta, Lidia traga con dificultad, le contesta. Se siente bien, parece muy fácil. No es guapo, pero incluso con perilla tiene algo agradable, muy agradable, le parece a Lidia, que le observa intentando averiguar qué es.

Mientras tanto, Emma espera en la salita. Le sorprende que nadie la llame y, como no tiene nada que hacer, piensa aburrida. No hay nadie más en la consulta. No hay otros adolescentes en los que fijarse y comparar. Ella y su hija. Su hija de piel de leche llena de pecas y ese pelo naranja y rizado que no hay manera de domar. Emma piensa con un leve fastidio en que su única hija es la viva imagen de su propia madre y se le pone un intenso sabor amargo en la garganta. Ella quería mucho a su madre, ¿no se puso enferma cuando murió? ¿Alguien puede decir que eso no es querer a una madre? Le apetece una cerveza rubia. Qué extraños son los hijos. Al final, parece como si tuvieran otra familia de verdad en algún sitio y una solo estuviera reemplazando a esa familia, fingiendo que es su madre. Está perdiendo la tarde entera entre ir y volver y ya ha hecho por su hija lo que era necesario, nadie le puede reprochar nada. En el fondo, aunque Emma no cree que Lidia sea una mentirosa, tampoco piensa que vaya a cambiar. “Es extraño”, piensa Emma, pero ni siquiera ella sabría decir con precisión qué es lo que le parece extraño.

Emma se levanta y habla con la recepcionista. Esta se dirige al despacho donde ha entrado Lidia y llama a la puerta con los nudillos. Pasa y consulta algo con el médico. Cuando sale, le dice a Emma que sí, que se baje a tomar un café si quiere, que no acabarán las pruebas hasta las siete.

–Dígale a Lidia que ya no vuelvo, que se vaya por su cuenta, ella ya sabe –le dice Emma a la recepcionista.

La chica de recepción coge el libro de citas como para llevarse al médico.

–¿Le pido la siguiente cita?

–No va a hacer falta –contesta Emma, segura.

–Ah.

La recepcionista deja el dietario, anota algo en un post-it y descuelga el teléfono, que está sonando. Emma se va, mirando sin querer a la puerta del despacho donde está Lidia.

–Di aaaaaahhhh –le acaba de pedir el otorrino en ese momento.

–Aaaaaahhhhhh –contesta Lidia, obediente–, ¿puedo beber? Su voz sale ahogada y ronca, aunque ella se esfuerza, empujando el aire hacia fuera, en hacerse entender.

–No hables, que con eso que tienes ahí... –El otorrino habla y se mueve muy despacio, como si tuviera toda la tarde para Lidia. Eso y lo callado que está mientras le mira la garganta hacen que a Lidia le parezca mayor.

–Menuda garganta. Y tienes un nódulo en una de las cuerdas vocales.

Lidia bebe el último sorbo de agua que le queda en el vaso. Se relaja.

–¿Y las infecciones? –pregunta–, aj, tengo mal sabor de boca.

–Luego te tomas un caramelo. Sí, las infecciones. A ver, abre otra vez bien la boca.

–Aaaahhhhhh.

–No, ahora no digas nada. ¿Tienes muchas? Abre bien, no cierres.

No le está haciendo daño aunque tenga que abrir tanto la boca. Dentro de la consulta el aire es fresco, la ventana está ligeramente abierta y por ella se ven los cerezos de la acera de enfrente, que parecen de terciopelo granate. También se oye de vez en cuando una pitada y con un poco más de atención, se oye el ruido que hacen al salir de la clase de inglés los niños del colegio de al lado.

–Casi siempre. A veces me duele y a veces solo estoy afónica.

Aún le late rápido el corazón.

–¿Fuerzas mucho la voz?

“¿Qué voz?”, oye decir a la otra Lidia (lejana y muda) antes de contestar, pero no le va a hablar de eso al médico. Ahora nota que el corazón ya no le late rápido, como si ya no estuviera a punto de pasar algo. “Pero es un médico”, piensa Lidia, y sigue pensando que a lo mejor él sabe por qué, porque a Lidia, está bien, aunque no sabe por qué a veces, Micky tan mal y no podía porque su cabeza ya había pensado y las cosas pensadas eran de otra manera mejor y podía decirlas. “Yo no miento”, se dice con rabia notando ese desagradable sabor en la garganta, como a manzanas podridas. Ya no queda agua.

–Eeehhhh, yo creo que no, no sé, lo normal.

–Mmmm, lo normal, lo normal –contesta el otorrino–, ¿y qué es lo normal? –pregunta después de una pausa.

A Lidia le sorprende de nuevo lo despacio que habla un médico tan joven y le parece que no espera que le conteste, pero se siente obligada a hacerlo. Está acostumbrada a responder en clase cuando le preguntan.

–Lo normal para la medicina.

El otorrino se ríe. “Qué tonta soy. Soy un fracaso”, piensa Lidia. También piensa que no la van a traer más días salvo que se lo digan a sus padres en el colegio. Le gustaría volver a ver al médico agradable, muy agradable incluso con perilla (Lidia sonríe) y escucharle hablar y mirarle la garganta tan despacio y las copas de los cerezos como de terciopelo granate con su madre. A la Lidia lejana también le ha gustado oír la salida de la clase de inglés de los niños del colegio de al lado. Y sobre todo, le gustaría que no le volviera a doler la garganta.

–A ver, dile a tu madre que pase, que te voy a poner un tratamiento, unos ejercicios de voz y respiración y nos vemos en quince días.

Lidia cruza la recepción para buscar a su madre. En la sala vacía se da cuenta de que no lleva puesto el jersey y nota los brazos un poco destemplados. Sigue oliendo igual, como a selva o exótico. Al tragar saliva la garganta se le vuelve a incendiar y se siente pequeña y enferma. ¿Qué tiene que hacer ahora? Puede contar que aprovechando que su madre tenía que irse se quedó con el médico más tiempo y que el médico le pidió el teléfono y que han quedado para salir y...

–¿No está tu madre? –oye decir al otorrino detrás de ella.

–No –contesta Lidia frotándose los brazos para entrar en calor–, pero dime cuando tengo que volver –dice con la voz afónica, fingiendo un aplomo que no siente.

Y mientras espera a que le busque fecha, piensa en que no quiere irse sola en autobús a la academia aunque le apetece caminar despacio sin jersey bajo los cerezos y volver a ver al médico agradable sin su madre o contar que lo ha vuelto a ver fuera de la consulta y en si lo va a contar o no y cómo, y dónde han podido verse que nadie pueda desmentir, y se pregunta si ese raro sabor a manzanas pasadas que no se va, se le quitará con el tratamiento o tendrá que ver con alguna cosa que ha comido.

Premio Especial
Monegros

Los atenuantes del alma

Mario E. de los Santos

*Todas son nuestras hijas,
todas son nuestras muertas.*

Un fognazo. Sus gritos. Me levanto empapado en sudor.

Tengo una pesadilla recurrente que en los últimos tiempos ha introducido una curiosa novedad: dos judiciales cavan una fosa a la luz de los faros de su camioneta. Yo estoy muerto, enrollado en plástico negro del que se usa en los invernaderos, para que la cal con la que han embadurnado mi cadáver haga antes su trabajo. Los dos policías cavan con parsimonia, saben que no hay prisa, el amanecer todavía demorará y nadie en La Almolda va a salir a preguntar qué sucede. La gente ha aprendido con los años que la ceguera, la sordera y la mudez son muy recomendables para llegar a viejecito.

Esa es precisamente la llamativa improvisación: que ocurre aquí, en los Monegros. Antes sucedía allá, en el desierto de Chihuahua, en mi tierra natal, mientras cavaban acompañados por la sombra tenebrosa de un saguaro cayendo sobre sus palas.

Lo que son las pesadillas. Es imposible esquivarlas, se adaptan a la realidad que vives y te encuentran; son consumadas cazadoras. Ahora ocurre justo al lado de la iglesia de San Antonio, bajo la sombra macabra de la tapia del cementerio, y en lugar de palas, los dos policías usan picos para ollar la roca desnuda que emerge del suelo. La misma camioneta y el mismo muerto: yo.

Remordimientos.

Eso es lo que respondió el compatriota Juan Rulfo cuando le preguntaron qué sentía al escribir. Una respuesta muy mexicana.

¡Qué güey el viejo! Remordimientos al escribir, decía. Como si no los hubiera también por hablar, por callar, por hacer, por no hacer, por mirar, por desviar la vista... Los remordimientos provienen de todos los atenuantes que el alma no empleó antes de realizar el asesinato. Y las almas son unas descuidadas asesinas en serie.

La mía puede aducir que estaba bebida, que se había aleargado tragando combinados de tequila con un chorro de miedo y una rodaja de vergüenza. Pero el juez fue severo, tal vez justo; en todo caso no había ninguna pena que mi alma no estuviera dispuesta a cumplir ni de la que no se creyese merecedora.

Crimen: el silencio. Veredicto: culpable. Sentencia: destierro. Pam, martillazo sobre la mesa.

De un desierto a otro. De la arena a la roca arrancada de la tierra; del cactus erguido a la sabina; de la serpiente de cascabel al lagarto fardacho. Pero en ambos el sol, orgulloso, impávido, inclemente. Aquí hace algo más de frío, allí suenan más disparos; acá le llaman Monegros, allá le llaman Samalayuca.

Para mí son las dos caras de la misma soledad.

En el cambio he perdido un nombre, un pasado y un mazo de naipes marcados. Por otro lado, he ganado un rebaño de ovejas en alquiler, un pasaporte nuevo, con otra bandera, y varios enemigos de los que, tarde o temprano, sabes que te van a encontrar.

La baraja era mi especialidad. Trabajaba para "Lagarto" Gutierrez. Le hacía de cómplice en las partidas, allanaba el camino para que se ganase unos miles de pesos. Mi cometido era preparar las cartas y marcarle el corte. Me encargaba de analizar el juego de los demás, de derribar adversarios que pudiesen tener una buena baza.

Al Lagarto, perder ni modo. Lo suyo era triunfar. Buenas camionetas, buenas casas, buenas chicas. Todo lo buenas que le permitían sus cinco cargamentos de blanca desapolillada a los esteits. Que era mucho.

Aquel cumpleaños tenía ganas de celebraciones a lo grande. Los allegados le decían que no era muy prudente, estaba tomando demasiada notoriedad y los compañeros de trabajo se lo podían tomar a mal. Me lo pide el ánimo, les respondía; y a los otros, aquí les aguardo, que si quieren, ya saben dónde encontrarme.

En este negocio hay que retirarse a edad temprana a riesgo de que le retiren a uno. Y tal vez eso es lo que intuía Lagarto, que le tocaba la jubilación voluntaria o forzosa. Las palmadas en su espalda habían dejado de ser tan firmes como antaño. Ciertos políticos se atrevían a no recibirle alegando problemas de agenda. Eso hubiera sido impensable tres años atrás pero ahorita recibían sobre de más de uno y se sabían intocables.

Una fiesta, la última, después se acabó. Estaba a punto de conseguir el empeño que les costaba la vida a casi todos. Había que celebrarlo.

Por la mañana llevó a sus hijos al parque. Jugó al fútbol con ellos y luego fueron los cuatro a montar en avioneta. A los chicos les encantaba. Lagarto siempre se quejaba del poco tiempo que le dejaba el trabajo para estar con sus hijos. Como todos, no deseaba que ninguno de ellos siguiera sus pasos. Su mayor anhelo era que fuesen estudiosos y acudieran a la universidad. A cada uno le tenía abierto un fondo bancario donde ingresaba todos los meses mucha plata para ese menester. Contaba las noches de tequila en vena que no se querría morir sin ver a un hijo graduarse en Harvard, pero que si así sucedía, la vida es la vida comentaba enjugándose las lágrimas, por favor, le dejasen una foto del hijo, con la toga y el sombrerito ese tan gracioso que se ponen, sobre la lápida.

Comió solo. De pequeño, las velas que se van amontonando cada año en la tarta de cumpleaños significan crecer, pero se llega a una edad en la que cada vela es una farola que ilumina el camino hacia tu último estertor.

A pesar de aparecer en mis pesadillas, me gusta la sierra de Alcubierre. Surge de repente, sin aviso, desde las aristas de

yeso calcinado, vestida de coscojo y romeral. Puedo estar horas y horas observándola desde mi ventana. Su perfil tiene la virtud de adormecerme el recuerdo; las mañanas soleadas que paseo cerca de la ermita de Santa Quiteria, por los estrechos senderos que la rodean, con el sonido de las agujas de pino quebrándose bajo mis pies y el piar de los pájaros sobre mi cabeza, me sirven de analgésico para el dolor que me incrusta el reflejo del espejo.

En Chihuahua el horizonte no es un efecto físico, es una línea tatuada en la pupila. Allá donde sea que se mire, se puede apreciar nítido y desafiante: en el desierto, en la frontera, en los rostros de la gente, en los botellines de Sol, en los cañones de las armas... Hasta los corazones son simplemente una recta sin fin. Sin embargo, la sierra lo quiebra de cuajo, o tal vez únicamente lo deforma, y uno se encuentra inesperadamente con un nuevo prisma por el que se desmembra la vida.

Para mí, Monegros es precisamente eso: un modo diferente de mirar el mundo, un horizonte desdibujado que filtra los pecados por las arrugas reseca de la tierra.

Para saber tu personalidad, los psicólogos te cuentan que hay un muro muy alto y piden que imagines qué habrá al otro lado. Si es un jardín florido con niños jugando y un cielo azul apuntan que eres optimista, vital, alegre.

Los psicólogos no tienen pinche idea.

No importa qué puedes ver al otro lado. Lo que realmente importa es cómo haces para verlo. Hay gente que rodea el muro pacientemente esperando encontrar una entrada, otros que agarran una escalera para saltar por encima, y hay tipos que directamente lo tumban a patadas.

Lagarto Gutierrez era de esos. Lo hacía todo a la brava. A lo macho, como los duros que se han hecho a sí mismos.

Habíamos tomado cervezas en la Teta Enroscada. Una por cada año que había cumplido, una por cada larva que deja el

cáncer del tiempo. Las muchachas se acercaban sonrientes al rumor de la plata y el tequila, pero Lagarto no estaba entonado. Se las quitaba de encima como espantando moscas. Tenía expresión ausente, las bromas sonaban forzadas, la alegría de la mesa se construía con cartón-piedra. Más que su aniversario parecía celebrar su velatorio.

Compramos un par de botellas de tequila, una caja de cervezas bien fría y abandonamos la Teta. Los mariachis que olfateaban una lucrativa serenata detrás de nuestros tragos y nuestras botas de cuero se quedaron defraudados.

El viento del desierto parece un beso sin saliva. Daba sed y bebíamos. Lagarto pidió al chófer que serenase el volante, sacó una bolsa de nieve, hizo unos pericazos y todos probamos del espejo con incrustaciones de plata.

Me sacudía la nariz cuando la vio Lagarto. Era una muchacha joven, casi una niña. Lagarto le gritó algo, no recuerdo el qué, y ella se ofendió. Tenía carácter para atreverse a hacer aquel gesto obsceno en mitad del anochecer de Ciudad Juárez. Cualquiera hubiera agachado la cabeza y hubiese vuelto por la primera cuadra, pero ella tenía aire de hembra orgullosa.

Lagarto hizo frenar al conductor bruscamente y el coche volvió de reversa hasta la altura de ella. Lagarto salió. Una niña no debe hacer esas cosas tan feas, le dijo.

La muchacha ya no lo veía tan claro, sus ojos se fijaron en el sombrero de piel de serpiente, en la cara curtida, las manos grandes, la pistola en el cinto y los cinco tipos en el carro. Seguramente pensó que aquel gesto había sido una estupidez. Le vas a tener que dar un beso al tío Lagarto, le dijo él tomándola de los hombros. Ella se resistió y largó un grito. Lagarto se rió estruendosamente. Me gustan las potrillas sin domar, le tapó la boca y la forzó dentro del coche. Métele, le dijo al chófer, vamos a seguir la rumba a la cabañita. Esta niña está pidiendo unos papis puritito machos. La muchacha luchaba desesperadamente, daba patadas,

bofetadas, incluso le mordió la mano a Lagarto. Este se reía, en sus ojos había aparecido un brillo como de ansiedad, como de excitación. En cambio, los ojos de la chica estaban desorbitados, solamente se veía pánico. Se cruzaron un momento con los míos suplicando ayuda. Un auxilio que no le podía dar. Yo era parte del problema, no de la solución.

La cabaña estaba situada en mitad del desierto, a veinte millas de la casa más próxima. Bajamos a la chica. Comenzó a chillar. En ese momento, Lagarto disparó dos veces al aire y rompió el cuello de una botella con el cañón del arma. Bebió un trago. Ay lindita, aquí ya puedes gritar tanto como quieras, hasta que se te despelleje la garganta, que sólo te van a oír los cuervos y las serpientes. Todos rieron. Ella quiso correr pero la balacearon, levantando polvo a sus pies, hasta que se detuvo. Más risas. Lagarto la besó violentamente, metiendo la cabeza entre su cuello mientras aspiraba apasionadamente, como un vampiro que robase a la chiquilla toda la juventud que a él se le escapaba. La metieron en la cabaña a empentones.

Entonces, únicamente sus gritos.

No quise entrar. Me apoyé en la camioneta y prendí un cigarrillo. Los aullidos de la chica les enervaban, se escuchaban sus risotadas. Se turnarían. La imagen y los gritos me taladraban el alma. No aguanté más, comencé a caminar hacia el desierto. En el cielo había una inmensa y violenta luna roja, parecía una esponja que hubiera absorbido sangre; el pañuelo con el que limpiarían la frente de la chiquilla antes de enterrarla.

En eso también hay diferencia. Acá, la luna no es roja como en Chihuahua, acá es pachona y amarilla. Las ocasiones que anda llena, la luna es un inmenso queso color despensa. Cuando me escapo a fumar de noche mientras imagino la forma de las sombras, la luna de los Monegros siempre me da hambre.

Caminé harto hasta que los chillidos dejaron de escucharse, hasta que mi mente se fundió con las espinas de los arbus-

tos, hasta que el sonido orquestal del desierto me invadió los ojos.

Como un escupitajo, al tiempo que ya creía que me besaba el silencio, amortiguado por la distancia, sonó un disparo.

Comencé a caminar de regreso, sabía que ya no iba a escuchar más gritos.

Al menos aquella noche.

Encontraron el cuerpo en la cuneta de una carretera. Apareció en algunas páginas de los diarios pero pronto le siguieron otros y se terminó olvidando.

Ya no buscaba la compañía de los compadres. Acudía a las partidas y realizaba mi labor pero la victoria ya no satisfacía a Lagarto que me observaba receloso cuando denegaba sus propuestas de barbacoas y tragos, una tras otra, con excusas endebles.

Aquello resultaba peligroso, un chacal no puede sobrevivir fuera de la manada y yo me alejaba peligrosamente. Estaba recorriendo el camino que separaba a un cómplice de un delator. De ser un amigo, me había convertido en un testigo.

Me sentía sucio y andaba por el día duchándome tres y cuatro veces; al irse la luz sus gritos tronaban por las paredes del cuarto. Me habían salido ojeras y comía poco. Evitarlo, pero, ¿cómo hubiera podido?

Me preguntaba si ellos también escucharían los gritos, si les martillarían los oídos doblando la almohada sobre sus orejas para hacerlos desaparecer, pero los observaba en la cantina, los ojos de Lagarto habían recuperado de nuevo el brillo, parecía haberse guardado la vitalidad de la muchacha, y sabía que no era así. Lo sentían un hecho terminado, destruido en las cavernas recónditas de la memoria.

Esperaba la llamada de Lagarto que me citase en un motelito de las afueras. Mi turno. Mi disparo.

La camioneta me alcanzó en plena calle. Allá los carros no necesitan sirena ni matrícula para largar su procedencia. Desde niño se desarrolla un olfato especial para los carros. Se distinguen los carros de los traficantes, de la policía, de los comerciantes, de los maestros... Cada carro canta la melodía de sus dueños. Aquel era un carro de la judicial. ¿Qui hubo mano? Acompáñenos una vueltita no más, para una plática de compadres. Era la primera vez que me importunaba la policía, hasta aquel momento yo era simplemente el último de los últimos. Me negué. Ay, mano, no lo ponga más difícil, que mejor que lo subamos será que lo haga usted por su pie. Me detuve un instante, miré a mi alrededor, me había puesto nervioso. En cinco minutos, Lagarto ya se habría enterado que había subido a una camioneta de la policía.

Dentro me esperaba Luciano Villa, inspector de la judicial. Villa recibía el salario de varios patrones y era reconocido su empleo de lavadero de trapos sucios de la principal competencia de Lagarto en el negocio de exportación de lana sin garrapatas al vecino del norte. La cercanía me dejó oler su poderosa loción de afeitado. Era joven, guapo, cruel y conciso. Me expuso el negocio breve y claramente, sin paños de agua caliente. Conocían la parranda de Lagarto el día de su cumpleaños, sabían de mi difícil situación actual con él, me daban cien mil dólares, protección y una casa en el lugar del mundo que desease si declaraba contra él.

Sólo necesité meditarlo un segundo. Me negué.

Mire, gallito, usted anda en su punto de mira, después de saber que ha estado en esta camioneta, el aire le va a durar bien poco. ¿Qué cree que va a pensar? Pensará que ya lo ha cantado. Y usted es viejo en esto, sabe qué les ocurre a las lenguas sueltas.

Negué otra vez. El negocio estaba claro, si conseguían cargarle el paquete al Lagarto se lo quitaban de delante sin sangre. Todo limpio, legal. Estaba seguro de que incluso habían hablado ya con los socios de Lagarto en los esteits para ocu-

par su lugar. Lagarto ya era historia pero no podía traicionarle. Aun el propio Lagarto creyese que así lo había hecho, no podía. Todavía no he podido encontrar la razón.

Los gritos continuaban cada noche, el rostro desencajado de la muchacha aparecía en mi espejo. Lo único que tenía claro es que aquel asesinato de la prietita pedía justicia, no un arreglo comercial.

Me negué de nuevo. Ni siquiera había abierto la boca.

Villa me miró sonriente. Mírese, me dijo, con esos ojos, ese olor... ¿Sabe, mano? Ese olor es el olor de la muerte.

La camioneta frenó de repente y la puerta se abrió. Villa me empujó a la calle, salí tropezando y entonces me di cuenta de que me habían abandonado en mitad de la calle principal, al lado de un restaurante con unas terrazas, en la acera donde solía comer Lagarto.

En mi tierra hay un dicho que afirma que siempre hay que tener un amigo que nadie más conozca por si un día te persigue la policía. En mi caso me perseguía la policía, Lagarto Gutierrez y mi conciencia.

Menos mal que yo tenía ese amigo.

De momento, he conseguido escapar de los dos primeros. Sus gritos y su rostro me han encontrado y acuden cada noche puntuales como amantes desesperados. El desierto de Monegros los suaviza, los hace filos sutiles que cortan sin desgarrar, que matan de a menudo. Al menos el sufrimiento ha desaparecido; queda la desesperación, la impotencia y la culpabilidad. Paseo con el rebaño de ovejas de mi amigo, me ha enseñado a dirigirlo, a ordenar a los perros, a darles de comer y, ahorita, estoy aprendiendo a esquilar. Los sábados juego al guiñote y procuro no ganar siempre. Me llaman el Mejicano. Pronuncian la jota con aspereza, con contundencia. Las manecillas del reloj de los Monegros son

anclas que me fijan a la tierra permitiendo que mi ayer pase de largo.

Pero estoy cansado. La pesadilla ha vuelto.

En Ciudad Juárez no mata un nombre propio, no mata un número de cédula ni un sujeto fiscal; en Ciudad Juárez matan los silencios, las lenguas que se atan, las sombras que pasean por las calles.

En Ciudad Juárez mato yo.

¿Cómo comprenden que pueda dormir sabiendo eso?

Por ese motivo, tarde o temprano, sé que llegará el momento en el que me despierte con la noche anclada en mi ventana y veré el fulgor de unos faros de camioneta deslumbrando el vidrio.

Ya no sentiré miedo.

Sentiré alivio.

IX Certamen
de Relato
Corto (2007)

1.^{er} Premio

Cohetes de fin de fiesta

Jesús Tíscar Jandra

El sábado por la noche, un jurado competente quiso que la joven Teresa Rodríguez Lechuga, entre ocho aspirantes más, fuera la “Miss Barrio de Las Peñas 2005”, logrando con su fallo el llanto inevitable de la nueva belleza, cuyos ojos eran ya un borrón de maquillaje cuando la “Miss Barrio de Las Peñas 2004”, Jessica Esteban Pajuelo, le dio dos besos y un abrazo y un ramo de flores y le colocó la banda y la corona, que, pese a ser de plástico, era de un plástico tan bueno que pesaba como el triunfo. El foco de luz tan potente con el que por fin ese año el Ayuntamiento había dignificado el escenario, montado en la plaza del barrio, apenas le permitía ver a quienes le estaban aplaudiendo a rabiar, sus vecinos, ni a los muchachos que le silbaban y le gritaban “¡tía buena!”, ni a sus amigas, a las que oía corear “¡Teeereeee, Teeereeee, Teeereeee!” mientras una música triunfal estallaba en los dos grandes bafles y el fotógrafo del periódico local disparaba flashes contra ella y una espesa vaharada de humo proveniente de un puesto de churros la envolvía con su glamour pringoso y sabrosísimo. Teresa estaba viviendo el comienzo de su sueño. Cuando, ayudada por el galante y muy guapo presentador, bajó del escenario, y en tanto su madre y sus hermanas la abrazaban emocionadas y le colocaban bien la banda y la corona entre el bullicio que se le formó en torno, un periodista le dio la enhorabuena y le preguntó qué estudiaba y si sus pretensiones eran las de ser modelo y si tenía novio o no tenía novio. Teresa respiró hondo, se sujetó las ganas de seguir llorando y le dio vergüenza responderle que ella no había terminado los estudios primarios porque los libros no se le metían en la cabeza, pero lo dijo, fue sincera y se quedó tan a gusto: Teresa sabía que con la verdad por delante se va a todas partes y que el hecho de no tener estudios no significaba que una fuese tonta. El periodista, conforme ella hablaba, iba tomando nota de sus palabras en

una libreta, detalle este que tenía un poco decepcionada a la muchacha, quien hubiese preferido micrófono o, en todo caso, grabadora, como se veía en la televisión que le arrimaban a los famosos. Al respecto de si quería ser modelo profesional, la nueva “Miss Barrio de Las Peñas” contestó que sí, que la pasarela era la mayor ilusión de su vida, y también el cine, pero que sabía que aquellos eran mundos muy duros y que para llegar a top-model o a actriz famosa había que trabajar y sacrificarse mucho, si bien ella estaba bien dispuesta a apechugar con lo que fuera con tal de que sus deseos se vieran recompensados. Teresa, en lo más hondo de su vanidad, sin querer hacerse demasiadas ilusiones y mordiéndose la lengua para no decírselo al periodista, no podía evitar verse coronada algún día “Miss Universo”, pues con toda seguridad las más guapas del Universo empezaron siendo también las más guapas de sus barrios, así que por qué no ella: el primer triunfo ya estaba en su mano. En lo tocante al novio, entre risitas y rubores suyos y guasas de sus amigas, la muchacha respondió que no, que solo amigos, “soy yo muy joven todavía para novios, ya ves tú”, y que además no había conocido aún a la persona adecuada, “a la persona que me llene a mí como persona, ¿tú me comprendes lo que te quiero decir?”, y ahora el periodista seguramente le preguntaría que cómo debía ser esa persona y Teresa ya tenía los adjetivos sensible y bueno y cariñoso y comprensivo listos para lanzarlos a la libreta del periodista, pero este no se lo preguntó y al final el periodista resultó ser un maleducado, pues cuando terminó de anotar lo de la “persona adecuada”, dio media vuelta y se marchó sin decirle ni adiós. Sin embargo, Teresa se hallaba demasiado feliz y emocionada para enojarse por esa tontería, lo mismo es que era tímido, el pobre, y se entregó sin más demora a los abrazos y felicitaciones y besos y piropos de todo el mundo. Su madre, que no terminaba de arreglarle la banda para que se viera bien el letrado, se quejaba del marido, quien hacía rato que andaba trompa en el chiringuito, con los amigos, y era muy posible que ni se hubiera enterado de que su hija la pequeña había sido elegida

la más guapa del barrio de Las Peñas, qué cruz de hombre, cuando se ponía a pimplar no lo paraba nadie. Al rato, Teresa tuvo que volver al escenario, reclamada por el presidente de la comunidad de vecinos y organizador de las fiestas, a fin de entregar los premios a los ganadores de los concursos de macetas, dominó, carreras de sacos y sevillanas, como era costumbre. Y luego, para terminar su noche tan mágica, la nueva miss del barrio, con su vestido negro y corto de terciopelo y su banda puesta (la corona no, porque se le caía), se la pasó bailando en la plaza con sus amigos y amigas al son de las canciones de moda que interpretaban “Los Oasis” y bebiendo cocacolas, a las que la invitaba la gente porque, decían, “las reinas no pagan”, y firmándoles autógrafos a los chiquillos que se le acercaban como a una famosa de verdad.

El domingo por la mañana, a la salida de misa, todo el barrio la había visto en el periódico y la felicitaba y la envidiaba y le decía “guapetona”, y como era un día especial, el padre de Teresa, que tenía una resaca de mil demonios, invitó a toda su familia a desayunar de cafetería, en la mejor del barrio, la “Colombiana”, y los camareros, que eran conocidos, convidaron al final a una copita de anís y brindaron todos. Aquello era el éxito y Teresa se sentía muy bien, como nunca; ahora lo que tenía que hacer era no dormirse en los laureles, cuidarse mucho, no engordar, ponerse guantes para las faenas de la casa..., no se le fuese a truncar su carrera. Su padre, que era un hombre canijo y renegrado, vivaracho, electricista, le pegó un palmotazo en el culo al grito de “¡todo para adentro!”, refiriéndose al anís, y la joven fingió que la broma le había hecho mucha gracia. A mediodía, la panza del cielo de Las Peñas se nubló y un vientecillo ingrato comenzó a desplazar los vasos de plástico y los mil envoltorios que ensuciaban la plaza del barrio en su último día de fiesta y que los barrenderos ya quitarían el lunes. Su amiga Conchi la llamó por la tarde para decirle que la pandilla estaba preparando una cena en su honor y que iba a ser en el cochero de la casa de Manolo y que ella tenía que acudir con el vestido de terciopelo, la banda y la corona porque,

si no, no tenía gracia, no parecería la miss del barrio, sino la Tere de siempre. Pero a Teresa le dio vergüenza salir así a la calle y se llevó el atuendo en una bolsa para ponérselo en el cuartillo de las herramientas del cochero de Manolo. Su prima Juani la maquilló. Cuando apareció ante sus amigos, todos aplaudieron y la vitorearon y resultó una velada muy divertida, había pizzas y refrescos y cosas ricas para picar y buena música, su amigo Jorge trajo ginebra de su casa y acabó pea y haciendo el tonto, como siempre, y Pili imitó a Shakira, que la bordaba, con una llave inglesa por micrófono, en plan playback. Pero el lunes había que madrugar, el lunes había talleres, tiendas, edificios en construcción, cajas de hipermercado, de manera que a las once y media dieron por terminada la cenafiesta en honor de la guapa. A Teresa ya no le dio vergüenza volver a casa vestida de miss porque la acompañaba Juanjo y el joven iba anchísimo de que lo vieran con ella. Juanjo le propuso ir a ver los cohetes que anunciaban a las doce el final de las fiestas, pero Teresa estaba muy cansada, habían sido dos días de mucho ajeteo, la noche anterior apenas había podido dormir, por la emoción, los tacones ya no los soportaba ni un minuto más... Dormiría y su cutis se lo agradecería mucho. El joven le buscó un beso en la boca cuando la despidió en su portal y la más guapa del barrio dijo “ay, no seas tonto, quita” y no se lo dio. Luego, mientras subía las escaleras, Teresa pensó que debía habérselo dado, no fuera a creer Juanjo que ahora ella lo consideraba poca cosa por ser miss. Entró en casa con ese regomello. Su madre y sus hermanas habían ido al parque a ver los cohetes, pero su padre no y al momento se coló en el cuarto de la hija pequeña y le ordenó que se lo quitara todo menos la banda, y que vaya un lujo de niña tenía él en su casa. Teresa había aprendido que lo mejor era no negarse, tenderse boca arriba, no pensar, no oler, no hablar, no quejarse... Su padre terminaba pronto. Y después lo mejor era sonreírle, decirle que había estado bien, no le fuera encima a pegar una paliza. Los cohetes, mientras tanto, explotaban a una altura muy cercana y hacían que ladrasen, aterrorizados, todos los perros del barrio.

2.º Premio

Ada Neuman

Patricia Esteban Erlés

La mañana de sábado en que Ada Neuman se trasladó definitivamente a nuestro edificio yo ya le tenía cierta ojeriza, porque el ruido incesante de la obras en su piso había conseguido destrozarme los nervios durante las semanas previas a la mudanza. Para colmo, los tipos que le trajeron los muebles el día anterior me habían despertado, al llamar por error al timbre de mi casa cuando ni siquiera habían dado las ocho de la mañana. Me desahugué diciéndoles de todo por el portero automático antes de colgar bruscamente, y Javier me gritó desde la cama que estaba loca. Escuché que una voz femenina, como de locutora de radio, decía “Aquí Ada Neuman, suban, por favor”, desde otro interfono y les abrió la puerta. Me pareció que tenía un poco de acento argentino y que debía de ser rubia. Minutos después me acerqué a la mirilla y vi una pareja de sillones de color marfil, envueltos en sus fundas de plástico, descansando en el rellano como dos apacibles elefantes blancos, hasta que dos diminutos ecuatorianos se los llevaron adentro. Entonces me asomé a la ventana y comprobé que en la furgoneta aparcada junto al portal estaba dibujado el anagrama del almacén de muebles más caro de la ciudad, un arbolito verde que parecía pintado por un niño de primaria. Me pasé un buen rato ocupada, porque aquellos sillones fueron las primeras dos piezas de un desfile de mobiliario selecto que se prolongó hasta muy entrada la tarde. A través de la mirilla vi a los resoplantes ecuatorianos trasladar una mesa baja de mármol travertino, un jarrón rojo de porcelana china en el que podía haberse plantado tranquilamente una palmera, una cama blanca de dosel que arrastraba un cortinaje de seda de varios metros de longitud; por no hablar del secreter renacentista de palosanto o el piano blanco de cola que trajeron los empleados de una céntrica tienda de instrumentos musicales a mediodía.

Hasta aquel momento, de la futura propietaria del 3.º B solo sabía su nombre, porque tres o cuatro semanas antes de la mudanza lo había descubierto grabado en el buzón contiguo al nuestro. Ada Neuman, decía la placa de bronce envejecido. Me llamó un poco la atención aquel “Ada”, escrito en cursiva y sin “h”, pero justo entonces pasé la mano por el interior de nuestro cajetín y extraje un sobre rectangular del banco. Con un respingo, intuí la amenaza latente de un recibo inesperado y me olvidé por completo de la nueva vecina.

Después había venido lo de la dichosa reforma integral. Durante quince días, de lunes a domingo, una brigada de albañiles rumanos vestidos de un blanco impoluto tomó al asalto el edificio, adueñándose del ascensor desde primera hora de la mañana y dejando a su paso un harinoso sendero de polvo grisáceo que trazaba en el suelo la línea del espacio conquistado por aquella turba de gigantones silenciosos. El rellano adquirió en apenas dos semanas el aspecto de un vertedero montañoso, lleno de enormes sacos de escombros y tuberías consumidas por el óxido, recién extirpadas de las paredes. La furia rítmica con que el escoplo de los rumanos golpeaba las baldosas del cuarto del baño y la cocina de Ada Neuman hasta que se hacían añicos contra el suelo tenía algo de telúrico. Aquel martilleo me despertaba cada mañana con la brusca sensación de que una falla acababa de resquebrajar los cimientos de nuestro bloque y me arrojaba sin remedio al interior de un pozo abisal, poblado por extrañas criaturas de alcantarilla. Tardaba todavía unos instantes en recobrar la noción del tiempo y del espacio, crucificada sobre el edredón, como si realmente acabara de estrellarme contra la cama. Después me arrastraba a la cocina y miraba el reloj de pulsera a través de las últimas telarañas del sueño, maldiciendo a aquella mujer del nombre imposible y a su disciplinada cuadrilla de albañiles. En ocasiones comprobaba al borde de la crisis nerviosa que apenas hacía media hora que había conseguido dormirme, porque una terrible ola de calor azotaba la ciudad en aquellos días y yo pasaba las madrugadas en vela,

escuchando el monólogo intermitente de un grillo en algún balcón cercano con los ojos abiertos, hasta que un cielo de sucio malva se iba colando a través de las rendijas de la persiana.

Y todo porque a principios de junio, Javier se había sentado ante la mesa de la cocina con su libreta de gastos y tras dos horas de cuentas emborronadas terminó reconociendo que con nuestros escasos ahorros no nos alcanzaba para instalar el aire acondicionado en los dormitorios, tal y como habíamos previsto hacer. De hecho, admitió mi marido con un cabeceo triste, ni siquiera podíamos plantearnos comprar un aparatito portátil para ir refrescando por turnos cada habitación. La historia no era nueva. El verano anterior nuestro viejo Ford Fiesta se había declarado oficialmente muerto en medio de una de las calles más céntricas de la ciudad y tuvimos que invertir la extra de julio y parte de lo poco que habíamos conseguido ahorrar en cambiarle el motor. Esta vez, la ortodoncista de Carlota nos había mostrado en su consulta la radiografía de una pequeña sonrisa de calavera. Al parecer, la desviación que se apreciaba en los incisivos de nuestra hija podía llegar a deformarle el labio si no se le ponía remedio a tiempo, así que dos filas de espantosos y carísimos hierros correctores salieron de la nada y escalaron la lista de prioridades domésticas situándose en el número uno, mientras yo me resignaba a desempolvar el esquelético ventilador del armario de la terraza, un verano más.

El resultado de aquella decisión fue que Carlota berreaba todas las mañanas a la hora del desayuno, mientras yo, cada vez más ojerosa y parecida a un zombie, perdía los nervios y le obligaba a ponerse el aparato a bofetada limpia. Por la noche ninguno de los cuatro lograba conciliar el sueño. De vez en cuando Carlota chillaba pidiendo agua y se oía a Javier júnior maldecir los dientes torcidos de su hermana desde la terraza. Había decidido trasladarse allí, con la colchoneta hinchable del camping. Mientras, yo trataba de dormirme contando las vueltas que Javier padre daba en su mitad de la cama, imaginando el cerco que el sudor de su corpachón iba a trazar a lo largo de las horas en la sábana bajera. Una silueta fantasmal que

traspasaría el somier y me obligaría a cambiar la ropa de la cama en cuanto nos levantásemos por la mañana. El sueño no llegaba y a cada minuto notaba el camisón blanco de verano pegándose más y más a mi piel, hasta hacerme sentir como un caramelo chupado por un niño, con una banda de papel blanquecino empapado en saliva caliente rodeando mi cuerpo. Aunque el bochorno resultaba abrasador no me atrevía a desnudarme del todo, por miedo a lo que Javier pudiera pensar al girarse. Yo no estaba para muchas fiestas, la verdad. Me desesperaba permanecer despierta durante aquellas largas horas nocturnas en las que el calor atrapado en el asfalto durante el día reptaba por la fachada del edificio como una bestia con dedos de alquitrán.

¿Cómo no iba a odiar a Ada Neuman, que vivía sola, compraba muebles de diseño y tenía una voz ronca y suave a la vez, de mujer rubia, fumadora y aventurera? Pero lo peor, por increíble que parezca, aún estaba por venir, solo que yo todavía no podía ni imaginarlo. Muchas veces me atormento diciéndome lo estúpida que fui, reprochándome el no haber sido capaz de avistar a través de la mirilla el peligro que se cernía sobre nosotros. Ada Neuman era el cataclismo con el que yo soñaba a veces, aquellas noches de calor febril, y no supe verlo.

El sábado por la mañana Ada Neuman bajó de un coche negro que parecía de charol, con un vestido de tirantes y falda de vuelo, estampado con enormes dalias blancas. Llevaba el pelo recogido con un pañuelo y grandes gafas de sol. Me pareció que era morena y menuda, pero no puedo asegurarlo, porque enseguida se metió en el patio, mientras el conductor del coche descargaba del maletero dos enormes maletas blancas, que centellearon bajo el sol de la mañana como si fueran de nácar. Ahí está su ropa, toda de marca, seguro, me dije sin apartar los ojos de ellas, mirando al hombre guapo y trajeado seguir los pasos de Ada Neuman, igual que un vulgar botones de hotel.

No me di cuenta de que Carlota dejaba de ver los dibujos animados en el salón y se escabullía al rellano para saludar a la

nueva vecina. Seguía demasiado abstraída en el lomo negro y resplandeciente del Mercedes como para percatarme de que mi hija se quitaba el corrector dental y salía al encuentro de Ada Neuman y sus maletas nacaradas. Cuando dejé mi puesto de vigilancia y me dirigí a la cocina para poner la cafetera al fuego ya era tarde. La puerta de casa estaba abierta y tras un momento de pasmo corrí afuera, temiéndome lo peor. Lo cierto es que en el descansillo solo encontré las dos maletas de Ada Neuman colocadas una frente a otra en posición horizontal, y a Carlota parada junto a la más grande, moviendo los brazos y admirando el reflejo de sí misma que le devolvía la superficie perlada, como si fuera un espejo mágico. En el interior del piso vecino se escuchó entonces el murmullo suplicante de un hombre, después una risa burlona y una voz femenina hablando en francés. Por último, el sonido de unos tacones alejándose por el pasillo. Sin saber muy bien por qué le di una bofetada a mi hija y la arrastré adentro, pero no pude evitar escuchar la puerta del 3º B cerrándose lentamente, dejando aquellas dos maletas de actriz de cine abandonadas en el rellano, con el reflejo de una niña de siete años atrapado para siempre en su interior.

No sabíamos a qué se dedicaba aquella mujer, tan solo que su casa estaba siempre llena de hombres que entraban con ojos de hechizados en el ascensor y se olvidaban hasta de decir adiós al salir, obsesionados por pulsar cuanto antes el melodioso timbre de la puerta de Ada Neuman. Siempre tardaba mucho en salir a abrir, así que no me daba tiempo de verla, por más que me entretuviera fingiendo buscar las llaves en el bolso. El visitante se quedaba esperando en el rellano diez o quince minutos más mientras yo me resignaba a entrar al fin en casa, prometiéndome a mí misma que en la próxima reunión de la comunidad me quejaría de que la puerta lacada en blanco de esa advenediza se cargaba de un plumazo la armonía integral del rellano.

Un día mandé a Javier júnior a comprar el pan y la leche, quien aceptó a regañadientes, como de costumbre, pero volvió

encantado, diciendo que se había encontrado con la nueva vecina en el portal y habían subido juntos en el ascensor. Después se pasó media hora describiendo el perfume floral de su larga melena pelirroja, y el elegante vestido largo de terciopelo verde botella que llevaba puesto. Durante la comida explicó con minuciosidad de astrónomo la lluvia de pecas estrelladas que adornaban su escote y evocó el porte de violinista rusa de la vecina. ¿Rusa?, le pregunté, ¿Ada Neuman es rusa? Me asusté mucho cuando mi hijo de trece años respondió con voz grave: No, mamá. Ada Neuman es un ángel. Eso es lo que es. Curiosamente, a partir de entonces Javier júnior no volvió a protestar por tener que dormir en la galería a causa del calor. Una mañana temprano, al abrir la puerta de la terraza, descubrí el motivo: una hilera de sujetadores y diminutas bragas de color amatista ondeaban en el tendedor de Ada Neuman, y mi hijo permanecía despierto en su colchón, vigilando la cuerda de nuestra vecina, leyendo con ojos hipnotizados aquel pentagrama de notas azuladas.

Pero el principio del fin habría de comenzar oficialmente una de aquellas tórridas madrugadas, cuando mezclado con los ruidos habituales de la casa distinguí de pronto un sonido nuevo, distinto al crujir reumático de la librería en el salón y al tartamudeo del agua cayendo en la cisterna del piso de abajo. Al principio fue solo un rumor localizado detrás de la pared de nuestro dormitorio, pero pronto aquel siseo pareció extenderse como una cola invisible de dragón por todas las habitaciones en la casa vecina, levantando una corriente de aire fresco a su paso que yo podía sentir a través del tabique, con la garganta seca de un abandonado en el desierto. Comencé a sollozar, desesperada y sedienta, cuando comprendí que Ada Neuman se había hecho instalar un sofisticado sistema de refrigeración integral en su piso. A mi lado, tumbado boca arriba, Javier permanecía tan despierto como yo, pero no dijo nada. Ni siquiera me preguntó qué era lo que me pasaba. Escuché el ronroneo de aquel céfiro artificial durante horas, imaginando el balanceo lúbrico de las cortinas de

gasa blanca de la cama de Ada Neuman, el siseante avance del frescor por el pasillo, colándose en la boca del jarrón rojo hasta producir una misteriosa música en su interior, un rumor marítimo de caracola cuya belleza solo yo era capaz de valorar en su justa medida. El aire fresco mecería las partituras olvidadas sobre el piano y llegaría a la terraza girando grácilmente, agitando la ropa interior de Ada Neuman como si fuera una bandada de anémonas despidiéndose, ante la atenta mirada de mi hijo Javier, insomne ahora por voluntad propia. Creo que di algunas cabezadas y llegué a soñar durante unos segundos con el paisaje submarino de las prendas íntimas de aquella mujer, ondulando al compás del aire fresco, inalcanzable, cuando de pronto me sobresaltó el sonido de la puerta de la calle cerrándose con sigilo. Miré al otro lado del colchón y solo encontré la huella del cuerpo de Javier en las dunas húmedas de la sábana.

Durante las semanas que siguieron, los tres miembros de mi familia se convirtieron en auténticos maestros del juego del escondite inglés. A mí siempre me tocaba hacer de gallinita ciega, fingía no enterarme de que Javier hijo desaparecía justo al mismo tiempo que el piano de cola blanco comenzaba a desgranar una tristísima rapsodia en casa de Ada Neuman, mientras restregaba enérgicamente la esponja amarilla por la espalda de Carlota, quien unos minutos antes me había abrazado la mar de mimosa, pidiéndome que la bañara como cuando era pequeña. Otras veces, Javier hijo vendaba mis ojos requiriendo uno de aquellos flanes temblorosos que antes solía hacer los domingos, y Carlota aprovechaba para deslizarse a través de una mínima rendija de la puerta y asomarse al maravilloso mundo de superficies especulares del piso vecino. En ocasiones los dos me cogían de la mano de pronto y me arrastraban junto al televisor, saltando y riendo como una pareja de muñecos articulados porque se les antojaba que viésemos juntos un estúpido concurso a media tarde, mientras Javier padre, recién llegado de la oficina, jugaba al juego de las puertas hasta la hora de la cena.

Aguanté todo lo que pude, lo juro. Pensé que al final ellos se darían cuenta de que yo era su madre y esposa, pero Ada Neuman se reveló una adversaria formidable. Fue quitándomelo todo, como una araña tiró del hilo plateado y se llevó con ella los cepillos de dientes de Carlota, Javier hijo y Javier padre, dejando al mío completamente solo, como una flor lánguida en el vaso de cristal del lavabo. Una tarde Carlota me dio un beso en la mejilla y me pidió permiso para bajar a jugar a la plaza con una amiga de la escuela. No tuve valor para negarme ni para ordenarle que antes de salir se pusiera el corrector dental. A las nueve de la noche no había regresado, pero Javier hijo, Javier padre y yo hicimos como que no ocurría nada y nos sentamos a la mesa, evitando mirar la sillita vacía cada vez que nos pasábamos la cesta del pan, con una amabilidad de la que no nos sabíamos capaces. A la tarde siguiente fue Javier hijo quien, sorprendentemente risueño, desapareció sobre las siete para acudir a sus clases de recuperación en la academia de inglés. Tampoco regresó, así que después de cenar su padre y yo nos sentamos en el sofá y vimos en silencio un documental acerca del asma infantil que ponían en la 2, hasta que se hizo la hora de acostarse. Al abrir la puerta de la terraza para que corriera algo de aire, vi la colchoneta vacía de Javier júnior en el suelo y pensé en un animal atropellado. Por primera vez en mucho tiempo, Javier padre me dio un beso en la mejilla antes de girarse para dormir.

Hoy me he tropezado a Carlota en el ascensor. Me ha esperado con la puerta abierta, y una enorme sonrisa en los labios. Me ha preguntado a qué piso iba. Le he dicho que al mismo que ella. Ha sonreído al pulsar el botón. Ya no necesita ponerse de puntillas y he recordado que está a punto de cumplir nueve años al mirar su nuevo corrector de dientes. Es de plástico rosa y le gusta mostrarlo, por eso sonrío todo el tiempo. Ha salido dando saltitos de la cabina hasta llegar a la puerta de Ada Neuman. Entonces se ha girado un momento y ha vuelto a sonreír.

—Que tenga un buen día, señora Rodríguez —ha dicho con voz cantarina, antes de entrar en su casa.

Premio Especial
Monegros

Durante la lluvia

Miguel Carcasona Brau

Esa gota que se escurre por el cristal; esa gota de lluvia, que tanto se parece a una lágrima, no le moja porque la ventana le resguarda de la incertidumbre. Sin embargo, algo le impide apartar los ojos del vidrio, de pronto opaco; un hechizo le cautiva ante esa pantalla por la que las imágenes del pasado desfilan como los rehenes seguían a la Muerte, en *El séptimo sello*, tras perder la partida de ajedrez. Un pasado que sitúa a setenta kilómetros de su piso zaragozano y que, esa tarde, se manifiesta con el olor inconfundible del chubasquero mojado, mientras sortea los charcos camino del cine de Sariñena. Sobran los anglicismos para rememorar un tiempo ido o para fragmentar una evocación en secuencias y que ante él se muestre la exuberancia de Victoria Vera, musa de sus masturbaciones, o la voz envidiable de José Sacristán aprobando asignaturas pendientes. Sobra también el vano esfuerzo de eliminar las escenas rechazadas, porque uno es el guionista, nunca el director de la película de su memoria, y no puede evitar la intrusión del secundario que eclipsa a la estrella. Las cejas alborotadas de Paco se cuelan sin permiso, obligándole a abrir el plano y divisarlo dentro de la taquilla, donde despacha las últimas entradas junto a la impasible somnolencia de Capablanca, un galgo que demasiado tiempo atrás dejó de ser corredor. Luego, la dinámica de la cámara es imparable y el plano sigue abriéndose hasta enmarcar el vestíbulo del cine –así, en singular, porque no había más en el pueblo– por donde merodea un chaval de catorce años, que responde a su nombre. Un chaval que, a fuerza de ojear los carteles con la avidez del tímido, llamó la atención del taquillero.

–¿Te gusta el cine? –le espetó un día.

Él hizo un movimiento afirmativo con la cabeza.

—¿Y por qué no entras?

—Porque no tengo dinero.

Paco lo miró con el cariño con que hubiera mirado al nieto que nunca tendría. Luego oteó el vestíbulo, asegurándose de que no había un alma, y le indicó que se acercase hasta la puerta de la sala. Con la mano sobre el pomo le hizo prometer que nunca se chivaría y, tras advertirle que se sentara sin molestar a nadie, le dejó pasar. Esa fue la primera de una serie que, semana tras semana, duraría un año. Miércoles de cine y conversaciones. Sesiones inolvidables en las filas intermedias, las de los auténticos cinéfilos, entre matrimonios que mataban las horas de tedio a los pies de los mitos que nunca serían y parejas que las devoraban con glotonería, amparadas en la oscura permisividad del gallinero. Partidas de ajedrez al terminar la proyección, antes de volver a casa para la cena, en las que, al unísono que meditaba la jugada, Paco le narraba retazos de su vida; anécdotas siempre inconclusas porque movía pieza y respetaba el turno del contrario con un mudo letargo solo interrumpido por alguna caricia a Capablanca y, cuándo de nuevo le tocaba, emprendía una historia diferente, esbozando una media sonrisa y un “otro día seguiré con esa” si él quería reconducirlo a la anterior. Un año de oasis en el erial de clases anodinas y amigos aún más anodinos hasta que una mañana, como una exiliada de otro planeta, Lucía desembarcó en el instituto. Lucía con vaqueros y sonrisa. Lucía con aplomo y tacones. Lucía sin anclajes ni sostén, sustituyendo a la Vera en sus fantasías y, cuando el deseo se impuso a la timidez, ensayando con ella las frases favoritas de los galanes, las que nunca fallaban en el preludio del beso. Lucía extraterrestre, traída por el azar de un empleo paterno desde ese planeta llamado Barcelona, del que cada año, con el calor, llegaban veraneantes a renovar los lazos con la familia y cuya superficie había explorado en esporádicas visitas a parientes. Lucía inaccesible como las rubias de los carteles, que escuchaba sus zalamerías con el mismo gesto, mitad compasivo, mitad divertido, que pondría ante el requiebro de un crío de la

escuela. Hasta que una vez, para su sorpresa –el que la sigue, la consigue, pensó– le prometió salir con él si la invitaba a un cine de Huesca. Le daba igual el Odeón, el Olimpia o el Avenida. Estaba harta de ese puto pueblo. De los cuatro tugurios donde los chavales se juntaban las tardes de domingo imaginando que, al otro lado de la puerta, pululaban las pandillas del Bronx en lugar de los abuelos tomando la fresca. De ver copias ralladas de las películas que, tras exhibirse por medio país, ya habían pasado de moda cuando aterrizaban en ese culo del mundo. Cualquier cine de la capital estrenaba dos meses antes que el de Sariñena. Por ello, también eran más caros y él sabía que nunca conseguiría reunir el dinero necesario para pagar el autobús y las entradas. Fue un miércoles lluvioso, como este. Tal vez por eso evoque aquellos días con tanta fuerza, sin poder evitar que las escenas se atropellen, deshilvanadas, en su memoria: la desazón que le quitó el apetito y las ganas de conversar. La congoja que le impidió centrarse en la película de Berlanga. La constatación, al salir, de que su amigo aún no había regresado del café donde combatía el aburrimiento y la decisión de esperarlo dentro de la taquilla, que sabía abierta, jugueteando con Capablanca. Quería pedirle consejo. Aunque fuese soltero y las mujeres simples comparsas en sus historias, intuía una experiencia de adulto con ellas, no compartida con él por la diferencia de edad. En realidad, desconocía casi todo sobre Paco. La primera vez que lo nombró en casa sus padres cruzaron una mirada de alerta, antes de contestarle que era un buen hombre, sin mucha suerte en la vida, mientras se concentraban de un modo inusitado en desmenuzar las rodajas de pescado. Después, al afianzarse el lazo entre ellos, ante su insistencia, se explayaron algo más, pero siempre dando sensación de incomodidad, de arenilla alojada en los riñones que duele al recordar su existencia. Le hablaron de un Paco joven, mecánico de las Alas Rojas en el aeródromo instalado, durante la guerra, en la carretera de Albalatillo. Un Paco que, con la derrota, se vio obligado a huir hacia Francia, donde las debió

pasar canutas con los nazis y no mucho mejor después porque cuando volvió, mano sobre mano, ya se había convertido en el abuelo hosco, como un perro baqueteado por todo el mundo, que completaba con el trabajo de taquillero su pensión francesa, al parecer exigua. Les replicó que Paco no era hosco, que la gente lo etiquetaba sin conocerlo. Incluso les contó que el primer día –no se atrevió a confesarles que también los demás– le dejó colarse en el cine. Ellos sonrieron, añadiendo que ya le habían dicho que se trataba un buen hombre, lo cual no estaba reñido con tener un carácter difícil. “A lo mejor con los chicos es más afable”, remataron.

Capablanca permanecía tumbado al lado de la banquetta. Debía esforzarse para recordarlo en otra postura, contradiciendo la leyenda de inquietos que acompaña a los galgos. Era un perro viejo, ya de vuelta de todo. Ni siquiera parecía inmutarse con las hembras en celo, que tanto alteraban a sus congéneres sueltos por las calles del pueblo. Paco lo había adoptado hacía un par de años, la mañana que apareció por su calle husmeando basuras, con la mirada huidiza y una marca alrededor del cuello. Su dueño debía ser cazador y había intentado ahorcarlo, un método usado por algunos para deshacerse de los galgos viejos. Las bandadas de buitres merodeando por parajes recónditos de la sierra solían dar la voz de alarma. Por suerte o por habilidad, Capablanca había logrado librarse del nudo. Al principio no permitía que Paco lo acariciase, pero aceptaba la comida que le dejaba en la puerta de su casa. Poco a poco fue accediendo a su compañía; primero le consintió la simple presencia a su lado; después, que le pasara la mano por el lomo y ya, al fin, que lo espulgara y lo convirtiese en su fiel compañero, la sombra que le seguía en silencio de casa al cine y del cine a casa, nunca al café o cualquier otro sitio. Todos los perros se parecen a sus amos, aseguraba su padre. Y este, sin duda, confirmaba el dicho. Movi6 ligeramente la cola al verlo –su pasividad se extendía a las muestras de cariño o rabia– y él se agachó para acariciarlo. Entonces, en un estante bajo oculto a

la vista del público, vislumbró una cartera entreabierta, de la que sobresalían varios billetes de cien pesetas. En la cartera donde Paco guardaba la recaudación divisó repetida la calva de don Manuel de Falla y, de repente, sintió el foganazo, el temblor al imaginar las caricias de Lucía recostada en el terciopelo de las butacas, las dudas, el atisbo al vestíbulo ya desierto, el miedo y, por fin, el brazo que sortea a Capablanca –que lo mira como debió mirar a su amo mientras trenzaba el nudo–, los dedos que aferran, la mano que roba. A partir de ahí se sucedieron el fantasma que huye, el traidor que se regocija en casa y el gilipollas que, a la mañana siguiente, es abofeteado por la carcajada de Lucía, por su desdén cuando le declara que lo del día anterior fue una broma, que nunca saldría con un crío como él. No puede conseguir el fundido en negro por mucho que baje la persiana de golpe. En treinta años ninguna lluvia ha podido lavar los remordimientos aunque Paco fuera a esperarlo a la salida del instituto y, sin alterarse, le prometiera que no lo denunciaría si devolvía el dinero. Lo reintegró esa misma tarde. El taquillero lo contó con las cejas más alborotadas de lo normal. Al terminar, lo miró con el despecho con que hubiera mirado al hijo que nunca tuvo, mientras Capablanca ni siquiera levantaba la vista, y le dijo: “Ahora lárgate y no vuelvas jamás a este cine”.



Premio de Relatos Cortos Los Monegros 2008 y Recopilación de relatos
ganadores de las diez últimas ediciones